

Don Camilo vuelve a casa

Manuel Gisbert Orozco

DON CAMILO VUELVE A CASA

SEGUNDA PARTE DE LA TRILOGIA DE LAS OSCURAS SOMBRAS DE DON
CAMILO

POR
MANUEL GISBERT OROZCO

CAPITULO I

BRIGIDO BOLUFER Y BUSTAMANTE

Brígido Bolufer se levantó ese mañana cabreado. En realidad se levantaba todos los días enfadado, pero hoy lo estaba especialmente. Todo comenzó de madrugada, cuando notó una extraña sensación de picor en el glande que se convirtió en escozor cuando vació su vejiga en el bacín de buena mañana. No le dolía pero le molestaba y el estrecho pantalón que se puso ese día no ayudaba precisamente a aliviarlo.

No se lo había mirado porque le daba aprensión hacerlo, pero sospechaba o más bien lo sabía con certeza que algunas de las putas que frecuentaba lo había cagado. Su actividad sexual se limitaba a una mamada por semana y un polvo al mes, pues sus ingresos mensuales no le permitían otras alegrías. Para colmo tenía que recurrir a lo más bajo de las rameras de Valencia y por eso le ocurrían estas cosas.

Decían que si te la chupaba una doncella virgen, ella se quedaba con la enfermedad y a ti te la quitaba. Pero por desgracia eso solo era válido para los ricos o para el obispo que podían permitirse ese despilfarro. No había jóvenes doncellas que se brindaran voluntariamente a ello y había que recurrir a gente del hampa que por un buen precio obligaban a alguna niña a realizar el experimento.

Pero eso era solo un sueño. Él acudiría a la tía Zaragata, que por unas pocas monedas de cobre, que le dejarían el resto del mes sin comer, se lo quitaría o por lo menos lo aliviaría. Por desgracia no emplearía el método de la niña sino otro más drástico.

Suponía quien fue la culpable de todo este estropicio. Una muchacha raquítica con la que se topó no haría ni quince días en la calle de la Cueva, y que se le ofreció únicamente por una moneda de cobre. No tenía previsto hacer nada ese día, pero como las oportunidades las pintan calvas, ante tanta baratura aceptó inmediatamente y esa fue su perdición. La muchacha, demasiado joven, no tenía ningún encanto pero tampoco era eso lo que buscaba. Con un lugar húmedo y caliente en donde introducir su miembro le bastaba, luego su imaginación haría el resto.

Ese día soñó que se tiraba a la querida del obispo, una guapa y lozana moza, con la que se cruzaba casi todos los días, y que aparentemente ocupaba un puesto de criada en el palacio episcopal. Sin embargo se consideraba la reina y señora de la casa, vestía como una princesa y se dedicaba durante el día a dirigir al resto del personal y por la noche a calentarle la cama al prelado.

Era de tal belleza la moza, que Brígido no hubiese dudado en cambiar su mano derecha por la posesión de esa mujer cuando el obispo la repudiase. Y ya no hablemos de vender su alma al diablo.

Pero la realidad era otra y la pobre muchacha que estaba poseyendo se dejaba hacer todas las guarradas que se le ocurrían al hombre sin emitir la más mínima queja. Lo único de lo que se guardó Brígido fue el de besarla en la boca, pues la pobre chiquilla padecía halitosis y su aliento apestaba.

Nuestro personaje trabajaba en el Palacio Episcopal, en una pequeña sala recayente a la escalera de servicio, que aun parecía más diminuta por la cantidad de trastos que la amueblaban. Sus paredes estaban cubiertas por estanterías de madera repletas de legajos y en el centro, una mesa raída que probablemente muchos habían despreciado antes, presidía la estancia y le servía como lugar de trabajo. Justo enfrente y en el mismo rellano estaba la entrada de servicio de la residencia del obispo. Se abría y cerraba a cada momento para dar entrada y salida a criados y proveedores y él tenía permanentemente la suya abierta para atisbar a la manceba del obispo si por ventura ese día salía.

Él nació en Alboraya, una población cercana a Valencia y famosa por la horchata que allí se elaboraba. Desde pequeño se dejó caer por la iglesia del pueblo y no tardó a ser el monaguillo preferido del cura. Su madre solea decir “que a quien buen árbol se arrima buena sobra le cobija” y en aquella época el mejor árbol que había era sin duda la iglesia. Estudió en un seminario pero cuando supo lo suficiente comprendió que la vida religiosa no era lo suyo y se salió sin terminar la carrera.

El cura de su pueblo, que le tenía un especial cariño como ya hemos dicho anteriormente, lo en-
chufó en las oficinas de un notario para que aprendiera el oficio de pasante y pudiese ganarse la vida.
El chico era listo y el trabajo le gustaba, así es que aprendió todo lo relativo al oficio sin problemas
y no había escritura, testamento o hipoteca que se le resistiera. Pero el notario que era un tacaño de
tomo y lomo no supo ver las virtudes de su empleado, y por mírame cuatro perras, permitió que se
marchase.

De nuevo fue a pedir auxilio a su cura protector que ya no ejercía de párroco en Alboraya y ahora
ocupaba un cargo de confianza junto al obispo. Cuando comprobó los conocimientos adquiridos
por el que consideraba su ahijado, no dudó en ponerlo bajo la custodia de la iglesia para que esta se
aprovechara de sus conocimientos.

No podía ser religioso, pues no estaba ordenado y volver al seminario para terminar la carrera
era una quimera, pero tampoco podía ser seglar pues para el menester que lo necesitaba no estaba
permitido. Hubo un contubernio entre el cura y el obispo y llegaron a la conclusión de que no
ejerciera como sacerdote pues no lo era, pero si podía vestir los hábitos para que pudiese ejercer su
labor, sin que nadie se opusiera o sospechase de su condición. Con su nuevo salario no había ganado
gran cosa e incluso hasta podía haber perdido, pero indiscutiblemente ganaba en prestigio y en el
respeto de la gente.

XXXXX
XXX
X

Brígido, hizo un parón en su trabajo a media mañana, introdujo su mano por el falso bolsillo y se rascó sus partes que le picaban extraordinariamente. Después se limpió por enésima vez, con la manga de su sotana, la gota de moquita que le colgaba perennemente de la punta de su nariz aguileña y sacó de una bolsa de papel que había traído de casa un cacho de pan, un trozo de queso de cabra y una manzana. Comenzó a comer despacio pero sin pausa y cuando se le atraganto un bocado, se levantó y de detrás de unos legajos extrajo una botella de buen vino, de las que el mismo obispo usaba para consagrar y él sabía como birlarlas, y se pegó un buen trago. Cuando termino su almuerzo, después de un fuerte eructo que pudo escucharse en toda la planta si la gente hubiese estado alerta, escondió de nuevo la botella y se puso a trabajar.

Nuevamente se limpió la gota que pendía de su nariz con la manga en un característico movimiento. Ésta estaba mojada pero no mostraba ninguna suciedad ahora que estaba húmeda, pero todas las mañanas cuando se levantaba estaba seca y en su lugar aparecía un velo blanquecino semejante al rastro que dejaba la baba de un caracol sobre la hierba al secarse. Tenía que eliminarlo raspando con una navaja y posteriormente cepillándolo. Pero eso no le importaba pues se ahorrraba lavar los pañuelos. Cogió finalmente un legajo de debajo de un enorme montón que tenía sobre la mesa y lo examinó detenidamente.

Era un legado de diez mil reales que un rico hombre donaba a la iglesia en su testamento. Lo comunicaba el cura de la Alcudia, para que alguien del obispado estuviese presente en la lectura, prevista para dentro de diez días, y se hiciese cargo de la donación cuando estuviese dispuesta. Brígido hizo unas anotaciones al lado del documento. Sacó una libreta del cajón de su escritorio y escribió algo en la página correspondiente a un día en concreto y la volvió a guardar como si fuese oro en paño. Intentó sorber la gotita de su nariz aspirando aire y no pudo, por lo que tuvo que regresar al viejo método de la manga.

Cogió otro legajo del montón de forma automática y cansina, pero cuando lo leyó, su cara cambió de expresión y rápidamente se santiguó. Estaba claro que este en concreto le interesaba. Se aposentó bien en su sillón, cruzó una pierna sobre la otra y se puso a leer atentamente.

Lo que más llamó la atención de Brígido es que la testataria era Angélica Marchirant, natural de Alboraya, el mismo pueblo que él, y lo que donaba a la iglesia era la vieja alquería en donde vivieron sus padres, ya fallecidos, y doce jovadas de tierra de regadío. La casa no valía nada, pues el mismo comprobó en una reciente visita realizada al pueblo que estaba en ruinas, y bien haría alguien en derribarla antes de que cayese por si sola y causase una desgracia a algún inoportuno visitante. El terreno era otra cosa, no sabía las hanegadas exactas que tendría, pues la jovada era una medida antigua que venía de la época de la conquista a los moros del Reino de Valencia, por Jaime el Conquistador. Una jovada era la cantidad de tierra que un hombre podía labrar en una jornada de trabajo, pero según que sitios, representaba una mayor o menor cantidad de terreno. Como solía ocurrir con las medidas de longitud del palmo o el codo.

Habría que ir a parcelar bien el terreno y discutir con los vecinos, pues con la muerte de los padres y la ausencia de la hija durante tanto tiempo y sin nadie que lo cuidase, no sería extraño que los colindantes hubiesen corrido los hitos robando algunos metros. Tomó nota de las conclusiones a las que había llegado en el margen del documento y lo guardó en el montón de los que tenía que investigar.

Conocía a Gely Marchirant desde pequeña, habían jugado a cosas que solo recordarlas le hacía todavía sonrojarse y habían acudido a la misma escuela del lugar. Luego de mayores habían tonteado, por lo menos él, pues ella nunca le hizo el menor caso.

Reconocía que la muchacha era agraciada y él no tenía nada que desear. Recordaba que de jovencita se había marchado del pueblo de un día para otro, dejando a sus padres con una pena inmensa de la que ya nunca pudieron recuperarse y fallecieron al poco tiempo con muy poco intervalo de tiempo. Era hija única.

Eso pasó por lo menos hacia treinta años y ahora sabía que murió, no hacía mucho tiempo, en un pueblecito de la Marina alicantina y que era viuda de un tal Manuel Hidalgo y no dejaba ningún hijo vivo.

Brígido se puso a pensar. No en balde por eso le pagaban y le habían dado el cargo que ocupaba. Si fuera una mujer necesitada, con toda seguridad hubiese echado mano de la herencia de sus padres. Si no lo hizo en treinta, años es que no le hacía falta. Eso solo quería decir que gozaba de una posición desahogada en esta vida y el dinero no era su principal problema. Seguro que tendría otros bienes propios o que le había llegado su marido cuando enviudo y ahora no aparecían en su testamento. ¿Qué hizo con ellos? Aquí había gato encerrado y mucho por investigar.

Echó en falta en el legado el informe que normalmente el cura del pueblo solía remitir ampliando conceptos y en este caso no estaba. También comprobó que el legajo no estaba remitido por el cura de Yocla, que era la población en que vivió Gely desde su salida de Alboraya, sino que el notario de Altea, un tal Rudolfo, que lo tenía en su protocolo, al abrirlo sin la presencia de parientes cercanos, pues no tenía, y comprobar que el único beneficiaria era la iglesia, lo había remitido al Obispado.

-¿Quién será el cura de Yocla que tan mal ha hecho su trabajo? – se pregunto en voy baja Bolufer.

Se dirigió a una cajita que contenía unas fichas en las que estaban reflejadas todas las parroquias del Reino por orden alfabético. Fue directamente a la letra “Y”.

-A ver...Yocla...! Madre María Purísima ¡Si es el ínclito de Don Camilo Blanes el que tenemos allí de cura. ¡Que Dios nos ampare;

Posteriormente Brígido hubiese podido acudir a otra ficha en donde por orden alfabético de apellidos estaban los historiales de todos los curas de las parroquias, con sus aventuras y desventuras en el ejercicio de sus funciones y algunos hasta en su vida particular.

Pero en este caso no tuvo necesidad de acudir a ese sistema para informarse, pues Brígido conocía a Camilo como si lo hubiese parido.

Resultaba que este curita, cuando estaba ejerciendo su ministerio como diacono en la parroquia de Liria, se atrevió a cortejar, o mejor dicho se tiró, nada menos que a la hija de Don Leopoldo de Figuerola y Nogueroles llamada Isabel. Este señor era el cacique del pueblo y tenía más influencia dentro de la iglesia que el mismo obispo.

Lo cierto es que este braguetazo le costó el puesto al curita y puso en entredicho a quien lo había enviado, o por lo menos eso es lo que creyó el cacique. Pues el Camilo este, debía tener buenos padrinos, porque en vez de hacerlo dimitir lo único que hicieron fue borrarlo del mapa, hasta que escampase el temporal, y reaparecer diez años después. Esta vez ya limpio de paja y polvo.

Recordaba que durante esa época de oscuridad en la vida de Don Camilo, en algún momento lo tuvo de ayudante en su despacho y cuando congeniaron le contó sus desgracias.

Durante un tiempo le perdió la pista, pero ahora ya sabía que había sido desterrado a Yocla. Era cuestión de hacerle una visita, pues estaba seguro de que allí encontraría cosas muy interesantes. Estaba convencido de que habría mucho dinero por en medio y ese era un trabajo que no podía dejar en manos de cualquiera. Sería él el que lo investigaría personalmente.

Pero antes tenía que curarse la enfermedad que le había contagiado la dichosa chiquilla y luego ya iría a saldar las cuentas con Camilo.

XXXXX
XXX
X

Cuatro días tardó Brígido en darse cuenta que la visita a la vieja Zaragata no podía esperar más.

Se levantaba cuatro o cinco veces cada noche para orinar en el bacín y sentía ardor y dolor cada vez que lo hacía. Esa mañana no pude esperar más y decidió echarle un vistazo al glande de su pene y un escalofrío recorrió su columna vertebral pues lo tenía lleno de pústulas. No le hacían daño, pero con su presencia señalaban que algo no iba bien.

No necesitaba pedir permiso para ausentarse de su trabajo, porque tenía plena libertad de horarios. Además con harta frecuencia debía realizar visitas y gestiones relacionadas con su trabajo en lugares ajenos a su despacho y no tenía que estar justificándose continuamente.

Cuando salió de su casa se dirigió al barrio del Carmen, en donde en una planta baja maloliente vivía la Tía Zaragata.

Esta fue directa al grano y rápidamente le pregunto por los síntomas que sufría, y cuando se los dijo asintió con la cabeza y le dijo.

-Has tenido suerte, esto no es sífilis. Todo indica que es una simple gonorrea o algún hongo que es mucho más fácil de curar. De todas formas enséñame el pájaro para confirmarlo

El casi cura, que en esta ocasión se vistió de paisano, se bajo los pantalones y después de descapullar el pene se lo mostró a la curandera.

-Bien. Es gonorrea, ya puedes taparte eso – le dijo con gesto displicente y como si hubiese hecho una cosa innecesaria pues el resultado ya lo sabía de antemano.

Mientras Brígido se abotonaba los pantalones ella preparó un unguento y se lo ofreció.

- Úntate con esto el capullo tres veces al día durante una semana. Al final de ella si los síntomas persisten, ves a un barbero pues yo ya no puedo hacer mas. Pero si ya no están las pústulas es que estas curado.

-¿Cuánto te debo?

-Dame la voluntad y reza por mí.

Bolufer se extrañó de la segunda parte de la contestación de la vieja. Posiblemente sabía que era medio sacerdote pero ignoraba como podía haberlo averiguado, pues no la conocía de nada ni la había visitado anteriormente.

Se dirigió directamente a su casa sin pasar por el despacho Quería terminar lo antes posible su tratamiento y si todo transcurría como estaba previsto, dentro de siete días partiría con destino a Yocla.

XXXXX

XXX

X

El día previsto, Brígido, pasó por su despacho y recogió toda la documentación que precisaba para el caso, que no era mucha. Fue a las dependencias del administrador para requerir los fondos suficientes para poder llevar a cabo su misión. Estuvo media mañana discutiendo con el responsable, que como siempre, finalmente acepto hacerle entrega del dinero, bajo la promesa, casi juramento, de que multiplicaría por cien esa cantidad y por la amenaza de Brígido de desistir del viaje, pues con el calor que hacía, el que menos interés tenía de ir por esos mundos de Dios era él, pero no podía la iglesia permitirse el lujo de perder una cantidad tan importante. Ya ajustaría él cuentas con el obispo, le amenazó, por el dinero perdido si llegase a enterarse.

Ante tanta evidencia el administrador no tuvo más remedio que rendirse y le ofreció el dinero suficiente para sufragar el hospedaje y mantenimiento durante un mes y el disfrute de una cabalgadura de las cuadras del obispado durante ese tiempo.

Marchó directamente a su casa para preparar el escaso equipaje que iba a necesitar y descansar un rato, pues curado casi milagrosamente de las heridas que habían infectado su pene, esa noche acudiría a un prostíbulo de postín, adonde acudían los nobles y gente pudiente de la capital del reino, allí iba a dejarse su sueldo mensual que este mes no iba a necesitar pues tenía los gastos cubiertos.

Eligió a la mejor hembra que pusieron ante sus ojos, que era una rubia algo rolliza, pero con unos ojos negros muy bonitos y un cuerpo espectacular.

La contrató para toda la noche y luego perdió la cuenta de los polvos que le pego.

Al día siguiente partió de Valencia pensando en pasar la noche ya en Yocla, pero el rocín que le habían prestado no estaba para muchos trotes y mucho menos para alguna que otra cabalgada y supuso que no llegaría hasta por lo menos al medio día del siguiente.

Hizo noche en una venta del camino en la que por desgracia no proporcionaban hembras para pasar la noche, ni hubo moza que se aviniera para llegar a un acuerdo, alegando que era una venta de bien y el dueño castigaba con el despido a la que se desmadraba.

Brígido era un hombre alto, delgado y casi calvo, hasta el extremo de preferir raparse también la cabeza cuando se afeitaba la cara, para disimular su galopante calvicie.

Había pagado los gastos por anticipado, pues el dueño no se fiaba de alguien que tenía pinta de cura pero aparentaba no serlo, y no tuvo que dar cuanta a nadie cuando partió de madrugada al día siguiente. Gracias a eso, nadie se extrañó que el hombre que salía no tenía ningún parecido con el que había entrado.

Había cambiado el vestido seglar que solían llevar los naturales de este reino, por unos pantalones ajustados, camisa adornada, chaquetilla elegantemente bordada y botas de media caña. Que era las prendas que solían usar los escasos viajeros que se atrevían a viajar por España en aquella época. Gracias a Dios los caminos de la costa eran bastantes seguros, porque con esa pinta nunca se hubiese atrevido a adentrarse en las montañas del interior. Lucía además una magnífica peluca y un mostacho al estilo francés que le tapaba media cara y de paso le sorbía la gota de la nariz. Suerte que montaba a caballo y no tenía que ir a pie, pues después de cambiar las cómodas alpargatas por las recias botas, estas le producían un dolor insoportable en sus extremidades inferiores.

Llegó a Yocla al filo del medio día, poco antes del toque del Ángelus. El vestido no era el adecuado y estaba completamente empapado de sudor. El liquido le caía a chorros por la cara disimulando la gota de moquita que situada perennemente en la punta de su nariz permanecía inmutable. Esta vez sí se secó la cara con un pañuelo y aseguró su mostacho que amenazaba con caerse de un momento a otro.

A la entrada del pueblo, situado al lado de la playa, una pandilla de niños jugaban a Guardia Civiles y Bandidos. Se lanzaban piedras unos a otros y ya debían de estar en pleno fragor de la batalla pues más de uno había resultado descalabrado y mostraba más de un chorrete de sangre sobre la frente. Pronto se dieron cuenta de la llegada del estrafalario forasteros y algunas piedras comenzaron a caer a su alrededor. Una cayó sobre el sombrero del viajero que gracias a que era de fieltro hizo

menos daño de lo previsto, pero otra le dio en el anca del rocín y este se encabritó y estuvo a punto de derribarlo. Se detuvo y alzo sus manos en señal de rendición. Cuando la lapidación se detuvo, por lo menos momentáneamente, sacó la moneda de cobre más ínfima que llevaba en una mano y un enorme pistolón en la otra.

-¿Qué queréis? – preguntó el visitante mostrando ambas cosas

-La moneda – murmuro uno de los niños con más miedo que avaricia.

-Entonces habrá que ganársela. ¿Pueden decirme vuestras mercedes en donde está la fonda?- les dijo con un claro acento extranjero, pero que todos entendieron perfectamente.

El mayor de los mismos con cara de espanto y sin dejar de observar el pistolón, respondió señalado la taberna de Tonet y sin necesidad de articular palabra. Iba a entregarle a él la moneda, pero temió que los otros se ofendieran y reanudaran la lapidación a pesar de la amenaza de la pistola. Lanzó la moneda a sus espaldas y mientras todos corrían y peleaban para conseguirla, abandonó raudo el campo de batalla poniéndose a salvo.

Bolufér entró en el local y preguntó a Tonet si alguien podía atender a su caballo, pues no era justo que después de la caminata que se había dado y la pedrada recibida, continuara un par de horas más, sin comer ni beber, y expuesto al sol de mediodía.

El dueño se extrañó del acento extranjero del visitante, pues si no fuera por la ropa, el pelo largo, y el bigote francés que adornaba su cara, por su piel cetrina hubiera podido pasar perfectamente por un aborigen.

Le sirvió una bebida fría y seguidamente introdujo el rocín en el patio pasando por delante de las narices de todos, le dejó abrevar en un medio tonel lleno de agua que tenía al efecto y le sirvió una buena ración de paja aunque para entonces el noble bruto ya prefería los desperdicios de comida que estaban diseminados por el suelo.

Después de una opípara comida que el extranjero degustó como si no hubiese comido en quince días. Encendió un veguero y rápidamente el local se llenó de humo.

-¿Desea una copita de licor?- preguntó Tonet

-Una brandy me vendría bien – le respondió el forastero mientras que con la manga de su camisa limpiaba una gota de la punta de su nariz que amenazaba con caer de un momento a otro al suelo. Tonet no supo identificar si se trataba de moco o sudor, pero de todos modos no pudo evitar un gesto de aprensión.

Los últimos parroquianos fueron desfilando hacia sus respectivas casas y Tonet, libre de trabajo, pidió permiso a su cliente para sentarse frente a él. Un ejemplar como este no llegaba todos los días al pueblo y la curiosidad le invitaba a interrogar al forastero. Este, que iba en busca de información, lógicamente no se opuso.

-¿Va de paso? – le inquirió

-En realidad desearía quedarme una semana o dos en este precioso pueblo. Soy un naturalista que estudia la fauna y flora de este extraordinario país y esta zona podía ser muy interesante. ¿Hay alguna fonda en esta villa?

-Lo siento pero de eso no tenemos. En Altea si las hay, pero está cerca de una legua más al norte.

-De allí vengo y no es cuestión de regresar ni de ir o venir todos los días ¿Hay por lo menos alguna casa que admitan huéspedes?

-Lo siento, pero tampoco – le respondió ya un poco desolado Tonet al ver que no podía satisfacer sus deseos –este es un pueblo al que casi nunca viene nadie. Una fonda no sería rentable y la gente de aquí no está acostumbrada a tener extraños en su casa.

-¿Hay alguna casa vacía que pueda alquilar?

Brígido sabía que para obtener cualquier información de este hombre se la tendría que sacar con sacacorchos y desde luego no era el más indicado para proporcionarle la información que estaba buscando. Se dio cuenta de que antes de contestar negativamente a su última pregunta había duda-

do ostensiblemente y eso para un lince como Bolufer quería decir que sí había casas vacías, pero no quería involucrar en este negocio a sus dueños.

-¿Seguro que no hay ninguna casa vacía en este pueblo? - le inquirió como si fuese un policía interrogando a un detenido

-Bueno - se rindió inmediatamente el tabernero - en realidad la casa de al lado está actualmente vacía. La joven que la habita se ha quedado viuda recientemente y se ha tenido que ir a servir como interna a casa del señor cura. Pero de ahí a que quiera alquilarla...

“¡ Vaya ¡” se dijo para sí, Brígido. Ahora resulta que Camilo tiene hasta criada. Ya averiguaré de dónde saca el dinero para pagarle, pues con un sueldo similar al suyo y por mucho que pudiese afanar del cepillo de la iglesia no daba para tanto.

-¿Dónde podría ver a esa dama?

-En casa del cura

-¿En la iglesia?

-No. Justamente enfrente.

-¿Puede decirme la venia de la señora?

-Todos la conocemos como Marieta.

Era todavía pronto y los vecinos dormían la siesta. Quería ver a la dama sin la enojosa presencia del cura en la casa. Tenía que esperar a que se ausentara y eso con un poco de suerte no ocurriría hasta las cinco de la tarde.

Decidió dar a su caballo un plácido descanso e ir a pie hasta la iglesia. Tonet le había dicho que tardaría una hora en llegar, tal vez antes si iba a buen paso. Tenía el tiempo justo. Partió en dirección al Poble Vell. De lejos se veía el campanario y hacia él se dirigió, pero conforme se acercaba al pueblo lo perdió de vista. Una vez en su única calle, y para asegurarse, preguntó a un viandante por el camino de la iglesia. Apenas se detuvo y se limitó a señalar con su índice hacia arriba sin siquiera pronunciar una sola palabra. Por suerte el segundo que paró un poco más arriba, fue más explícito y se avino a charlar, que en definitiva es lo que pretendía Brígido pues la iglesia sabía más o menos donde estaba y lo que precisaba era información. Parecía que había bebido más que comido, pues su aliento apestaba a vino y la lengua la tenía bastante suelta.

-¿Puede decirme vuestra merced en donde está la casa del cura? - le preguntó con su peculiar acento extranjero.

El yoclano se sorprendió de la peculiar habla de su interlocutor y se dispuso a atenderlo mejor que si fuera un paisano. Como era un ave de paso no pasaría nada si cometía alguna indiscreción, como solía recriminarle su esposa por tener, según ella, una lengua demasiado larga.

-La casa del cura está al lado de la iglesia, pero él no vive allí.

-¿Dónde pues?

-En una casa que hay enfrente mismo y que reconocerá inmediatamente por su esplendida fachada.

-¿Qué la tiene alquilada?

-¡Que va! Esa casa era de Don Manuel Hidalgo, el hombre más rico de este pueblo, y de su esposa Doña Angélica. Cuando se quedó viuda se encaprichó con el cura, usted ya sabe - le dijo mientras le guiñaba un ojo en señal de complicidad - y al final este se marchó a su casa para vivir con ella.

-¿Entonces la casa continúa siendo propiedad de la viuda?

-Perdone usted, pero tanto no se. Quizás se la dejase al morir como pago a los servicios prestados. - le respondió con otra sonrisa y otro gesto de complicidad mientras le daba con el codo en su brazo.

-¿Tenía alguna otra finca o tierras Doña Angélica?

El paisano comenzó a sospechar de tanta pregunta directa o quizás se cansó de la conversación, lo cierto es que comenzó a responder con inconexos monosílabos y cuando tuvo la ocasión, sin mostrarse muy descortés, lo dejó plantado.

Brígido comprendió que ya no le sacaría nada más de provecho y lo dejó marchar mientras continuaba subiendo cansinamente la cuesta.

Así es que el bueno de Camilo se había hecho con todos los bienes de la viuda. Pues en su testamento universal solo aparecía lo que le habían donado, en su día, sus padres. Comenzó a sospechar que el braguetazo que había intentado en Liria con la hija del cacique y que le salió fallido ahora lo había conseguido en Yocla y con su querida Gely.

Mala noticia era, pues eso quería decir que los bienes heredados por Angélica de su difunto esposo, habían pasado a manos de una tercera persona antes del óbito de esta. Y mucho se temía que esas manos eran las de Don Camilo.

Ahora tenía que averiguar cuáles fueron esos bienes y cuando se pasaron a nombre del cura, se suponía que antes del fallecimiento de la señora, pues de haberlo hecho después habría cometido una tremenda estupidez que podría dar con sus huesos en galeras y esta vez ya se encargaría él de que no lo salvase nadie. Su próximo paso sería ir al registro de la propiedad de Altea, en donde estarían inscritas las fincas, pero antes tendría que hacerse con las llaves de la casa de Marieta si no quería pasar la noche en la calle.

Inmediatamente se dio cuenta de cuál podía ser la casa del cura, pues no podía ser otra de las que habían a su alrededor. Pasó el tiempo contemplando las maravillosas vistas de los alrededores del Poble Vell, incluido el mar, que desde un mirador que se había construido en lo más alto del cerro se podía ver.

Media hora más tarde de su llegada, salió el cura de su casa apresuradamente. Fue hasta la casa parroquial, enjaezó a Leonarda y partió a buen paso cuesta abajo.

Supuso que Camilo iba lejos, pues en caso contrario no hubiese necesitado de la burra, y tenía todo el tiempo del mundo. Se acercó hasta la casa y llamó al picaporte de la puerta.

Una mujer alta, delgada y bien parecida le abrió la puerta y lo recibió con una espléndida sonrisa que se hizo más maravillosa si cabe cuando escuchó su peculiar acento extranjero.

-Señora – le dijo confundiéndola con Marieta y alabando el buen gusto de Camilo – He estado hablando con Tonet, el de la taberna que hay en la playa, y me ha dicho que posiblemente se aviniera a alquilarme su casa en los escasos días que voy a permanecer en esta maravillosa población.

-Lo siento caballero, pero por desgracia yo no tengo nada en alquiler.

-¿Su nombre no es por ventura Marieta?

-No señor. Si desea hablar con la señora – dijo mientras arrastraba intencionadamente las tres últimas palabras pronunciadas – tenga la bondad de pasar al salón que inmediatamente la aviso.

Pepiteta comenzaba a estar a disgusto en la casa. Había comenzado muy bien cohabitando casi diariamente en un diván que tenía el cura en su despacho. Allí no podía entrar nadie si Don Camilo no estaba presente y aprovechaba la circunstancia de que Concha nunca los sorprendería y alegando que estaba vigilando mientras la muchacha realizaba las labores de limpieza, aprovechaba para mantener relaciones sexuales.

Sin embargo la chica no tenía suerte, pues a pesar de la insistencia no lograba quedarse embarazada e involucrar a su novio Jaime para poder llevarlo sin más dilación a la sacristía y de paso al cura para poder obtener un beneficio económico como suponía había ocurrido con Consuelo.

Mientras Brígido esperaba en el salón, maravillándose de las riquezas que atesoraba la casa y de que tuviese a Marieta como ama de llaves, y ya comenzaba a creer que también como “querida”, pues la expresión de la criada que lo había recibido al arrastrar la frase: “con la señora”, era bastante evidente. Suponía que igual tenía una tercera persona que actuaba como cocinera y solo Dios sabía cuantas personas podía haber más a su servicio.

Cuando la “señora” entró en el salón, el Bolufer se hubiese desplomado de no estar sentado.

Marieta entró vistiendo un espléndido vestido de raso azul turquesa, ceñido a una cintura que se le antojó de avispa y luciendo un amplio escote que dejaba ver hasta el nacimiento de unos adorables senos.

Creyó con razón, que la querida del obispo, que tanto idolatraba, no era más que un adhesivo al lado de esta y quedó como alelado y sin poder dejar de mirarla.

Marieta era una auténtica belleza. Había estado casada con Nelo, un empleado de Don Camilo en el negocio del contrabando, tenía una hija, que no era del que había sido su marido, sino de su vecino Carlos. El cura siempre había intentado llevársela a la cama, pero no lo consiguió en vida de su esposo. Cuando se demostró fehacientemente la muerte de este fallecido en un naufragio, Don Camilo finalmente logró llevarla a su casa como ama de llaves y amante.

-La señora Marieta. Supongo.

-Efectivamente. ¿Lo conozco?

-No señora. Qué más quisiera yo – le respondió en tono galante – Por Tonet, el dueño de la taberna que hay al lado de su casa, conozco que está vacía. Y como necesito pasar unos días en este maravilloso pueblo le rogaría se brindara alquilermela. Indiscutiblemente usted pondrá el precio y yo me avendré a lo que decida.

-No tenía intención de alquilar mi casa, son muchos los recuerdos que guardo en ella.

-Le prometo que sean los que sean guardaré un absoluto respeto por ellos.

El forastero guardó silencio, dando por supuesto que lo que tenía que decir ya lo había hecho y ahora solo quedaba aguardar su respuesta.

Marieta pensó que no tenía ninguna necesidad de alquilar su casa. Pero por otra parte todos sus recuerdos, tanto materiales como morales ya los tenían en casa del cura, y justo era sacar un beneficio de ella, que permitiese por lo menos pagar los gastos de mantenimiento que ocasionaba. Finalmente accedió e inmediatamente recibió la cantidad acordada por quince días de ocupación.

-Si finalmente son algunos mas se los abonare llegado el momento.

-De acuerdo Señor...

-Puede llamarme Tom.

Cuando Brígido se hacía pasar por extranjero evitaba dar su nacionalidad, pues desconocía cualquier idioma que no fuese el castellano o el valenciano y temía que si lo hacía alguien intentarse hablarle en su lengua natal.

Si alguien le hablaba en francés, decía que era inglés y si le hablaban en este idioma que era alemán. Lo lógico sería decir que era sueco y con ello solucionaba el problema, pero el tono de su piel y el color de su peluca no le acompañaban.

Su nombre nunca lo daba, pero si por necesidad, como en este caso, tenía que dar uno elegía Tom, que era un diminutivo que podía aplicarse a los naturales de cualquier país.

Marieta escribió una nota en un papel y se la dio al visitante.

-Entregue esta nota a mi vecino y él le proporcionará la llave de mi casa. Después, cuando se marche, se la entregue a Carlos, que es como se llama el vecino. Es persona de mi entera confianza y le proporcionará todo lo que precise.

Brígido intentó sonsacarle más noticias sobre Don Camilo, pero Marieta se limitó a ofrecerle su mano para que se la estrechara y el forastero aprovechó para besársela. Con ello dieron la entrevista por finalizada.

Bolufér ni siquiera cenó esa noche en la taberna de Tonet y prefirió acostarse pues estaba muy cansado.

Se echó sobre la única cama que había en toda la casa y completamente desnudo pues hacía un calor sofocante. Por la noche soñó con Marieta y creyó que las sábanas, a pesar de que estaban recién lavadas, conservaban el aroma que había percibido cuando la visitó en la casa de Camilo.

El sueño debió terminar felizmente, aunque no se acordaba de nada, pues al día siguiente cuando se despertó, la sabana estaba manchada con su semen.

Maldijo a todos los santos y pasó gran parte de la mañana lavándolas.

XXXXX
XXX
X

Pospuso el viaje a Altea para el día siguiente. Después de la colada, el fuerte calor no invitaba a ningún paseo. Comió en la Taberna de Tonet y se fue a dormir la siesta. Cuando el sol declinaba fue a dar un paseo por los montes cercanos. Recogió algunas flores, hojas y conchas vacías de caracoles y volvió a casa, pasando antes por la casa de Tonet para que todos vieran lo que portaba y se dieran cuenta que era un autentico naturalista científico.

A la mañana siguiente, después de una noche algo agitada, pues en vez de sueños tuvo pesadillas, se levantó antes de que el sol alumbrara el interior de la casa. Terminó con las pocas provisiones que trajo para el viaje y que le recordó tenía que reponerlas, tanto para los viajes que se avecinaban como para tener algo en casa para consumir en caso de apuro.

Salió al alba por la parte trasera de su casa, ya montado en su rocín. Anduvo por detrás de las casas del Poble Nou y cuando paso la ultima tuvo acceso a la carretera. Cabalgó hacia el norte bordeando el mar y contemplando las innumerables calas que encontró a su paso. Era desde el luego el lugar ideal para retirarse, siempre que lo hiciese con el suficiente dinero. Llegó a Altea antes de que el sol apretara y subió hasta el pueblo que se encontraba situado en lo alto de una colina.

Desde allí se veía la imponente mole del Peñón de Ifach que desde esa distancia parecía el de Gibraltar visto desde Algeciras, según recordaba de un cuadro que vio en cierta ocasión pero no recordaba donde. Se estaba haciendo viejo.

Pasó ese día y el siguiente en el registro de Altea, rebuscando entre legajos y libros índices, sin encontrar nada interesante. Finalmente optó por recurrir al pasante del registrador, después de untarle convenientemente la mano, que le puso en bandeja de plata todo lo que necesitaba. Eran transacciones reciente, que había pasado con su pluma y las recordaba perfectamente.

Allí estaba registrado a nombre de Don Camilo: la casa de Yocla, el almacén donde guardaban la mercancía de los alijos y que también servía de cuadra para la reata de mulas, el Riu Rau y hasta una casa, a la orilla del mar, en la parte baja de Altea que Don Camilo no había visto nunca y ni siquiera sabía que era de su propiedad. Por en medio una serie de parcelas de tierras, por los alrededores de Yocla, difíciles de evaluar.

El pasante viendo que allí había dinero que ganar, se ofreció, si le daba un día de tiempo, a colorear en un plano la situación de todas las parcelas para que su cliente pudiera hacerse una idea más exacta.

Aceptó Brígido y decidió pasar la noche en una fonda de Altea, pues no le apetecía, aunque solo fuera un paseo a caballo, ir y venir de Yocla en un espacio tan pequeño de tiempo. Después de llenar el buche le preguntó al posadero si había en el pueblo algún lugar para desahogar los instintos.

-Poca cosa hay – le dijo el hostelero, mientras pensaba en alguien que pudiese satisfacer a su cliente – cerca de aquí vive una vieja hetaira valenciana que ya no ejerce con promiscuidad, pero todavía consuela a eventuales clientes. Yo mismo he recurrido a sus servicios cuando mi esposa se pone terca, se enfada y ni a ostias logro que descruce sus piernas. No es joven pero tiene buenas carnes y lo mejor de todo es que como ya tiene los riñones bien cubiertos, folla más por vicio que por dinero, aunque nunca reniega de unas monedas, aunque solo sea por no perder la costumbre de recibirlas.

Siguiendo las indicaciones del posadero, no le fue difícil localizar la casa recomendada. Lo recibió una señora agradable de todavía buen ver, para su gusto llevaba excesivas cremas y afeites en su cara, lucía un pelo rubio tintado, que corroboró cuando contempló el vello de su pubis. Se cubría únicamente con una bata atada a la cintura, que dejaba entrever unas extraordinarias piernas cuando andaba y que las mostró con toda plenitud cuando se sentó y cruzo sus piernas con la suficiente lentitud para que pudiese comprobar que no llevaba nada debajo.

El Bolufer ardía en deseo de comenzar, pero la dama lo hacía para pasar el tiempo, tener compañía un buen rato y sobre todo charlar de los más dispares asuntos. Sobre la mesilla que tenía delante descansaban tres botellas de licores distintos, unas galletas, uvas pasas y nueces servían para picar.

Media botella de anís tardó la dama en decidirse. Se levantó de la silla, se quitó el batín mostran-

do todo su esplendor, solo empañado por unos pocos defectillos que no podía evitar, y marchó a su habitación diciendo únicamente.

-Sígueme.

De épica y memorable pudo catalogar el hombre esa noche para el resto de su vida. E incluso pudo evitarse el alquiler de la habitación en la pensión esa noche, si no fuera porque la tenía reservada y a las cinco de la mañana la dama lo echó de su casa. Aunque le importaba un pito su virtud, no le gustaba que los vecinos murmurasen por ver salir furtivamente de su casa un hombre a primeras horas de la mañana y prefería hacerlo cuando ningún alma vagaba todavía por la calle y desde las ventanas indiscretas se pudiese ver algo.

Repetir le hubiese gustado al Brígido la noche siguiente, pues platos como este no se servían todos los días, aunque para ello le costase pasar otro día en Altea, pero la dama no solía degustar dos veces seguidas el mismo manjar por mucho que le hubiese agradado.

Durmió en la pensión hasta que a las doce del mediodía la moza encargada de la limpieza, lo echó con cajas destempladas. No desayunó nada, pues lo único que quería era vomitar la media botella de brandy y una completa de mistela que se zampó la noche anterior. Lo logró, sin poderlo evitar, en su recorrido hacia el registro y sobre la blanca fachada de una casa, teniendo que soportar además los histéricos gritos que desde una ventana le lanzaba su propietaria para ahuyentarlo.

Al registro llegó más ligero y sobre todo más despejado. El pasante le mostró eufórico el plano en su mano derecha, mientras que con su izquierda, casi extendida, exigía su pago.

Bolufer depositó una moneda en ella mientras contemplaba el papel. En rojo estaban pintadas las parcelas correspondientes al cura y en azul, muchas menos, las correspondientes al Marques de la Almadra. Por en medio, como diminutas islas totalmente desperdigadas, aparecían en blanco las parcelas de los pequeños propietarios.

El cura era inmensamente rico y un hueso duro de roer. En el registro aparecía que las parcelas habían sido adquiridas por donación o por cantidades insignificantes, meramente simbólicas. Por debajo de un valor catastral ridículo.

Por la tarde ya estaba en Yocla.

XXXX
XXX
X

A oídos de Don Camilo habían llegado rumores de la presencia de un extranjero en Yocla que parecía estar fisgando en sus asuntos más de lo que la prudencia aconsejaba. Temió se tratase de un policía, pero él permanecía tranquilo pues estaba en paz con los hombres y sobre todo con Dios. Los negocios sucios hacía tiempo que los había dejado y a los actuales no se le podía poner el menor reproche. El expolio, si alguien quería llamarlo así, a Angélica, se hizo conforme mandaba la ley, y él tenía la conciencia tranquila, pues en caso de que hubiese ocurrido lo contrario, excepto una cantidad con la que hubiese beneficiado a su hermana y a sus hijos, sobre todo al tenido con Consuelo, pues la otra nadaba libre, hubiesen ido a manos de Angélica, sin importarle que hubiese pasado después. Al fin y al cabo si el testamento de su amada hubiese sido más justo, sin duda lo hubiese respetado, pero de ninguna manera podía consentir que cayese en manos indebidas.

De todas formas estaba dispuesto a averiguar quién era ese caballero que iba haciendo preguntas indiscretas por el pueblo y tenía pinta de todo, menos de extranjero aficionado a la naturaleza.

¡Hasta se había atrevido a meterse en casa de Marieta; y también en su propia casa, aunque eso era culpa de Tonet por tener la lengua tan ligera. Éste le confesó que el indiscreto visitante solía comer y cenar en su taberna todos los días excepto un par de ellos que según parece estuvo ausente.

El cura se sentó en su rincón predilecto, un lugar discreto de la taberna en donde atendió al capital genovés, al que resarcíó del expolio sufrido unos años antes y le trajo las malas nuevas de la muerte de Nelo y Jordilí.

Desde allí podía verlo todo y a su vez pasar desapercibido. A la hora prevista se presentó el extranjero, pidió una frugal cena y se puso a consumirla sin que aparentemente le molestase el jolgorio que existía a su alrededor.

Don Camilo advirtió que vestía como los extranjeros que solían visitar nuestro país, pero quizás con un tono más exagerado, como si intentase demostrar lo que no era, hasta ellos se despojarían de alguna que otra prenda por el excesivo calor que hacía en esa época, pero este hombre, a pesar de que sudaba como un poseso en pleno trance, se mantenía imperturbable en su papel. El mostacho lo tenía ligeramente desplazado a la derecha y un poco torcido lo que demostraba a todas luces que era falso. Partiendo de esa base y dado que el pelo le sentaba como una patada en cierto sitio, dedujo que se trataba de un peluquín y que por lo tanto también era falso.

Cuando un hombre se disfraza, es porque intenta cometer una fechoría o teme ser reconocido. Trato de imaginárselo quitándole todos esos disfraces y no pudo. Por otro lado una cosa era verlo y otra reconocerlo, que en definitiva era de lo que se trataba.

El único rasgo inusual de su cara era su extraordinaria nariz aguileña, pero eso tampoco le decía nada. De repente, con un rápido movimiento, paso la manga derecha de su camisa por la punta de su nariz en un gesto inequívoco de limpiarse algo que a esa distancia no podía distinguir. Recordó haber visto fugazmente ese mismo gesto hacia solo un rato sin darle la menor importancia. Esperó pacientemente a que se repitiera y cinco minutos después volvió a hacerlo.

Solo había un hombre en este mundo, y lo pudo comprobar día a día durante los cinco años que trabajó junto a él, que repitiera esa señal inequívoca constantemente con el único objetivo de quitarse una insignificante gota de moquita que pendía, inexorablemente y como una enfermedad crónica, de la punta de su nariz. Ese no podía ser otro que Brígido Bolufer encargado de controlar todas las herencias, que de los fieles, recibió el obispado.

¿Pero qué coño hacía aquí? Estaba claro que el testamento de Angélica con la donación de la mísera alquería de Alboraya había llegado a su poder y no se había conformado con ella. Su fino olfato le decía que había algo más y hasta se había desplazado personalmente para averiguarlo en vez de enviar a alguno de sus secuaces. De ahí las continuas preguntas que sobre su patrimonio iba haciendo para tratar de conocerlo. Debía de haber quemado el testamento e impedir que siguiese hacia adelante, pero ahora ya era demasiado tarde. No tenía más remedio que lidiar al toro y cuanto antes mejor.

Se acercó a su mesa y pronto comprobó que la impertinente gotita colgaba de su nariz. Si albergaba alguna duda esta se había disipado por completo.

-Mi querido Brígido Bolufer – dijo mientras tomaba asiento en la silla de enfrente sin pedir permiso - ¡Dichosos los ojos que te ven! ¿Cuántos años llevamos sin vernos?

Al extranjero le cayó el alma a los pies al ser reconocido.

CAPITULO II

EL REGRESO DE ANA

Cuando Luis, su esposa Ana y sus hijos Jorge e Inés, decidieron volver a Alcoy. El primer inconveniente era el rebaño de cabras, que en su día trajeron a esta población, pero ahora devolverlas, teniendo en cuenta la nueva vida que iban a llevar y en donde pensaban vivir, era un engorro.

Antes de conocer a su actual esposo, Ana vivía en una casa de campo, alejada de Alcoy media legua y el rebaño era su único medio de subsistencia. Mientras su hijo pasaba el día pasturando las cabras, ella, con una burra que pudo adquirir después de un afortunado encuentro con Saoret, un célebre bandido, se desplazaba diariamente a Alcoy para vender la leche y los quesos que fabricaba por las tardes.

Ahora trataba de deshacerse del rebaño pero no encontraba comprador. La única oferta que tenía era la de un tratante de Altea que intentaba pagar una miseria por él. Sabía que tenía una necesidad perentoria de venderlas y el tiempo corría a su favor. Tensó la cuerda todo lo que pudo, pero Luis y Ana no estaban dispuestos a ceder y primero regalarían una cabra a cada vecino del pueblo que tuviese un corral, que malvenderlas.

Un día se presentó un pobre hombre, que apenas conocían y les ofreció tres monedas de oro de ocho escudos por el rebaño. Para demostrar que su oferta era cierta mostraba las monedas extendidas en la palma de sus sucias manos. Parecía mentira que un hombre así pudiese tener esa pequeña fortuna, pero Luis aceptó inmediatamente. Poco importaba si el dinero era robado o los ahorros de toda una vida de intensos trabajos. Ana más pragmática sospechaba que la mano oscura de Don Camilo estaba detrás de la transacción y que más pronto que tarde le exigiría el pago de algún tributo.

Luis sabía que su esposa guardaba veinte monedas de oro desde el nacimiento de su hija Inés y que de ninguna forma logró que invirtiera en alguno de sus locos proyectos. Solo cuando decidieron trasladarse a Alcoy, Ana también le confesó que su primo le había pagado doscientas monedas por el brillante que le regaló Saoret.

Luis no percibió nada oscuro en ese regalo ni sospechó que parte de él posiblemente se debiera a la relación que habían mantenido su esposa y el bandido. Reconocía el peligro que habían corrido al ocultarlos de la Guardia Civil y que esto no se pagaba con todo el oro del mundo. Suponía que él también hubiese pagado esa cantidad, de tenerla, para salvar a su familia de un peligro inminente.

Lo cierto es que era rico, no solo por el dinero que poseía sino también por el trabajo que le habían ofrecido.

Tuvo que deshacerse de los palomos, pues había dado su afición por finiquitada ya que con su nuevo empleo no podía seguir atendéndolos, unos los vendió, otros los regalo y la mayoría se los comieron. El caldo de pichón no dejaba de ser un buen reconstituyente y un excelente complemento a la dieta de pescado a la que estaba casi sometida la población en donde residían.

El viejo burro lo conservarían pues de venderlo solo lo podrían aprovechar para carne y no deseaban ese triste final para el noble bruto que tan bien les había servido. Después, una vez en Alcoy, ya verían lo que harían con él.

Otro problema a solventar fue el del dinero. Una humilde familia con hijos que hiciese el camino hacia la capital de la montaña, a pie y ayudados únicamente por un burro para que portara sus escasas pertenencias, no debían tener ningún problema para pasar por los estrechos valles del interior de la provincia. Pero si los roders les registraban por cualquier circunstancia, y solían hacerlo en busca de la más modesta joya, podían pasarlo mal si les encontraban una fortuna encima, con independencia de que podían perderla. Se habían dado el caso de asesinatos por una sola moneda de oro, únicamente para que no los delataran posteriormente.

El camino era ahora más seguro por la presencia de la Guardia Civil, pero no tenían el don de

estar en todos los sitios y los bandidos con los que podía encontrarse ahora eran de mucha peor calaña que Saoret.

Luis le expuso el problema a Don Camilo y este le propuso cambiar el oro por un pagare.

-Lo puedes llevar dentro de un libro o mejor en el dobladillo de un vestido, pues al tacto no se detecta como ocurriría con una moneda. Y aun encontrándolo, como no saben leer, creen que es una carta y no le hacen el menor caso.

-¿Y si le da por romperlo?

-No pasa nada. Lo anulamos ante notario para obviar mis responsabilidades y te extiende otro.

-¿Cuándo llegue a Alcoy que hago con él? – le preguntó de nuevo Luis, necesitado de obtener información, pues de ese tema lo ignoraba todo.

-Te vas a la banca Vicens, que como sabes está en la calle de San Francisco, lo presentas y con unos pequeños trámites inmediatamente te dan el dinero. Aunque eso no te lo recomiendo.

-¿Por qué? – le pregunto de nuevo Luis extrañado.

-Es demasiado dinero para llevarlo encima o dejarlo en casa. Vuestro piso en Alcoy no será como el Riu Rau lleno de “amagatalls” y os será difícil ocultarlo. No son tiempos tranquilos los que corren y ese oro puede ser una tentación para muchos. Mejor será que lo dejéis depositado allí en una cuenta a tu nombre y vayas retirándolo, en pequeñas cantidades, y con arreglo a tus necesidades. Si tienes que pagar una cantidad importante, como por ejemplo el piso que vais a compraros, te facilitaran en el banco un impreso como este, lo extiendes por la cantidad precisa y con tu firma y que se encargue él de cobrarlo. Si el dinero no circula no hay posibilidad de robarlo.

-¡Dios mío! Dentro de poco el oro no circulará.

-Tenlo por seguro. ¡Es el futuro!

Ana no estaba muy segura de la operación que terminaba de hacer su marido.

-¿A quién se le ocurre cambiar todo el oro que tanto esfuerzo nos ha costado reunir, por un simple papel escrito?

Estaba segura que nunca lo recuperaría, y como mínimo tendría que pasar otra vez por la piedra para conseguir que el cura se lo devolviera.

-No te preocupes – le dijo Luis para consolar el llanto que una incipiente lagrima anunciaba – es solo para que no nos lo roben durante el viaje. Una vez en Alcoy lo sacamos para que tú puedas contarlo y después ya veremos que hacemos.

-¿Serán las mismas?

-Ten por seguro que sí. Ellos guardan todas las entregas aparte, para no mezclarlas con las otras que tienen y luego te las devuelven conforme las necesitas. – le respondió con un suspiro y sin estar nada convencido, únicamente para tranquilizarla.

XXXXX
XXX
X

Por suerte el viaje hacia Alcoy trascurrió sin ninguna incidencia. Tardaron cuatro días en hacerlo, pero como estaban a principios del verano la temperatura durante el día era agradable y por la noche solían dormir en alguna venta cercana a los distintos pueblos por los que tenían que pasar. Pepe el Pollero que era el alcalde del pueblo y cuñado del cura, que había hecho varias veces la ruta hacia Alcoy, les anotó en un papel el camino, la distancia que tenían cada día que recorrer y la venta en donde tenían que parar para pernoctar tranquilamente. Ventas en las que él no se había detenido nunca ni en los más duros días del invierno. Ni siquiera cuando trajo a Yocla a Amalia, la hermana de Don Camilo y futura esposa suya después de un montón de vicisitudes. Entonces ansiaba hacer el amor con ella y era más fácil hacerlo bajo las estrellas como finalmente consiguió, que encerrados en habitaciones distintas de una posada.

Tardaron casi una semana en llegar a su destino, pues finalmente decidieron pasar un par de días, para descansar, en la casita en donde vivieron Ana y su hijo Jorge.

El problema fue que no podían entrar, pues la puerta estaba cerrada con llave. Ana no la tenía pues la suya la cedió, cuando se marchó, a Ramón, el mediero del la Masía de Morales, para que le echase un vistazo de vez en cuando y cuidase de que nadie se instalase en ella si la veían abandonada. Ir hasta la masía que estaba un cuarto de legua y regresar era una opción, pero de noche y después de los que llevaban caminando no era apetecible ni siquiera para el zagal de la familia.

Ana recordó, que su primer esposo, por si perdían la única llave que usaban, guardaba un duplicado en la parte trasera de la casa, aunque no recordaban exactamente donde. Solo en una ocasión le mostró el lugar exacto su ex marido y ella no le hizo mucho caso porque en realidad nunca creyó que podía necesitarla, como así fue, y en último lugar siempre estaba él para recuperarla. Por entonces todavía eran medieros en la masía y vivían allí, la casita solo se usaba como refugio de caza en invierno por el dueño y en verano cuando los propietarios invadían la casa y les restaban intimidad solían buscar esta casita como refugio de amor.

Lo único que recordaba es que estaba situado el escondite en la mitad de la pared y a la altura de sus ojos. Dicho escondite solo era un agujero que se tapaba con una piedrecita que encajaba perfectamente en la abertura.

No era fácil encontrarla pues había otras muchas del mismo tamaño que complementaban y servían de soporte a otras piedras más grandes. Improvisaron una tea, pues ya era noche cerrada y Luis marcó dos puntos en la zona en que creían que estaba y a la altura de los ojos de Ana y los unió con una línea recta que hizo con un trozo de yeso que encontró por el suelo.

Pocas piedras pequeñas habían por debajo del trazo y con la ayuda de una navaja las intentaba extraer. Al tercer intento la encontraron pues la piedra a la mínima presión saltó como si fuera un proyectil. Ana intentó meter un dedo pero Luis se lo impidió.

-Puede haber un "alacrán" ahí dentro – le advirtió

Metió la punta de su navaja y arrastrándola hacia afuera sacó la llave. La alegría de todos fue inmediata.

Estuvieron dos días limpiando la casita y disfrutando de ella. Los arbustos y "archilagas" medraban por doquier y un incendio accidental hubiese terminado con todo. Limpiaron todos los hierbajos que había a menos de cincuenta metros alrededor de la casa y lo quemaron poco a poco y en una hoguera controlada que ardió los dos días.

La casa era ideal para pasar las vacaciones de verano, pero no para residir en ella cuando tenían que acudir diariamente a Alcoy para estudiar o trabajar. De todas formas necesitaba una ampliación urgente pues la familia se había incrementado y todos no cabían, por lo menos con la debida intimidad. Luis se comprometió a ampliarla para que el próximo año pudieran ir a pasar sus vacaciones estivales y algún que otro fin de semana a tan entrañable lugar. Pero lo esencial era comprar o por lo menos alquilar un buen piso en Alcoy.

Una vez descansados, al segundo día, reemprendieron la marcha hacia Alcoy. Pasaron por el

antiguo palomar de Luis y vieron con desolación que la barraca de madera estaba totalmente destruida y faltaba parte del maderamen que había sido usado como leña por algún desaprensivo, según demostraban los restos de una cercana hoguera. Lo peor es que la fuente ya no manaba caballera y no sabían con certeza si era debido a la sequía o a algún desprendimiento que tenían que localizar. Lo cierto era que el agua fresca y cristalina ya no manaba y la verde hierba sobre la que solía hacer el amor con Ana ahora estaba seca.

Pospusieron la solución al problema para otra ocasión, porque no querían demorarse y llegar a la villa mucho mas tarde.

Llegaron a las ocho de la tarde cuando el sol estaba a punto de ocultarse por detrás de las montañas que rodeaban la población por el oeste. Decidieron alojarse esa noche en el hostel de la Viuda, al lado mismo de la Plaza de San Agustín. Podrían haberse alojado perfectamente en casa de su amigo Pepe, que les hubiese acogido con alegría, pero no querían presentarse a la hora de la cena, con todo el trajín que ello conllevaba y poner en un brete a su esposa Marcela que ya estaba bastante atacada de los nervios como para tener sustos como este.

Al día siguiente amaneció gris y presagiaba tormenta, pero a media mañana descargó un ligero chaparrón y rápidamente escampó. Jorge aprovechó para dar una vuelta por la población que hacía mucho tiempo que no visitaba y se llevó a su hermana para entretenerla y que no importunara a sus padres en la importante gestión que iban a realizar.

Les acompañó hasta la Plaza de San Agustín y mientras él se desvió por la calle Mayor, sus padres fueron a la calle del Mercado, en donde como todos los días algunos campesinos de los alrededores se dedicaban a vender sus frutas y verduras a las escasas amas de casa que todavía les quedaba alguna moneda por gastar. A la primera bocacalle doblaron a la izquierda buscando la calle de San Francisco y allí casi al principio se toparon con un imponente edificio en donde se encontraban las oficinas de la Banca Vicens.

El vestíbulo estaba dividido por un enorme mostrador que separaba a clientes de empleados. Un señor elegantemente vestido que portaba un sombrero de copa negro esperaba pacientemente que un nervioso empleado que escribía rápidamente sobre un papel le solucionase su problema. Cuando se acercaron al mostrador se les arrimó rápidamente un meritorio que apenas había cumplido los quince años, vestía con un traje que se notaba a las claras que no le había pertenecido nunca y que alguien se lo había arreglado precipitadamente para que pudiese usarlo. Los recibió con una sonrisa de carrillo a carrillo y cuando le entregaron el pagare sin pronunciar palabra, por poco se le cae de las manos como si quemase. Lo cogió al vuelo y todavía no se había repuesto del susto, cuando se fijo en su importe y su rostro paso en segundos de un pálido blanquecino a un sonrojado rojizo. Articuló una frase tartamudeando, que nadie entendió y con el pagare en la mano salió corriendo en busca de un señor calvo, obeso y medio oculto por la montaña de papeles que inundaban su mesa.

El hombre miro el papel y después al matrimonio, que según el mancebo, lo había traído. La cara que puso demostró que no era lo que esperaba ver, pero así y todo se repuso y levantó apresuradamente con una agilidad que no iba de acuerdo con su corpulencia. Movi6 su culo y sus cortas piernas como un pato nadando apresuradamente en un estanque y se dirigió hacia ellos. Les saludo con una reverencia y los acompañó siguiéndolos paralelamente por el otro lado del mostrador hasta encontrar una portezuela que le permitía introducirlos en sus dominios. Pero en vez de llevarlos a la mesa repleta de papeles los introdujo en un despacho presidido por una mesa limpia como una patena y fuera del alcance de miradas indiscretas.

-Siéntese aquí señora y usted aquí, caballero – les dijo mientras movía ligeramente la silla destinada a Ana – Un pagare de Don Camilo Blanes es siempre dinero contante y sonante.

-Eso esperamos – respondió aliviada la mujer.

-Y bien – respondió el empleado que le daba vuelta al documento como si quisiese cerciorarse de que era verdadero, aunque lo contrario ni se le había pasado por la imaginación – cuáles son sus

intenciones con respecto a esta importante cantidad.

-Pues cobrarlo y llevarnos el dinero – le respondió inmediatamente Ana sin dejar intervenir a su marido que se quedó con la boca abierta.

-¿Es cierto lo que he oído o ha sido producto de mi imaginación? – Ana y ahora también Luis lo miraban con cara estupefacta, ante tamaña pregunta.

-Es lo que ha oído – contestó la mujer con un hilo de voz y empezando a creer que el caballero gordo y calvo que tenía delante no estaba muy dispuesto a darles su dinero.

-Por mi encantado, pues solo estamos aquí para servirlos – les respondió en tono penoso – pero he de advertirles que ahí afuera hay por lo menos diez personas dispuestas a seguirlos a su casa, en cuanto salgan, para cuando caiga la noche visitarlos y conocer cuánto han sacado.

-¡Dios mío! – exclamó Ana

-De momento vivimos en una pensión – le respondió Luis como si eso cambiase las cosas.

-Peor me lo ponen. Estarán al acecho esperando que salgan para vaciarles la habitación. Aunque sea meterme donde no me llaman, yo, para su seguridad, les recomiendo abran una cuenta a su nombre y vayan sacando a pequeñas cantidades lo que precisen. Así, si sufren una desgracia que nos les deseo, las pérdidas serán mínimas. Recuerden el refrán que dice que no hay que meter todos los huevos en la misma cesta.

-También hay otro que dice que no hay que meter las narices en corral ajeno y...- Luis la interrumpió con un ligero golpe con el pie y el obeso hizo como si no la hubiese escuchado.

-Es que queremos comprar un piso y la cantidad que precisamos será importante – terció Luis.

-Mis queridos amigos. Hoy en día para comprar una vivienda no hace falta dinero – el matrimonio le miraba asombrado – yo les doy un papelito como este en blanco y ustedes lo extienden por la cantidad que acuerden, lo validan con su firma y ya vendrá el vendedor a cobrarlo.

-Y si se pierde mejor para ustedes – le dijo Ana bromeando.

El banquero le respondió con una sonrisa. La pareja comenzó a cuchichear en voz baja, mientras su interlocutor esperaba expectante, sabiendo que la presa ya no se le iba a escapar.

Ana no parecía dispuesta a dejarse el oro allí, pero finalmente se atuvo a razones con la esperanza de que ese mediodía fueran a comer a casa de Pepe y este como abogado les aconsejaría. De momento el dinero se quedaba en el banco.

Salieron de la entidad financiera antes de lo previsto. Cuando fueron de buena mañana tenían la impresión de que iban a pasar allí medio día, soportando largas esperas antes de que alguno de sus empleados se decidiese atenderles. La sorpresa fue cuando los tuvieron en cuenta desde el primer momento y lo hicieron raudo, veloz y amablemente. El único sabor amargo que les quedaba, era esa impresión que albergaba sus cuerpos y que no podían quitarse de encima, de perder un dinero dejado en manos de otros, por la aversión que mostraban los banqueros por devolver lo que les habían depositado, como si ya fuese suyo.

De todas formas confiaban en Don Camilo, que en definitiva era quien se los había recomendado y esperaban que Pepe les tranquilizase definitivamente. De todas formas, por lo menos a Ana, no le llegaba la camisa al cuerpo.

Pasear por Alcoy en plena canícula y casi al mediodía no les apetecía. La escasa lluvia caída apenas hacia un par de horas no había conseguido refrescar la mañana y ahora el calor apretaba de lo lindo. Después de la tranquilidad de Yocla y antes, de sus respectivas casitas en el campo, ahora el tráfico de la ciudad les agobiaba. Pesadas galeras cargadas de grandes fardos hasta los topes y tiradas por potentes y enormes percherones que eran imprescindibles para vencer los grandes desniveles de las calles alcoyanas les impresionaban. Mientras menudos chiquillos pasaban corriendo por delante de las carretas sin inmutarse.

Decidieron ir a casa de Pepe en donde se refrescarían. Sabían que su amigo no llegaría a su casa hasta las dos de la tarde y que tendrían una larga espera si querían verle. Solo deseaban que supieran

que ya estaban en Alcoy y Luis poder charlar tendidamente con él, del puesto de trabajo que le había ofrecido. Presentarse a la hora de la comida era poner en un compromiso a su esposa, pues con toda seguridad querría invitarlos y podía no estar preparada para ello. Yendo con tiempo, por lo menos les permitiría ver como estaba el patio y si pintaban bastos ahuecar el ala con cualquier excusa, dejando el recado para que su amigo les esperase después de comer y regresar a media tarde.

Marcela era una persona muy voluble, debida a unas depresiones que la atacaban ocasionalmente, motivadas principalmente a los celos que le ocasionaba su esposo sin pretenderlo. Sin esos malditos momentos era una persona muy sociable, querida, amable y sin perjuicios. Tenía la costumbre de, en vez de saludar dando las manos como mandas los cánones, de abrazar a todos sus conocidos, en general familiares y amigos de Pepe, que disfrutaban con el contacto de su voluptuoso cuerpo. No se daba cuenta y lo hacía sin ninguna malicia, pero Luis sabia, como todos los amigos, que si en esos momentos la besabas en el cuello, perdía la noción de las cosas, se abandonaba y podías hacer con ella lo que quisieras. El primero que lo experimentó fue Pepe, su actual esposo y como consecuencia de ello la dejó preñada de su hijo mayor y no tuvo más remedio que casarse con ella. Aun recordaba como un Pepe compungido le contaba como había sido la cosa, cuando ya la boda era irremediable.

Después supo por Camilo que, cuando ya estaba preñada pero no casada, a él también le pasó lo mismo, pero gracias a la intervención del Espíritu Santo y más directamente de una vieja cacatúa que los vio en una situación indecorosa evito el fatal desenlace, y un conflicto de intereses pues, de consumarse, nadie hubiese sabido con certeza quién era el padre.

Llamaron a la campanilla de la casa del abogado con cierta prevención, pero la sonrisa con que los recibió la doncella les hizo respirar tranquilos, pues si Marcela sufría uno de sus ataques todo eran caras largas. Además los niños pequeños corrían y chillaban por la casa y no se escuchaba ningún histérico grito de Marcela demandando silencio. Eso era buena señal.

-¿Está la señora en casa?

-Si, Don Luis. Les recibirá inmediatamente.

Luis se alegró que la doncella lo recordase, incluso por su nombre, a pesar del mucho tiempo que llevaba sin pasar por esa casa. Los acompañó hasta un coqueto salón, algo desordenado por culpa de los niños, pero que demostraba que era para recibir a las personas de confianza. El otro, el grande, cerrado con llave para evitar la entrada de los niños era para recibir a los desconocidos que había que impresionar.

Luis y Ana, recibieron todavía de pie a una risueña Marcela que no tardó en llegar. Vestía un salto de cama color carne que por suerte no transparentaba nada y según confesó después era para mitigar los excesivos calores de la casa. Abrazó primero a Ana, a pesar de que la conocía únicamente de verla en un par de ocasiones y después de decirle lo preciosa que estaba y todas esas cosas que suelen decirse las mujeres cuando se encuentran después de algún tiempo sin verse, se volvió hacia Luis e hizo lo propio. Este experimentó las mismas sensaciones de siempre, cuando lo abrazaba Marcela. No era desde luego la primera vez, pues ya debía haber perdido la cuenta, pero siempre las deseaba y no hacía otra cosa que confirmar por entero las confianzas que en su día le hicieron primero su esposo y después Camilo. Esta vez aumentadas si cabe, pues en sus anteriores contactos nunca les separo un vestido tan tenue como el que ahora llevaba. Se abandonó en sus brazos, obviando la presencia de Ana que no comprendía de donde había salido tanto cariño y los miraba con cierto recelo, mientras tanto el hombre gozó del contacto con sus voluptuosidades y no pudo evitar una fugaz erección.

La mujer llegó a notarlo sin duda y se separo rápidamente con una sonrisa de agradecimiento. Se alegraba de comprobar que todavía podía levantar pasiones.

Marcela tenía ya siete hijos más otro, el que hubiese sido el tercero, que había muerto a los tres años de una de esas enfermedades que suelen atacar a los niños sin esperarlo. Los dos mayores de veinte y dieciocho años, llamados Alberto y Bernabé, estaban estudiando en Valencia medicina y

abogacía, el primero por convicción y el segundo por obligación. El tercero, Carlos, era el que murió, y después la cuarta fue la primera niña, Dolores, que ahora tenía catorce años. Sucesivamente llegaron Emilia, Fausto, Gerardo y Herminia de diez, siete, cuatro y dos años. Que eran los revoltosos de la casa y los que sacaban a su madre de sus casillas.

Pepe no tardo en averiguar que la mejor medicina para enterrar los imaginarios celos de su esposa era dejarla preñada y a esa terapia acudía cuando lo juzgaba necesario. Los hijos resultaban caros, pero el dinero no era un problema en esa casa y si su esposa, con toda la ayuda que fuera necesario, se brindaba a criarlos, miel sobre hojuelas. Quería a su esposa con locura y su único pero, eran sus infundados celos. En la cama cuando le tocaba su punto débil y se excitaba era un verdadero volcán y mucho mejor que las innumerables mujeres que habían pasado por sus entrepiernas, cuya única virtud era la novedad y con ninguna había repetido.

Poco después llegó Jorge con su hermana y la dueña de la casa los saludó, con un beso a la niña y un achuchón, como los que prodigaba a los amigos de su esposo, al buen mozo en que se había convertido el hijastro de Luis y a quien dejó anonadado.

-Supongo que comeréis en casa. ¿A tú hija que le preparamos? – dijo a Ana.

-Come de todo. Cualquier cosa le vendrá bien

Llamó a gritos a una doncella, que era la que estaba a cargo de los niños pequeños y que se presentó corriendo y con la cara sofocada.

Era una muchacha bien parecida, morena, con un cuerpo esbelto y grácil. Tal vez un poco delgada para el gusto de la época, pero el hambre que había pasado en casa de sus padres lo justificaba, seguro que se recuperaría en esa casa pues ya había aumentado algún que otro quilo en el poco tiempo que llevaba allí.

-Leonor. Dile a la cocinera que seremos tres más en la mesa y a la pequeña que le prepare el mismo menú que a los nuestros.

La muchacha se fijo en Jorge antes de marcharse para cumplir el encargo de la señora, y este al darse cuenta que la miraba descaradamente no pudo evitar sonrojarse más de lo que estaba.

Jorge tenía en sus brazos a su hermana que ansiaba acudir al fondo del pasillo de donde salían los gritos de alegría y jolgorio de los niños de la casa. Él también quería ir allí pues fue donde se metió la muchacha que lo había impresionado después de dejar el recado de su ama en la cocina.

Sus padres, ajenos a todo esto conversaban con la dueña de la casa.

-No tenéis porque preocupaos – les decía – la Banca Vicens es la más solvente de Alcoy y de las primeras del Reino.

-¿De España? – le respondió asombrada Ana.

-De momento solo de Valencia, pero lo otro ya llegará, solo os diré que Pepe tiene allí todo nuestro dinero metido. No os digo nada más.

Mientras, Jorge, susurraba al oído de su hermana, alentándola para que fuese a jugar con los otros niños. De esa forma podría ir a rescatarla y volver a ver a la hermosa muchacha que los cuidaba.

Hasta entonces no había tenido la oportunidad de frecuentar con mujeres, excepto claro estaba su madre. Primero en Alcoy en donde vivía aislado en la casita y en pocas ocasiones acompañó a su madre a la villa. Pues las cabras no podían quedarse solas, y aunque él no lo sabía, su madre habría tenido que posponer, por su culpa, el diario flirteo que tenía con Luis. En Yocla tampoco tuvo suerte pues las chicas eran demasiado mayores o pequeñas para él. Parecía lo suyo el fruto de una generación perdida.

-Con respecto al piso no os precipitéis. Es una compra que solo se hace una vez en la vida y hay que estar seguro – decía en esos momentos Marcela.

Jorge soltó a su hermana cuando nadie lo miraba y la animó con una palmadita en el trasero a que acudiese a la habitación que tanto le llamaba la atención. Cuando la vio dentro, echó a correr para ir a buscarla, como si se le hubiese escapado.

-¡Inés; ¡Inés;- gritaba mientras corría en su busca.

Entró precipitadamente en la habitación, cuyo suelo estaba cubierto con una mullida alfombra sembrada de innumerables juguetes, destinados a uno y otro sexo y se topó con la chica que en esos momentos estaba haciendo carantoñas a la recién llegada.

-¡Hola; Soy Jorge – se presentó

-Yo, Leonor

-Encantado de conocerte – le dijo a la muchacha que lo miraba intensamente, como él a ella.

Después ya no supo que decirle y se quedó mirándola como si estuviese pasmado. Su madre lo salvó del naufragio lanzándole un cabo.

-Jorge, regresa – le dijo desde lejos – la señora Marcela consiente en que la niña se quede ahí jugando.

-Bien. Tengo que marcharme. Ya nos veremos. – se despidió mientras se alejaba.

Regresó triste y cabizbajo mientras la dueña de la casa continuaba con su disertación.

-Sobre todo que tenga sol. Eso es esencial para que los niños no sufran de raquitismo. Y vosotros tenéis una pequeña. Después el agua. Pepe ha comprado una participación y tenemos derecho a agua. Yo no sé qué es eso, pero os advierto que es carísimo. Él ya os lo explicara después con más calma. De no ser así, con el agua que gastamos en esta casa, solo limpiando culos, necesitamos a dos hombres todo el día acarreamos agua desde la fuente. Los pisos más valorados en Alcoy son los primeros o principales, que no tienes que subir muchas escaleras cuando acarreas agua y los que tienen una fuente pública adosada a la fachada para tenerla cerca.

La conversación fue interrumpida por la llegada de una deliciosa criatura. Era rubia y con los ojos azules claro, la melena le llegaba hasta la cintura y venía cargada de libros.

-¡Hola; Mama – le dijo mientras la besaba. Se fijó en Luis – usted debe ser el Tío Luis. Todavía lo recuerdo.

Lo besó y abrazó como había hecho anteriormente con su madre, pero más castamente y sin ninguna efusión. Luego saludó a Ana y se quedó delante de Jorge sin saber que decir. Finalmente le tendió la mano que el muchacho se apresuró a estrechar.

-Puedes besarlo, es como un primo – le indicó su madre.

A la muchacha se le inflamó la cara como la grana y llena de vergüenza se marchó a su habitación alegando una excusa banal. A Jorge le pareció hermosa la chica pero la vio como a una niña, tal vez dentro de dos o tres años iría como un loco detrás de ella pero de momento no le decía nada.

Marcela ordenó trajeran un aperitivo y unas cervezas frescas, a la vez, que le decía a Leonor, que diese de comer a los niños, pues quería que estuviesen todos durmiendo la siesta cuando llegase el señor a las dos de la tarde.

-Hoy hace un día horrible- les dijo a sus invitados mientras sorbía un trago de cerveza y picaba una loncha de jamón con un poco de queso – está decidido, mañana lo preparo todo y pasado partimos hacia la masía. Alberto y Bernabé ya vendrán cuando les dé la gana.

Ambos eran sus hijos mayores y estaban estudiando en Valencia. El mayor había optado por estudiar medicina, pues la abogacía no terminaba de convencerle y el segundo no tuvo más remedio que hacerse cargo de ella para seguir los pasos de su padre, aunque por las notas que obtenía lo tenía bastante crudo.

- Alberto seguro que trae buenas notas, pero el otro...

-Todos no pueden ser tan buenos estudiantes como el primero – intervino en su defensa Luis a ciegas, pues desconocía de qué pie cojeaba el segundo de la familia.

-No es precisamente los estudios lo que me preocupa – dijo Marcela mientras bajaba el tono de su voz – es su afición por las mujeres. Le han llegado noticias a Pepe que se gasta la mitad de su asignación mensual para sus gastos en pelanduscas. Hasta Alberto le ha tenido que ofrecer parte de la suya para que pueda comer.

-¡Dios santo! - respondió Ana mientras se santiguaba.

A las dos de la tarde en punto apareció Pepe por la casa, los niños ya estaban todos acostados aunque no dormidos y Leonor se encargaba de mantener el orden y que sus gritos no molestasen a los mayores. Pepe se alegró de ver a su amigo a quien ya llevaba unos días esperando. Saludo a todos los visitantes y renunció a tomar la cerveza que Marcela le ofrecía, lo que demostraba que había tomado algún aperitivo en alguna de las cafeterías de la Plaza de San Agustín.

Se sentaron los seis en un extremo de la larga mesa del comedor, que podía albergar por lo menos a veinte comensales y mientras otra doncella servía los platos Marcela le dijo a su esposo, como si se le hubiese ocurrido en esos instantes.

-Pasado mañana me marcho a la masía con los niños.

-Me parece magnífico. Un descanso te vendrá muy bien – le respondió con un punto de ironía que la única que pareció captar fue Ana, por la mirada que le lanzó. Su esposa ni se enteró.

-¿Qué servicio quieres que te deje?

-Ninguno cariño. Comeré en cualquier sitio y en la cama ya sabes que me gusta meterme en el mismo agujero.

-Me alegro, pues a mí con toda la tropa que me llevo, me harán falta todas las chicas.

-Por cierto. Luis y yo tendremos bastante trabajo por lo menos durante los próximos quince días. ¿Qué te parece si Ana te acompaña? Podéis haceros mutua compañía.

La propuesta dejó sorprendidos a todos los comensales, especialmente a Ana que buscó con la vista la aquiescencia de su esposo, que le respondió con un gesto que bien podía decir: “porque no”.

-Lógicamente – continuó Pepe como si lo tuviese previsto de antemano – Jorge e Inés irán con vosotros. Luis se puede quedar en casa conmigo y tener de esta forma prácticamente todo el verano para encontrar una buena vivienda para vosotros.

-Yo que hago allí... - intervino Jorge que ya se había hecho la idea de pasar todo el verano en Alcoy y dedicarse a la busca y captura de alguna bella alcoyana, ya que el amor parecía haber despertado en su corazón. De repente se dio cuenta que su primer amor, Leonor, también partía con la expedición y rápidamente cambió de opinión - ...aunque bien pensado podría asear la casa de mama y ver las posibilidades de ampliación que tiene.

-Magnífica idea – le animo su padastro.

-Cuando lo tengas todo preparado te enviare un maestro albañil para que te ayude – añadió Pepe.

Dolores la hija mayor del matrimonio que quería discrepar y negarse también a acudir a la casa de campo, como solían hacer sus dos hermanos mayores que se quedaban todo el verano en Alcoy divirtiéndose, alegando que allí se aburría como una mona, al ver que el buen mozo que tenía delante y al que no le había quitado ojo desde que se habían sentado a la mesa, lo tendría a su entera disposición durante por lo menos un par de meses en la masía, optó por callarse.

-¡Muy bien! - añadió su padre – si todos estamos de acuerdo no hay nada más que decir.

Aunque le costaba separarse de su esposo, pues solo se verían los fines de semana y probablemente no todos, Ana era la que mas satisfecha estaba. Había vivido en esa casa junto con su primer esposo como medieros. Allí era donde había concebido a su hijo Jorge en una fría noche de invierno mientras fuera caía una ventisca de mil demonios. Recordaba que esa noche no tocaba pues al día siguiente tenían que madrugar, pero con la que estaba cayendo fuera... se relajaron, estuvieron haciendo el amor toda la noche y después vino lo que vino. Entonces estaba allí como criada, ocupando una sencilla habitación de la planta baja de la casa.

Recordaba, que en invierno, cuando no estaban los señores y su esposo trabajaba en las labores del campo, ella, sola en toda la casa, subía hasta la planta noble y la recorría toda, tocando y mirando los ricos muebles que la decoraban. Un día encontró un lujoso vestido de una de las hijas del dueño y se lo probó. Parecía una reina y fue sin duda el día más feliz de su existencia hasta entonces.

Luego su marido murió en un extraño lance y ella tuvo que abandonar la masía y gracias a que

pudo refugiarse en la choza en donde crió a su hijo y que le proporcionó el dueño a cambio de someterse a su lascivia. Pero esa era otra historia que quería olvidar.

Ahora, aunque solo fuera un par de meses, viviría como una verdadera señora y con criadas que la atendieran.

CAPITULO III

LA MASIA

Había dos formas de llegar desde Alcoy a la masía de Morales. La primera era ir por la rambla alta, un camino solo un poco más ancho que el empleado por las cabras para subir por los márgenes de los bancales y que solo permitía ir a pie o montado a caballo y todo ello no sin cierto peligro. El otro era aprovechar el camino que conducía a la vecina población de Benilloba, que tenía la anchura suficiente para el paso de una calesa o galera y que se ampliaba un poco cada centenar de metros para permitir el cruce con otro vehículo que viniese en sentido opuesto. Poco antes de llegar a una Venta propiedad de un tal Nadal, y a mano izquierda, era el lugar adecuado para que partiese otro camino, un poco más estrecho, que aprovechando, primero la suave ladera de un monte y después los bordes de los bancales, Pepe, cuando compró la masía, ordeno construir un camino que conducía directamente hasta la casa para acceder más cómodamente. Una vez allí, para que los vehículos pudiesen dar la vuelta, aprovechó un bancal cuadrado que había a unos cincuenta metros delante de la puerta de la casa, en cuyo interior trazó dos círculos concéntricos, plantando pinos en el interior del pequeño y en el exterior del grande. Doce años después los pinos ya daba gusto verlos y entre ellos se distinguía perfectamente el camino trazado. Solo uno, situado en un extremo, destacaba sobre los otros. Era un pino enorme que apenas podían dos hombres abrazar su tronco tocándose la punta de los dedos de sus manos. Se veía desde lejos y era el símbolo de la masía.

Para trasladar a toda la prole hicieron falta dos calesas, mientras los adultos excepto Marcela que no estaba para muchos trotes, iban montados en caballos o mulas. A cierta distancia les seguía la galera con la voluminosa carga de los equipajes.

XXXXX
XXX
X

La masía era un enorme edificio cuadrangular, con un apéndice que servía como cuadras y redil para un rebaño de cabras, un gallinero y conejeras en donde se criaban en abundancia estos animales para complementar la dieta de los medieros y también de los señores cuando llegaba el verano y su presencia era inevitable.

La puerta principal de la casa estaba en la parte que daba al este, apenas se usaba salvo para entrar los carruajes o la cosecha y su enorme portalón casi siempre estaba cerrado.

La puerta secundaria era la que más se empleaba y siempre estaba abierta salvo por la noche. Era pequeña, más fácil de manejar y estaba situada en la parte sur, al lado mismo de la construcción que albergaba cuadras y corrales.

La planta baja era de uso exclusivo de los medieros y tenía una entrada directa a las cuadras. El vestíbulo era grandísimo y diáfano, entrando a la derecha había un gran hallar rodeados de bancos de obra primorosamente cubierto de bellos azulejos, así como las paredes hasta una altura de dos metros como era habitual en las cocinas valencianas. A la izquierda estaba el comedor y al fondo las habitaciones de los medieros a las que se accedían desde el vestíbulo por medio de un pasillo que terminaba en una puerta que daba paso a las cocheras y al granero.

Enfrente de la puerta de entrada y al lado mismo del pasillo, partía una escalera que daba acceso a la primera planta.

Todo el lado sur estaba ocupado por un amplio comedor, de tamaño equivalente al vestíbulo de la planta baja, ya que estaba situado exactamente encima, y a un cuarto de baño. El resto de la planta estaba dividida por un gran pasillo iluminado por un amplio ventanal situado al fondo. Tenía habitaciones a diestra y siniestras, las primeras daban a la cara este del edificio y las segundas al oeste. Excepto las dos primeras de la derecha que estaban destinadas a sendas cocinas, el resto eran dormitorios. Todos iguales menos uno que era el doble de grande. En principio era un trastero o almacén, pero ahora había sido decorado y servía como habitación para todos los niños pequeños.

Enfrente del comedor una pequeña escalera de madera, daba acceso a la buhardilla que era totalmente diáfana y con unos pequeños ventanales a ras del suelo, que siempre estaban abiertos y aireaban la planta. Allí se almacenaba la paja para el ganado que se subía embalada por el exterior del edificio, gracias a un juego de poleas, y luego se echaba según necesidades por un hueco en el suelo, que entubado, iba directo a las cuadras, y nunca faltaban las ristras de pimientos rojos o maíz secándose y otros alimentos que requerían para su conservación un ambiente fresco y seco.

Los niños tenían estrictamente prohibido el acceso a esa planta pues las ventanas abiertas a ras del suelo eran un evidente peligro. Para asustarlos les decían que escondidos entre la paja podían haber alacranes, que era el animal que más temían.

XXXXX
XXX
X

Todos los días salía Jorge, montado en su burra, hacia la casa de su madre. Se detenía en el camino, primero en un nogal para proveerse de nueces y después en una higuera para recoger los higos maduros que estaban al alcance de su mano. Eran de los llamados de la “gota la mel” por ser muy dulces y por una característica gota que manaba por su pezón parecida a la miel. La ladera situada a la derecha del camino era un viñero cuyo fruto todavía estaba un poco verde, él lo visitaba con la esperanza de conseguir un racimo comestible pero estaba claro que hasta finales de julio o principios de agosto no lo probaría.

Una vez en la pequeña casa, se comía lo recolectado y se dedicaba al trabajo sin descanso hasta el mediodía. El terreno donde estaba la casita superaba en medio metro el nivel de la carretera que había construido Pepe y pasaba a escasos cincuenta metros de ella, ocupando parte de un terreno que le pertenecía por lo que se subrogaba en el derecho de utilizarla cuando lo necesitase. Todos sabían en su familia que tanto la casa, que antiguamente se utilizaba como pabellón de caza, como el terreno habían formado parte de la masía de Morales, pues era una isla en medio del inmenso territorio de la finca. Y que por una extraña circunstancia que su madre nunca quiso revelar se la había regalado su anterior dueño.

Cogió una azada y rebajo el margen haciendo una rampa de cinco o seis metros de longitud, para disimular la pendiente, reforzó los márgenes con piedras y desbrozó un trecho de terreno para emplearlo como camino desde la carretera hasta la casa. Pronto llegaría la galera prometida por el Señor Pepe con ladrillos, tejas, argamasa y otros materiales de construcción, que con la ayuda de un maestro albañil le permitiría ampliar la casa. La idea era construir otra adosada a un lateral y cuando estuviese terminada abrir una puerta interior que las comunicara.

La base y cimientos de la nueva edificación tenían que ser de piedra y los días sucesivos los empleó en recoger todas las que había por los alrededores. Las piedras, algunas semienterradas, había que levantarlas con extrema precaución, pues en una de cada tres seguros encontraban un nido de alacranes debajo y que picarían cualquier mano que se acercase. Ya había probado de esa medicina unos meses antes de partir para Yocla y a pesar de los remedios caseros que le aplico su madre estuvo rabiando de dolor durante veinticuatro horas y no deseaba de ningún modo repetir la experiencia. Levantaba la piedra con la azada y la volteaba matando a todo bicho viviente que hubiese debajo de ella para que no se metiera debajo de otra piedra e incluso en las grietas de su casa o la que iba a construir. Luego la volteaba un par de veces para cerciorarse que no había ningún animal adherido a ella, pues los que huían tendían a esconderse debajo de la misma piedra y solo entonces, después de tomadas todas las precauciones, la cogía con las manos y la depositaba en la albarda que portaba el burro y que lo seguía mansamente donde iba comiendo todos los tallos tiernos que encontraba a su paso.

Más abajo en una pequeña hondonada, descubrió un pequeño bancal arrasado por alguna copiosa lluvia, que había desmoronado el margen de piedra que lo sustentaba. Probablemente tenía más de trescientos años de antigüedad y fue construido por los moriscos que poblaban estas tierras antes de su expulsión en tiempos de Felipe II. Debía ser así porque hoy en día no se realizaba una obra de esa magnitud únicamente para aprovechar unos pocos metros cuadrados de tierra.

Ignoraba si esa tierra pertenecía a la masía o a su madre, pero le daba igual. Se notaba a la legua que llevaban años sin cultivar y que nadie se preocupaba de recuperarlas. Cargó con todas, tomando las debidas precauciones, y después de innumerables viajes, que dejaron baldado al burro, y varios días de penoso trabajo, logró apilarlas a todas al lado de su casa. Cuando vio el enorme montón formado, calculo que ya tenía suficientes y abandonó su trabajo en solitario en espera de la llegada del albañil.

XXXXX
XXXX

Al lado del patio pavimentado que había delante de las cuadras y la puerta secundaria de la casa. Manaba una fuente que ni en los peores años de sequía dejaba de fluir. Pepe había ordenado la levantasen de ras del suelo hasta la altura de la boca para que la gente pudiese beber a morro sin dificultad. El agua sobrante se expandía y lo encharcaba todo formando delante un barrizal cuando rebasaba la pequeña bañera que puso debajo para recogerla. Decidió desviar ese sobrante a una balsa de cinco por ocho metros y una profundidad de metro y medio, que construyó detrás de la fuente y que se llenaba prácticamente con el sobrante de un par de días.

El mediero que estaba al loro convirtió inmediatamente las tierras de secano que había alrededor de la piscina en huerta de regadío. Regaba por la tarde, cuando el sol se ocultaba, un trozo de huerta, dejando el agua de la balsa por la mitad, de forma que ésta al mediodía del siguiente ya se había recuperado en casi la totalidad. Las rotaciones las hacía con tanta exactitud que cuando terminaba de regar la última parcela, podía comenzar de nuevo con la primera.

Junto a la balsa, al lado contrario de la huerta existía un lavadero que siempre estaba lleno de agua y servía a su vez de abrevadero para todos los animales aunque el agua estuviese sucia de jabón. Se nutría de agua mediante un tubo que la unía a la piscina y que se tapaba con un corcho cuando no se necesitaba que fluyese el agua.

La fuente la adornaron con bancos y un armazón de madera que sostenía un parral que a su vez proporcionaba una excelente sombra. Allí se reunían los dueños de la masía, para hacerse un aperitivo por el mediodía y por la noche para cenar. El agua manaba tan fría que en la bañera no era extraño ver, alguna botella de vino, un melón u otra fruta puesta a la fresca por la mañana para que estuvieran en su punto de frescor a la hora de la comida.

La frialdad del agua apenas atemperada por la exposición al sol durante toda la mañana no invitaba al baño.

Jorge era un excelente nadador por los años pasados en Yocla. Cuando a media tarde terminaba de pasturar a las cabras, se bajaba corriendo hasta la playa y allí, observando a los otros bañistas y sin que nadie le enseñara, aprendió a mantenerse a flote y posteriormente a nadar con cierta soltura.

Aquí llegaba sudoroso después de una mañana de intenso trabajo y el primer día no lo dudó. Después de dar de beber al burro, meterlo en la cuadra y darle una buena ración de heno, se quitó los pantalones y la camisa y solo cubierto por unas bragas de tela blanca, se lanzó al agua. De momento se le helaron los cataplínes, según reconoció posteriormente a su madre en privado, pero braceando continuamente y cruzando la piscina de largo en infinidad de ocasiones, logró que el cuerpo se aclimatase y no notara en exceso la frialdad del agua. Al espectáculo acudió Dolores, que andaba aburrída por allí ya que sus hermanos se habían subido a la casa con Leonor para comer. Observaba oculta en el parral la destreza con la que Jorge se deslizaba sobre el agua y ella, que no sabía nadar, le parecía una hazaña increíble. Estaba disgustada con Jorge, pues no le hacía el menor caso, se pasaba las mañanas en paradero desconocido y por las tardes se dedicaba a rondar a esa mierdosa de Leonor a la que comenzaba a tenerle manía. No estaban saliéndole las cosas como había planeado y algo tendría que hacer aunque no sabía el que.

Cuando finalmente se decidió a salir del agua, no se dio cuenta Jorge que sus bragas mojadas estaban pegadas a su cuerpo y transparentaban el vello púbico y sus atributos sexuales. Para colmo, a consecuencia de la frialdad del agua o vaya usted a saber si por algún pensamiento erótico que rondaba su mente, el pene tenía una media erección y aparentaba ser más grande de lo que realmente era en reposo.

La muchacha no había tenido la ocasión de contemplar el sexo de sus hermanos mayores, pero si estaba cansada de ver el de los pequeños y aquella bolita acompañada de un diminuto apéndice no le parecía ser nada de otro mundo. Pero al contemplar aquello, que es lo que se imaginaba encontraría el día de su noche de boda, le produjo un momento de estupor y de espanto a la vez. Huyó escandalizada y corriendo hasta el primer piso. El amor ya había despertado en su corazón y

sabia de sexo mucho mas de los que su madre podía imaginar pero menos de lo que ella desearía, pues algunas cuestiones todavía se le escapaban. En el colegio un par de amigas la habían puesto en antecedentes aunque de una manera incompleta. Desde ese momento Dolores no dejó a Jorge ni a sol ni a sombra.

El muchacho subió a su habitación para cambiarse y encontró a su madre arreglándole la cama. Se desnudo delante de ella, pues no tenía nada que ocultarle, y mientras ella le secaba la espalda con una toalla le contó lo sucedido.

-Y cuando me ha visto salir de la piscina ha lanzado un grito de terror y ha salido huyendo sin venir a cuento.

Tal vez por el roce de la toalla, lo cierto era que la erección no iba menguando sino creciendo. La madre le echó un vistazo y en medio de una risa que no pudo evitar le dijo.

-Yo también saldría huyendo de esta habitación si no fueras mi hijo.

Al día siguiente cuando se bañó, Jorge lucia unas bragas negras de tela más recia que su madre le había preparado precipitadamente, que aunque se mojaban como las otras, por lo menos no transparentaban.

XXXXX
XXX
X

Dolores lo acosaba continuamente y no perdía la ocasión de manosearlo con cualquier excusa, rozarse con él aprovechando cualquier estreches del espacio disponible e incluso besarlo cada mañana la primera vez que se lo encontraba, como solía hacer con su padre y madre pero no con sus hermanos, alegando que eran primos. Le dirigía preguntas tontas para iniciar una conversación cada vez que tenía ocasión e incluso cuando no la tenía. Jorge ya no sabía cómo evitarla.

Que la muchacha era hermosa no cabía la menor duda. Pero él continuaba viéndola todavía como una niña. Dentro de dos años sería tan apetecible como lo era ahora Leonor y dentro de cuatro con toda seguridad explosionaría y probablemente iría tras ella mendigando los besos que ahora despreciaba. Pero por el momento solo la consideraba una cría o tal vez era porque Leonor le tenía sorbido el seso.

Él quería acercarse a la criada y esta parecía no tener nunca tiempo disponible pues los críos la acaparaban por completo. Pensó, que si podía atraer a los niños ella también acudiría, pues después de la sogá siempre está el pozal. Pero no se le ocurrió nada que propiciara ese encuentro.

En primavera llovió mucho y los mosquitos abundaban de tal manera que no dejaban a nadie conciliar el sueño por las noches, por culpa del horrible zumbido con el que delataban su presencia y si eso no era suficiente, estaban los habones con los que amanecían los moradores de la casa al día siguiente.

Los gritos de Doña Marcela hicieron mella en su esposo, que para no oírla, reaccionó trayendo a la semana siguiente un aprendiz de la fábrica, que todavía no había cumplido los doce o trece años y que no tardaría en establecerse por su cuenta y convertirse con el tiempo en el industrial más importante de Alcoy.

La idea era muy simple, se trataba de construir con listones de madera unos marcos a medida de las ventanas, fijarle una red de hilo excesivamente almidonado para que se mantuviera firme como si fuera una reja de hierro y luego acoplarlos a los marcos de las ventanas de forma que los ventanales se pudiesen abrir para ventilar la habitación, pero que la estrecha malla impidiese el paso de los insectos.

Por suerte las ventanas eran idénticas y pudo hacerlas todas en serie, tipo estándar, con una facilidad y velocidad asombrosa y no propia de su corta edad. Cuando se marchó, dejó allí los restos de listones y la malla sobrante que trajo para su trabajo, y Jorge, que había terminado su labor en solitario en la casa de su madre, se ofreció para enseñar a los niños a hacer unas jaulas con la malla y luego cazar insectos para encerrarlos como si se tratase de un zoológico de estos pequeños animales.

Cortó la malla en cuadrados idénticos, luego dobló los extremos y formó una especie de caja, la tapó con otra pieza idéntica y las unió cosiéndolas entre sí, quedando casi un cubo perfecto. Con tres golpes de tijeras abrió una pequeña abertura en la parte superior de modo que formara una lengüeta que se pudiera abrir y metió dentro a dos zapateros que en esos momentos pasaban por allí, unidos por su parte trasera. Parecía que estaban follando y así debía ser pues no se soltaron ni por esas. Aseguró la improvisada puerta con una hoja de pino seca. Una vez terminada la muestra, puso a trabajar a todos. Unos cortaban, otros doblaban y él aseguraba los ángulos. Mandó a Leonor y Dolores que cosieran las cajas entre sí, aunque ésta última no tardó en escaquearse, alegando que el juego era muy infantil para ella y allanándole, sin quererlo, el camino a Jorge. De esta forma, y aunque solo fuera por acumulación de trabajo, se aseguraba la presencia de la muchacha a la que no dejaba de admirar.

Cuando todas estuvieron terminadas, llegó la hora de dedicarse a la caza de las presas. Una mosca, mariquita, araña, abejorro, avispa, abeja fueron las capturas más comunes. Pero la más espectacular fue una lagartija que se encontraba tomando el sol sobre el muro de la piscina y que al ser acosada se colocó sobre los azulejos del lavadero y allí a consecuencias de un manotazo cayó dentro del agua fría y rápidamente quedó inánime, pues por ser animal de sangre caliente no había resistido la frialdad del agua. Jorge la sacó inmediatamente, la metió dentro de la jaula más grande y la dejó expuesta al sol para que se secara y entrara en calor. Cuando fueron a por ella al cabo de una hora,

estaba reconociendo la jaula buscando la forma de escapar de ella.

El mediero, enterado por su hijo pequeño de lo que pretendían sus amigos. Trajo por la tarde un escorpión dentro de la fiambreira que había empleado para llevarse la comida. No era desde luego un animal apropiado para que jugasen los niños y lo trajo únicamente para que lo vieran, supieran lo peligroso que era y se retirasen si alguna vez se encontrasen con alguno. Trajo pinocha del cercano pinar y formó un círculo con ella sobre el pavimento del patio, depositó el animal en el centro del mismo e inmediatamente lo incendió por varios sitios. El escorpión de momento se quedó quieto, aturdido, tal vez por las largas horas que llevaba encerrado en la fiambreira y verse de repente liberado., trató de huir acercándose a diversos lugares del cerco, sin desde luego poder romperlo. Cuando las llamas se apagaron y el humo desapareció, el alacrán apareció muerto en el suelo. Nunca supimos si murió cumpliendo la tradición que se les atribuye de suicidarse con su mismo aguijón al verse rodeado por el fuego o simplemente achicharrado por él, como era lo más probable.

Cuando llegaron su padre y el señor Pepe, el sábado siguiente, el entretenimiento de sus hijos no debió sentarles nada bien, pues sin reñir a nadie ni exigir responsabilidades hicieron lo que tenían que hacer, soltar a todos los animales que milagrosamente continuaban vivos, machacar las jaulas y destruir la pequeña obra que con ladrillos y yeso Jorge construyó, para guardar las jaulas por la noche. Aduciendo que nadie debía meter la mano en esa improvisada construcción, sin tener la seguridad de que no le pudiese picar un escorpión allí escondido.

XXXXX
XXX
X

El muro de la piscina era desigual. Tenía una altura de 160 centímetros y era más ancho en la base que es donde el agua ejerce más presión. Pero a partir de los 120 centímetros el muro era mucho más estrecho y dejaba una repisa de 25 centímetros de ancho que los niños aprovechaban para sentarse, tocar el agua y ver cuánto ocurría en el interior de la piscina. Los adultos, si podían subir a pulso hasta esa repisa, encaramarse hasta lo alto del muro y lanzarse al agua. No era desde luego apto para niños que no podían alcanzar esa altura y en cierta forma otorgaba una cierta garantía de que no pudiesen escalar el muro y caer al agua con el riesgo de ahogarse. Pero, los mayores de seis o siete años se encaramaban por el lavadero, que era más bajo, pasaban desde allí a la repisa, se sentaban, ayudaban a subir a los más pequeños y luego arrastrando el trasero dejaban sitio para que pudiese subir el siguiente y al final todos, aunque tenían que detenerse cuando tropezaban con un contrafuerte que había a dos metros de distancia. Normalmente cabían todos, pero en ocasiones no se desplazan hasta el contrafuerte o se ponían más anchos y alguien se quedaba sin sitio.

Un día el hijo menor de los medieros que ese día jugaba con ellos, intentó sentarse en la repisa pero los hermanos no lo dejaban, porque todos se sentaron al principio dejando espacio solo en el fondo. Subió por el lavadero, pero como la repisa estaba ocupada la única manera de llegar hasta el final era haciendo equilibrio sobre el murete que partía de la repisa y que apenas tenía quince centímetros de ancho. Nunca se supo si cayó accidentalmente o alguien lo empujó deliberadamente para impedirle el paso. Lo cierto es que cayó al agua y como no sabía nadar, ni hacia pie, comenzó a chapotear mientras lloraba y chillaba asustado. Los restantes niños comenzaron a gritar pidiendo ayuda, pero como los alborotos era el pan de cada día parecía que nadie les hacía caso. Finalmente la que se dio cuenta fue Leonor, que pidió auxilio a Jorge, el único que sabía nadar, y que en definitiva fue el que lo sacó. Gracias a Dios con vida, pero tragando la suficiente agua como para darles un buen susto a todos.

Marcela no pudo dormir en dos días, solo pensando que lo ocurrido hubiera podido pasarle a un hijo suyo. Finalmente decidió que Jorge les enseñase a nadar. El muchacho aceptó siempre que Leonor le ayudase, pues aunque ella tampoco sabía nadar, por lo menos podía estar al tanto de que a alguno de los pequeños no le pasase nada si él no se daba cuenta.

El método empleado fue el clásico. Echar a los dos mayores, Emilia y Fausto, de diez y siete años al agua sin previo aviso e intentar que por sus propios medios regresasen al borde de la balsa aunque fuese chapoteando. Si no podían, les acercaban una vara con otra más pequeña atada cerca del extremo en forma de cruz, para que se asieran y los acercaban. La operación se repetía hasta que después de tanta repetición eran capaces de regresar sin problemas. Posteriormente les tocó el turno a Gerardo y Herminia, de cuatro y dos años con los que emplearon un método distinto, menos efectivo pero no tan radical.

Para tal fin consiguió que Leonor se metiera en el agua. Ella no quería pues no sabía nadar y sentía por el agua verdadero pavor, pero finalmente Jorge la convenció y pudo demostrarle que de pie el agua apenas le llegaba al cuello. En el fondo quería que ella también se enseñase a nadar. Para ello la invitó a ponerse horizontal dentro del agua y que moviese suavemente brazos y piernas mientras él colocaba su mano en el abdomen para evitar que se hundiera. Sea por ello o por la frialdad del agua ella se estremeció y su mano lo notó. Turbado la ayudó a incorporarse para que se pudiera poner de pie, sus cuerpos se rozaron bajo el agua y sus miradas se cruzaron. Allí podía haber algo más que una simple atracción. El embrujo desapareció cuando los niños desde el borde de la piscina reclamaban su atención.

Cada uno con un niño al brazo y soltándolo un poco cada vez más, para que fueran adquiriendo confianza y finalmente pudieran, aunque fueran unos pocos segundos, sostenerse en el agua sin hundirse, fueron los primeros pasos. Quince días después podía asegurar a Marcela que si caía un niño en el agua, no se ahogaría. Todos, excepto quizás la pequeña Herminia era capaces de nadar hasta el borde y, si estaba llena la piscina, salir del agua. Herminia no podía salir, pero como tampoco era

capaz de alzarse sobre el muro, sin ayuda, era imposible que cayese. De todas formas sus progresos era evidentes, pues si la soltabas en el centro de la piscina era incapaz de chapotear para mantenerse a flote, pero si se sumergía se impulsaba con los pies y después de asomar un par de veces su cabecita fuera del agua para tomar aire, llegaba hasta el mismo borde al que se asía aunque no pudiese salir.

Jorge aprovechaba todos estos momentos para estar cerca de su amada aunque esta aparentaba guardar las distancias y no hacerle el menor caso. Siempre había una mano que rozaba su trasero, otra su pecho, comprobando la dureza que tenía su pezón en el agua helada. Él querría que le pasase a ella lo mismo con cierta parte de su cuerpo, pero por desgracia nunca ocurrió.

La que si parecía darse cuenta de estos mínimos detalles era Dolores, que un día desapareció después de comprobar lo que se cocía en la piscina y regresó con un traje de baño puesto.

-Leonor. Sal y hazte cargo de los niños que yo también quiero aprender – le dijo a la niñera.

Esta no tuvo más remedio que obedecer, aunque para ella no estaba perdiéndose nada importante. Una vez fuera se llevó a los niños a la casa para cambiarlos, dejando a la pareja solos sin parecer importarles.

A Jorge no le sentó nada bien el cambio y decidió que Dolores iba a arrepentirse de la intromisión y escarmentarla para que otra vez no intentase quedarse a solas con él dentro del agua.

La muchacha se metió en el líquido elemento y comprobó, con algo de angustia, que aun cogida a su borde y de puntillas el agua le cubría hasta los ojos.

-Intenta nadar hacia mí, que yo te cojo – le dijo Jorge desde el centro de la piscina.

El agua, aun limpia, tenía un tono verdoso que no dejaba ver muy bien cuando estabas sumergido. La muchacha confió en él y con los pies apoyados en la pared se impulsó, con los ojos cerrados y la seguridad de llegar hasta él y abrazarlo. El muchacho se apartó ligeramente de su trayectoria, pues se la tenía jurada. Al no encontrar nada en donde asirse, la muchacha abrió los ojos y se debatió hasta que vio algo negro a su derecha, que no era otra cosa que el bañador de Jorge, lanzó allí su mano desesperadamente y se cogió al primer saliente que encontró, que no era otra cosa que el sexo del hombre y estirando se abrazó a él. Con sus brazos rodeo su cuello y con sus piernas sus caderas, quedando sexo contra sexo, pero cuando notó entre sus muslos el pene erecto del muchacho, dio primero un grito, después un salto y golpeando con sus pies el pecho de Jorge, como antes lo había hecho con la pared, se impulsó hasta llegar al muro y salir cagando leches de la piscina. El muchacho estupefacto, a la vez que dolorido en cierta parte de su cuerpo, no comprendía nada de lo ocurrido.

Marcela, una vez comprobado que sus hijos ya no podían ahogarse y que su pequeña Herminia era una delicia verla bucear como si fuera una sirena, decidió dar como finiquitado el cursillo de natación.

Dolores estaba enfadada, había perdido su gran oportunidad por ser tan pusilánime. Le había visto eso a Jorge, se lo había tocado, aunque fuera accidentalmente y lo había sentido entre sus piernas, mientras lo tenía abrazado. Era tan idiota que había perdido la oportunidad de disfrutar del momento, en vez de salir corriendo como una niña melindrosa.

Ahora solo quedaba follárselo, aunque en realidad no sabía exactamente en qué consistía eso. Una chica de su clase de quince años, y ella ya estaba a punto de cumplirlos, se vanagloriaba de haber follado con un chico mayor que ella, aunque nadie la creyó pues era incapaz de contar con mas detalles lo ocurrido y se limitó a decir que eso ocurría cuando un chico y una chica se acostaban juntos. Ella había dormido en la misma cama en diversas ocasiones con sus dos hermanos mayores e incluso con su padre, pero no por ello podía decir que había follado con ellos como insinuaba su amiga. Si acaso soportar sus ronquidos.

Dolores no podía decir que había estado indiferente cuando se abrazó durante unos escasos segundos a Jorge. Un cosquilleo recorrió su cuerpo y ansiaba repetir esa sensación tan agradable. Un día se cruzó con él por el pasillo de la casa y, sin mirarlo a la cara pues de vergüenza no se atrevía, se lo propuso.

Él la miró con sorpresa y se marchó diciéndole, con el gesto de colocar el dedo índice de su mano derecha en la sien, que estaba loca.

Una noche la muchacha se despertó ansiosa y con el camisón cubierto de sudor. Decidió que esa podía ser la noche, tanto tiempo esperada y en la más completa oscuridad se levantó. Ella hasta hacia bien poco dormía en la habitación con sus hermanos, pero desde que le bajó la regla había conseguido tener una habitación para ella sola, primero en casa y ahora también en la masía. El dormitorio de Jorge estaba dos habitaciones más abajo que la suya. Salió en silencio y anduvo despacio tocando con la yema de un dedo de su mano la pared para localizar la puerta. Primero tocó la que ocupaban Ana y su marido, aunque en esos momentos ella estaría durmiendo sola, pues Luis y su padre no llegarían hasta el sábado. Después más pared hasta que volvió a tocar otra puerta que esta vez sí era la de Jorge. Localizó fácilmente la manivela y muy despacio la bajó, notando que la puerta se abría sin ninguna dificultad. Cerró la puerta tras de sí y rápidamente sus ojos se acostumbraron a la semioscuridad de dormitorio pues la luz de la luna penetraba por la abierta ventana. Como en todas las habitaciones había dos camas y Jorge estaba durmiendo en la que estaba más cerca de la puerta de entrada. Por suerte no estaba en el centro de la cama, sino mas bien echado sobre uno de los lados y ella aprovechó para acostarse en el otro, a su lado, en espera de acontecimientos y como si esperase que el coito se iniciase por sí solo.

Cuando se cansó de esperar se colocó de lado y con una mano se puso a explorar sutilmente el musculoso cuerpo del muchacho hasta que llegó donde pretendía. Metió su mano dentro de los calzones y con dos dedos cogió el miembro flácido, para después estrujarlo con toda su mano. No le hizo nada especial, entre otra cosa porque no sabía, pero observó que mientras su dueño continuaba dormido, lo que se encontraba entre sus manos aumentaba sensiblemente de tamaño y adquiriría una extraordinaria dureza. Sin soltarlo se echó encima del hombre y comenzó a besarlo. Jorge se despertó aturdido y por un momento creyó que era Leonor la que se encontraba a su lado. Palpó su cuerpo y no encontró las redondeces que esperaba y pronto comprendió que era Dolores la que tenía encima.

-¿Qué demonios haces aquí? ¡Estás loca! Si nos coge tu madre nos va a caer el pelo. Y suelta eso de una puñetera vez que vas a conseguir que me corra.- le dijo atolondradamente y nervioso, mientras apartaba su mano del pene.

-He venido a follar contigo y no pienso irme hasta que lo hagamos.

-Hazme un favor y lárgate de aquí.

-¡No! Si no lo hacemos comenzare a chillar y diré que me has traído a la fuerza hasta aquí.

Jorge comprendió que no se iría si no era con engaños y decidió seguirle la corriente para conseguir que se fuera pacíficamente. De momento las voces eran contenidas y no había peligro de que nadie las escuchara, por lo menos a esas horas de la madrugada. Estaba seguro que la moza no había hecho nunca el amor, pero tampoco conocía hasta donde sabía y cuando se daría por satisfecha.

Por otra parte no podía decirse que fuese un experto en la materia porque tampoco él lo había hecho antes y aunque de teoría sabía bastante de practica nada. Comenzó a besarla y ella le sorprendió metiéndole la lengua dentro de la boca. Él le siguió el juego e hizo lo propio y cuando la muchacha comenzó a revolverse y jadear, él se echó a un lado y le dijo

-Ya esta...

-Pero si solo ha sido un beso. Continua... - le conminó

Jorge se dio cuenta que el beso lo había experimentado muchas veces y con la lengua era hasta una discípula aventajada. Metió su mano por debajo del camisón y sobó sus pechos. Eran pequeños pero agradables al tacto, bajó su mano y le acarició el vientre. Lo malo es que él no era de piedra y comenzaba a volverse loco y ella parecía no inmutarse salvo unos leves jadeos que ya no sabía si eran provocados o fingidos. El cuerpo y la muchacha en sí, comenzaban a ser apetecible y no dudaba que si hubiese tenido más experiencia y supiese exactamente a donde iba y sus consecuencias, lo habría

enviado todo al carajo, se hubiese liado la manta a la cabeza y hubiese hecho el amor con todas las consecuencias. Pero lo que el cuerpo le pedía su mente se lo negaba pues estaba convencido que tal acción podía cambiarle la vida por completo. Y aunque ahora no, tal vez en el futuro se arrepintiera.

Finalmente decidió que haría todo lo que sabía para complacerla, pero sin llegar a penetrarla.

Sustituyó su mano por la boca y comenzó a llenar su vientre de suaves besos y algún que otro lametazo. La carne de la muchacha se puso de gallina y abrió ligeramente sus piernas. Recordó que un viejo amante le contó en cierta ocasión que el punto débil de las mujeres no estaba dentro, sino fuera y que las satisfacía mejor una lengua hábil que una picha grande. Recorrió con besos el corto trayecto que le quedaba y rápidamente lo localizó escondido entre las vulvas, aquello por desgracia no olía a rosas pero su aroma lo excitaba. En esos momentos no pudo evitarlo y se corrió sobre la sabana. Eso por lo menos le evitaba la tentación de penetrarla pero su misión por desgracia todavía no había terminado. Mordió con los labios el pequeño apéndice y después lo ponía en contacto con la punta de su lengua. La muchacha comenzaba a retorcerse en el lecho, mientras así con fuerza sus cabellos para evitar que la cabeza se separara del sitio que ocupaba.

Al cabo de un largo periodo de tiempo que le pareció una eternidad pues esperaba ser sorprendido de un momento a otro, comprobó que el vientre de la mujer disfrutaba de unas convulsiones parecidas a las que él experimentaba cuando se masturbaba y llegaba la eyaculación. Tuvo que taparle la boca con su mano para evitar que sus pequeños gritos de placer, más fuertes de lo aconsejable, fuesen escuchados por oídos ajenos.

Su miembro se había puesto de nuevo en erección y hubiese deseado que ella hiciese lo mismo para desfogarlo, pero no podía tentar a la suerte y ya lo haría él manualmente si fuese necesario.

Dolores permanecía exhausta sobre la cama, mientras su mente trataba de asimilar las sensaciones totalmente nuevas que había experimentado su cuerpo. No le dio, sin embargo, tiempo a recuperarse, la ayudo a levantarse de la cama, de lo que no parecía muy dispuesta, y le dijo.

-Ya hemos follado como querías. Así es que ahora vete a tu habitación.

La muchacha trató de resistirse, pero finalmente cedió, no sin antes darle un beso apasionado mientras aun notaba sobre su vientre el todavía erecto pene del muchacho.

-¿Y esto para qué sirve? – le preguntó mientras lo palpaba.

-Para mear. Niña. Para mear.

XXXXX
XXX
X

A la mañana siguiente Ana descubrió los restos de semen sobre la sabana de lino. Era como un pegatón que saltaba a la vista. Comprobó que no había pasado al lienzo de muletón que protegía el colchón y se limitó a cambiarla. Respiró tranquila cuando comprobó que no había restos de fluido femeninos en ella, pero al olfatearla si percibió un extraño olor que se confundía con el de su hijo. ¿De quién podía ser? Descartando por lógica a Marcela, y a Dolores pues solo era una niña, solo quedaban tres candidatas en las casa. La cocinera, la doncella y la niñera. Y de estas, solo la última la juzgaba más adecuada. Se santiguó, arrepintiéndose de malpensar de la pobre muchacha, pues no tenía pruebas y por otra parte no creía a su hijo capaz de semejante acto.

Creyó que se trataba de otro sueño erótico de hijo, de los muchos que tenia pues no era la primera vez que se encontraba con este panorama. Ese era el motivo de que quisiese hacer diariamente la cama de Jorge y no dejarlo a la indiscreción de la doncella. Marcela la recriminaba que hiciese un trabajo destinado a las criadas, pero ella sabía lo que se hacía. Con su cama hacia lo mismo, cierto era que dormía sola entre semana y que solo disfrutaba de su esposo los fines de semana y esos accidentes solían ocurrir, pero no quería diferenciar a los ojos de otros unos días de los demás.

Jorge sospechaba que lo ocurrido esa noche no sería único y que Dolores intentaría entrar de nuevo en su dormitorio. Cada noche el muchacho corría la cama hacia abajo y la arrimaba a la pared para bloquear la puerta y evitar que alguien entrara. Aunque tenía que reconocer que más de una noche estuvo tentado de no hacerlo.

Una mañana Ana se sorprendió al no poder abrir la puerta del dormitorio de su hijo

-¡Jorge! ¿Estás ahí?

-Si mama, espera un momento – le dijo mientras precipitadamente apartaba su cama.

-¿Por qué haces esto?

-Así me siento más seguro.

Ana sonrió creyendo que lo hacía para que nadie lo sorprendiera masturbándose por la noche, pero por mucho que buscó no encontró evidencias de ello.

Dolores le echaba continuas miradas de reproche cada vez que se cruzaban. Pero aunque la experiencia había resultado satisfactoria, más para ella que para él, Jorge decidió que no se repetiría.

Un día encontró a Leonor leyendo un libro en el cuarto de los niños mientras estos dormían la siesta.

Como de lo que se trataba era de iniciar una conversación se acercó con la pregunta más pueril que se le ocurrió.

-¿Qué estás leyendo?

-En realidad no lo sé. No sé leer – le respondió con su habitual sonrisa – Solo estoy viendo las ilustraciones. ¡Son tan bonitas!

Jorge cogió el libro de entre sus manos y comprobó que era una enciclopedia que había utilizado Dolores en cursos anteriores y ahora ya no precisaba de ella.

-¿Te gustaría aprender a leer?

-¡Claro! Y también a escribir. Pero eso es cosa de ricos.

-Si tú lo deseas y sacas tiempo de donde no lo hay, puedes conseguirlo.

-¿Cómo?

-Yo puedo enseñarte...si tú quieres

-Pero la señora...

-Si lo haces en tus ratos libres, no puede decirte nada. De todas formas yo la convenceré.

Todos los días Jorge sacrificaba la siesta y estaba pendiente de que lo niños se durmieran para acercarse a Leonor.

Solo por estar junto a ella, casi mejilla contra mejilla, mirando la misma línea del libro, ella intentando leerla y él rectificándole los errores. Valía la pena el sacrificio.

En solo un par de semanas había ganado más confianza con ella que en los dos meses anteriores,

a pesar de que continuaba manteniendo las distancias y seguía llamándolo “señorito”.

Esto había desatado los celos de Dolores y el joven trataba de apaciguarlos dándole unas esperanzas que no pensaba cumplir.

Al sábado siguiente aparecieron como de costumbre su padre y el Señor Pepe. Este le dijo que se fuera preparando, pues el lunes llegaría el obrero de Alcoy, con todo el material necesario para ampliar la casita de su madre.

Mientras, Luis les anunciaba a Jorge y a Ana, que las casa de sus sueños era una realidad, a falta de pequeños detalles, y que el precio pagado por ella era inferior al que habían previsto.

XXXXX
XXX
X

Jorge madrugó el lunes más de lo debido y partió inmediatamente a la casa de su madre, ansioso por encontrarse a los obreros ya allí o ver aparecer la galera cargada con todo el material de construcción.

Allí no había nadie. Pues como bien dice el refrán: “que no por mucho madrugar amanece más temprano”.

Al filo del mediodía distinguió a lo lejos una nube blanca que conforme se acercaba descubrió se trataba del toldo de una galera, tirada por seis caballos percherones que avanzaba, a paso de hombre, por el inestable camino. Delante, como una avanzadilla, corría un perro blanco con mancha negra o tal vez negro con manchas blancas, que tanto monta, monta tanto.

El perro, incansable, avanzaba y retrocedía con la velocidad del rayo. El muchacho calculó que si había hecho todo el viaje a ese ritmo, recorría una distancia cien veces superior al de la carreta. De repente el perro desapareció de su vista, tal vez oculto entre los matorros que bordeaban el camino o pisado por los cascos de los caballos en donde se metía con harta frecuencia y con la tranquilidad del que se encuentra en su casa.

Un cuarto de hora después la carreta llegó a las proximidades de la casa. Dos hombres iban en el pescante mientras que el perro se balanceaba en una especie de hamaca que colgaba por debajo de la carreta, de la que de vez en cuando bajaba y subía con extrema agilidad. Finalmente un niño de unos doce años de edad se asomó por una abertura de la lona, apenas esta se detuvo y sonaron los primeros saludos de bienvenida, con la evidente cara de un recién despertado.

La carreta se detuvo en la misma entrada a la parcela de la casa, pues evidentemente su longitud y la del tiro, junto con la estrechez del camino, le impedía hacer el giro de noventa grados.

Peor lo había tenido cuando se desvió desde la carretera general al camino que conducía a la masía de Morales, pues allí el ángulo era de solo cuarenta y cinco grados, según le confesó más tarde el cochero. Tuvo que continuar adelante unos centenares de metros hasta topar con la venta Nadal, dar la vuelta en la planicie en donde aparcan carros y carretas, regresar y embocar entonces casi en línea recta pues el giro es de solo ciento treinta y cinco grados. Otro tanto tendría que hacer al regreso pues ese giro solo lo podía realizar sin dificultad una calesa con tiro de dos caballos.

Pero eso era problema del carretero. Ahora Jorge tenía que solucionar el de la entrada de su casa si no querían trasportar a hombros toda la carga a cincuenta metros de distancia. Con la ayuda del obrero rebajo el margen de la entrada un metro, para hacerla más ancha, mientras que el muchacho, con un vigor impropio de su edad, retiraba la tierra con grandes paladas y enviándola a gran distancia.

En un momento determinado, el carretero, que observaba atentamente el trabajo de los otros montado en su pescante, ordenó que se detuviesen y apartasen. Con gran pericia obligo a los caballos que subieran por el margen para poder meter la carreta por el hueco. Hubo algún que otro susto, con resbalones y resoplidos de los caballos y un ruido que parecía que la galera iba a desintegrarse en mil pedazos, pero finalmente todo salió como el cochero había previsto y pudieron descargarla al mismo pie de la casa.

Ahora ya no daba tiempo de preparar una comida decente. Pospusieron la de caliente para la noche y se conformaron con una buena rebanada de pan, untada con manteca de cerdo y un buen trozo de queso, todo ello regado con un excelente vino de la tierra. Jorge consintió en acompañarlos pues no quería perder el tiempo en el viaje de ida y vuelta hasta la masía, ni en las pausadas comidas de la casa que se alargaban como si el tiempo no existiera.

Terminaron de descargar a las cinco de la tarde. Mientras el carretero emprendía el camino de regreso, pues al día siguiente regresaría con una nueva carga. El perro, que atendía por el nombre de Canelo, se quedó allí durmiendo. Había comido los trozos de pan que de vez en cuando alguien le lanzaba al aire y él recogía con la boca sin que llegara a tocar el suelo. Mientras, con una mirada triste, parecía mendigar un trozo de queso, aunque nadie, excepto en una ocasión Jorge, estuvo dis-

puesto a dárselo. No volvió a repetir ese gesto, pues cuando lo hizo recibió una mirada de reproche de los restantes comensales, que conocían el valor de una cosa tan nimia para él, pero no para los otros, de un miserable trozo de queso. Por suerte Jorge ya había olvidado la época en que pasaba hambre, pero todavía no era el caso de todos. A Canelo no parecía importarle la espera pero cuando comprobó que de allí no iba a sacar nada más, se marchó, y al cabo de media hora regresó relamiéndose los labios y con el desprendido rabo de una lagartija colgado de su morro.

Después probablemente se echó a dormir, en un lugar tranquilo, hasta ese momento. El carretero no lo había llamado cuando se marchó y Jorge creyó que era de los albañiles. Pero cuando despertó y comprobó que el carro ya había partido y se perdía en la distancia, emprendió una veloz carrera y seguro que no tardo ni un minuto en alcanzarlo.

Jorge creyó que con la descarga, el trabajo del día ya había terminado, pero estaba equivocado. Antonio, que así se llamaba el hombre, perdió el tiempo imprescindible en tomar un trago de agua, para saciar su sed en un ambiente tan tórrido, pues allí, solo refrescaba un poco, cuando el sol llegaba a su ocaso.

Mientras, Toño su hijo, encendía un fuego para preparar una, por lo menos reconfortante ya que no suculenta cena, él colocaba unos cordones paralelos, sujetos con estacas clavadas en la tierra, marcando los espacios en donde irían los cimientos y por lo tanto el límite de la ampliación de su casa.

Después comenzó a cavar la tierra con un legón, dando golpes monótonos pero uniformes. Cuando tenía un trecho de un par de metros, perfilaba los bordes dando certeros golpes con un pico, junto a las cuerdas, pero sin apenas rozarlas. Después invitó a Jorge que fuera sacando la tierra con una azada y este se sorprendió que al retirarla quedase un canal perfecto y uniforme en los lados y el fondo.

Estaba abriendo una zanja de treinta centímetros de anchura por cuarenta de fondo, alrededor de un rectángulo de diez metros por cinco, que unido a la casa ya existente daría una vivienda de cien metros cuadrados, nada en comparación con la masía, pero un verdadero lujo para ellos.

Cuando el sol se ocultó, le pareció que tenía los riñones al descubierto y apenas podía enderezarse después de pasar toda la tarde encorvado. Se inventó una excusa para regresar ineludiblemente a la masía, esperando que el otro lo imitase dejando el trabajo, para poder justificarse moralmente. No lo hizo así y siguió cavando con el mismo vigor del que comenzara el trabajo en esos momentos. Su hijo, que ya había dejado la cena al fuego y solo le cavia esperar a que esta se cociera, lo sustituyó, sin que mediara ninguna orden de su padre, retirando la tierra.

La primera con que se tropezó, una vez llegado a la casa, fue con Dolores que lo miró a los ojos y le lanzó una ardiente mirada de pasión. Jorge ni le respondió y solo tuvo fuerzas para pensar: "para eso estoy yo esta noche".

Fue a su dormitorio, se puso el bañador negro, cogió una toalla y se encaminó a la piscina. Por suerte la lluvia del jueves anterior, hizo que el masero interrumpiera el riesgo y la piscina rebosaba por todas partes. Se zambulló y nadó vigorosamente, el frío del agua ayudó a que la inflamación de su cuerpo casi desapareciera y notara una notable mejoría cuando salió. Presentía que Dolores lo estaba espiando desde algún lugar oculto y le entraron ganas de quitarse el bañador y secar su cuerpo desnudo delante de ella, pero el horno no estaba para bollos y decidió emprender una rápida retirada. Se lió la toalla a la cintura y cubierto con ella regresó a su habitación esperando no cruzarse con su madre y mucho menos con su prima Dolores a la que suponía iba por detrás. Si lo hizo en el pasillo con Doña Marcela que en esos momentos salía de su habitación y no pudo evitar mirarlo vestido de esa guisa y fijarse en el abultamiento que tenía en las entrepiernas y que la toalla, en vez de disimular, solo lograba agrandararlo.

Aun tuvo tiempo de oír, cuando la señora llegó a la cocina para vigilar la cena, como le decía a su madre.

-¡Ana; No me había dado cuenta que tu hijo se ha convertido en tan buen mozo.

Jorge se alegró por el halago recibido. Al final resultaría que no solo se tendría que guardar de la hija sino también de la madre.

Esa noche no se olvidó de atrancar su puerta. Hizo bien pues de madrugada alguien intentó forzarla.

Dolores despertó al amanecer, escuchando los trinos de los pájaros que anidaban en el pino que crecía delante de su ventana.

Esa noche había intentado repetir la experiencia por enésima vez pero de nuevo había encontrado la puerta obstruida. Se despertó de nuevo con el cuerpo pidiéndole guerra y como no tenía a nadie que se la ofreciera, decidió batallar a por su cuenta. Se subió el camisón hasta la altura del pecho y se tapó el cuerpo con la sabana de lino por si alguien la sorprendía. Su dedo recorrió el mismo camino que la lengua de Jorge el día de su único encuentro, que sin discusión había sido el más feliz de su vida. Cuando encontró el punto del placer se cebó en él. Pero su dedo no era la lengua de Jorge y tardó en conseguirlo. Cuando el momento álgido estaba a punto de llegar, alguien llamó a la puerta y la interrumpió.

-Señorita. Su madre la reclama en la mesa para el desayuno.- le dijo, la para ella desagradable voz de Leonor detrás de la puerta.

-Dile que ya voy.

XXXXX
XXX
X

Jorge apenas pudo levantarse al día siguiente y llegó a la casita a media mañana. Su madre le había tenido que aplicar una friega en todo el cuerpo con alcohol de alcanfor para aliviar sus dolores, pero parecía que no había dado los resultados apetecidos. Cuando apareció renqueando por suerte la zanja ya estaba terminada a la profundidad prevista.

Toño ya estaba preparando la argamasa y Antonio eligiendo las piedras que iba a colocar. Parcelaron con una tabla dos metros de zanja, echaron un lecho de argamasa y la llenaron de piedras colocadas uniformemente, las cubrían otra vez procurando no quedase aire entre ellas por lo que continuamente metían una varilla de hierro entre ellas para sacarlo y repetían la operación hasta llegar al mismo borde. Después del tramo uno, no hicieron el dos como Jorge suponía, sino el tres y después el cinco, que era el último de ese lado y que prolongaron medio metro por el lateral de la futura casa para que el ángulo que formara fuese uniforme y sin fisuras.

Pararon a comer y a primeras horas de la tarde llegó el carromato cargado hasta los topes con Canelo de avanzadilla, pues se presentó cuando la galera ni siquiera se vislumbraba en la lejanía. Ayudaron todos en la descarga y el carretero advirtió que no le daría tiempo de efectuar otro viaje al día siguiente y que no le esperasen hasta pasado mañana.

Por la tarde, aunque los tramos hechos no habían fraguado todavía, si tenían la suficiente consistencia para quitar las maderas de los laterales sin que se desmoronasen. Y proceder a llenar los tramos dos y cuatro. Por suerte conforme pasaban las horas el dolor iba desapareciendo y el trabajo no era tan agotador como lo había sido el día anterior. Aparte la descarga de los materiales, en la se escaqueo todo lo que pudo, su labor se había limitado a proporcionarle a Antonio las piedras que le reclamaba.

Cuando finalmente dijo basta, los otros también juzgaron que el trabajo era suficiente para aquel día y lo abandonaron. Al día siguiente que no tenían que entretenerse en la descarga, hicieron el lateral y el otro fondo y terminaron con la parte más pesada que eran los cimientos.

Treinta días tardaron en terminar la casa y una semana más para restaurar el tejado de la vieja y darle a la fachada un revoco nuevo para que no disfrazase con la recién terminada.

Durante ese tiempo Jorge intimó con Antonio y Toño y supo de su vida hasta entonces.

Antonio, como casi todos sus paisanos, comenzó su vida laboral en la industria textil como aprendiz, recibiendo los consabidos pescozones de sus maestros. Pero trabajar encerrado en un ambiente hostil, como es el de una fábrica, no era lo suyo. La humedad y el olor de los tintes le molestaba, el polvo de las hilaturas le asfixiaba y el ruido monótono de los telares le volvía loco.

Un buen día, ya casado y con Toño todavía en el vientre de su madre lo dejó todo, despreciando un sueldo que le permitía vivir relativamente bien y se puso a trabajar de ayudante de albañil, ya que por su edad el maestro no lo podía admitir como aprendiz. El sueldo entonces solo era de subsistencia y aunque se privaban de muchas necesidades, pasaban hambre y el nacimiento del hijo fue el detonante. Un día su esposa desapareció, sin decirle nada y dejándolo con el crío.

Las habladurías terminaron por destrozarlo: que si había huido con un rico comerciante; que si estaba de puta en Valencia, si...si...si...

Lo cierto es que nadie sabía dónde estaba y parecía que la tierra se la había tragado. Gracias a sus padres que le criaron el hijo y le daban de comer a él cuando su mísero sueldo ya no le alcanzaba, logró salir adelante.

En un par de años sabía tanto o más de construcción que su patrono, con la ventaja de que era más fino en los acabados y a la gente le gustaba más sus trabajos.

Eso levantó cierta envidia en su jefe, que en algunos casos decidió no aceptar ciertos trabajos antes que cederlos a su empleado.

Una noche uno de esos clientes rechazados acudió a su casa a ofrecerle el trabajo. Sabía que si lo aceptaba, eso significaba el despido pero no ignoraba que si continuaba así nunca saldría de pobre. Decidió jugársela y aceptó el trabajo.

Cumplía los plazos de finalización, que había pactado, aunque tuviese que trabajar las veinticuatro horas los últimos días para finalizarlo. Ofrecía precios ajustados y más baratos que la competencia y cuando estos, intentaban hacer lo mismo, terminaban por pisarse los dedos y perder dinero.

Nunca quiso tener aprendices a pesar de que eso significaba tener trabajadores prácticamente sin coste alguno, pero egoístamente consideraba que estaba enseñando a cuervos que el día de mañana le quitaría el trabajo. Al fin y al cabo él si los enseñaba lo haría bien, no como los otros que los tenían únicamente para acarrear escombros y si despuntaban en algo, rápidamente y sin median excusa alguna los despedían.

Esperó que su hijo cumpliera siete años. Solo quiso que le enseñasen matemáticas, para que supiera contar y nadie pudiese engañarlo. Pues nunca aprendería un oficio con el que ganase tanto dinero, como el que él iba a enseñarle. Ahora con tan solo doce años era ya un maestro capaz de hacer de todo, aunque los trabajos duros se los reservaba el padre.

Alcoy es una población rodeada de profundos barrancos, y antes de construir los grandes puentes para comunicarse con el extrarradio, que tardaría todavía unos cuantos años en llegar, estaba ahogada en sus propias limitaciones, pues no había terreno disponible para edificar.

Las casas eran patrimonio familiar en su gran mayoría. En la misma casa solían vivir padres e hijos en pisos diferentes y solo los sobrantes se ofrecían en alquiler. Cuando no era ese el caso y un nuevo hijo se casaba y no quedaban más viviendas disponibles, se desmontaba el tejado, se construía otra sobre las anteriores, y se volvía a colocar la techumbre. Lo malo era que los cimientos estaban diseñados para soportar dos o tres pisos y en ocasiones, después de las reformas, se llegaba a las cuatro o cinco alturas, con lo que en la práctica se sostenían gracias a los edificios a los que estaba adosado y bastaba con que cayese uno, para que, con las primeras fuertes lluvias, arrastrase a los otros como si fuesen fichas de dominó alineadas.

Antonio se procuro un tipo de ladrillo más ligero pero igual de resistente, que aligeraba mucho el peso de sus construcciones, por lo que las viviendas por él añadidas eran más consistentes.

Si a todo esto le añadimos otra costumbre de la época como son los típicos “çellers” o sótanos alcoyano que se hacían socavando y vaciando de tierra los bajos de los edificios para conseguir un espacio más e instalar allí pequeñas industrias auxiliares junto con los servicios higiénicos de las viviendas. Si no se hacían con las debidas precauciones dejaban al descubierto los cimientos de las viviendas, debilitándolos lo que en algunos casos ocasionó el derrumbe de las mismas. Esta costumbre se generalizo tanto en aquella época, que se realizó prácticamente en todo el casco viejo de la población y propició que cuando posteriormente se intentó hacer excavaciones para localizar restos de su origen árabe, no se encontró nada.

Antonio por lo menos, antes de vaciar de tierra los “çellers” reforzaba los cimientos y aseguraba la longevidad de la casa. Por todo esto y otras muchas cosas hacia que sus servicios estuvieran solicitadísimos y el hecho de que hubiese accedido a realizar la ampliación de la casa de su madre, fue porque el Señor Pepe, el primer cliente importante que lo contrató y lo tenía en exclusiva para los trabajos de su casa y fabrica, se lo había pedido.

XXXXX
XXX
X

Pepe y Luis quedaron en encontrarse a media mañana en la plaza que había delante de la parroquia de San Mauro y San Francisco. Luis llegó primero y no vio a su amigo por ningún sitio. Era lógico pues supuso que algún cliente le había entretenido. Buscó refugio en un banco solitario, que protegían del ardiente sol las ramas de un enorme platanero. Estaban a finales de septiembre en el llamado por los alcoyanos “Estiuet de Sant Miquel”. Que no era más que unos días de intenso calor, después de varias semanas en que los días refrescaban bastante y ya no eran tan agobiantes como en plena canícula. El motivo de la cita era visitar la vivienda ideal, según Pepe, que podía conseguirse por un buen precio. Durante el verano habían estado visitando otros pisos puestos a la venta que no les habían convencido demasiado, pero ahora la familia de Pepe iba a regresar de la masía y con ellos la suya. No debía demorar mucho mas la compra.

Le habría gustado que Ana le hubiese acompañado en ese momento y que fuese la que diese el sí definitivo, pero no ignoraba que ella se conformaba con cualquier cosa y habría delegado en él para cerrar el trato, si por cualquier causa tenía que hacerse precipitadamente. Ella continuaba en la masía y la añoraba en todos los aspectos, ya que las visitas los fines de semana no eran suficientes para satisfacer sus deseos.

Había ocupado el puesto de encargado más pronto de lo previsto, pues Luis había despedido precipitadamente al que hasta la fecha lo desempeñaba y que ya llevaba tiempo dispuesto a sacarse de encima, por su carácter díscolo y propenso a la bebida. No tenía hijos que pudiesen heredar su puesto y el trago sería menos amargo. Desde que la mujer lo abandonó y no tenía a nadie que lo controlase, la borrachera de los fines de semana se había ampliado a toda ella. Una mañana llegó como siempre en estado comatoso y golpeó sin motivo aparente y probablemente por una nimiedad a Anselmo. Precisamente el empleado que más apreciaba Pepe de la fábrica y sin duda el más cumplidor. Era la gota que colmaba el vaso. Todos trataron de tapar el incidente, incluso el mismo perjudicado, pero cuando llegó a oídos de Pepe, este se mostró inflexible y lo despidió.

Luis había asumido el trabajo a la perfección a pesar de su minusvalía, experiencia tenía aunque fuese de hacía muchos años, se había ganado el respeto de los empleados y ya había comenzado a realizar ciertas reformas, en las rutinas diarias, con resultados excelentes.

Pepe que antes no daba abasto por las continuas quejas que recibía de todas partes, ahora ni siquiera se acercaba por la fábrica y había depositado toda la confianza en su amigo. En el fondo se maldecía por no haber tomado esa decisión mucho antes. Un día a la semana se reunían para intercambiar opiniones y ese era el elegido, pero no en su despacho de la plaza de San Agustín, como era habitual, sino en esta plazuela y ya le había advertido que habría sorpresa.

Finalmente lo vio acercarse con paso presuroso como siempre y algo acalorado posiblemente por culpa de su traje impecable puesto, impropio para la calurosa semana que estaban pasando, que solo abandonaba en la soledad de su casa o en la masía. Tomó asiento a su lado para recuperar el aliento.

-Es una verdadera ganga y no podemos perder esta oportunidad – le habló deprisa y con voz agitada – en realidad ya lo he apalabrado, porque si a ti no te interesa me lo quedo yo como inversión. Es una verdadera ganga – repitió.

Apenas recupero el resuello se levantó, pues para él, el tiempo era oro y arrastró a Luis tras de sí. Bebió un trago de agua de la fuente allí existente y se encaminaron por la calle de San Nicolás hacia abajo.

-¿Ves ese principal? –le señaló unos balcones – pertenecen a tu futura casa.

-Desde ahí podremos ver perfectamente las entradas de Moros y cristianos – se alegró Luis

Era un punto a su favor, pues a Ana le encantaban presenciarlas, desde que se conocieron y las vio por primera vez. Él por entonces ya no salía a fiestas, y las veían situados en lugares estratégicos detrás de las sillas que colocaban los vecinos de los alrededores para presenciarlas más cómodamente. Comenzaban a ponerlas el día anterior, cada vez un poco antes para conseguir el mejor sitio. Las ataban unas a otras para conseguir más consistencia o colocaban un tablón de madera entre dos

sillas para obtener más plazas. Por la noche alguien se quedaba de guardia o se establecían turnos, para vigilarlas y evitar se las quitaran o desplazaran.

La entrada a la casa estaba en una calle lateral, con la que formaba esquina y en cuya fachada había adosada una fuente en donde varias mujeres guardaban cola para llenar sus cantaros, mientras dos discutían para otorgarse el próximo turno.

-Esta casa tiene el privilegio de tener llave dentro, en donde se pueden llenar los cantaros, sin necesidad de salir de la casa ni guardar cola – le dijo mientras se lo mostraba.

Alcoy había tenido el problema del agua desde siempre, pero últimamente con el aumento excesivo de la población se acentuaba. Los antiguos habitantes moriscos y los primeros cristianos, cuando la villa fue conquistada en el año de 1244, y ocupada definitivamente en 1255, por las tropas del Rey Jaime el Conquistador y poblada, primero las Alquerías de los alrededores que era la parte más apetecible del pastel, pues concedía casa y tierras todo junto ,según el “Llibre del repartiment”, y posteriormente en 1256, las casas de la villa, merced a la otorgación de una “Carta Pobla”, debían de abastecerse de agua desde el cauce de los ríos que la cercaban, pues aquellas aguas todavía no estaban contaminadas por su uso industrial y posterior vertido al mismo río.

Alcoy, por desgracia, no tenía la suerte de otras poblaciones vecinas como: Benilloba, Cocentaina o Tibi, que tenían fuentes naturales en su casco urbano y otras como Muro o Castalla bebían de los pozos que habían en el interior de sus casas.

El nacimiento más próximo a Alcoy era el del Molinar. Una fuente existente a unos cuantos kilómetros de la villa. En 1540 se inauguró una acequia a cielo abierto que iba desde el afloramiento hasta la misma plaza de San Agustín y que igual servía para el riego del campo como para el abastecimiento de las fuentes públicas.

El problema era que ese conducto estaba expuesto a la contaminación, pues durante su trayecto, bebían algunos animales, se lavaba quien quería y ocurrían cosas que mejor no especificar. Por otra parte las fuentes estaban interconectadas y no era extraño que en algunas aparecieran restos alimenticios que previamente fueron lavados en la anterior. Por lo que muchos preferían únicamente usar esa agua para el aseo domestico y el agua para beber, el que podía, lo traía de fuentes naturales de fuera de casco urbanos y que abundaban en la zona del ensanche al margen izquierdo de río Barchell, como eran la Font de l’horta, la de la Uxola o la del Chorrador entre otras. En épocas de lluvia se aprovechaba también el agua que caía por los canalones que por la suciedad que arrastraba, si no había estado lloviendo mucho tiempo, tampoco ofrecía ninguna garantía.

Al principio de la década de los años treinta del siglo diecinueve, el ayuntamiento realizó una canalización para proteger el agua, pero se hizo con tubo de barro, y las roturas continuas, por culpa de derrumbamientos y asentamientos del terreno, lo hizo inviable, por lo que tuvieron que volver al viejo remedio de la acequia de riego.

Así se encontraban las cosas en la época que estamos relatando.

-Esta agua te vendrá bien para lavarte y la “ascurá” diaria, pero para beber... pero no sé para que te cuento estas cosas como si fueses un forastero, tú has vivido toda tu vida en Alcoy, salvo los últimos años, y bien sabes lo que pasa.

-Sí, pero has hecho bien en recordármelo, pues tanto en Yocla como en la miserable casucha en donde vivía en la Rambla, tenían fuente propia y ya casi lo tenía olvidado.

Cuando entraron en la vivienda, Luis quedó impresionado. Ni el recibidor, ni el salón comedor al que pasaron inmediatamente y abarcaba todo el ancho de la casa y abría sus balcones a la calle de San Nicolás, no estaban amueblados y esto les hacía aparentar ser más amplios de lo que realmente eran. Estaban ricamente decorados con pinturas y tapices en las paredes, que por ser fijos no se habían molestado en quitarlos. Separados unos de otros con molduras de maderas doradas. El centro del techo estaba presidido por una gran cúpula de escayola en cuyo fondo tenía representada una bóveda celeste que le daba un aspecto impresionante. En el lateral que daba a la casa colindante

había un hallar de hierro decorado con una cabeza de león que le daba prestancia al salón. El cuarto de aseo era grande, con una gran bañera que apenas parecía haberse usado pues estaba reluciente, y un sillico que más bien parecía un trono con respaldo y reposabrazos, que ocupaba un lugar privilegiado junto a una ventaba que daba a un patio interior. El bacín de porcelana quedaba oculto bajo dos tapas que cerraban herméticamente y los excrementos y orines se tiraban en un pozo ciego que había en los bajos del edificio y que los campesinos se encargaban de retirar gratuitamente para emplearlo como abono.

El alcantarillado todavía no existía en esa zona porque estaba limitado a la parte baja de la calle de San Nicolás, que era donde vivían las gestes pudientes entre ellos el señor Pepe con su familia.

El agua sobrante de los baños, muy escasa, y la diaria de la “ascurá” se echaban a la calle para que la tierra sedienta se la tragase. Cuando esta se saturaba se convertía en un barrizal y corría calle abajo hacia la casa de los ricos. Cuando estos se quejaban de que a pesar de tener alcantarillado la mierda les llegaba igual, siempre había una voz anónima que decía

-“La gallina de dalt, sempre caga a la de baix”

La cocina estaba completamente alicatada con azulejos de Manises exquisitamente pintados con escenas de cocinas típicamente valencianas. Estaba amueblada y no le faltaba de nada, pues incluso vajillas, peroles y otros elementos típicos de una cocina se habían quedado.

Cinco amplios dormitorios tenía la casa y algunos conservaban sus antiguos muebles: dos camas, un escritorio, dos baúles vacíos, una cómoda y un par de lámparas con velones se habían salvado del precipitado traslado.

Eran de excelente calidad y le evitaría un gasto cuando tuviese que amueblar de nuevo la vivienda.

- ¿Cuánto piden? – preguntó ansioso Luis esperando con temor un precio que no pudiese pagar.

- ¡Barato! - exclamó Pepe – el equivalente a 150 de tus monedas de oro de ocho escudos, que todavía no me has explicado de donde las habéis sacado.

- Ya te lo diré un día con más calma. No es este el momento.

- No te preocupes. Es simple curiosidad y no me pica porque algo sé ya. Las mujeres no callan. De todas formas no te preocupes, porque todavía pienso apretarlo un poco más, está desesperado y desea venderlo al precio que sea, pero rápido. De todas formas la compra debemos hacerla ya, pues sospecho que piensa dejarnos apenas firme la documentación necesaria y reciba el dinero. Debe de tener un lio en alguna parte que explotara cuando menos lo esperemos. Yo por mi parte ya he cobrado lo que a mí respecta, el resto que se aguante. – dijo aguantando una risita.

- ¿Por qué nos la vende a nosotros?

- A ese precio la vendería a quien quisiese. Pero no todos tienen en estos momentos el dinero contante y sonante como lo tienes tú o podría tener yo en pocas horas si me lo propusiera. Conseguir un préstamo tarda varios días y no puede esperar. Esta misma tarde tenemos que firmar las escrituras si te haces adelante.

- Claro que quiero. Vamos a darles un disgusto a los banqueros. Seguro que ahora no serán tan simpáticos como cuando los dejé.

- No te preocupes que viniendo conmigo te ponen hasta la alfombra.

XXXXX
XXX
X

La calma en la masía terminó cuando se presentaron por primera vez los dos hijos mayores de Pepe. Fue a principios de Julio, cuando apenas llevaba toda la familia e invitados una semana allí. Estuvieron hasta final de mes y se volvieron a Alcoy que era en donde tenían su verdadera diversión. Después se presentaban ocasionalmente algunos que otros días, se quedaban un par, máximo tres y volvían a desaparecer.

No era por Alberto, el mayor, que era un bendito y se pasaba las horas en el pinar que había enfrente de la masía, recostado sobre el tronco de un árbol o sentado en una hamaca de tela que a veces se llevaba, y cuando el calor apretaba la colocaba a la sombra del parral al lado mismo de la fuente por si la frescura del agua refrescaba algo el ambiente, leyendo obsesivamente un grueso libro de tapas rojas en cuya portada se podía leer su título estampado con letras doradas y que ponía algo así como Tratado de Medicina o algo parecido. Se pasaba el día recitando, como si fuera una letanía, los huesos del cuerpo humano. De vez en cuando se detenía, trataba de recordar, y cuando se rendía echaba una ojeada al texto para recordar alguna frase o el nombre de algún músculo.

Bernabé por el contrario no daba golpe y se pasaba el día vigilando a las mujeres de la casa. La vieja cocinera ya no levantaba pasiones, aunque recordaba cuando todavía no hacía muchos años se pasaba las horas sobándole sus abultados pechos, cuando su madre se cansaba de que le hiciera lo mismo y lo enviaba a freír espárragos. La cocinera lo soportaba aparentemente como una obligación, mientras se dedicaba a pelar patatas u otras verduras, pero con una pasividad que en ocasiones resultaba sospechosa. Después estaba la morena, a la que todos sus hermanos llamaban tía Ana y que él no recordaba haberla visto antes. No podía negar que fuera un bocado exquisito y que se la llevaría al huerto sin discusión si se le presentara la ocasión. Pero sabía que esto no ocurriría pues era mucha miel para la boca del asno e intentar forzar la situación podría acarrearle grandes problemas. Mejor dejarla. Después estaba la doncella encargada de la limpieza, que ya se tiró el año anterior las veces que quiso y ahora por las miradas que le dirigía cuando se cruzaban le indicaban que quería más de los mismo y estaba ansiosa por que se lo pidiera. Pero él deseaba carne nueva y la niñera encargada del cuidado de sus hermanos era su candidata. La habían contratado este año y únicamente la había visto en un par de ocasiones durante sus visitas a casa por fiestas y Semana Santa. Y aunque ya lo había intentado era imposible en el fragor de la casa de Alcoy. Aquí en la masía era diferente, pues podía sorprenderla en infinidad de rincones que él conocía perfectamente.

Llegaba contento y satisfecho de Alcoy, pues las cosas no le habían podido ir mejor. Tenía tres nuevas víctimas para añadir a su ya larga lista. Había dejado a las prostitutas a las que no tenía más remedio que acudir en Valencia si quería practicar el sexo, pues allí era un perfecto desconocido y únicamente por ser guapo, y reconocía que no lo era aunque tampoco un adefesio, no se pegaba un polvo. Ahora no tenía dinero y encima le debía a su hermano ni se sabía la cantidad. No pensaba pagárselo, pero eso era un arma de doble filo pues lo condicionaba para pedirle más. Ese y no otro era el motivo de que las putas estuviesen descartadas.

No tenía más remedio que acudir al mercado gratuito y en Alcoy, que todas sabían hijo de quien era, eso resultaba fácil. Las captaba el sábado por la tarde, en el paseo de las mozas, bien en la plaza de San Agustina o en la calle del mercado. Se aseguraba de que no tuviese hermanos mayores que posteriormente pudiesen zurrarle la badana, como ya le ocurrió en cierta ocasión, si la cosa se torcía. Les ofrecía el oro y el moro y como se aferraban a cualquier cosa que pudiera sacarlas de la pobreza en que se encontraban, la mayoría era presa fácil de su misma avaricia. Después ya se sabe, si te he visto no me acuerdo y si por desgracia se quedaban preñadas con negarlo era suficiente. Pues por un gato que mató no iban a llamarle matagatos.

El acoso comenzó inmediatamente, pues no había tiempo que perder. La seguía y acorralaba en cualquier sitio, y a la más mínima ocasión que tenía, intentando robarle un beso o meterle mano por donde pudiese. Ella lo rechazaba enérgicamente y amenazaba con contárselo a su madre. Eso Bernabé sabía que no ocurriría pues esos problemas se saldaban siempre con el despido de la sir-

vienta que era lo más fácil para acotar el problema. Y en el peor de los casos, todo se limitaba a una reprimenda para el muchacho que no tardaba en olvidarse.

Un día estuvo a punto de conseguirlo y únicamente un certero puntapié en ciertas partes, que solo le acertó de refilón pudieron salvarla.

Jorge notó que el estado de ánimo de Leonor había cambiado en pocos días y logró que le confesase sus penas.

Al día siguiente el muchacho siguió a Bernabé en su paseo matinal que solía hacer después del desayuno. Le alcanzó y mantuvieron una conversación mientras caminaban juntos a buen paso.

-Deja tranquila a Leonor – le conminó.

-¿Es tuya?

-No es de nadie. Pero si ella no quiere es razón suficiente.

Bernabé intuyó que algo habría entre la pareja y que esto no era más que una escena de celo.

- Mira primo – dijo con sorna esta última palabra – porque no te tiras a la putilla de mi hermana que se ve a la legua que va como una loca detrás de ti y me dejas a la niñera de la que en definitiva solo voy a disponer en un par de ocasiones y si quieres después te la dejo fija para ti. Así los dos contentos.

-Eres un miserable – le respondió con la voz enronquecida por la rabia que lo corroía.

-Así de paso evitas que me dedique a seducir a la puta de tu madre que todavía esta...

Jorge no pudo dejarlo continuar y al ponerle una mano sobre el hombro hizo que Bernabé volviese la cara y fue en ese preciso instante cuando recibió un soberbio puñetazo en el pómulo izquierdo que lo derribó al suelo.

Sin preocuparse en el estado en que había quedado el agredido, Jorge dio media vuelta y regresó a la masía.

Le contó a Leonor lo que había ocurrido y se preocuparon de las terribles consecuencias que esta acción pudiera acarrearles, especialmente a Jorge, que suponía que esto podía desencadenar una disputa entre ambas familias y terminar con el trabajo de su padre y también con el de él en el futuro.

Pero lo que más le preocupó es que no volviese inmediatamente e incluso temió le hubiese pasado algo malo.

Bernabé apareció al filo del mediodía con el ojo y pómulo izquierdo hinchado y completamente amoratado. Alegó a su madre que había subido a un nogal para recolectar unas nueces, había resbalado y en la caída se había golpeado en la cara con una rama. Su madre, solícita, le untó media cara con miel, remedio casero para evitar que el lugar golpeado se hinchase, por lo que tuvo un doble castigo, el dolor y las molestias de las moscas rondando su cara.

Los días siguiente Bernabé dejó tranquila a Leonor, como si la medicina aplicada por Jorge hubiese causado el efecto deseado. Mientras, la doncella dedicada a la limpieza se mostraba más alegre y satisfecha que de costumbre y el rubor coloreaba su rostro, lo que demostraba que el muchacho no había regresado a sus viejos hábitos.

Dos días después, cuando Leonor regresaba de llevarle un refresco de limón a Alberto que continuaba estudiando cómodamente sentado en su lugar predilecto, que no era otro que el parral, se cruzó en el vestíbulo de entrada a la masía con Bernabé que casualmente salía.

-Perdona, Leonor – le dijo educadamente – creo que mi madre te espera en el granero para no sé qué. ¿Sabes donde esta?

-Si

-Vale – le dijo mientras salía de la casa despreocupadamente, quizás con la intención de reunirse con su hermano.

A la muchacha le extrañó la cita en ese lugar, pero era la hora de la siesta de los niños, después de la comida, y como no tenía nada que hacer se dedicaba a ayudar a la cocinera mientras terminaba la comida de los adultos, a servir alguna que otra copa, como terminaba de hacer y en definitiva lo

que le mandasen los otros, tanto señores como sirviente. Porque en definitiva era “el ultim pet del orgue de la casa”, como se solía decir. De todas formas no tenía más remedio que comprobarlo, no fuera cierto y luego le acusasen de desobedecer una orden de la señora por medio del señorito. Su enemigo no rondaba por allí y según parecía ya no tenía que temerlo. Se asomó a la puerta y vio que charlaba tranquilamente, en el parral, con su hermano.

Cruzó el vestíbulo y en vez de subir las escaleras que conducían al primer piso que es lo que hubiese hecho de no recibir el recado, tomó un pasillo que se dirigía hacia el fondo de la casa y distribuía las habitaciones que ocupaban para dormir los medieros y sus hijos que en esos momentos estaban todavía en el campo excepto la mujer que en la cocina hacía la comida, ajena a lo que ocurría a su alrededor. La puerta que cerraba el pasillo daba directamente al vestíbulo de la puerta principal, que como siempre, estaba cerrada, y hacia la vez de cochera pues allí estaban aparcadas la calesa y una galera.

Al fondo estaba el granero, que entre ambos ocupaban más de la mitad de la planta baja de la masía. La estancia solo se alumbraba y ventilaba por la tenue luz y el aire que entraba por unos ventanales enrejados situados a seis metros del suelo.

Abrió con temor la puerta del granero que estaba cerrada con un simple pestillo. Recordaba que en otra ocasión que estuvo allí apenas pudo entrar pues la sala estaba completamente llena de grano, que formando una pendiente llegaba hasta el techo. Ahora cuando sus ojos se acostumbraron a la semipenumbra que siempre reinaba en ese lugar, solo pudo ver un montón de grano que formaba una pirámide de apenas dos metros de altura y cuatro de lado, en el centro del granero. Sendos tablones marcaban el límite e impedían que el grano se derramase por el resto de la sala. El problema era que la señora Marcela no estaba y cuando el corazón se le aceleró y notó una desagradable sensación en el estomago, intentó salir, pero cuando se volvió se encontró a Bernabé detrás de ella y la puerta de entrada cerrada.

-Déjame salir o comienzo a chillar – amenazó la muchacha.

Como única respuesta, recibió una fuerte bofetada en la mejilla que la hizo retroceder, tropezar con los tablones y caer de espalda sobre el montón de grano. Antes de que pudiese reaccionar el muchacho con el rostro todavía deformado por el puñetazo de Jorge, se abalanzó sobre ella, se sentó sobre su vientre y con sus rodillas aprisionaba sus brazos evitando que pudiese moverse. Después puso una mano sobre la frente de ella y le hundió la cabeza poco a poco en el grano hasta que llegó a la altura de las orejas y su cara apenas estaba fuera. Leonor, desde el bofetón, se encontraba aturdida, el oído le zumbaba como si tuviese un mosquito dentro y los brazos le dolían por culpa de la presión que ejercían las rodillas de su captor. Quiso chillar pero estaba tan aterrorizada que apenas un sonido gutural le salió por la garganta.

-Escúchame, pues no voy a repetirlo. Si intentas chillar hundiré tu cara en el grano y la boca se te llenara y no podrás hacerlo. Querrás respirar y solo podrás hacerlo por la nariz, que también se llenara. No te morirás porque te sacaré inmediatamente, pero es una experiencia que no te aconsejo. Mi hermano me la provocó hace algunos años jugando y semanas después todavía sacaba al estornudar granos hinchados por la humedad y de un tamaño tres o cuatro veces superior al de ahora.

Leonor lo miraba asustada.

-No grites, pero por favor no me hagas nada. Puedes besarme y tocarme lo que quieras, pero lo otro, por favor, no lo hagas.

-Por desgracia eso es precisamente lo que quiero. Pero si te portas bien y no ofreces resistencia te prometo que no te haré daño e incluso te puede resultar placentero. Y cuando llegue el momento te juro que escupiré fuera para que esto no tenga ninguna consecuencia.

Leonor no ignoraba que ese era el mal menor y aceptó, pues no quería ser violada a la fuerza y a lo peor en el forcejeo ahogarse en el grano. Esperaba que esto pasara lo más pronto posible y después tomaría todas las medidas necesarias para evitar que se repitiese.

Bernabé se bajo los pantalones lo preciso, subió su falda hasta la cintura y cuidadosamente desabotonó la blusa hasta dejar sus senos al aire.

Solo entonces se echó sobre ella. Le beso en la boca poniendo su mano en el cogote para evitar que su cara se hundiese en el grano, con la otra sobaba un delicioso pecho, mientras su pene intentaba abrirse camino entre sus piernas.

-No me digas que no sabes que tienes que abrirlas para que te pueda meter esto – le recrimino, mientras ella asustada las abría desmesuradamente.

-Es que nunca he hecho esto.

-¿No me digas que todavía eres virgen?

-¿Qué es eso?

-Para lo que te queda no vale la pena averiguarlo- le dijo mientras reía su propio chiste.

Tanteó la vagina y le costó encontrarla. Recordaba que a las putas de Valencia se la metía sola y a las tres supuestas vírgenes que creía había desvirgado hacia algunas semanas en Alcoy, también la introdujo sin mucha dificultad.

Esto parecía diferente, tal vez se encontrara por primera vez con una virgen de verdad y tenía que disfrutarla. Embistió un poco y sacó un grito de dolor de su boca. Aquello estaba seco como un erial y temía se había equivocado de sitio. Insistió pero parecía que algo obstaculizaba su avance. Tal vez era demasiada niña para esto y hasta pensó en dejarlo. La cabeza le pedía eso pero el cuerpo se negaba. Embistió con más fuerza y la chica se estremeció de dolor y sus ojos se llenaron de lágrimas. Hubiese gritado como una posesa pero en su mente todavía estaban presentes las amenazas de Bernabé y no quería de ninguna forma empeorar las cosas. Se detuvo e intentó calmarla, besándola por toda la cara y hablándole despacio y suavemente para tranquilizarla. Hizo un movimiento de salida y entrada y su pene se deslizó suavemente por el interior de la mujer que perdió un poco de su rigidez y comenzó a relajarse. Cerro lo ojos y soñó que el que estaba haciéndole el amor era Jorge e incluso inconscientemente devolvió algunos de sus besos. El dolor del principio se convirtió en un simple escozor, mientras que el hombre con el rítmico golpeo de su pelvis le proporcionaba un extraño placer. Se abandonó, pero los movimientos acelerados del hombre y los latidos de su corazón que notaba sobre su pecho le indicaban que aquello estaba a punto de finalizar.

-Recuerda que tienes que escupir fuera.

El hombre no le respondió, pero se aferró mas a ella, pasando sus manos de la espalda a los hombros para sujetarla y evitar un escape imposible, mientras la besaba en la boca apasionadamente no sabía si por agradecer el placer que le proporcionaba o para evitar que chillase al no cumplir su palabra. Dio tres pausadas sacudidas y derramó su semen en su interior antes de derrumbarse sobre ella. Leonor lo recibió con una extraña sensación en su cuerpo, que no pudo descifrar pero que nunca había experimentado antes. Hizo un último intento de escapar de lo inevitable cuando ya era tarde, apoyando sus pies en el suelo pero resbalaron en el grano y no pudo hacer nada.

Aun tuvo que soportar el pene del varón por lo menos un minuto más dentro de ella. No sabía si era porque no podía sacarlo, como les ocurría a los perros o simplemente porque no quería. Parecía un tapón que le habían puesto para evitar que el semen se saliese.

-Me prometiste que escupirías fuera – le dijo una Leonor decepcionada.

-No seas estúpida. No comprendo cómo esperabas que sacase mi picha en el momento más inoportuno.

El hombre se alzó los pantalones, los abotonó y salió del granero mientras decía.

-Tarda un poquito para que no nos vean salir juntos o nos relacionen.

La muchacha se incorporó y noto que tenía el interior de los muslos ensuciados con un líquido viscoso, ligeramente teñido de sangre y que suponía era por la brutalidad en que la había tratado en un principio. Se consoló pensando que lo mismo pero realizado por Jorge debía ser maravilloso.

Abandonó sus ilusiones. Si antes era muy difícil que llegara a casarse con él, después de lo ocurrido resultaba imposible.

Buscó algo con que limpiarse pero no encontró nada a su alrededor, ni siquiera un viejo saco. No quería limpiarse con el vestido ni con el pequeño pañuelo que llevaba para no delatarse.

Finalmente lo hizo con los granos de trigo, restregando la suciedad con sus manos llenas. Quien después se los tuviera que comer que le aprovecharan. Lo que no sabía es que tardó semanas en quitarse el último grano que se había escondido entre su vello púbico. Fue una verdadera sorpresa.

Al día siguiente pudo comprobar con jolgorio que Bernabé y su hermano mayor ya no estaban en la masía. Aunque realmente no respiró tranquila hasta que cinco días más tarde le bajó la regla. Su felicidad era completa y se hubiera lanzado entre los brazos de Jorge únicamente con solo habérselo insinuado.

Pero no hay mal que cien años dure ni bien con más de quince días, pues entonces apareció de nuevo Bernabé.

No se lo había contado, ni pensaba contárselo a Jorge. Cuanta menos gente lo supiese mejor. Y si quería mirar el lado positivo de las cosas la experiencia podía ser efectiva, porque ahora conocía como se reaccionaba en estos casos y que se sentía.

De todas formas no deseaba de ninguna de las maneras que se repitiese y la mejor forma era mantener a ese malnacido a raya. Procuraba no quedarse sola en ningún momento y desde luego no caería otra vez en algunas de sus sucias tretas.

Al fondo de la planta que ocupaban los señores había dos dormitorios destinados al servicio. Por antigüedad, en uno dormía sola la cocinera y el otro era compartido por la doncella de la limpieza y ella.

Quince días después de la violación, llegó de buena mañana un trabajador de la fábrica del señor Pepe, montado en un caballo, y arrastrando una mula. Preguntó por la señora, que todavía estaba dormida, y cuando dos horas después pudo atenderlo le entregó una misiva de su esposo en la que le informaba que el padre de Pepa, la doncella encargada de la limpieza, había fallecido. Fue a buscarla y le susurró unas palabras al oído. A la chica le brotaron inmediatamente las lágrimas. Fue a su cuarto, se cambió de ropa y se marchó, montada en la mula, acompañada del mensajero y con destino hacia Alcoy.

Esa noche a las dos de la madrugada y cuando todos dormían el más profundo de los sueños alguien entró en su habitación y se introdujo desnudo en su cama. Hacía calor y Leonor no se tapaba siquiera con una sabana. El intruso le arremangó sutilmente el camisón y se montó sobre ella, con una mano preparada cerca de su boca para tapársela en el momento que se despertase.

La muchacha estaba casualmente soñando que hacía el amor con su amado Jorge, se movía excitada en la cama y tenía las entrepiernas húmedas pues había estado explorando su sexo apenas hacía una hora con resultado satisfactorio.

Se despertó cuando el intruso trataba de introducirse entre sus piernas y se sorprendió cuando una mano tapó su boca y el dedo índice de la otra le presionaba por debajo de la tetilla simulando una navaja, mientras una voz que por desgracia conocía muy bien la amenazaba con pincharla si gritaba o se resistía.

La muchacha optó por dejarse hacer y permanecer pasiva, pues el escándalo si alguien acudía en su ayuda podía ser mucho peor.

Por suerte ese día Bernabé estaba nervioso por su atrevimiento y se desahogó en pocos segundos sin que ninguno de los dos llegase a disfrutar con el acto. Mascullando su mala suerte el hombre desapareció como había llegado.

Pero treinta días después a Leonor todavía no le había bajado el periodo.

Jorge notó ese día que Leonor estaba rara. Absorta en sus cavilaciones apenas prestaba atención a sus indicaciones y leía como si se lo supiese todo de memoria.

-Así no vamos a ninguna parte – le advirtió mientras su alumna esta recitando más que leyendo el libro sin advertir que le estaban hablando – ¿Me estas escuchando? – continuó esta vez enfadado.

-Perdona. ¿Dices algo? – le respondió levantando sus ojos del texto.

-Digo que te estoy dando indicaciones y no me prestas atención.

-Lo siento, pero hoy tengo la cabeza en otra parte. Mejor será que lo dejemos para otro día.

-De acuerdo. Es lo más acertado. Pero cuéntame que te pasa.

-Nada. Cosas mías. –le respondió escuetamente, mientras su mente buscaba cualquier excusa para cambiar la conversación de tema.

Jorge la obligó a dejar el libro y cogió con ambas manos las suyas, se acercó a ella y la miró directamente a los ojos como si jugasen al juego de “a ver quien parpadea antes”

-Cuéntame lo que te pasa, si no lo haces creeré que desconfías de mi y no merezco ser tu amigo.

-Eso no es cierto – le dijo mientras negaba vigorosamente con la cabeza – yo te quiero más que a mi vida y moriría de pena si dejásemos de vernos.

-Dime lo que te pasa – insistió – ya sé que es grave y no te dejare tranquila hasta que me lo digas.

Estaban en la habitación de los niños dando la clase diaria, pues la monótona lectura era como una terapia y hacia que los pequeños se durmiesen más pronto. Leonor no podía marcharse de allí hasta que el último de ellos, entre los cuales también estaba incluida Inés, la hermana de Jorge, cayese en un profundo sueño. Entonces era libre de irse a dormir si quería.

-Está bien, te lo contaré.

Tragó saliva y carraspeó la voz para que las palabras que iba a pronunciar le saliesen en un tono fuerte y no se notase que estaba comenzando a flaquear. Le contó detalladamente las dos violaciones omitiendo los detalles escabrosos. Si le contó minuciosamente las amenazas a que Bernabé había tenido que recurrir para lograr forzarla.

-¡El muy cabrón! Y eso después de las advertencias que le di. Cuando lo coja lo mato. ¡Te lo juro!

-Tranquilízate. Lo hecho, hecho está. Ahora me guardo muy bien de él y no volverá a violarme, esto te lo aseguro. Ha sido una mala experiencia pero ya está olvidada. Él pronto se marchará de nuevo a Valencia y la herida terminará por cicatrizar.

-Pero tú continúas afectada.

-Ese no es el problema... el problema es... - suspiró antes de continuar, no se atrevía y trató de reunir fuerzas para pronunciar las palabras que iba a decir a continuación - ¡ que me ha dejado preñada!

-¡Hijo de puta! - Jorge se levantó e intentó ir hacia el parral en donde estaban las dos familias reunidas con sus hijos mayores, para ir hacia él y soltarle un par de mamporros que le dejase la cara mucho peor que la otra vez.

La mujer lo cogió del brazo y lo retuvo.

-No vas a ganar nada con eso. Mi honor, si vale algo, ya no lo lava nadie. Solo conseguirás armar un escándalo, él lo negara todo y como máximo, si no lo creen, recibirá una reprimenda. Pero yo me iré a la calle y a ver que hago.

-Le obligaré que se case contigo.

-¡Eso jamás! es la persona que más odio y aunque él y sus padres accedieran yo nunca aceptaría. Prefiero mil veces criar a mi hijo sola, que vivir un solo día de mi vida a su lado.

-¿Qué piensas hacer?

-Aguantar sin que se den cuenta lo que pueda, ahorrar algo más de dinero, que junto con el que ya tengo, poder contentar a mis padres y conseguir que me mantengan hasta que nazca la criatura. Después intentaré conseguir algún trabajo, y que sea lo que Dios quiera.

-Y si decimos que el hijo es mío. De esta forma mis padres te aceptarán. No pueden consentir que

un nieto suyo este en la indigencia.

- La que no puede consentir que te sacrifiques por mi soy yo. Tú tienes tu vida y yo afrontaré la mía como pueda.

-Yo no tengo ninguna vida si no la comparto contigo.

Jorge se puso a llorar y Leonor visiblemente afectada trató de consolarlo.

-Yo también te quiero e incluso sueño todas las noches contigo, pero no se... esto no puede salir nunca bien.

-Intentémoslo.

Para tratar de convencerla Jorge se abalanzó delicadamente sobre ella, ya que estaban sentados al frescor del suelo, y le llenó la cara de besos. Fruto de su pasión una de sus manos se deslizó por debajo de su falda y acarició la suave piel del interior de sus muslos. Ella se dejaba hacer y correspondía a sus caricias. De repente Jorge se detuvo y sacó la mano del lugar tan acogedor al que había logrado llegar.

-¿Qué haces? - Se mostró Leonor extrañada y quizás algo decepcionada - ¿Porqué te detienes?

-Porque estoy comportándome como un imbécil. Exactamente igual como se comportaría el capullo de Bernabé. No puedo estar criticándole y hacer lo mismo.

-Pero si piensas cargar con el cerote, bien está que cates la miel - le respondió con toda la lógica del mundo.

-¿Qué quieres decir? No te entiendo - le pregunto extrañado el muchacho.

-Que si finalmente vas a cargar con el niño, bien está que disfrutes en cómo se hacen - le dijo sonriendo e invitándolo a continuar.

Jorge esta vez no detuvo su mano sobre el muslo y llegó hasta el mismo sexo pellizcándolo torpemente mientras la besaba apasionadamente. Esta vez quien lo detuvo fue ella.

-¿Qué ocurre? - le pregunto extrañado el muchacho por esta nueva interrupción cuando la que lo estaba animando era ella.

-Aquí no lo podemos hacer con tranquilidad, pues los niños se pueden despertar o alguien puede venir a verlos. En mi habitación tampoco, pues Pepa no tardará en acostarse. De hecho ya no se oía en la cocina el ruido del agua y los cacharros usados durante la cena, lo que indicaba que estaban terminando.

-Podemos ir al mío - propuso el muchacho

-Si hombre. Para que venga tu madre a darte las buenas noches o arroparte, como tiene costumbre y nos coja en el ajo.

Leonor en el tiempo que llevaba allí, se dio cuenta que Ana no se acostaba si antes no echaba un vistazo a la habitación de sus hijos. Jorge se avergonzó de que Leonor se hubiese dado cuenta.

-Conozco un sitio mejor - le animó viendo las tribulaciones de su amado.

-Mejor será que lo dejemos para mejor ocasión.

La muchacha comprobó que su compañero dudaba. Por una parte se daba cuenta que tenía un deseo intenso de hacer el amor con ella, pero por otra dudaba de que fuera capaz de llevarlo a cabo. Posiblemente era la primera vez que lo hacía e ignoraba como, a pesar de que era lo más natural del mundo. Se extrañaba que un muchacho con casi diecinueve años de edad fuese todavía un novato en este menester y se propuso averiguarlo.

-Ocasiones como esta no la tendremos todos los días y hay que aprovecharlas - le animó la muchacha, que ansiaba poder hacer el amor con él, después de soñarlo infinidad de veces.

Jorge asintió muy a su pesar, pues no las tenía todas consigo. Bajaron sigilosamente las escaleras. Afuera se oían las risas y voces de los adultos que mantenían una animada conversación en el parral.

Cruzaron el pasillo en el que estaban los dormitorios de la familia de los medieros y tuvieron ocasión de oír los fuertes ronquidos del padre. Entraron al vestíbulo de la puerta principal y a tientas Leonor encontró la puerta del granero.

Una vez dentro la luz de la luna que se colaba por los ventanales era suficiente para orientarse dentro sin tropezar con nada. La mujer descartó encender el candil que para casos de emergencia colgaba detrás de la puerta. Eso les permitiría desnudarse completamente sin sentir vergüenza y disfrutar cada uno del cuerpo del otro. Se echó de espalda encima del montón de granos de trigo con las piernas juntas y los brazos unidos al cuerpo. Y esperó. Jorge se echó sobre ella y comenzó a besarla y sobarle los pechos, mientras su pene trataba de adentrarse en un imaginario agujero que debía tener por ese lugar. Su única experiencia en sexo femenino era lo que le había visto a su hermana, mientras le quitaba las heces cuando se cagaba. Lo había hecho infinidad de veces, pero era insuficiente para lo que se trataba.

Mientras Leonor sin poder contener la risa, esperaba las palabras mágicas de: “como quieres que te folle si no te abres de piernas” que pronunció Bernabé cuando la violó por primera vez.

Estaba claro que Jorge era tan virgen como ella hacía solo un par de meses. Decidió quitarle a su amado el trauma que comenzaba a embargarlo y poco a poco y sin que él se diese cuenta, fue abriendo sus pierna, doblo sus rodillas y apoyándose en sus pies levantó su pelvis un par de centímetros para que el miembro de su amado penetrara fácilmente en su cuerpo, mientras Jorge lanzaba un suspiro de satisfacción.

La experiencia fue tan placentera y satisfactoria y estaban tan inhibidos, pues no temían ninguna consecuencia desagradable de su acto, como el de quedarse embarazada, pues ya lo estaba, que disfrutaron del sexo como probablemente no volverían a hacerlo nunca más.

Con el tiempo perdieron el escaso temor que podían albergar y lo hacían en cualquier lugar. Jorge siempre que tenía ocasión metía la mano debajo de la falda de Leonor, no para acariciar sus muslos ni sobar su sexo, sino para palpar su vientre, todavía plano, y captar una redondez que delatara al hijo que ella llevaba dentro y que él ya consideraba como suyo por el simple hecho de derramar en su interior mas semillas que el otro.

Un día terminaron la clase cuando los niños dejaron de hablar y estaban aparentemente dormidos. Pepa la doncella y Remedios la cocinera, terminada sus labores de limpieza de la vajilla, les dieron las buenas noches cuando se retiraron a sus habitaciones y el silencio reino en la casa. Solo la algarabía de los mayores en el parral demostraba que había vida en la masía, pero esos todavía tardarían bastante en recogerse. No tenían que desplazarse hasta el granero y decidieron hacer el amor allí mismo, como ya lo habían hecho en un par de ocasiones que les fueron propicias.

Allí estaban, soltando pequeños grititos y suspiros de placer, mientras movían rítmicamente sus cuerpos y se besaban apasionadamente. Una extraña sensación les invadió y sin saber porque miraron al umbral de la puerta y allí vieron con cara de espantada y unos ojos como platos a Dolores, que hacía rato estaba contemplando el espectáculo pero cuando vio a Jorge que dejaba a la mujer a medias y se levantaba con eso horrible colgando de sus entrepiernas, para darle unas innecesarias explicaciones, partió corriendo mientras gritaba.

-¡Están follando! ¡están follando! ¡Mama ven, están follando! - la voz cada vez era más lejana pero continuaba entrándole en los sentidos como dardos encendidos.

Se vistieron rápidamente para capear como pudiesen el temporal que se les avecinaba sin remedio, mientras que los más pequeños, unos alarmados por los gritos de Dolores y los otros por los llantos de sus hermanos, se despertaban paulatinamente uniéndose al coro y preguntando qué pasaba.

Los dos matrimonios, junto con Dolores que continuaba gritando la misma frase como si no supiese otra, se presentaron ante ellos, con una cara que hubiese asustado al más pintado. Menos mal que Alberto y Bernabé estaban en Alcoy y por lo menos este último no disfrutaría del espectáculo.

-Señora yo... - trató de justificarse Leonor.

-Tú. Vete a la cama que mañana hablaremos - le respondió Marcela, que no quería hablar en caliente, ni dar un espectáculo. Y mucho menos delante de los niños.

Jorge pensó que a ella ya la habían condenado sin derecho a defenderse y ahora le tocaba a él. Re-

cordaba las palabras de la muchacha, cuando él quiso vengarla de la afrenta que recibió de Bernabé y ella le respondió que él lo negaría y a lo sumo recibiría una reprimenda, pero a ella la echarían a la calle. Tenía toda la razón. Él desde luego no pensaba negar nada, incluso reconocería que la había seducido y se echaría toda la culpa, pero mucho temía que el resultado iba a ser el mismo y al final se iría a la calle.

-¡Qué escándalo ¡ - decía Marcela mientras los dos hombres se limitaban a asentir con la cabeza y tratar de quitarle hierro al asunto justificando a los jóvenes enamorados y Ana calmaba a los niños lo que consiguió con facilidad pues un minuto después ya estaban dormidos de nuevo - y delante de mis niños.! Eso no se lo perdonaré jamás;

-Mujer, los niños se han despertado después - añadió Pepe en tono conciliador.

-¡Me da igual! No quiero dejar la educación de mis hijos en mano de una ramera.

Marcela estaba muy alterada y todos decidieron dejar la discusión para el día siguiente, esperando que para entonces los ánimos estuviesen más calmados. De todas formas al consultarlo con la almohada esa noche, los dos hombres se lo pensaron mejor y a la mañana siguiente con una excusa banal desaparecieron ambos. Dejando el problema, que ellos consideraban menor, en manos de sus respectivas esposas.

Al día siguiente, cuando los medieros estaban ya en el campo, los dos maridos habían partido con destino a Alcoy, sin ni siquiera desayunar, y los restantes habitantes de la casa estaban todavía dormidos, la señora Marcela, que no había podido pegar ojo en toda la noche y había estado dándole la tabarra a su esposo y ese fue el motivo de que tomara, tan pronto como pudo, las de Villadiego, se levantó, sacó de la cama a una llorosa Leonor, que parecía había perdido diez quilos esa noche de lo demacrada que estaba y se la llevó al comedor que estaba al otro extremo de la casa para poder chillar lo que quisiese, desahogarse y poner los puntos sobre las íes a esa niña.

-No tienes perdón de Dios - le dijo - y mucho menos el mío. Te aguantaré la semana que nos queda aquí y en casa el tiempo que necesite para encontrar alguien que te sustituya. Después te irás a la puta calle, pues has deshonrado esta casa y seducido a ese pobre chico.

Leonor lloró desconsoladamente aunque se reconocía culpable. Menos mal que la había cogido con una persona ajena a su familia, pues si llega a ser el sinvergüenza de Bernabé la ejecuta allí mismo.

Mercedes contó la decisión tomada a Ana, que no la consideró muy justa y tal vez excesiva, pues tan culpable era la muchacha como su hijo, y por lo que sabía de los hombres probablemente mucho más, de todas formas a él no pensaba castigarlo con tanto rigor. Conociendo como había conocido a Marcela, en estos tres meses de convivencia diaria y no ignorando lo celosa que era, probablemente se había imaginado, que el día de mañana, el que posiblemente también podría montar a la pobre muchacha sería su esposo y no quería que eso ocurriera en su casa. Simplemente aprovechaba la ocasión para sacarse de casa una bella niña, con trazas de mujer, que ya representaba un peligro potencial.

Ana despertó a su hijo que se mostraba tranquilo y con aspecto de haber dormido perfectamente durante toda la noche. La madre, que desconocía las relaciones anteriores de la pareja y creía que lo ocurrido la noche anterior era un hecho aislado y circunstancial y todavía albergaba la esperanza que Dolores los hubiera cogido besándose y en una posición comprometida y confundiera galgos con podencos. Porque ¿qué iba a saber esa niña de solo catorce años de todas esas cosas? De todas formas para que su hijo no se saliese por peteneras fue directa al grano.

-Que mala suerte, por una vez que hacéis el amor os cogen. Deberías tener más cuidado.

-Lo hemos hecho muchas veces, mama- le confesó

-¡Estás loco! Podías dejarla embarazada.

-Por eso no te preocupes, pues ya lo está.

-¡Hijo mío! ¿Qué has hecho?

-Como voy a casarme con ella, igual da antes que después.

La tranquilidad de Jorge en sus respuestas, que las había ensayado con anterioridad, desquiciaba a Ana.

-¡Pero si solo es una niña!

-¿Cuántos años tenías tú cuando me tuviste?

Ana intentó pensar, pero la aritmética no era su fuerte y no le salieron las cuentas.

-Tal vez los mismos, pero entonces eran otros tiempos – estaba rabiosa pues parecía que era su hijo el que la criticaba a ella y no al revés – y además yo ya estaba casada.- En realidad no lo estaba, pero tampoco iba a mostrarle los trapos sucios a sus hijos a estas alturas - ¿Ahora qué piensas hacer?

-Casarme. Ya te lo he dicho antes.

-Eso no puede ser. Te quedan dos años de estudio antes de ponerte a trabajar y poder mantener a una familia.

-Pues entonces que ella continúe trabajando en casa de la Señora Marcela hasta que yo termine de estudiar y luego nos casaremos.

-Marcela la ha despedido y en quince días como máximo estará en la calle. Todo ello si no se entera que está embarazada, porque entonces igual mañana ya la envía a su casa.

-Eso no puede ser. – Por primera vez comenzó Jorge a preocuparse – No tiene a donde ir.

-Supongo que a casa de sus padres.

-No lo creo. Se puso a servir en casa del Señor Pepe para huir de ellos. La mataban a hambre y a golpes y ya no los soportaba. No volverá – Jorge le ocultó que ese era su propósito.

-Ese es su problema no el nuestro.

-Parece mentira que digas tu eso.

-No podemos hacer otra cosa – contestó exaltada – Marcela ha tomado una decisión y no se volverá atrás. Yo no puedo influir en ella.

-¿Por qué no la contratamos nosotros? Puede ayudarte a llevar la casa nueva.

-No somos ricos para poder pagar un sueldo. Además me sombran cojones para llevar mi casa yo sola –le respondió al filo del paroxismo.

-Entonces me iré de casa y nos marcharemos juntos.

-¿A dónde irá el señorito si se puede saber?

-Buscaré trabajo y alquilaré un pisito.

-Ni que eso fuera tan fácil.

-Me la llevaré a Yocla y el Tío Camilo, seguro que nos ayuda.

-Camilo no es tu tío, solo un primo de tu padre.

-No es preciso hilar tan fino. Tampoco Luis es mi padre y lo quiero con locura. ¿Por qué no he de querer igual al tío Camilo? Además – continuó – ten en cuenta que el niño que lleva en su vientre, no solo es mi hijo, sino también tu nieto y eso debería importarte. Además le diré que no te cobre sueldo y ya sabes que donde comen cuatro también comen cinco. Te aseguro que no lo notarás.

Pero ahí Jorge le tocó la fibra sensible a su madre. Aunque él lo ignoraba, ella nunca consentiría que la que tenía que ser la madre de sus nietos cayese en las garras del cura. Sabía que los recibiría con los brazos abiertos, les daría de todo y después no pararía hasta que se tirase a la que él llamaría su sobrina. Eso era tan cierto como que ella estaba hablando con su hijo en esos mismos momentos. Tenía por lo tanto que disuadirlo y quitarle esa idea de la cabeza. Así es que al final cedió.

-Bueno, se lo diré a tu padre y él decidirá.

Jorge sonrió porque sabía que ya tenía la partida ganada, pues Luis nunca se opondría. Lo único que rezaba era para que Ana no supiese nunca de quien era verdaderamente el hijo que esperaba.

CAPITULO IV

BRIGIDO LIQUIDA SU NEGOCIO EN VALENCIA

Brígido Bolufer, regreso finalmente a Valencia. Lo primero que hizo fue devolver al rocín a las cuadras del obispado, pues era un incordio y desde luego no lo hubiese podido albergar en su casa. Cuando lo dejó en manos de su cuidador, el animal no pareció alegrarse demasiado. Había disfrutado durante esos días que había estado fuera de la cuadra de la que normalmente no salía con frecuencia pues era rechazado cuando lo ofrecían para algún servicio por su aspecto viejo y achacoso, y tenía que conformarse con el par de horas que todas las tarde lo dejaban libre pastando en un prado cercano.

El viaje de ida fue precipitado, se notaba que su jinete quería llegar pronto a su destino. Allí había gozado de manjares, como unas hojas de zanahorias exquisitas que no había tenido ocasión de probar antes e incluso se había tirado a la burra del cura en cierta ocasión en que pastaron juntos. Menuda sorpresa se llevaría su dueño dentro de diez meses. Por el contrario el viaje de regreso fue un verdadero placer, pues lo hicieron prácticamente andando ya que su jinete no le exigió nada.

Trotaba cuando le apetecía y el terreno lo permitía y nunca fueron al galope que era lo que realmente lo reventaba. Por otra parte su jinete era ligero, pues pesaba alrededor de sesenta kilos y apenas había llevado equipaje y eso lo agradecían sus cansados riñones. Cuando vio que Brígido estaba a punto de marcharse, giró su cabeza y le propinó un lametazo de agradecimiento en pleno rostro, limpiándole de paso la gotita que pendía de su nariz. El hombre le correspondió ofreciéndole un azucarillo que llevaba en su bolsillo.

Marchó a su pensión y recuperó la habitación que había abandonado unos días antes y parecía que nadie había ocupado durante su ausencia pues no percibió ningún aroma extraño y eso solo quería decir queapestaba a él.

Ese día no pensaba desplazarse hasta la oficina y los problemas los aparcaba hasta el día siguiente. Se acostó y rápidamente quedó dormido.

Se despertó por el calor húmedo y sofocante que hacía. Olfateó el ambiente y no percibió el característico olor a comida que emanaba la cocina del obispo a mediodía, por lo que supuso que esa hora había pasado y debía de ser ya media tarde. Levantó su cuerpo dolorido y cuando iba a ponerse los calzones comprobó que unos ronchones negros adornaban sus rodillas y talones. Normalmente no les hubiese dado la mayor importancia pues parecían endémicos, pero esa noche pensaba visitar un lupanar de lujo y si quería que la puta de postín lo considerase y tratase como un autentico caballero no podía presentarse de esa guisa cuando se desnudase.

La solución era un buen baño. Decidió ir a uno situado tres calles más arriba de la fonda y que no visitaba por lo menos desde hacía un año.

Se trataba de unos baños, que según los entendidos en la materia, procedían de la época en que los moros todavía moraban en Valencia. Se metió en una pequeña piscina en la que el agua apenas le llegaba por la rodilla, lo que agradeció pues no sabía nadar. Se sentó sobre el suelo y puso su cuerpo a remojo, necesitaría horas antes que la capa de roña se reblandeciera y pudiese quitarse fácilmente. El agua caía al pequeño estanque por la boca de un león de piedra pegado a la pared y salía por una hendidura situada en el muro opuesto, estableciendo una corriente de agua que el cuerpo agradecía.

Salió a las siete de allí y se dirigió al barrio judío en donde estaban situadas las casas de prostitución. Ya no quedaban judíos en España desde que fueron expulsados por los reyes Católicos, pero el nombre del barrio persistía. Se había puesto una muda nueva que había adquirido poco antes en un comercio y la usada, que ya estaba en infames condiciones, la había tirado a la basura. Ahora tenía dinero y se lo podía permitir.

Era todavía pronto para ir, pues el barrio no se ambientaba hasta las nueve de la noche en la época

estival, pues más temprano, por el calor, los cuerpos se tornaban sudorosos al mínimo ejercicio y no resultaba agradable hacer el amor. Pero de todas formas era mejor así, pues podría elegir a la fulana que quisiera y esta no tendría prisa en despacharlo si se mostraba un poco generoso.

La prostitución en Valencia durante esa época no estaba permitida pero se toleraba. De vez en cuando las autoridades se lavaban la cara ante la iglesia haciendo una redada y encerrando a las putas durante unos días, y multaban a los clientes.

Cuando se daba una de esas redadas, los habituales que ya lo sabían, pasaban al huerto posterior del prostíbulo y mediante unas toscas escaleras de madera, subían por el muro, saltaban y se perdían por las estrechas callejuelas del barrio. Eso ocurría desde que las autoridades habían ordenado talar los árboles frutales situados junto al muro que siempre habían estado allí para emplearlos como vía de escape.

En Valencia siempre estuvo permitida la prostitución desde tiempo inmemorial, no en balde se la denomina el oficio más antiguo del mundo e incluso en ciertos momentos estuvo regulada, como por ejemplo por la ley promulgada por el rey Felipe II en 1571.

Continuó permitiéndose incluso cuando el religioso franciscano Fray Juan Ximeno, trató de abolirla con todas sus fuerzas. No lo consiguió pero alguna semilla dejó olvidada en algún lugar el noble fraile, pues el nieto de aquel rey, Felipe IV, que tuvo más queridas que esposas y de estas últimas no andaba cojo, comenzó a cerrar las casas de perdición por toda España, pues él ya estaba servido, excepto en Valencia, que para algo era otro reino y fue protegido por personas influyentes.

Pero lógicamente a todo cerdo le llega su San Martín y también Valencia sufrió las consecuencias. Se cuenta que las siete últimas putas que persistieron en su oficio, finalmente fueron metidas en un convento sin necesidad de dote ni nada que se le pareciera. Pero eso no era del todo cierto, pues una cosa eran las estadísticas y otra muy distinta la realidad y eso iba a demostrarlo Brígido seguidamente tirándose a una.

Hasta monumentos deberían erigirse para conmemorar sus hazañas. Se dice que durante la Guerra de Sucesión, en los pocos días que estuvieron en Madrid la tropa de Archiduque Carlos, pretendiente junto a Felipe V a la corona de España, dejaron, cuando se retiraron, en los hospitales de la capital a dos mil hombres atacados por el mal venéreo. Esa retirada fue clave para que el desenlace de la guerra entre ambos pretendientes se inclinase por el francés y no cabe duda que las putas mucho tuvieron que ver en ello.

Cuando nuestro hombre entró en el prostíbulo, el ama, que estaba detrás de un pequeño mostrador al lado mismo de la puerta de entrada, para vigilar que no entrase gente indeseable y que los servidos no se fueran sin pagar, le echó una mirada de arriba abajo no muy amistosa. No era cliente habitual ni llevaba ropas adecuadas, pero le enseñó el fulgor de una pequeña moneda de oro de un escudo y la dueña le recompensó con una sonrisa en la que faltaban un par de dientes y le invitó a entrar.

En el salón había cuatro mujeres, ligeras de ropa, que lo recibieron con otra sonrisa más o menos fingida. Tres eran jóvenes, no llegarían a los veinte años, con esa belleza característica de la clase baja valenciana y un cuerpo esbelto pero delgado, de los que se dicen que han pasado hambre desde que nacieron. La otra estaba más rellena, tal vez excesivamente, ya no cumpliría los cuarenta y se notaba que estaba de capa caída y agotando los últimos años si no meses de permanencia en un lupanar de esa importancia. Después, si no había reunido el dinero suficiente para retirarse, se convertiría en carne de cañón. Era bien parecida, con ojos claros y se veía que a pesar de su oficio la vida no la había tratado demasiado mal, por lo menos en los últimos años.

Fue la que más hizo para que él se acercara, y Brígido no la defraudó. A él le gustaba más el chichi que los huesos y si la gallina joven hace buen caldo, la vieja todavía lo hacía mejor. Pasaron a una habitación que no era nada del otro mundo, pero por lo menos era amplia, y estaba amueblada con fornituras fantasiosas pero de escasa calidad.

-Si quiere que te la chupe tendré que lavártela antes – le dijo la dama con cierto orgullo mientras se desnudaba.

-Yo soy muy tradicional y esas guarradas no me van – le mintió

-Me alegro

La ramera ya estaba a punto y se acostó sobre la cama, mientras observaba al varón, aproximadamente de su misma edad, de complexión delgada y bien provisto, lo que le alegró el semblante pues a nadie le amarga un dulce. Aunque algo le colgaba de la punta de su nariz aguileña. Por lo menos no era un viejo baboso y si se lo proponía podría incluso disfrutar con el polvo, pues últimamente recibía pocos y no de mucha calidad.

El hombre se subió a la cama le abrió las piernas y con la cabeza cerca del sexo se puso a mirar. La ramera creyó que iba a lamerle el clítoris para ponerla a punto, como solían hacer ciertos perversos e incluso se emocionó, pues no esperaba que la noche se pusiera tan buena. Pero este solo se limitaba a observarla, mirando en los labios interiores e incluso separándolos cuidadosamente, en busca de síntomas de alguna enfermedad venérea.

Ya había tenido bastante con la última que lo cagó y no quería repetir. Satisfecho con la inspección, se incorporó dejando con la miel en los labios a la moza.

-¿Qué no te ha gustado mi chocho? – le preguntó con sarcasmo.

-No está mal e incluso huele a jazmín, pero también he de decirte que en mejores ruedos he toreado – le dijo mientras se echaba a su lado - ¡Cariño! hoy creo que te toca trabajar a ti, pues no estoy yo para muchos trotes. Así es que monta al burro y a ver cómo te portas.

La ramera recibió como un mazazo la invitación pues era lo que menos le gustaba. Se levantó perezosamente y se sentó sobre las partes del hombre. Con un rápido movimiento, sin necesidad de que sus manos intervinieran y que demostraba la pericia que tenía en el oficio, se metió la polla dentro, e inicio un lento vaivén de sus caderas.

Brígido cerró los ojos y esta vez no imaginó que se estaba tirando a la querida del obispo, sino que era Marieta, la del cura de Yocla, la que estaba sobre él.

Al día siguiente se levantó temprano y nervioso, era el día en que tenía que rendir cuentas al administrador y no podía demorarlo más. Seguro que ya le habían informado de la devolución del caballo y no ignoraba que ya estaba en Valencia.

Pasó antes por su despacho., dejó la documentación que se había llevado y esbozó un plan de defensa.

Estaba claro que Camilo se había hecho rico gracias a que se había agenciado la herencia de Doña Angélica, su amante, destinada a la iglesia, y no precisamente por necesidad, pues él disfrutaba de una fortuna propia conseguida probablemente por medios ilícitos. Aunque eso a él le importaba un pimiento. Si la iglesia impugnaba el testamento se meterían en un juicio largo y costoso en el que la otra parte que disponía de recursos para contratar excelentes abogados, saldría vencedora a pesar del poder de la iglesia, pues no había pruebas que demostrasen lo contrario.

Pero como las mentes obtusas de los altos gerifaltes eclesiásticos no pensarían lo mismo, lo mejor era no decir nada de esa información que había recabado para no tentar a la marrana. Pero por otra parte no podía, después de unas excelentes vacaciones de casi veinte días al más alto estilo de vida y pagadas con los recursos de la iglesia, llegar con los brazos vacíos y decir simplemente que no había encontrado nada.

Les informaría que el cura vivía en pecado, manteniendo a una manceba, recaudando recursos para la parroquia de los que luego se apropiaba y manteniendo una vida de lujo excesivo que no era propio de un humilde representante de la iglesia.

Así se lo hizo saber a su superior, sufriendo una severa reprimenda por no haber alcanzado los objetivos previstos que no eran otros que multiplicar por cien la cantidad invertida en este negocio que se había saldado con pérdidas. Cuando presentó la liquidación de gastos y solo devolvió unas

pocas monedas de cobre del importante adelanto que recibió, le informaron que le descontarían un veinte por ciento de su salario, cada mes, hasta cubrir la deuda.

-Padre. Con lo que queda yo no puedo subsistir.

-Pues dedícate por la noche a la prostitución y te lo complementas. Entonces sabrás lo que vale un peine. Y ahora lárgate que no quiero volver a verte. Ya recibirás instrucciones para conocer tu nuevo puesto de trabajo. Ya me ha quedado claro que para esto no sirves.

Brígido salió sonriendo de la entrevista, mientras por el falso bolsillo de su sotana acariciaba la faja en donde escondía las monedas de oro que a cuenta de sus servicios le había entregado Don Camilo. Él si había cumplido sus objetivos, pero todavía tenía mucho que hacer y debía aparentar la humildad que siempre le caracterizó. Al fin y al cabo por lo que le quedaba de estar en el convento se cagaba dentro.

CAPITULO V

EL GUAPET DE ALGESARES

Fernando Ortega siempre había sido guapo de niño, todas las mujeres de su barrio se lo decían y el tenía encandiladas a las niñas de su edad que se les caía la baba solo de verle, pero es que ahora de mayor se salía.

Tenía la tez morena, nariz recta, labios sensuales, ojos verdes y el pelo abundante y ensortijado. Cuando por la calle se cruzaba con una mujer, esta no podía dejar de admirarlo, las más atrevidas le miraban de reajo y las que no tenían ningún recato incluso se volvían. Pero no solo con los ojos, sino también con la boca, pues las más jóvenes, casi siempre acompañadas por una amiga, cuchicheaban por lo bajo y las mayores igual, pero sin ningún pudor. Todo ello no pasaba desapercibido para los hombres, que cuando presenciaban tanto descaro, decían que solo faltaba que le echasen algún que otro requiebro.

Por otra parte el cuerpo le acompañaba. No porque se lo hubiese dado Dios, que algo tendría que ver, sino porque se lo había labrado a fuerza de ejercicio. Siempre estaba corriendo calzando unas cómodas alpargatas atadas hasta las rodillas y vistiendo un calzón corto y una recia camisa. Salía, bien sea por la mañana o por la tarde según el turno que tuviese en la fábrica, para correr por el campo. Abandonaba la villa por la puerta de San Roque, cruzaba el río Barchell por una improvisada pasarela, compuesta por tres tablones unidos por otros tantos listones de maderas, que se balanceaban peligrosamente al cruzarlos y que la corriente se llevaba, para ser repuesto inmediatamente, cada vez que había una crecida. Subía la fuerte pendiente de la otra ladera zigzagueando como una cabra hasta llegar a la Huerta Mayor, que estaba a la misma altura que la población, y allí el desnivel se convertía en una suave pendiente. Lástima que no hubiese un gran puente que uniese ambas riberas por la parte alta y que sin duda ayudaría mucho al crecimientos de Alcoy. Hacía años que se hablaba de ello, pero era una obra tan descomunal que todos la consideraban imposible.

A partir de allí subía los márgenes de los bancales como si fueran escalones y se dirigía en línea recta, sin respetar vallas o cultivos, en dirección al barranco del Sinc, que franqueaba la montaña que separaba Alcoy de la sierra de Mariola. Un autentico paraíso natural a donde acudían los alcoyanos para pasear los días festivos y proveerse de las beneficiosas hierbas medicinales, como eran: el tomillo, orejano o romero entre otras muchas. Luego corría por la otra vertiente de la sierra, por detrás de la ermita de San Cristóbal, hasta encontrar el camino real que conducía a Castilla y regresaba por él hasta la villa ya convertida desde hacía pocos años en ciudad.

Veinte kilómetros de subidas y bajadas que había hecho durante los dos últimos años prácticamente a diario, sin detenerse para descansar, y solo paraba en alguna que otra fuente, que tenía controladas, para reponer líquidos.

Si no fuera suficiente algunas noches acudía a una especie de gimnasio, que un rico naturista había montado para deleite de sus paisanos, en el que se podían hacer abdominales, levantar pesas y subir por una cuerda hasta el techo y que él solía hacer ayudado solo con sus manos, como si fuese una ardilla trepando por el tronco de un árbol.

Por la calle le gustaba llevar una camisa ceñida que resaltasen sus músculos y sus brazos, siempre desnudos aun en los días más fríos del invierno, que parecían querían reventar las mangas de sus camisas que nunca alcanzaban los codos.

Algunos hombres opinaban por su belleza, que bien podía ser maricón, aunque nadie se atrevía a decírselo a la cara, pero las pocas mujeres, todas ellas jóvenes, que habían tenido la suerte de yacer con él no opinaban lo mismo.

Era hijo de un reputado ebanista que se ganaba muy bien la vida. Su familia compuesta de mujer y dos hijos, nunca habían pasado hambre. Fernando o Nando, como solían llamarlo los amigos y la

gente más próxima, no había tenido la necesidad de trabajar desde pequeño para ayudar a su familia y hasta solo hacia un par de años estuvo estudiando, con más o menos provecho, pero lo suficiente para que siempre le cuadrasen las cuentas y nadie pudiese engañarlo manejando números.

Su padre quiso incorporarlo a la empresa familiar, para que el día de mañana pudiese sucederle y hacerse cargo de la carpintería. El negocio iba viento en popa y su padre ya contaba con la ayuda de dos oficiales y dos aprendices avanzados. Nando cedió ese privilegio a su hermano menor, que todavía estaba en la fase de estudios, y decidió que su vida tomase otro rumbo.

Veía la miseria que le rodeaba y como los patronos se aprovechaban de los ignorantes trabajadores. Decidió dedicar su vida a sacarlos de esa ignominia y la única forma era que consiguieran unos salarios justos, mejorar sus condiciones de trabajo y que tuviesen una protección cuando se encontrasen enfermos, sufrieran un accidente laboral o, cuando se hallasen en los postreros años de sus vidas, no pudiesen trabajar.

Todas esas ideas eran una autentica quimera para la época, pero él estaba dispuesto, por lo menos a luchar, para conseguirlas. Todo ello ni lo había soñado ni leído en algún libro, de los que por cierto era poco aficionado. Se las había inoculado un catalán, llamado Francés Pereda, que posteriormente trabajaría con él y con el que le unía una cierta amistad al coincidir algunas veces en el gimnasio. Llegó a Alcoy para instalar una nueva máquina en la fábrica del Señor Pepe, no hacía mucho tiempo y terminó quedándose en nuestra ciudad.

El Señor Luis, el nuevo encargado, se dio cuenta que era un manitas, pues mientras montaba la nueva maquinaria, un día se estropeó un telar que estaba terminando una pieza que precisaban urgentemente. El mecánico que siempre avisaban para resolver estos problemas estaba ocupado en otros menesteres y no podía acudir hasta pasados un par de días, él se ofreció viendo el guirigay que se había formado en la fabrica por este asunto y lo resolvió en apenas unas horas. Después fue un urdidor que se había atascado y también solucionó una serie de problemas, que más que producirse, Luis le ponía en su camino para probarlo.

Era un mirlo blanco que no podía dejar escapar. Con su presencia se evitaban los profesionales de este u otro ramo que asiduamente frecuentaban la fábrica para solventar el más nimio de los problemas y con él en la casa se solventaban rápidamente y se evitaban un buen numero de facturas.

Un día Luis lo invitó a comer, pues Francés rechazaba cualquier gratificación extra que le ofrecían por esos trabajos que él juzgaba insignificantes, y le sonsacó cuanto cobraba en la empresa catalana de donde procedía. Le ofreció el doble de salario de lo que percibía en Mataró y como no tenía familia, la policía allí ya lo tenía fichado y lo molestaban continuamente por su fama de follonero en asuntos laborales, decidió aceptar la oferta, cambiar de aires y quedarse por estos lares. En poco menos de seis meses se enamoró de una alcoyana la dejó preñada y no tuvo más remedio que casarse con ella. Pero eso ocurrió más adelante y no vamos a anticipar acontecimientos.

El negocio le salió redondo a Luis, pues cuando el contable le explico a Pepe que el ahorro en el gasto era diez veces superior al coste de la nueva contratación, no dudo en aumentarle el sueldo a ambos, porque las fabricas sin el estomago agradecido de sus dirigentes, no funcionaban.

El padre de Fernando era el ebanista de Pepe. En su día le hizo los muebles de su casa cuando se caso con Marcela y ahora le hacia los trabajos de carpintería importantes de la fábrica, dándole preferencia a cualquier requerimiento que tuviera, porque para los pequeños ya estaba Anselmo. Por ese motivo no le costó nada atender la petición de su hijo para entrar a trabajar en la fabrica del abogado. Bastó que se lo insinuara al Señor Pepe para que este ordenara a Luis que lo admitiera.

Al ebanista le extrañó la petición de su hijo. No había aceptado trabajar en su taller de ebanistería. Un trabajo limpio, tranquilo y que no requería de grandes esfuerzos y ahora se metía en la industria textil, que según la rama que eligieras podía ser: sucio, maloliente, atronador por el ruido de los telares que dejaban sordo al que no volvían loco y malsano para los pulmones por ese polvillo en suspensión que flotaba en el aire y que solo se percibía cuando un rayo de soy entraba por una ventana.

¡Allá cada cual! No lo comprendía pero lo aceptaba pues además le quitaba un problema de encima, pues colocaba a uno de sus hijos y al otro lo reservaba para sacar adelante su floreciente empresa. No quería verlos juntos pues opinaba que dos gallos en el mismo gallinero eran demasiados.

La carpintería de Rafael, que así se llamaba su padre, estaba situada en una planta baja de la calle de Algezares, y en la superior a la que se ascendía por dentro del mismo local tenía la vivienda. En la parte posterior había una pequeña huerta, en donde el ama de la casa plantaba algunas verduras de temporada, un par de árboles frutales y un corral en donde criaba conejos y gallinas. Todo ello, aunque en la actualidad no les hacía falta, había representado una buena ayuda para la economía familiar. Posteriormente poco a poco fue desapareciendo, pues paulatinamente era ocupado por la ampliación del negocio familiar.

En la casa de al lado vivía Leonor, una muchacha dos años menor que Fernando y a la que había considerado su novia hasta que un mal día desapareció de su casa, cuando su padre la recomendó al Señor Pepe para que entrase de niñera en su casa.

Su relación no había pasado de los típicos besos y tocamientos que ocurrían en los primeros tiempos de una pareja. Todo ello al amparo de la oscuridad que les daba un palomar situado en lo alto de la casa de Leonor, cuyo dueño abandonaba apenas oscurecía, y al arrullo de las palomas.

Las criadas, doncellas y niñeras, solo tenían una tarde libre a la semana, que aprovechaban para visitar a sus parientes o salir a pasear en busca de pretendiente. Las más viejas, si así se puede llamar a muchachas de apenas veinticinco años, lo hacían por la plaza de San Agustín y las menores en edad por la calle del Mercado.

Los jueves era el día de la semana elegido por la mayoría para librar, y los alcoyanos lo llamaron durante mucho tiempo “el día de la suelta de churras” que paseaba durante horas, arriba y abajo, y vuelta a empezar en espera de que algún obrero o mejor jóvenes de familias más pudientes, se fijasen en ellas, las rondasen y las sacasen de la servidumbre en que se hallaban.

Unas salieron del pozo en que se encontraban y otras no, pero ni unas ni otras supieron en la mayoría de las ocasiones que era peor. Si la soledad de una cama caliente, bien alimentada y en la mayoría de las ocasiones querida, aunque solo fuera por sus hijos o el placer de un buen o mal polvo, durante un breve lapsus de tiempo y luego el hambre, el frío y los sinsabores de un marido que cabreado por la vida que llevaba y generalmente borracho, se desahogaba a golpes con su mujer cuando llegaba por la noche.

Leonor, las tarde libres las empleaba visitando a su madre y hermanos y evitando las horas en que su padre podía estar en casa. Lo hacía también con la esperanza de encontrarse con Fernando pero la suerte no le acompañaba. El Señor Rafael, su padre, siempre le decía que debía estar corriendo o en el gimnasio, en donde nunca se habría atrevido a ir a buscarlo. Luego, desilusionada, subía por la calle Mayor hacia la del Mercado, con la esperanza de encontrar algunas conocidas y unirse a ellas, ya que sola estaba mal visto y se hubiese convertido en una presa fácil, para dar unas vueltas al paseo con la esperanza de que algún joven de buena familia o por lo menos a “un animal de pluma” que eran los que trabajaban en las oficinas de las fabricas, se acercase, cosa que casi nunca ocurría. Y sobre todo procurando alejar a los obreros, sucios y malolientes, que solo se acercaban para meter mano donde pudiesen a la menor oportunidad y aprovechando las apreturas, pues medio Alcoy parecía encontrarse en esa calle, y luego salir corriendo para evitar los golpes y patadas que las muchachas ofendidas trataban de propinarles. Cuando iban en grupos de más de dos las que más ganas tenían de ligar se colocaban en los extremos de la fila, pero cuando veían a alguien que no les convenían con ganas de acercarse a ella, rápidamente intercambiaba su lugar con la amiga que ocupaba el centro y de esa forma evitaba ser abordada.

Antes de siete y media el gentío comenzaba a disiparse. Unas se marchaban solas porque tenían que estar a las ocho en casa y evitar las reprimendas de su ama o el castigo de no salir al jueves siguiente. Otras, acompañadas por jóvenes que esperaban terminar la tarde – noche en el zaguán de

la casa de su amada con algún beso y algún que otro achuchón y tal vez con algo más si se topaban con carne débil, aguantaban hasta casi las nueve de la noche.

Leonor nunca se encontró en el paseo con Fernando y pronto lo olvidó o por lo menos dejó de añorar su compañía. Como era realmente atractiva no le faltaban pretendientes ni acompañantes al filo de las siete y media. Todos buscaban lo mismo y los dejaba con la miel en los labios a la primera oportunidad que tenía, subiendo rápidamente los escasos escalones que separaban el zaguán de la puerta de la casa en donde servía.

Un día un buen mozo se le acercó y logró que se separase de sus amigas, la sacó del paseo y estuvo conversando con ella, sentados ambos en un banco medio oculto por la frondosidad de un árbol en un jardín cercano. Era atractivo, iba bien vestido, emanaba ese perfume embriagador que usaba el Señor Pepe cada vez que salía de casa y que tanto le gustaba y para colmo tenía o por lo menos aparentaba una educación exquisita. Sin duda el mirlo blanco que todas las jóvenes alcoyanas esperaban y que por lo menos esta vez le había tocado a ella.

Sentados, le pidió por favor poder estrechar sus manos y besarlas, luego darle un beso en su sonrosada mejilla, que se extendió a su cuello y finalmente terminó en sus labios. Ella lo dejó hacer pues se sentía en el paraíso. Le tocó delicadamente los pechos e inmediatamente lo dejó cuando ella se lo pidió. En realidad a ella le agradaba, y los estímulos táctiles que recibía hacía que su vello se erizase y que unas sensaciones extrañas recorrieran su cuerpo.

La mujer creyó que dominaba al hombre y que este hacía únicamente lo que ella le permitía. Bastaba un simple gesto o una palabra condescendiente para que se detuviera o dejase de propasarse. De todas formas tuvo que reconocer que le permitió más que a ningún otro muchacho incluido el mismo Nando.

Cuando por el movimiento de la gente que comenzaba a alejarse del paseo comprendió que serían las siete y media, se levantó y dijo que tenía que marcharse. Como suponía él se brindó para acompañarla y ella no se opuso. No ignoraba que algo más pasaría en el zaguán de la casa en donde servía, pero nada de lo que pudiese arrepentirse y no pudiese evitar con un simple gesto como lo había hecho hasta entonces.

Caminaron lentamente cogidos de las manos por una casi semivacía calle del Mercado, hasta llegar a la calle de San Nicolás que estaba a la derecha de donde esta terminaba. Estaban a punto de llegar a su destino y mientras la mente le decía que cuanto menos estuviese en el zaguán con este muchacho, mejor, el cuerpo le pedía todo lo contrario.

Cuando llegaron el candil que alumbraba la entrada estaba apagado, pues el novio de la doncella del segundo solía hacerlo para poder achucharla con más tranquilidad. Luego no se molestaba en volver a encenderlo. De todas formas estaban en el mes de junio y a esa hora entraba la suficiente claridad para no preocuparse de ello. Los novios ya no estaban y el muchacho que la acompañaba, apenas entraron, la acorraló contra la pared, en el rincón más oscuro, y comenzó a besarla por todas partes. Ella se dejó hacer. La finura de su cara, recién afeitada, y el perfume embriagador que emanaba su cuerpo le habían sorbido el seso, se dejó hacer, pues una sensación extraña y agradable recorría su cuerpo. En esos momentos no lo sabía, pero después supo que había estado en el momento justo en que una mujer se abandona y queda inerte a disposición del macho que la acosa.

La besaba en la boca y con su pecho apretaba sus turgentes senos mientras que con los nudillos de su mano derecha rozaba su sexo haciendo que este se humedeciera, aunque en realidad estaba haciendo otra cosa, que no tardaría en descubrir. De repente se agachó un instante, la cogió por los muslos por debajo de la falda y la levantó como una pluma llevando sus entrepiernas a la altura de las caderas del hombre. Un inesperado invitado que la mujer no sabía de dónde había salido, aunque comenzaba a imaginárselo, pugnaba por introducirse en su cuerpo, por un lugar hasta ahora virgen.

El muchacho, o estaba nervioso, o no parecía muy experto en la materia, pero pugnaba por conseguirlo y ella intuía que más pronto que tarde lo lograría y para entonces sería demasiado tarde pues no soltaría fácilmente su presa.

-¡Déjame! - le dijo alarmada.

El varón se detuvo extrañado, pues sabía, a pesar de su escasa experiencia, que llegado a esta situación ninguna se resistía.

Tuvo unos instantes de duda, pero cuando el estupor pasó continuó en su empeño. Entonces fue cuando ella chilló como si le hubiesen aplicado un hierro al rojo vivo.

El hombre se asuntó, la dejó en el suelo y mientras escondía sus vergüenzas salió disparado por la puerta abierta. Momentos después la puerta del principal se abrió y alguien salió con un candil encendido en la mano.

-¿Quién es? ¿Qué ocurre?

-Soy yo. Señor Pepe. He tropezado en el portal y por poco me caigo. Perdona que haya interrumpido su descanso.

-No pasa nada. Leonor. Pero parece que alguien te estuviese matando. Sube que ya alumbro los escalones.

No volvió a salir el jueves siguiente, pues para entonces ya estaban en la masía.

XXXXX
XXX
X

Fernando no tardó en descubrir, qué mujeres se sentían atraídas por él y estaban dispuestas a hacer el amor sin tapujos, y cuáles eran las recatadas que se negaban por sistema aunque lo desearan más que las otras. Obvió a estas últimas y se dedicó en cuerpo y alma a las primeras.

Se estrenó en el amor con una muchacha de su calle, algo mayor que él, que ya tenía cierta experiencia y que en la práctica le enseñó como debían hacerse las cosas. La llevó al palomar que había encima de la casa de Leonor y que tan buenos recuerdos le traía y dejó que la mujer llevase la iniciativa. Repitió con ella un par de veces para consolidar su experiencia y finalmente decidió abrir nuevos horizontes en su vida.

Una tras otra fueron cayendo en sus redes y no todas de clase humilde.

Un día, mientras caminaba por la calle del Mercado, le paró una señora vestida rigurosamente de negro, con mantilla incluida, como si terminase de salir de un velatorio. Era agraciada, relativamente joven, aunque no volvería a celebrar los cuarenta, y tal vez un poco rellenita de carnes, pero seguro que seductora cuando se quitase la tonelada de ropa que llevaba encima a pesar de estar la primavera bien avanzada.

-¿Puedes decirme joven a qué te dedicas?

La dama acostumbraba a hacer esta pregunta cuando quería llevarse a alguien a la cama. Llevaba un año viuda y añoraba la ausencia de su fogoso marido. Era inmensamente rica, y se la conocía como Adoración, la acaudalada viuda de Riquelme, era de origen humilde y unas de las pocas que habían tenido la suerte de pegar el coñazo de su vida. Se decía exageradamente que la mitad de las casas de Alcoy eran suyas y tenía participación en todas las sociedades anónimas de la ciudad que le proporcionaban pingües rentas. Su difunto había sido un obseso sexual y no pasaba día sin hacer el amor por lo menos tres veces, por la mañana, a la hora de la siesta y por la noche. Al principio no le agradaba estar disponible tantas veces al día, pues su esposo no era un adonis y si rápido en la acción lo que le dejaba la mayoría de las veces con la miel en los labios, pero finalmente se había acostumbrado y ahora, como si fuese una droga, no podía pasar sin ello.

Como dinero no le faltaba, con él cubría sus necesidades carnales que de momento eran su único consuelo. Cuando el aludido le refería un oficio, exclamaba que era lo que necesitaba y lo citaba en su casa para que le prestara un servicio.

-Estudiante. Señora – le respondió Fernando muy serio.

La dama, después de unos instantes de desconcierto pues no esperaba esa respuesta, se repuso rápidamente y le contestó.

-Eso es precisamente lo que necesitaba – le repuso ante el asombro de Nando –

-¿Puedes venir a mi casa alrededor de las cuatro?

-Supongo que sí – le respondió el muchacho alzando los hombros.

-No se hable más, entonces te espero a esa hora. Te aseguro que no te arrepentirás – le despidió con una sonrisa mientras le acariciaba con unos cálidos y suaves dedos su rostro.

Fernando estuvo a punto de no acudir a la cita, pues ignoraba lo que pretendía la dama y barajaba cualquier opción menos la de un encuentro sexual. Pero como llegada la hora, no tenía nada mejor que hacer, ni tampoco nada que perder, decidió ir.

A la hora prevista se presentó en casa de la viuda, golpeo la puerta suavemente con la aldaba y esperó. Fue ella misma quien le abrió la puerta. Iba vestida con una tenue bata de seda que sugería más que mostraba. Ahora le parecía más delgada y esbelta que cuando la vio en la calle.

-Perdona el desorden y que sea yo quien te reciba, pero por un imponderable he tenido que dar permiso al servicio – se justificó.

Fernando pudo comprobar inmediatamente que el piso estaba en perfecto estado de revista a pesar de la ausencia del servicio, y que tal circunstancia se debía probablemente a que se quería evitar que fuesen testigo de lo que iba a ocurrir allí. No sabía a donde quería llegar la señora, pero ya comenzaba a imaginárselo.

-Como me dijiste que eres estudiante, quiero instruirte en un arte nuevo para ti. Y para premiar tu interés, y te advierto que está condicionado a ello, solo si quedo satisfecha recibirás un premio de diez reales de vellón.

¡Diez reales! es lo que cobraba a la semana después de sesenta horas de duro trabajo. Y lo que suponía que le iba a proponer la dama, y ahora ya comenzaba a estar seguro de ello, podía hacerlo en apenas diez minutos de placentero trabajo. Aunque esperaba estar algo más y dejar a la señora lo suficientemente satisfecha para que requiriera sus servicios más a menudo.

No se anduvo por las ramas la viuda y rápidamente pasaron a una magnífica alcoba, excelentemente decorada y presidida por un soberbio lecho. Este era majestuoso y seguro que no fue el empleado por la señora en vida de su esposo. Era nuevo y destinado a impresionar a sus amantes.

La mujer quedó desnuda con solo quitarse el batín e impresiono notablemente al muchacho. Efectivamente no era tan gruesa como había imaginado el día que la conoció. Tenía la figura esbelta, las carnes prietas y cuando posteriormente tuvo la ocasión de acariciar su cuerpo, este tenía una suavidad parecida al terciopelo.

Esperó a que la mujer estuviese debidamente colocada sobre la cama, para comenzar a desnudarse. Lo hizo con parsimonia y colocando sobre un sofá las prendas plegadas que iba quitándose. Se desprendió de los pantalones de espaldas a ella y cuando se volvió mostró sus atributos que ya estaban en plena erección.

Admirada quedó la señora de lo que tenía ante sus ojos y no pudo reprimir un silbido de admiración cuando le dijo.

-Con ese cuerpo y ese pito, tonto serás si tienes necesidad de trabajar alguna vez. Pero... acércate que por la vista ya me has conquistado y ahora tienes que hacerlo por el tacto.

Dos horas pasaron en la cama los amantes y Nando se extrañó que los gritos de placer de la señora, mientras tenía un orgasmo no fuesen oídos por los vecinos.

La dama cumplió su promesa y le enseñó cosas que desconocía y aunque en un principio no fueron de su agrado terminaron por gustarle tanto que ansiaba poder repetirlos. Cuando su miembro quedo exhausto y no pudo de ninguna forma reunir la energía suficiente para reanimarlo, estuvo a punto de darse por vencido.

-Eso no puede ser – le reprimió la mujer – nunca puedes dejarte a una mujer a medias ni con ganas de más.

-Lo siento pero no puedo con mi alma. Esto no lo enderezo ni untándolo con escayola y esperando a que se seque.

-No te pido tanto, ni espero milagros de nadie. Tú desde luego ya has cumplido, pero todavía puedes hacer más.

-¿Cómo?

-Con la lengua. Las mujeres tienen muchos puntos débiles en su cuerpo.

-¿Cuáles? – preguntó interesado.

-Las orejas... el cogote... los pezones... y el clítoris.

-¿El qué?

-Esto – le señaló

Nando mostró su rechazo en meter su lengua en tal sitio., pero la dama lo tranquilizó.

-Bien limpia, como la tengo yo ahora, es tan higiénica como besar el dorso de la mano a un bebe. Y desde luego mucho más que dar un beso en la boca y eso lo harías sin importante con la primera mujer que te encontrases en la calle y te gustase. El mal olor de aquí – señalo su sexo – desaparece con jabón. La halitosis, que es como llaman los médicos al mal olor de boca, por mucho jabón que le echas no lograras que desaparezca.

Fernando accedió, primero mostrando ciertos escrúpulos y luego, cuando comprobó que lo dicho por la señora era cierto, desinhibiéndose.

Probó el néctar que se le ofrecía y se contagió de los sucesivos orgasmos de la mujer, sintiéndolos como propios.

Finalmente cayó agotado sobre la cama. La viuda no se cansaba de tocar cuerpo tan atlético y fue a buscar una botellita que contenía aceites aromáticos, que según el parlanchín que se lo vendió, era un reconstituyente para los dolores musculares del cuerpo y capaz de levantar a un muerto. Se sentó, con las piernas abiertas, sobre sus glúteos. ¡No había visto un culo como aquel en su vida! Y le aplicó suavemente el aceite sobre su espalda, consiguiendo que el muchacho ronronease de placer. Lo hubiese podido tener así toda la tarde, pero consiguió que se diera la vuelta y se sentó de la misma forma sobre sus caderas, continuando con los masajes pero esta vez en el pecho. El continuo roce con su sexo hizo que poco a poco su miembro despertase y cuando la dama lo encontró vivo entre sus piernas, lo introdujo dentro de su cuerpo y continuó su labor como si tal cosa, hasta que algo se derramó en su interior.

Aun sintiéndolo en el alma, saco el pájaro del nido y corrió al cuarto de baño. Se introdujo en la vagina una perilla de goma que contenía una solución jabonosa con un chorrito de vinagre y dos gotas de una sustancia que una comadrona le había recomendado y que en teoría evitaba los embarazos. La apretó y derramó el líquido en su interior, lo retuvo unos instantes y luego espero que saliese sentada en un sillico. Repitió un par de veces más la operación para asegurar su éxito. No era muy propensa a los embarazos, pues en veinte años de casada, solo había conseguido un aborto, incluso antes de saber que estaba preñada.

Salió del baño y Nando todavía estaba en la misma posición en que lo dejó. Se puso el batín que llevaba antes, le conminó a que se vistiese y marchase, pues a las ocho tenía invitados para cenar. Le entregó una moneda de veinte reales de vellón, el doble de lo prometido, y le invitó a visitarla cuando lo desease con solo avisarla con un día de antelación.

Nando abandonó la casa más contento que unas pascuas.

CAPITULO VI

DON CAMILO SE LIBERA

Don Camilo recibió la carta que tanto tiempo llevaba esperando. Mostraba en el lacre que la cerraba el sello del arzobispado y no se mostraba ansioso por abrirla, pues no ignoraba las noticias que traía o por lo menos eso esperaba.

Demoró la rotura del lacre y recordó la estancia en Yocla, que varios meses atrás tuvo el enviado de monseñor.

Había llegado con la intención de averiguar el destino de la inmensa fortuna, que Doña Angélica pensaba donar a la iglesia y como ésta, tuvo que conformarse con una pobre alquería totalmente derruida y unos terrenos en Alboraya, muy buenos, pero que solo representaban una infinitésima parte de lo que fue su patrimonio.

El enviado lo amenazó - ya que recuperarlas era difícilísimo, pues como bien decía el cura las cosas bien hechas, siempre estaban bien hechas - con emprender un juicio, que con toda seguridad a menos que mediara una intervención divina, que nadie juzgaba probable, le resultaría favorable. Todo ello costaba tiempo y dinero y ninguna de las partes parecía dispuesta a gastar ni una cosa ni la otra. También le amenazó con hacer pública, la vida disoluta que llevaba, con queridas que vivían en su misma casa y a sus expensas, que si bien eso era natural e incluso bien vistas si se trataba del obispo, no eran aconsejables para un cura de pueblo, que además lo llevaba con escándalo pues toda Yocla estaba enterada.

Don Camilo untó la mano del enviado con buenos escudos de oro, para conseguir que todo lo relativo a la herencia fuese olvidado y no llegase al oído de las autoridades eclesiásticas, porque de lo contrario ambas partes tendrían mucho que perder y poco que ganar.

Alucinado estuvo Brígido con la cantidad de dinero que recibió, que era incluso superior a lo que pensaba ganar trabajando toda su vida para la iglesia y por ese dinero estaba incluso dispuesto a olvidar la pecadora vida que llevaba el cura y todo lo que hiciese falta.

Se sorprendió cuando el cura le dijo que la cantidad entregada era además para que contase en el obispado la vida disoluta que llevaba, que ya de por sí era bastante grave y que las aumentase con cuantas mentidas pudiese añadir, pues su objetivo debía ser que el cura fuese expulsado de la comunidad eclesiástica, que si bien en su momento, fue un refugio, ahora era un impedimento. A tal efecto le recordó al espía el negocio que ocurrió en Liria hacia más de veinte años, en el que la hija de un acaudalado e influyente prohombre resultó violada y tal vez preñada por cierto diacono que iniciaba su labor pastoral en esa parroquia. Todo ello era sobradamente conocido en el obispado, pero tal vez también olvidado. Sacarlo a relucir ahora no estaría mal, pues era como echar más leña al fuego que se había prendido.

Brígido no comprendía las intenciones de Don Camilo y mucho menos su deseo de ser expulsado de la iglesia. Siempre había supuesto que estar a su amparo era lo mejor que podía pasarle a un pobre desgraciado como él, que además solo se le aceptaba como invitado pues no estaba dentro de su seno.

Pero claro estaba, que si se tenía dinero y en proporciones inconcebibles, la cosa cambiaba y suponía que para el cura ahora era más un obstáculo que un beneficio.

Lo mejor fue al final, mientras estaban despidiéndose, que le dijo que si conseguía su propósito, que fuese él pensando en dejar también al clero, pues pensaba contratarlo como secretario suyo, una vez emprendiera los nuevos negocios que tenía en mente.

Brígido, desde luego, no se lo pensó dos veces pues estaba dispuesto a seguir al alcoyano hasta el fin del mundo y haría todo lo que estuviese en su mano para conseguir lo despidiesen.

Don Camilo abrió finalmente el pliego de papel y leyó una carta enfarragosa, que tuvo que

estudiar, más que leer, un par de veces más, para enterarse de su contenido y sacar en limpio las siguientes conclusiones.

“Se le tachaba de vida disoluta, mantener varias queridas, una permanentemente fija en su casa y otras eventuales, tener hijos fuera del matrimonio. Que toda esta información pasaba a manos de un tribunal superior que era en definitiva el que decidía. De momento le enviaban un diacono para que se hiciese cargo de la parroquia y confortase a los feligreses.”

A los pocos días llegó el nuevo párroco lleno de vida e ilusiones y dispuesto a comerse el mundo.

Don Camilo le cedió la casa parroquial para que se instalase allí, el mando en la plaza y todo lo que hiciese falta. No ignoraba que eso era el principio del fin y estaba más contento que unas pascuas. No obstante guardo las formas y continuó usando la sotana, aunque como ya no tenía necesidad de madrugar para officiar la misa de ocho de la mañana, holgaba en la cama con Marieta y no se levantaba hasta las diez.

Que la cosa iba bien lo confirmó que a finales del mes siguiente, el diacono recibió su sueldo mensual y el cura ya no, era como si lo hubiesen castigado sin empleo ni sueldo y solo conservase el derecho a usar su sotana. Eso le importaba un pimiento e incluso se alegró que hubiesen tomado esa decisión. A partir de ahora se iba a dedicar, en cuerpo y alma, en planificar su futuro.

Esa noche, en el fragor de la batalla, Camilo le susurró al oído a Marieta, que le parecería si se casaban. La propuesta sorprendió a la mujer que nunca la hubiese esperado dado el oficio de su amante. Dio un respingo por la impresión que le dieron sus palabras y logro que el cura casi se corriese cuando todavía no lo tenía previsto. Cuando se unió al cura pensó que siempre sería su querida, pues dado su condición no podía aspirar a más. Ahora todo cambiaba y supuso que podía ser mejor marido que amante. No era un genio en la cama, pero en ocasiones, muy pocas, le ocasionaba un inesperado placer, aunque también era cierto que tenía que soportar muchos gatillazos.

Por otra parte, se aseguraba una buena herencia para su hija y si lograba tener un hijo con él, cosa que no descartaba, la posibilidad de heredar toda su fortuna cuando falleciera. Lo que no sabía ella en esos momentos es que a pesar de ser diez años menor que él, no lo sobreviviría.

También podría echar sus canitas al aire y tener un amante que la satisficiera de verdad, pues en el caso de ser sorprendía era más difícil echar a una esposa que a una querida.

Realizó un movimiento de cadera y esta vez no perdonó y logró que el cura se corriese sin darle más tregua. Inmediatamente le dijo.

-Si. – mientras lo abrazaba y besaba apasionadamente.

Desde ese mismo momento comenzaron a hacer planes. Desde luego no se podían quedar en Yo-cla una vez casados y tuvieron que decidirse entre Alicante y Alcoy. Camilo tenía claro que deseaba instalarse en su ciudad natal, pero tampoco quería obligar a ello a Marieta y quería convencerla para que ella también se decidiese por la capital del Serpis. En aquella época eran dos ciudades parejas con casi el mismo número de habitantes. Según los censos de hacía tres años Alcoy contaba con 16.854 almas, mientras Alicante contaba con 17.282 habitantes, apenas una diferencia de 428 que probablemente a estas alturas ya estarían superados. Alcoy había estado a punto de obtener la capitalidad de la provincia y solo el hecho de que Alicante fuese puerto de mar, y que en definitiva ya lo fuese, había declinado la balanza a su favor.

Por otra parte Alcoy era una población más rica, con una potente industria y cualquiera que se acercase con dinero y afán emprendedor, podía fácilmente duplicar su fortuna. Eso se demostraba fácilmente echando mano a la lista de electores. Los Diputados a Cortes, se elegían por una lista de máximos contribuyentes. Y solo los que pagaban más de cuatrocientos reales de vellón de contribución a la Hacienda podían ser incluidos en ella. Pues bien, los alcoyanos contaban con 210 electores por solo 103 los alicantinos. Por otra parte las investigaciones de Brígido habían descubierto que Doña Angélica era poseedora de una espléndida vivienda en Alcoy, en la misma calle de San Nicholas y lindando con el domicilio de su amigo Pepe.

Allí estaba Ana, y aunque a Marieta no se la acabaría nunca, no olvidaba que su prima le debía una después del gatillazo que tuvo cuando le compro el brillante, que por cierto había montado en una sortija de oro para entregárselo a Marieta cuando le pidiese solemnemente en matrimonio, y desde luego pensaba cobrárselo, antes de que las palabras se las llevase el viento, y para hacerlo, lo mejor era tenerla cerca.

Marieta no tardó en aceptar que la mejor opción para vivir era la de Alcoy, pero para calmar las añoranzas que sin duda sufriría por el mar, conservaría el chalet de Altea, al que por cierto solo había visto en una ocasión y Marieta ni eso, aunque estaba seguro de que le encantaría.

La casa de Yocla y el Riu Rau lo vendería cuando pudiese pues en el pueblo, salvo su hija la marquesa, no había nadie que quisiese y pudiese comprarlo. Deseaba romper cualquier vínculo que lo uniese a ese pueblo y si tenía que visitarlo por sus hijos lo haría de forma esporádica.

Ese día recibió un aviso de su banco en el que le comunicaba el ingreso en su cuenta de una importante cantidad, procedente de su hija Carmen. No lo esperaba pues le había dicho en innumerables ocasiones que los beneficios que se obtuviesen de la explotación fueran reinvertidos y no repartidos. Decidió ir a verla para aclarar el asunto y presentarle de paso a la que pronto sería su esposa y aunque no quisiera su madrastra.

Se presentó en su casa al filo del mediodía para no encontrarla como en otras ocasiones prácticamente saliendo de la cama. Obvió la presencia del mayordomo, que esta vez lo recibió con una inclinación de torso y cabeza que llegó casi a los noventa grados y le dejó el paso franco, pues había recibido instrucciones al respecto. Subió, junto con Marieta, por la escalera principal que daba acceso a la primera planta con la esperanza de encontrarse con la doncella, como así fue, que los acompañó hasta la antesala de su dormitorio que hacía las veces de biblioteca.

Apenas le dio tiempo para ojear el libro que descansaba sobre una mesita y que probablemente era el que su hija estaba leyendo esos días. Se trataba de una edición de lujo del “Tirant lo blanc” de Joan Martorell. Era un libro de caballería, el mejor del mundo según reconoció Cervantes en el Quijote y recordaba que él no lo había leído como tal, sino por sus secuencias eróticas en un lugar recóndito del seminario.

Interrumpió sus cavilaciones la entrada de su hija por otra puerta, ya vestida, pero arreglándose detalles de su vestimenta y cabellos, y aparentemente sofocada. Posiblemente terminaba de salir de un fugaz encuentro amoroso con alguien. Que bien podía ser su esposo, si no estaba de putas por Valencia, su capataz o vaya usted a saber.

De todas formas reconocía que le había salido conforme él hubiese deseado, de tal palo tal astilla, y cuando cruzaron sus miradas no pudieron evitar intercambiar una sonrisa de complicidad y un gesto de picardía.

-¡Hola padre! - le dijo la muchacha mientras le besaba el dorso de la mano por su condición de sacerdote y luego ambas mejillas en un beso fraternal.

Marieta que todavía desconocía el parentesco que los unía, se extrañó, no de la primera parte de la presentación que era lógica, sino de la segunda, ya que tanta familiaridad le confundía y hasta sintió en su interior un ramalazo de celos. Estaba claro que no había sabido interpretar el doble sentido que en esos momentos tenía la palabra “Padre”.

-Carmen. Te presento a la que con toda seguridad, sino se arrepiente antes -dijo mirando a Marieta y dirigiéndole un gesto de complicidad - será mi esposa en breve.

Esta vez las sorprendidas fueron las dos. Marieta porque no esperaba que fuese a comunicarle, por muy marquesa que fuera, a una desconocida, un secreto que solo conocía ella y de eso apenas hacia una semana, estando todavía pendiente de varias circunstancias. Y Carmen, no esperaba que su padre, por muy bala perdida que fuese, pues ya comenzaba a conocerlo, fuera a casarse con su amante siendo cura.

-Creo que vas a tener que contarnos muchas cosas - dijo Carmen, mientras Marieta asentía con la

cabeza a su lado y se asombraba, pues por primera vez se había dado cuenta que ambos se tuteaban al hablar. ¿Acaso era la marquesa una ex amante de su futuro esposo?

-Entonces escuchar las dos y no os extrañéis de nada de lo que os diga a continuación y tened además la seguridad de que todo lo que os voy a decir es cierto. Esta señora que aquí ves – dijo dirigiéndose a Marieta – es mi hija. La tuve cuando tenía veinte años y era únicamente un pobre diacono en Liria. El caso es que solo hace unos pocos años que he sabido de su existencia. Y con respecto a mi boda, te diré – esta vez se dirigió a Carmen – que tengo noticias fidedignas de que la iglesia piensa prescindir de mis servicios y si quieres que te sea sincero he de reconocer que me alegro. Si así ocurre, y no dudo que lo será, pienso legalizar mi situación casándome con la que ya considero mi esposa y en cierta medida tu madrastra.

-De ti podía esperármelo todo – dijo Carmen riendo – excepto tal vez esto. Pero de todas formas me alegro, eres todavía relativamente joven y mereces encausar tu vida. Esto vamos a celebrarlo – llamó con una campanita a la doncella y apenas asomó su rostro por la puerta le dijo – Tráenos una botella de ese espumoso vino francés que el señor Marques guarda en la bodega tan celosamente.

La muchacha asintió con la cabeza y partió rauda a cumplir la comanda. Marieta por su parte había permanecido impertérrita a la conversación sin osar interrumpirle ni mucho menos intervenir. Así que su futuro esposo tenía una hija, bien guapa por cierto, a quien dejar su fortuna, por lo que no tenía más remedio que espabilar y quedarse preñada lo más rápidamente posible para no quedar fuera o con únicamente una miserable parte en un hipotético reparto.

-Por cierto - le dijo el cura a su hija- he recibido una cierta cantidad de dinero...

-Son beneficios – le replicó Carmen sin dejarlo terminar.

-Supongo. Pero quedamos en reinvertirlos.

-Y así se ha hecho. Pero una pequeña parte los he empleado en sufragar parte de mis gastos. No es justo que salgan todos de mis negocios en Liria. A ti te ocurrirá lo mismo. Solo te he enviado la misma cantidad que yo ya he retirado y que es lo justo.

Don Camilo no tuvo más remedio que asentir ante la clarividencia de la exposición de su hija y aceptar su decisión.

-Supongo que es lo correcto.

-Todo es sobra de dinero – insinuó divertida su hija.

XXXXX

XXX

X

Amalia estaba preocupada. Ella se encontraba fuerte y sana y llevaba perfectamente los cincuenta y pico años de vida que arrastraba. Sin embargo su esposo, Pepe el Pollero, ya pasaba de los sesenta y ya no era ese toro que había conocido, tanto en el trabajo como en la cama. Los primeros achaque habían comenzado a aparecer y su salud se resintió rápidamente. La casa en donde vivían era suya, igual que el almacén en donde se guardaban las partidas de contrabando, cuando esa actividad se terminó en el pueblo, y las cuadras que albergaban a los caballos y mulas.

Cuando terminó todo, Don Camilo se los dio al Tío Pepe en pago a los servicios prestados. Pero tanto Amalia como su marido sabían que lo habían recibido gracias a ella. Porque otros muchos lo hubieran merecido como Pepe, pero no estaban casados con su hermana.

No habían tenido la ocasión de tener hijos, aunque ella todavía era fértil cuando lo conoció, pero no tuvo esa suerte como tampoco la tuvo con su primer marido. Pepe era hijo único y sus padres hacía tiempo que habían fallecido. Ignoraba a quien podía dejar los bienes que poseía y la pequeña fortuna que había amasado su esposo en sus actividades, y ella por las continuas donaciones que le hacía su hermano, sin ningún motivo aparente, sin pedírselo y sin tener ninguna necesidad. “Para que no pases privaciones”, le decía mientras le entregaba un par de monedas de oro, esperando que fuesen inmediatamente gastadas.

Ella no tenía privaciones, ni las necesitaba. Simplemente se limitaba a depositarlas en un pequeño cofre de madera que escondía en un lugar secreto del “amagatall” de su casa y que ya estaba casi lleno.

Si a su esposo le pasaba algo, con toda seguridad su hermano la reclamaría, estuviese donde estuviese, para que fuese a vivir con él. Eso indiscutiblemente sería lo último que hiciera, pues conocía a su hermano como si lo hubiese parido y seguro que iría detrás de ella como lo hacía desde que tenía diez años. Todo ello sin importarle que ya tuviese una buena moza, como era Marieta, para desfogarse cada noche en la cama.

En la actualidad ya no la acosaba porque con Pepe a su lado no se atrevía.

A su esposo ya no le quedaba ninguna familia y si fallecía antes que ella como era previsible toda su fortuna pasaría o mejor dicho quedaría en sus manos. ¿A quién entregársela cuando ella ya no estuviese en este mundo? Una vez muerta tampoco debía importarle demasiado, pero le preocupaba que se perdiese o cayese en manos inadecuadas.

Un día se encontró en plena calle con la Tía Pura que se había convertido en su mejor amiga, aunque era mucho mayor que ella. Esta señora superaba con creces los setenta años de edad y era la “manana” del pueblo, una especie de sanadora que encontraba remedio a casi todo y además ejercía como comadrona de Yocla hasta que saliese otra más hábil que la sustituyera. Pura sospechaba, con razón, que Cecé, el hijo de Consuelo y Carlitos, era en realidad hijo de Don Camilo, aunque cumpliendo la promesa que le hizo al cura en su día no se lo había dicho a nadie.

Cuando Amalia le mostró su preocupación por no saber a quién dejar su pequeña fortuna, sus interlocutora le contestó en broma.

¡Vaya preocupación! Con dejármelo a mí, problema resulto – le dijo entre risas.

La mujer supuso que la hermana del cura debía saber que Cecé era hijo de él. Por eso no sabemos a ciencia cierta con qué intención se lo dijo.

-Con dejárselo a tu sobrino, asunto resulto – lañadió como quien no dice nada, pero con toda la intención del mundo.

-¿Qué sobrino? Yo no tengo ninguno.

-¿Qué no te ha dicho tu hermano que Cecé, el hijo de Consuelo y supuestamente de Carlos, es su hijo?

-No... - le respondió Amalia, quedándose de piedra, mientras su cerebro trataba de asimilar la respuesta de su amiga - ¡Por favor! Cuéntame todo lo que sepas.

Amalia después de la sorprendente declaración de su amiga, poco a poco, fue atando cabos.

Ahora se explicaba, el porqué su hermano había participado tan activamente en la boda de Con-

suelo y Carlos, porque había pagado el costoso arreglo de su casa y el motivo por el que fue el padrino de su hijo y pagado todos los gastos. Que ella hubiese servido en su casa no era motivo suficiente para tantas prebendas, pero si cuando se casó, ya estaba embarazada de su hermano eso lo justificaba todo. La tía Pura, una vez metida la pata, parecía que tenía bula para contarle todo y soltó la lengua a su gusto. Le dijo que el niño nació aparentemente sietemesino, que era el tiempo que llevaban casados, pero con un desarrollo de nueve meses que es lo que levantó las sospechas de la comadrona.

Estaba claro, pensó Amalia, su hermano había dejado preñada a la muchacha, oportunidades tuvo pues era su criada, después buscó desesperadamente a uno para que apechugase con las consecuencias y este no fue otro que Carlitos que era, o por lo menos parecía, homosexual y le cargaron el mochuelo.

Amalia no llegó ni siquiera a sospechar las peripecias que habían tramado Consuelo y Don Camilo para involucrar a Carlos.

-El día que me encuentre con ese cabrón se las tengo que contar todas juntas.

De todas formas se alegraba de que la cosa fuera así. Si ella no tenía hijos y su hermano, como religioso que era, se suponía que tampoco, estaba claro que la saga de su familia terminaba con ellos. Ahora con ese niño, que le había caído de cielo, por lo menos su sangre ya que no su apellido continuaría existiendo.

A partir de entonces mostró un interés inusitado por la vida de ese niño. Le hacía algún que otro regalo cuando la ocasión se presentaba e incluso sin venir a cuento. Bajaba hasta la playa con la menor excusa, bien fuera para recoger a su esposo en el Bar de Tonet o comprar un poco de pescado fresco cuando llegaban las barcas del sardinal al caer la tarde, para hacerse la encontradiza con el niño y jugar un rato con él.

A Consuelo no le paso desapercibido todo ello. Supuso que Don Camilo se lo había contado todo a su hermana y esta estaba actuando como una tía. No le importaba, siempre que la cosa no pasase de ahí y Carlos no sospechase nada. Ahora que ya había nacido su segundo hijo, ya no podría vivir sin él.

Amalia por lo menos ya sabía a quién dejar en herencia su pequeña fortuna. Un día fue al encuentro de su hermano y sin, mediar mas palabras lo atacó.

-¿Es cierto que el hijo de Consuelo es también hijo tuyo?

-¿A ti quien te ha contado eso?

-Se dice el pecado, no el pecador.

-De acuerdo, pero no se puede ir por ahí difamando, aunque sea cierto, a una familia que vive unida y feliz. ¿Acasos quieres hacer de Carlos y Consuelo unos desgraciados? Incluyendo al que según tú es tu sobrino. Nunca sabrás con certeza si es hijo mío. Cuando lo conozcas a fondo, quiérello y tu propio corazón responderá a esa pregunta. No te compares de Carlitos, pues donde las dan las toman y él tampoco es inocente.

Estas palabras dejaron a Amalia anonadada y sin saber a qué atenerse. No comprendía nada, pero dedujo que el niño bien podía ser su sobrino y que de ninguna forma podía divulgar sus sospechas sin temor a perjudicarlo.

Don Camilo conocía algo que su hermana ignoraba. Cuando comenzó a mantener relaciones sexuales con Marieta, excepto la primera vez en su casa que la cogió desprevenida, en las siguientes tomaron toda clase de precauciones para evitar quedarse embarazada. A Don Camilo que le gustaba hacerlo a pelo y sin tomar ninguna precaución que inhibiera en parte el placer en la relación, ese era el motivo de que no lo comprendía, pues si había tardado diez años en quedarse preñada de Nelo, ahora no tenía porque quedarse preñada a las primeras de cambio.

Para ello tomaban todas las precauciones, que consistía en hacerlo únicamente en los días infértiles, según un complicado sistema que según decía Marieta le había contado la Tía Pascuala, la comadrona que atendió en el parto a su madre cuando ella nació, e incluso empleando la marcha

atrás, que no complacía nada a Don Camilo, pero del que precisaba su colaboración.

Finalmente y ante la insistencia del Cura no tuvo más remedio que contarle la verdad.

-Con Nelo no me quedé embarazada en diez años, sencillamente porque él era estéril. Sin embargo se creía muy hombre y me echaba a mí todas las culpas. A mí no me importaba pues durante todo ese tiempo lo único que deseaba era hacer el amor y los hijos me tenían sin cuidado. Un día me cansé de ser la culpable y la única forma de demostrarlo era teniendo un hijo. Aproveché uno de sus muchos viajes, no recuerdo si a Alicante o Alcoy, y convencí a Carlitos para que hiciéramos el amor. Únicamente fue en un par de veces e inmediatamente me quedé embarazada. No me importó pues seguidamente se lo endosó a Nelo que se quedó tan feliz como contento. Por eso te advierto que contigo me puedo quedar preñada si no tomamos las debidas precauciones.

Don Camilo quedó alucinado, no solo por la pésima noticia que le habían dado, sino porque no esperaba que la hija de Marieta, que ahora consideraba y quería como si fuese suya, no era hija de Nelo, sino de Carlos y el de este era suyo.

Ambos en cierta forma estaban manteniendo al hijo del otro. Sin saberlo.

XXXXX
XXX
X

Un buen día Camilo se despertó y se dijo que no iba a esperar ni un minuto más. Daba por rotas unilateralmente sus relaciones con la iglesia y la carta comunicándoselo oficialmente ya llegaría cuando le diese la gana. Para convencerse de la decisión que había tomado, así se lo expuso a Marieta, que dormía plácidamente a su lado, cuando la despertó. Le comunicó que en quince días se casarían, pero que su luna de miel iba a comenzar en esos mismos momentos. Se habían terminados los calendarios de si tocaba hoy o dejaba de tocar y lo harían siempre que les viniese en gana y sobre todo sin todas esas zarandajas de vuelta atrás o escupir fuera que tanto le molestaban.

-¿Hoy toca? – le pregunto Don Camilo mientras le mordía el lóbulo de su oreja izquierda y una de sus manos recorría los lugares más recónditos de su cuerpo por debajo del camisón y tratando de poner la maquinaria de ambos en marcha.

-Hoy no. Es un día peligroso.

-Pues vamos a hacerlo y salga el sol por donde pueda.

Marieta deseaba un hijo con Camilo pero no quería que fuese fuera del matrimonio, sino legítimo y con todos los derechos. Ante su promesa no lo dudó ni un instante. Hicieron el amor como no lo habían hecho nunca antes y cuando todo terminó, Marieta tuvo el presentimiento de que se había quedado preñada o por lo menos ese era su deseo.

En los días sucesivos repitieron la operación las veces que hizo falta, aunque entonces solo lo hicieron por placer pues la mujer estaba convencida de que lo que se proponía ya estaba en camino.

Don Camilo habló con el diacono para que arreglase los trámites para la boda y que esta se celebrase quince días después, en la fecha prometida. Le mintió diciéndole que ya estaba todo solucionado y que podía oficiarse sin ningún obstáculo.

Tuvo suerte el cura, pues la carta anunciando la buena nueva que le liberaba de los deberes que lo unían con la iglesia, llegó la víspera de que la ceremonia se realizase en la más completa intimidad. Solo asistieron a la boda su hermana Amalia y su hija Carmen. A quien presentó únicamente como “la marquesa”, pues contándole la verdad hubiese gastado mucho tiempo y hubiesen resultado demasiadas emociones para un mismo día. Ya se lo contaría con más calma cuando tuviese ocasión.

La noche de bodas, aunque ya llevaban bastantes días celebrándola, la pasaron en su casa, ya que no partirían hasta el día siguiente, probablemente para no volver.

Ofrecieron al servicio trasladarse con ellos a Alcoy y solo aceptó Concha, la cocinera, que no tenía ningún lugar mejor a donde ir. Pepiteta renunció, pues su novio, Jaume el Baina, lo tenía allí y no podía abandonarlo so pena de romper un noviazgo que de ninguna forma deseaba. Don Camilo la comprendió y aunque solo fuese en recuerdo de unos tiempos en que no tenía nada que llevarse a la boca y la muchacha le sirvió de consuelo pasajero, le entregó una buena dote y un excelente consejo.

-Si con este dinero no se casa contigo, hazme caso y búscate otro – le dijo mientras le estampaba un beso en la boca.

La pareja partió al día siguiente, de buena mañana como si fueran fugitivos, en un carruaje alquilado al efecto. De momento solo iban a Altea, en donde Camilo pensaba enseñarle a Marieta el caserón de la playa y pasar una semana allí.

Marieta decidió que era el lugar ideal para pasar los meses de verano e incluso alguno de invierno para huir del riguroso clima de Alcoy según le habían advertido.

Luego partieron hacia Valencia, en donde estuvieron quince deliciosos días. No permanecieron mas, porque el gusanillo de la curiosidad les llevó a desplazarse hasta Alcoy para conocer su nueva casa.

A Marieta la deslumbró la capital del reino. Fueron a bailes y representaciones y la mujer quedó maravillada, pues en realidad no había salido nunca de Yocla y no conocía otra cosa.

-¿Alcoy es igual?

-Diferente y desde luego algo más pequeño. Pero te aseguro que todo lo que hemos hechos aquí igualmente lo podremos hacer allí. Si lo deseas puedes despedirte del aburrimiento, pero te aseguro que con el tiempo buscaras el sosiego con el mismo ímpetu que ahora añoras la fiesta.

Don Camilo aprovechó una mañana, en que Marieta decidió quedarse postrada en cama del hotel diluyendo los efectos de los espirituosos tomados la noche anterior, para visitar a Brígido en sus oficinas del obispado. Le felicitó por el éxito de su misión y le comunicó que ya podía despedirse de su trabajo, se tomase unas breves vacaciones para realizar las gestiones particulares que pudiese tener pendiente y lo emplazó para que a principios del mes siguiente se presentase en su casa de Alcoy para comenzar su nuevo cometido, que sería tan duro como el que ahora realizaba pero mucho mejor pagado. A tal efecto le entregó dos monedas de oro, de veinte escudos, para sufragar los primeros gastos.

XXXXX
XXX
X

Ana, Jorge e Inés, abandonaron la masía unos días antes que lo hiciesen los miembros y el servicio de la familia de Pepe.

La excusa era acondicionar su casa nueva en Alcoy, pues todavía se encontraba igual que la habían comprado. Necesitaba una limpieza a fondo y amueblarla. Por lo menos con los elementos preciso que necesitaba para poder vivir en ella dignamente. Luego, poco a poco, irían adquiriendo el resto.

Jorge quería llevarse ya con ellos a Leonor, pero Ana no lo permitió. Había convenido con Marcela para que se quedase unos días más o por lo menos hasta su regreso a Alcoy, ya que se veía impotente para manejar ella sola la caterva de hijos que tenía.

Ana, en el fondo, todavía albergaba la esperanza de que se quedase al servicio de Marcela unos meses más, para ver si la perra que había cogido su hijo por ella se enfriaba y finalmente desapareciera de su vida. En el fondo albergaba la duda de que el nuevo ser que llevaba en su vientre la muchacha fuese su nieto, entre otras cosas porque conocía a su hijo y no lo creía capaz de una acción semejante, pero si la de cargar con el momio que hubiese dejado otro. En la masía había muchos candidatos posibles para ser el padre de su futuro nieto, comenzando por los hijos del mediero y...!como no, ¡ los hijos mayores de Marcela. Sobre todo Bernabé, que era el clásico sinvergüenza. Pero si su hijo se empeñaba en reconocer su autoría, poco se podía hacer.

-La niña puede quedarse unos días más, hasta que regresemos nosotros – le dijo Marcela a Ana el día antes de su partida – ahora vais a tener unos días de intenso trabajo en tu casa y su presencia puede ser un estorbo.

-Su presencia en mi casa no es nunca una molestia. Inés es una niña que se amolda a todo. Hasta ahora se ha integrado perfectamente en el grupo que formaba con tus hijos porque atisbaba mi presencia de vez en cuando. Seguro que sola sus reacciones serán diferentes. Aparte de que el trabajo que tengo por delante no se soluciona en una semana y cuando antes nos acostumbremos a su deliciosa presencia tanto mejor. Aunque he de reconocer que esta convivencia con otros niños, a lo que no estaba acostumbrada, le ha venido muy bien.

Una vez en Alcoy, Ana compró en una tienda: una cama de matrimonio y otra de cuerpo y medio, a Jorge le gustaba dormir ancho, una mesa con seis sillas que instalaría en la amplia cocina y que les serviría de momento para comer hasta que Rafael, el carpintero, terminase el comedor que le había encargado y con la carga de trabajo que tenía le llevaría varios meses terminar.

Jorge se alegró de ver que en la casa entraba una cama mas de las necesarias, contando con las dos que los antiguos propietarios se habían dejado. Suponía que la cama de cuerpo y medio sería para él y aunque hubiese preferido una de matrimonio contando con su próxima y casi inminente boda, estaba convencido que con ella se arreglarían. “Mas juntos estaremos”. Pensaba.

Cuando a la semana siguiente, Marcela y su familia regresaron a Alcoy, ese mismo día dio el visto bueno a la nueva niñera que había contratado su esposo por ser hija de uno de los empleados de su fábrica. Era joven, de unos quince años, delgada y bastante feúcha, lo que la tranquilizó. Lo otro. Si sabría cuidar y educar a sus hijo no le importó lo más mínimo.

A las nueve de la mañana del día siguiente, cuando todavía los niños pequeños no se habían despertados, Leonor estaba con su maleta en la puerta de la calle. Jorge, enterado por su padre que a la vez había recibido la confianza de su amigo Pepe, la estaba esperando en la puerta de la casa para llevarla a la suya. La muchacha lanzó un suspiro de alivio cuando vio a su novio y sin mediar palabra se fundieron en un abrazo que se hizo eterno.

El abogado, que no aprobaba la decisión de su esposa, pero tampoco tenía ganas de discutir con ella, le había entregado la noche anterior una bolsa con monedas que equivalían al salario que hubiese percibido en un año.

Leonor sabía que con ese dinero sería bien recibida en casa de sus padres. No ignoraba, sin embargo, que no sería la encargada de administrarlo y cuando se terminase, para lo que no pasaría mucho tiempo, vendrían los problemas.

Ana la recibió con corrección pero sin mostrar mucho entusiasmo. Demostrando que consentía ante el hecho consumado, pero que no estaba de acuerdo. La dueña de la casa le mostró su habitación, que de momento compartiría con Inés.

Jorge se había matriculado en la Escuela Industrial, por lo que pasaba la mayor parte del día fuera de casa, y Leonor se dispuso para ayudar a Ana en todo lo que hiciese falta. Esta no lo consintió pues se bastaba y sobraba para realizar todas las labores de la casa y solo permitía que la ayudase en labores que bien pudiera realizar una hija, como preparar la mesa para las comidas o quitar el polvo del mobiliario de la casa.

Un día llegó Luis con la noticia de que la había matriculado en una escuela.

-Si no permites que te ayude y la muchacha permanece todo el día ocioso. Mejor que acuda a una escuela y adquiera una cierta cultura. La chica es predispuesta como ya demostró aceptando las lecciones de Jorge en la masía. Y si al final tiene que ser nuestra hija y darnos los nietos que tanto deseamos. Miel sobre hojuelas.

Ana se alegró de la decisión de su marido, no es que la chica la molestase en casa, más bien la hacía compañía y entretenía a su hija pequeña, pero por otra parte no le agradaba que interviniera en trabajos que consideraba propios y exclusivos de ella.

Los novios aprovechaban las noches en que Luis y Ana acudían a algún acontecimiento social para hacer el amor en la cama de Jorge, después de dejar a Inés bien dormida en la suya. Eso ocurría prácticamente todo los sábados por la noche, pero pronto no pudieron esperar a que pasara la larga semana que se hacía eterna si algún sábado hacían pala y por cualquier causa se saltaban el evento de turno. Finalmente no pudieron esperar más en una de esas ocasiones y organizaron un encuentro nocturno en la habitación de Jorge ignorando la presencia de sus padres en la casa. La cosa salió bien y la repitieron cualquier día que se encontrasen con ganas y eso ocurría prácticamente todos los días.

Una noche los gemidos de placer eran continuos y confiados en su aparente impunidad, pues nunca ocurría nada, se exhalaban sin ningún recato. Despertaron a los padres y también quizás a algún vecino. Ese día Ana y Luis los dejaron hacer, pero decidieron que la situación en que se encontraban no era la adecuada y que pronto el fruto de su pecado se pondría en evidencia, por lo que no había más remedio que hacerlos pasar por la vicaria.

XXXXX
XXX
X

Camilo y Marieta entraron en Alcoy a primeras horas de la tarde por la puerta de Cocentina. La noche anterior habían pernoctado en Albaida en una pensión que dejaba mucho que desear, pues les había comentado el cochero que el puerto que había entre esta población y Muro del Alcoy estaba nevado e intentar pasarlo de noche era una temeridad.

Lo hicieron finalmente porque en primer lugar no había más remedio y en segundo porque los venteros le cedieron su propia habitación, pues de las destinadas al público en general no había ninguna que superase el mínimo de higiene necesario para albergar a tan egregios personajes. La habitación por suerte estaba situada encima del hallar de la primera planta y lo suficientemente caldeada para que sus ocupantes no pasasen frío si no querían calentarse mutuamente. Los venteros no eran hermanas de la caridad, y si finalmente habían decidido ceder su habitación al que creían el mejor postor era porque no pensaban acostarse en ella esa noche. La afluencia de viajeros era máxima y no había habitaciones para todos. Decidieron dejar el comedor abierto toda la noche para que los excedentes se pudiesen instalar allí y no tuviesen que pasar la noche en los vehículos haciendo compañía a los caballos que si pasarían la fría noche a la intemperie, pues en las cuadras no cabía ninguno más. Los cocheros se limitaron a cubrirlos con alguna que otra manta y rezar para que no se quedasen helados esa noche. Los propietarios de la venta pronto dejaron que el hallar se apagase al no añadir ningún tronco mas de los debidos y que aquella noche, que se antojaba larga, requería. Para colmo abrió una ventana trasera para que se airease el local que ya comenzaba a oler a tigre y los parroquianos no tardaron en comenzar a frotarse las manos, como primer remedio para entrar en calor, y posteriormente el cuerpo si no querían quedarse helados. El mesonero acudió en su auxilio portando una botella de absenta adobada con hierbas aromáticas de la próxima sierra de Mariola que distribuía con prodigalidad previo pago de una moneda de escasa calidad, pero que todas juntas le llenaban de gozo. Eso por lo menos hacia que los huesos de la clientela se impregnasen de un calorcillo que duraría por lo menos hasta el paso de la siguiente ronda. Y es que para un día que nevaba había que aprovecharlo y como muy bien decía el refrán “año de nieves, año de bienes”.

Estaban a mediados de noviembre y el frío había llegado de repente, pues hasta hacia apenas un par de semanas las temperaturas agradables se habían mantenido. Cruzar el puerto la noche anterior hubiera sido un calvario y eso que la nieve apenas había alcanzado los diez centímetros de altura, pero ahora con la luz de día no tenían ninguna excusa. Se habían despertado de madrugada con unos picores en todo el cuerpo que no presagiaba nada bueno y no estaban dispuestos a pasar ni una hora más en aquel tugurio. Los caballos tendrían que realizar un doble esfuerzo. Primero subiendo una pendiente tendida pero larga y con el agravante de una nieve intacta y que parecía eran los segundos en pisar esa mañana y posteriormente un igual de largo descenso con el peligro de los deslizamientos, por suerte la nieve estaba dura y se había formado un carril que lo evitaba. Cuando Camilo le preguntó al cochero si juzgaba prudente reiniciar la marcha le respondió.

-Si estas huellas conducen a Alcoy y el carretero ha pasado el puerto, tenga por seguro que nosotros también lo haremos.

Bajaron el puerto con el freno echado y deslizándose por el carril abierto como si el carruaje fuera un trineo. El cochero lo soltaba de vez en cuando para no desgastar el mismo trozo de rueda. En las curvas, a pesar de que el conductor las tomase con mucho cuidado, el coche se deslizaba lateralmente, pues el grosor de la nieve había disminuido, el carril formado por su predecesor desaparecido y solo quedaba una fina capa de hielo. No sabían si el carruaje descontrolado podía dar sobre el margen de la derecha o caer en el barranco de la izquierda. Sus ocupantes tenían el corazón en un puño. Al girar por una curva vieron al carro que les precedía echado sobre la cuneta, todavía con la carga que llevaba y con las dos ruedas de la parte derecha rotas. El cochero y los caballos de tiro habían desaparecido, probablemente en busca de ayuda, pero al no haber ya nieve sus huellas se ocultaban bajo grandes charcos de agua turbia para reaparecer más adelante cuando el camino se transformaba en un lodazal.

Había tenido mala suerte el carretero o quizás pasó demasiado temprano, pues solo unos pocos metros más adelante el hielo y la nieve habían desaparecido por completo y sustituido por un mar de barro que les impedía avanzar rápido pero sin peligro.

Ya en Alcoy y mientras subían por la cuesta de Algezares, antes de cruzar la puerta del castillo árabe que allí había y que en un momento determinado de la historia, que Camilo ignoraba, desapareció. Los caballos, rebufando, se quejaban del frío, la lluvia, el cansancio y en definitiva de su condición. Ignoraban que ya casi habían llegado a su destino y que pronto los alojarían en una cómoda cuadra, el cochero les despojaría de sus arneses, les secaría el cuerpo y les proporcionaría una buena ración de alfalfa y heno y descansarían probablemente hasta la mañana siguiente. Pero todavía les quedaba una buena cuesta por subir.

A Marieta la sorprendió un traqueteo monótono que era como un eco y parecía escucharse por todas partes. Pues cuando desaparecía el que sonaba por donde habían pasado anteriormente, se escuchaba otro nuevo un poco más adelante.

-¿Qué es ese ruido? – preguntó extrañada.

-Es la sinfonía “dels telers” Te acompañaran durante todo el día y toda la noche en cualquier lugar de Alcoy en donde te encuentres.

-¿No paran nunca?

-Únicamente los domingos y no todos. Pues cuando el hambre y la necesidad aprieta no hay fiestas que guardar.

-Pero eso es horrible. No se podrá dormir por la noche – comenzó a arrepentirse Marieta de aceptar vivir en un pueblo tan ruidoso.

-No te preocupes por eso, que pronto te acostumbraras. Tu cerebro asimilara ese ruido y ya no lo escucharas o por lo menos no le prestaras atención. E incluso podrás llegar a sentir una sensación extraña, como de vacío, igual que cuando algo te falta y no sabes el qué. Eso ocurrirá algún domingo o cuando por cualquier circunstancia excepcional paren y dejes de escucharlos.

Camilo le mostró la fachada amarilla de la fábrica de su amigo Pepe, cuando pasaron por delante de ella y era en donde el sonido de los telares era más estruendoso.

Llegaron a la Placetas de les Corts, en donde estaba el viejo ayuntamiento que se había quedado pequeño dada la explosión demográfica que había experimentado la ciudad, pues ya se hablaba, sino había comenzado ya su construcción, de uno nuevo que se instalaría al lado mismo del Convento de San Agustín.

Adosada a la pared de una de las casas que cerraba la plaza, enfrente mismo de la casa consistorial, había una fuente de dos caños, bellamente decorada y provista con una hornacina que debía albergar alguna figura, pero que en ese momento se encontraba vacía. El “Piló” que contenía el agua sobrante para que abrevaran las bestias, mostraba restos de una capa de hielo y demostraba que esa noche el agua se había helado.

A partir de allí el cochero tuvo que desviarse por unas estrechas callejuelas para alcanzar la plaza de San Agustín, pues el acceso directo, que era la calle Mayor estaba colapsada por la gran cantidad de galeras cargadas de balas de trapos que por allí bajaba e impedían el acceso de los que pretendían ascender. Cruzarse en tan estrecha calle era imposible. El tráfico en Alcoy era ya muy intenso, por lo menos durante las horas de la jornada laboral, y comenzada a ser un problema. Pronto el ayuntamiento tendría que tomar medidas en el asunto para evitar el caos.

Finalmente lograron llegar a una plaza en donde había una fuente central con cuatro pilas y una cruz rematando la pilastra central que las unía. Desde allí, y después de pasar por la plaza de San Agustín, fue fácil alcanzar la calle de San Nicolás que en definitiva era su destino y donde estaba su nueva casa.

Por suerte allí los telares no sonaban tan estruendosamente y solo se percibía un extraño rumor que llegaba desde la lejanía.

El carruaje se detuvo delante de la vivienda propiedad de Don Camilo. Era una casa de planta baja y dos alturas. A la planta baja se accedía por una lujosa puerta que daba a un amplio zaguán en donde partía la escalera que permitía el acceso a la planta noble. Al lado un gran portón permitía el acceso de los carruajes y contenía una pequeña puerta que también permitía el acceso de las personas sin necesidad de abrirlo todo. El primer piso estaba presidido por un enorme balcón que ocupaba todo el ancho de la fachada y al que se accedía desde dos puertas distintas, mientras que en la segunda planta tenía el hueco de cuatro ventanales que daban luz a otras tantas habitaciones. Posiblemente había una buhardilla encima de la segunda planta pero desde la calle no se apreciaba.

Camilo conocía la casa desde su juventud vivida en Alcoy, aunque nunca había tenido la ocasión, ni él ni nadie, de visitar su interior. Nadie sabía a quién pertenecía esa casa, ni siquiera la familia que la cuidaba y se encargaba de su mantenimiento y que vivía, desde hacía veinte años, en una pequeña vivienda que había al lado de las cuadras, sin pagar ningún alquiler, pero tampoco sin recibir sueldo alguno por actuar de guardeses.

Sin tiempo para avisar a nadie, el gran portón se abrió de repente desde su interior, manejado por una mujer de unos cuarenta años, ayudada por un muchacho que apenas contaría con dieciséis. Más al fondo y en actitud respetuosa permanecía una niña y otro niño de menor edad pero que ya pasaban de los diez años.

La mujer hizo señas al cochero para que introdujera el carruaje en el amplio pasadizo que desembocaba en un enorme jardín. El cochero después de maniobrar con gran pericia y detener el tráfico en ambos sentidos por lo menos un minuto, lo que provocó colas de coche en ambos sentidos de la calle, logró introducir el carruaje en el pasadizo.

Ya a cubierto pudieron descender tranquilamente del vehículo, mientras los caballos, después de examinar el lugar en donde se encontraban, resoplaron satisfechos.

La mujer que a pesar del frío reinante solo vestía una amplia falda y una blusa con las mangas arremangada por encima de los codos para poder realizar las labores domésticas sin impedimento, esperó con la vista puesta en el suelo a que Don Camilo descendiera, mientras su hijo, en la otra puerta, desplegaba la escalerilla del coche y ofrecía su mano a Marieta para ayudarla a bajar. Esta aceptó su ofrecimiento y escarbando en un bolsito de tafetán azul que llevaba colgado del brazo por una cinta, sacó una moneda de dos maravedíes y la depositó en la palma de la mano del muchacho que abriendo unos ojos como platos por el inesperado obsequio la guardó rápidamente en su bolsillo. ¡Era el dinero más fácil que nunca se había ganado!

-Señor. Soy Carmen, la guardesa – le dijo la mujer con la cabeza cacha y sin atreverse a mirarle a los ojos – Ese que por allí asoma es Mauro mi hijo mayor y estos son María y José, los más pequeños de mis hijos. Por la señora Concha, que nos entregó su carta y que mi hija mayor Sofía nos leyó, supimos de su inminente llegada.

-Yo soy Camilo y esta es mi esposa Marieta – le respondió con gesto adusto y con casi el mismo tono de voz que la mujer había empleado en la presentación – y haz el favor de mirarme a la cara cuando nos hablemos que ni mi mujer ni yo nos comemos a nadie y así podre reconocerte cuando nos crucemos por la calle.

-¡José! Sube deprisa para avisar a la señora Concha que los señores han llegado. ¡María! Acompaña a los señores arriba. ¡Mauro! Ayuda al cochero a desenganchar las bestias e instálalo en la dependencia que hay junto a las cuadras – Comenzó Carmen a impartir órdenes, como si fuese el sargento de un cuartel, azorada como estaba por la presencia de los señores de la casa. Aunque en realidad era la primera vez que lo hacía, por lo menos en ese tono, sus hijos partieron raudos a cumplirlas extrañados por esa versión nueva de su madre que no conocían.- Yo mientras, con su permiso, descargaré y subiré el equipaje de ustedes.

-Creo que será demasiado para usted. Bastará con que cierre el portón, para que ningún listo que pase por la acera lo vea y lo desvalije y luego ya tendremos tiempo de ocuparnos de eso. – le ordenó Don Camilo.

Carmen asintió con la cabeza y por una pequeña portezuela que comunicaba ambos ambientes pasaron al zaguán de la casa, mientras que Mauro y el cochero desenganchaban los caballos y los pasaron a una cuadra que había en un amplio jardín situado en la parte posterior de la casa. El recinto llevaba mucho tiempo sin ocupar, aunque alguien se había preocupado de preparar en el suelo un lecho de paja para los animales y en el pesebre una buena provisión de grano y alfalfa que mezclado con paja las nobles bestias devoraban con avidez, mientras que el cochero, los secaba escrupulosamente y Mauro lo observaba todo con especial interés y siempre dispuesto a aprender.

Carmen, María y José, se encargaron de subir a sus aposentos el equipaje ligero de los señores, haciendo caso omiso de su recomendación y dejando en el carromato dos pesados baúles que subiría, ayudado por su esposo, cuando este terminase su turno en la fábrica.

Marieta recorrió someramente todas las habitaciones y quedó impresionado por la casa que era mucho más grande y elegante de la que había dispuesto hasta ahora en Yocla. Aunque, hasta ese día, en sus ratos libres había tratado de imaginársela y decorarla de una forma personal, ahora resultaba que la realidad era inmensamente superior a su imaginación y se veía incapaz de mejorar lo que estaba viendo.

Concha, se había instalado en la cocina y en una modesta habitación, la más pequeña que encontró en la planta superior, claramente destinada al servicio, y que superaba todas sus aspiraciones.

Con el dinero que le entregó Marieta antes de su partida de Yocla y con la ayuda de Carmen y de sus hijos pequeños había llenado la despensa y como no podía permanecer ociosa, en ausencia de los dueños de la casa, preparaba unos deliciosos guisos que compartía con los guardeses, y cuyos estómagos, acostumbrados a una magra dieta, rugían tratando de digerir tan deliciosos manjares. Ni que decir que en cuatro días se los había ganado a todos.

La casa tenía, en la planta primera, un amplio salón y un comedor que recaían a la calle de San Nicolás y por ambas dependencias, que solo un amplio arco las separaba, se accedía a un espacioso balcón que presidía la fachada. En la parte trasera, con vistas al jardín y muy iluminadas, se encontraban la cocina, dos cuartos de baño, un pequeño salón privado y un despacho biblioteca, con las cuatro paredes repletas de libros y del que solo se salvaba el hueco de la puerta y el de un amplio ventanal que la iluminaba. Allí no había espacio para ningún libro más a menos que se colocasen horizontalmente y sobre los otros. Eran tan dispares los títulos que parecía se habían comprado a peso y a elección de quienes los vendían, pues no había un tema que prevaleciera sobre los otros. Novelas, teatro, filosofía, historia, biografía, ciencias de la naturaleza, diccionarios y un largo etcétera se distribuían perfectamente ordenados por las estanterías. Tres ficheros con fichas dispuestas alfabéticamente por: autor, tema y título te permitían averiguar el lugar de ubicación de cualquier ejemplar inmediatamente. Aunque a los potenciales lectores les encantaba recorrer con la vista los lomos de todos los ejemplares, esperando encontrar un título o autor que les llamase la atención. Un desvencijado libro que ocupaba el último lugar de una de las filas le llamó poderosamente la atención, le resultaba conocido y cuando lo tomó tuvo la impresión que no era la primera vez que lo tenía en su mano. Ávidamente abrió la tapa para encontrar lo que esperaba. ¡El ex libris de su padre! El sello con el que marcó su padre todos los ejemplares de su extraordinaria biblioteca y que posteriormente su madre no tuvo más remedio que malvender a su muerte. Era un ejemplar del Quijote, impreso en Madrid a principios del siglo XVIII. No pudo evitar iniciar su lectura, como de pequeño la había iniciado multitud de veces y nunca había pasado de la página veinte. “En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme” Tuvo que detenerse, pero esta vez no era por cansancio sino porque unas lágrimas había aflorado de sus ojos y le impedían una visión adecuada. Lo dejó en su sitio jurándose que esta vez sí lo terminaría de leer. Lanzo una rápida mirada por las

estanterías y rápidamente localizo otro libro que también podría, en otro tiempo, haber pertenecido a su padre. Sin embargo estaba demasiado alto y fuera de su alcance sin la ayuda de alguna escalera que nadie se había preocupado de colocar en la estancia. Sería lo primero que encargaría. Supuso que allí habrían muchos más libros que en su día habían pertenecido a su padre y se juro que los miraría uno por uno, para separar los que llevasen su ex libris y colocarlos todos juntos en un lugar de honor de la biblioteca.

En la planta superior había ocho habitaciones, aunque solo cuatro estaban destinados a dormitorios. Las otras aparecían disponibles hasta que alguien les otorgase un uso determinado.

Bajo tejado había una enorme buhardilla o “porchi” como solían llamarlo allí, perfectamente distribuidos como dormitorios o área de expansión para el servicio en el que no faltaba un despacho para que Brígido, si se decidía a ocuparlo, pudiese usar como oficina. Aun quedaba espacio para una amplia sala en la que se amontonaban, muebles y objetos valiosos pero en desuso y que esperaban allí a que alguien les diera una nueva oportunidad de ser útiles.

Concha que conocía la llegada, de un momento a otro, del nuevo colaborador de Don Camilo, había desistido de instalarse allí, para no compartir planta en solitario con tal siniestro personaje, pues tuvo la oportunidad de conocerlo durante su primer viaje a Yocla. Ese era el motivo de que se hubiese instalado en un lugar que no le correspondía de la segunda planta pero que esperaba que tanto Marieta como Don Camilo se lo permitieran.

Al día siguiente, en la soledad de la casa, y cuando el cochero y su carruaje hubiesen partido a su lugar de origen. Camilo departió velada con Marieta y Concha en una tarde noche que no invitaba a salir, debido a la intensa nevada que a partir del mediodía estaba cayendo y que no le había permitido ni siquiera visitar y presentarse ante sus conocidos y amigos.

Concha les contó la buena disposición y bondad de carácter, tanto de los guardeses, como de sus hijos. Los había estado tanteando y les informó de que estaban dispuestos a cubrir los puestos de doncella y de niñera, tanto para la niña de Marieta como para lo que tendría que venir. No les había prometido nada pero estaba segura que aceptarían si se lo proponían. La familia de los guardeses había estado cuidando de la casa, con la única recompensa de poder vivir en los bajos sin pagar alquiler y recibiendo, de vez en cuando, una pequeña cantidad que apenas daba para adquirir los materiales necesarios para el mantenimiento y limpieza de la casa.

Camilo lo atribuyó todo al poco interés que por la casa, habían tenido tanto Don Manuel, como posteriormente por parte de Doña Angélica, que en los años en que vivieron juntos jamás le habló de esta casa e ignoraba como había llegado a caer en manos del matrimonio. Cuando a la muerte de su amante se hizo cargo efectivo de sus bienes, se enteró, gracias a Brígido, de la existencia de esta casa, que él en su día había aceptado su propiedad, junto a los otros bienes de Angélica, y sin darse ni siquiera cuenta, para evitar que a su muerte fuesen a parar a manos de la Iglesia.

Camilo decidió que esa situación debía regularizarse y que esa familia que tanto se había desvelado en el cuidado de la casa tuviese finalmente su recompensa si verdaderamente lo deseaban.

Decidieron ofrecer a Sofía, la mayor de las hijas, que según informó Concha debía tener unos dieciocho años y buena presencia, el puesto de doncella. El problema era que ella ya trabajaba en una empresa textil, pero Concha advirtió que ofreciéndole la misma cantidad que ahora ganaba, no tendría ningún inconveniente en abandonar su actual trabajo para entrar a su servicio.

-De todas formas no estaría de más añadir algún real mas para asegurarnos sus servicios – añadió Don Camilo, mientras de reojo observaba la mirada de reproche que le dirigía Marieta por su excesivo interés en contratar a la muchacha.

Se llamó andana el ex cura y cedió rápidamente la palabra a Concha, para evitar males mayores.

-Mauro, el chico que había ayudado a la señora a descender del coche y que tanto interés había demostrado con los animales, podían destinarlo al cuidado de los caballos, pues supongo que el señor querrá tener el suyo y no estaría de más adquirir otro para que arrastrase una calesa, pues he de

advertir a la señora que este es pueblo de muchas cuevas y seguro que le hará falta.

-Y a la vez que me sirva de cochero – añadió Marieta

-En este caso ponle tu el sueldo – intervino Camilo, dirigiéndose a Marieta – pero antes tendrá que hacer unas prácticas de conducción pues no quiero poner la vida de mi esposa en manos de un inexperto.

-Está claro que para cuidar a Barbarita la ideal es esa muchachita rubia... - expuso Marieta.

-María se llama y tiene 14 años – añadió concha.

-Perfecto, entonces – trató de finiquitar el asunto Camilo – A Carmen le concederemos una gratificación, por el cuidado de la portería y la limpieza de otras dependencias comunes de la casa. Con respecto a Jacinto, su esposo, podría dedicarse a realizar trabajos más duros y a la limpieza del jardín que por lo que he podido observar se encuentra en un estado lamentable. Pero esa es una decisión que tomaremos más adelante, pues ignoro actualmente en qué trabaja y podrían ser un peón importante para los futuros negocios que tengo que emprender.

XXXXX

XXX

X

Brígido no tardó en presentarse en la casa, apenas un par de días después de Don Camilo. Se instaló en el ático, en el dormitorio que le habían destinado y colocó todos los papeles que había traído desde Valencia en su nuevo despacho, guardándolo todo bajo llave.

Bajaba a la cocina a la hora previamente convenida con Concha y esta le servía una frugal comida que engullía sin rechistar y cuando la terminaba se incorporaba de nuevo a su trabajo y solo cuando la luz natural se apagaba y la débil luz oscilante del candil hacia que sus ojos se enrojecieran y la vista se cansara, abandonaba su trabajo, cenaba y salía a dar una vuelta para conocer Alcoy.

Al principio subía la calle San Nicolás hasta la Glorieta, que era un jardín recién terminado, para goce de los alcoyanos y que antes solo fue el huerto de los Padres Franciscanos, o por lo menos eso es lo que le dijo un amable viejo, que se sentó en su mismo banco y entablaron una breve conversación. Allí estaba hasta que se le helaban los huesos y se le espabilaban las ideas, para volver inmediatamente a la casa que lo cobijaba.

Pronto averiguo en donde estaban situados los prostíbulos alcoyanos y no paró hasta que los visitó todos y encontró a la pupila que más le gustó. Desde entonces solo se acostaba con ella. Todos los días, excepto los sábados, que era la fecha en que los trabajadores alcoyanos cobraban su salario semanal e iban a casa de las chicas, como ellos lo llamaban, para desfogarse. No le gustaba guardar cola. En una ocasión, una compañera de su chica predilecta, llegó a bromear con él, insinuándole que le resultaría mucho más barato si se casaba con ella. Ya no volvió. En realidad la mujer que verdaderamente le gustaba era Concha, la cocinera, con la que no se atrevía a mantener siquiera una conversación. En realidad la prostituta con la que creía haberse encaprichado se le parecía extraordinariamente y hacia el amor imaginando que era Concha la que estaba debajo. Consideraba que no debía de meter la polla en donde tenía la olla y no quería por esa acción disgustar a Camilo. Tenía que darle tiempo al tiempo y luego ya vería que hacía.

Don Camilo quería invertir en su pueblo y ganarse la fama de industrial importante. Hubiese podido vivir, él y sus hijos, de renta toda su vida, pero desde que se introdujo en los negocios, le gustaba la acción y no quería prescindir de ella. Eso sí, sin dar golpe, él solo era la cabeza pensante. Exponía el problema y otros, en este caso Brígido, tenían que darle la solución.

Meterse en la industria textil no le apetecía, pues había mucha competencia y no tenía nada nuevo que aportar. Aunque ya se hablaba de la existencia de unos telares mecánicos que funcionaban con la fuerza del vapor y esa podía ser una opción para el futuro. Si en Alcoy no te dedicabas al textil, la única alternativa era el papel. Algo nuevo no era factible de momento, por no haber mano de obrar especializada y tenerla era una opción que juzgaba imprescindible.

Hasta entonces había estado recopilando información sobre las diversas formas de fabricar papel. Todavía no había podido llegar a ninguna conclusión, pero ya tenía la mosca detrás de la oreja esperando que su jefe le pidiese cuentas. Estaban cerca de Navidad y ya llevaba mes y medio trabajando en el asunto.

La importancia de las fábricas de papel se evaluaba por el número de tinas para su fabricación que tenían. Una tina podía fabricar entre 50 y 60 kilos de papel al día y para atender cada una se necesitaban un buen número de empleados. Sin embargo había en el mercado, ya que fue inventada por un tal Robert en 1789, una maquina que fabricaba el papel continuo, que podía alcanzar los dieciséis metros de longitud o mas y su producción diaria alcanzaba los 600 kilos, con un coste laboral más bajo, pues no se necesitaban, en proporción, tantos trabajadores.

El problema es que no existía ninguna de estas maquinas trabajando en España y mucho menos en Alcoy. Con solo una de esas maquinas se podía alcanzar la producción de una fábrica con diez tinas, que era la media que tenían las de esta población, pero a un precio mucho más barato. Y su intención no era abaratar precios en la venta del papel, siempre mientras la competencia lo permitiera, sino ganar más dinero que los otros.

El problema era que había de ir a Francia a buscar esa maquinaria que por entonces las comercializaba la Casa Fourdrinier.

Cuando a requerimientos de Don Camilo le explicó todo lo que había podido averiguar, le envió inmediatamente a la tierra de los gabachos para comprar una de esas maquinas y traerla sin demora hasta Alcoy.

-¡Don Camilo! ¡Estamos en navidad! - se quejó Brígido.

-Quien iba a decirte, hace apenas unos meses, que pasarías unas navidades en Paris, y todavía te quejas. - le recrimino Don Camilo - Ahora finalmente lo has conseguido. De todas formas esto se tiene que llevar en el más absoluto de los silencios. Nadie debe saber lo que nos proponemos. No quiero que nos tachen de competencia desleal, lo que no me importa si he de ser sincero, pero lo que más nos interesa es que no nos copien de ninguna de las maneras. Tú parte raudo mañana, diviértete si es preciso, pero nunca a expensas del trabajo que siempre ha de ser lo primero. Yo mientras, no permaneceré ocioso y buscaré un lugar discreto en donde instalarla.

Cuenta la historia que hasta 1880 no se instaló en Alcoy la primera máquina continua de fabricar papel. Aunque en realidad, Don Camilo lo hizo mucho antes, con la salvedad de que muy pocos se enteraron y desde luego nadie con la suficiente entidad para que pasase a la historia.

Brígido partió finalmente gozoso el día antes de navidad del año 1850, pues en realidad le encantaba ese viaje sobre todo después de comprobar la cantidad de monedas de oro, que para sus gastos, el ex cura había metido en su faltriquera. No regresó hasta casi cuatro meses después, poco antes de las Fiestas en honor a San Jorge del año siguiente.

La que más notó su ausencia fue Concha.

XXXXX
XXX
X

Nando acudía para acostarse con la Viuda de Riquelme, cada vez que necesitaba dinero. Y eso ocurría con harta frecuencia. Ésta a su vez se había acostumbrado y añoraba su presencia.

El día de fin de año de 1850 se celebró un baile en el Casino de Alcoy y la viuda decidió ir acompañada por Fernando. Hasta entonces había mantenido prácticamente en secreto la relación con su joven amante. Aunque no era tan cándida como para ignorar que corría por boca de mucha gente, entre ellas sus odiadas amigas.

Decidió salir del armario y mostrar a todos la belleza del hombre que la acompañaba y de la que disfrutaba en exclusiva, o por lo menos eso creía ella. Esperaba que la envidia las corroyera y dejaran de murmurar lo sola que se había quedado.

Se vistió con sus mejores galas y envió a Nando a la Sastrería de Ferrer, el más reputado y caro sastre de la población, para que le cosiese el traje que se merecía.

Desde hacía algún tiempo albergaba la posibilidad de casarse con Fernando. Sabía que era un disparate pues le llevaba veinte años, y aunque estaba segura que todavía lo atraía no podía prever lo que pasaría en los próximos diez años. No ignoraba que en realidad era el dinero lo único que lo mantenía a su lado, pero también que sería carne de engaño y que más pronto que tarde se limitaría a cumplir con ella y amar a otra. No creía que pudiese soportar los celos.

Causó sensación su entrada en el baile. En esos momentos, solo los que la conocían íntimamente podían adivinar la diferencia de edad que había entre ellos. Allí estaba la flor y nata de los ricos fabricantes alcoyanos, sus esposas y los hijos mayores que iniciaban sus pinitos en sociedad.

Entre ellos no podían faltar Pepe y Marcela, junto con sus hijos Alberto y Bernabé y su hija Dolores, que había cumplido los quince años y de ninguna de las maneras la habían podido convencer de que todavía era joven y debía quedarse en casa. No había sido posible, había experimentado un cambio radical y por lo menos con el atrevido traje que portaba, parecía una mujer hecha y derecha y no la frágil niña del verano pasado.

Luis y Ana, ésta sintiéndose algo fuera de lugar aunque poco a poco se iba acostumbrando, asistían, mas por la presión ejercida por Pepe sobre Luis, que por gusto. En un principio expusieron la excusa de que no podían dejar sola a Inés, y Marcela se ofreció para que se quedase en su casa, junto con sus hijos pequeños, y al cuidado de una vieja niñera que no levantaba pasiones ni a su esposo ni a sus hijos mayores.

Finalmente Jorge y Leonor, que se habían casado apenas hacia quince días en la más completa intimidad, continuaban con su particular luna de miel y habían decidido no ir, por no tener muchas ganas y para ocultar su incipiente barriga aunque ésta bien pudiera ocultarse perfectamente bajo un buen corsé, habían decido quedarse en casa y al cuidado de su hermana y cuñada.

Otros que habían causado sensación eran Camilo y Marieta. El primero por su reciente pasado eclesiástico que todos conocían y la mujer por su espectacular belleza, que no empañaba su evidente avanzado estado de gestación, y su piel morena que contrastaba con el blanco cutis de las alcoyanas. Era la primera vez que se mostraba en sociedad, pues en el poco tiempo que llevaba en Alcoy, apenas había asistido a un par de cenas y dentro de un círculo privado.

Pepe, Luis y Camilo, junto con los hijos del primero y sus respectivas esposas, se aposentaron alrededor de una mesa redonda. Mientras que Fernando y Adoración, la Viuda de Riquelme, buscaron acomodo junto con las viejas amigas de ella, no se sabía con certeza si para buscar su repulsa o admiración.

A Dolores que ahora le gustaba la llamasen Lola, se sentía admirada y sabía que levantaba pasiones, como la de ese amigo de su padre llamado Camilo que desde que se sentó delante de ella no le había quitado el ojo de encima, a pesar de la espectacular mujer que lo acompañaba.

Otros jóvenes ya se habían apresurado a pedirle un baile y ya tenía su libreta llena. Hoy desde luego no descansaría ni un momento, pero a cambio conocería a muchos hombres, apropiados para en el futuro ser su esposo y donde poder elegir.

Le fastidiaba que no hubiese venido Jorge y su odiada esposa, para poder acosarlo y que ella sintiese celos por todas partes. Guardaba un buen recuerdo de él, sobre todo por ser el primer y hasta ahora único hombre con el que había yacido en una cama aunque finalmente no llegasen a hacer el amor como ella pretendía. Lo que le hizo fue un engaño, placentero por cierto y eso no lo podía negar, pero engaño al fin y al cabo. Follar, lo que se dice follar, es lo que hizo con la idiota de Leonor y en donde pudo comprobar que lo que llevaban colgando los hombres servía para algo más que mear.

Después de cenar y provocar todo lo que pudo al viejo verde que tenía enfrente y que ya comenzaba a caerle en gracia. Comenzó el baile y una larga cola de admiradores pasaban por la mesa para cobrarse el baile solicitado anteriormente. Antes de levantarse, Lolita, miraba al joven pretendiente y tachaba con un lápiz su nombre de la lista para que no se le ocurriese repetir.

Polkas y valsos. Parecía que era lo único que sabía tocar la nutrida orquesta formada por lo menos veinte músicos. El espacio destinado para pista de baile era amplio, pero los bailarines, numerosos y alocados, daban vueltas sobre sí mismos, a la vez que recorrían un amplio círculo en pocos segundos, arrollando cualquier obstáculo que encontrasen a su paso. Mantenían una velocidad uniforme y cada pareja parecía respetar su espacio, pero cuando alguien fallaba el choque se hacía inevitable y las disculpas también.

En uno de esos momentos el trasero de Lolita, que se dejaba llevar en volandas como si fuese una pluma en brazos de un robusto muchacho, tropezó con algo duro, y cuando volvió su rostro para disculparse, sin detener por eso el baile, se encontró con una cara morena, de bellas facciones, con ojos azules y cabellos ensortijados. Él hizo lo mismo y únicamente vio un ángel rubio que inmediatamente desapareció entre la masa que bailaba.

Ella también lo vio como se perdía entre la gente. Trató de perseguirle o mejor dicho, que la mole que la sujetaba fuese en esa dirección. Si le dio tiempo a fijarse que bailaba con una señora mayor que, en su ingenua imaginación, dedujo que sería su madre. Se congratuló que hubiese ido al baile solo y se prometió que no descansaría hasta que hubiese bailado con él. No estaba anotado en su cuaderno de baile, porque de estarlo lo recordaría perfectamente, y no podía esperar a que se presentara reclamando su turno. Si no lo hacía después de ese fugaz encuentro, su misión consistía en no quitarle el ojo de encima y enviarles cuantos mensajes eróticos fuesen necesarios hasta que él se decidiera.

Por suerte su mesa estaba situada enfrente de la de sus padres y aprovechando una breve pausa de la orquesta, todos se sentaron para descansar sus piernas y aclarar su garganta con un excelente vino espumoso.

Ella lo miraba fijamente, evitando la cabeza de Don Camilo que casi se interponía entre ellos, y él la correspondía aunque tenía que desviar de vez en cuando su mirada para atender a la conversación de la que ella creía era su madre, y que hablaba como una cacatúa.

Don Camilo creía que la mocita tenía la vista puesta con él y trató de iniciar una conversación con ella, al objeto de allanarle el camino. La muchacha, absorta como estaba con su nuevo amor, ni siquiera lo escuchó.

-Lolita. ¡Cariño! Don Camilo te está hablando... - intervino su madre

-¡Perdón! Decía... - respondió la muchacha saliendo de su ensimismamiento.

-Que si la lista de admiradores se ha terminado y teniendo en cuenta que Marieta por su estado no está para muchos trotes... ¡En fin! Que si quieres bailar y no tienes con quien, puedes contar conmigo. - Don Camilo pronunció estas palabras en un tono de compromiso, como intentando salvar del aburrimiento a una pobre muchacha, que no era el caso.

Así lo comprendieron los restantes componentes de la mesa, excepto Ana que rápidamente comprendió que el ex cura iba a por la niña y Marieta, que por su avanzado estado de gestación tenía a su esposo en cuarentena, comprendió que debía de abrirse de piernas de vez en cuando si no quería que este buscara comida fuera de casa.

-No se preocupe y muchas gracias Don Camilo. Pero todavía no he llegado a la mitad de la lista y ya estoy reventada, creo que más de uno hará pala hoy.

Cuando se reanudo la música un muchacho tímido, con una tez blanca como la cera y delgado como un tísico se le acercó para reclamar su baile. Ella lo despidió alegando cansancio y poniéndole cara de estar a punto de sufrir un ligero vahído, aunque todo ello con una seductora sonrisa en la boca a la que era imposible negarse.

El muchacho partió con pena y con la esperanza de que la espera fuera breve. Según la costumbre de la época tenía una tregua de cuatro bailes para reanudar de nuevo los turnos. Eso se conseguiría si la interesada miraba ansiosamente a todas partes como si buscara a alguien y se abanicara vigorosamente como si estuviera acalorada. Solo entonces los pretendientes volverían a acercarse y se reanudarían los bailes. En caso contrario todos quedaban liberados del compromiso y debían buscarse la vida por otra parte.

Ella volvió su mirada a Fernando y comprobó que había comprendido el mensaje. Todo era cuestión de esperar. Su pareja, madre o lo que fuese, hizo intención de sacarlo de nuevo a la pista de baile y él mostrando sorpresa, le señaló una parte de su cara, indicándole con toda probabilidad un punto débil en su maquillaje. Ella se levantó rápidamente y seguida por una vecina de silla que se brindó para acompañarla y aprovechar el viaje, fueron al servicio.

El regreso podía tardar media hora o apenas diez minutos. Sean los que fueran no podían perder el tiempo. El muchacho pálido y delgado había cedido su turno y estaba bailando con una chica, algo rolliza, que se mostraba muy contenta pues se estrenaba con este baile y no parecía dispuesta a soltar a su víctima.

Fernando se levantó pausadamente y como si tuviera todo el tiempo del mundo y se acercó hacia ella.

Sus padres y amigos pasaban más tiempo charlando en la mesa que danzando, lo que solían hacer uno de cada diez bailes que tocaba la orquesta. Sus hermanos, una vez terminada la cena, habían desaparecido de la mesa e incluso del casino. Probablemente buscando en el exterior presas más fáciles. Pepe, absorto en la conversación generalizada, no prestaba atención a quien pretendía sacar a bailar a su hija, pues sabía que todos los muchachos que asistían al baile en el casino eran de excelentes familias y de plena confianza. Solo el llamado Camilo no le quitaba el ojo de encima, se la comía con la mirada y lanzaba un rápido, pero vistazo inquisitorio a todos los pretendientes que se acercaban.

No puso buena cara cuando se acercó Fernando, pero no le dio ninguna oportunidad, pues antes de que el muchacho llegase a su lado, se levantó y salió a su encuentro, ante la desesperación del tísico de antes, que bien amarrado por su fornida pareja se le antojaba haber perdido su gran oportunidad.

Fueron a bailar al otro extremo de salón, fuera de la mirada de sus padres y de la pareja de Fernando que ya se demoraba en salir.

Se presentaron, aunque el muchacho por la mesa en que había cenado su pareja ya presumía hija de quien era. Cuando salió a colación, quien era la dama que le acompañaba, y el porqué de atarlo tan corto, Nando no tuvo ningún reparo en reconocer que se trataba de su amante y ante su sorpresa, la muchacha pareció alegrarse por ello. A Fernando no le gustaban las mentiras y mucho menos las medias verdades por lo que fue directo al grano. Si por ello tenía que romperse la incipiente relación, ahora era el momento, pero si a pesar de todo continuaba, por esa causa sabía que no habría ningún problema.

-¿Qué edad tienes? – le preguntó Fernando mientras bailaban.

-Dieciséis años. Voy para diecisiete – mintió ella – ¡Pero ya he hecho el amor!

-¡De verdad! – se sorprendió el hombre - Entonces ya no eres virgen.

-¿Qué es eso?

-¡Huy; ¡Huy; ¡Huy; Creo que alguien me está mintiendo.

-Bueno – rectifico ella – tal vez no. Pero he estado con un hombre en la cama y me proporcionó mucho placer.

-¿Y tú a él?

-Supongo. Porque se corrió sobre las sabanas.

Nando tuvo bastante con esta pequeña conversación para conocer que tenía entre manos. Apretó a la muchacha contra él y notó sobre su pecho, sus duros e incipientes senos que ayudados por algún subterfugio de mujer aparentaban ser más grandes de lo que en realidad eran.

Le sorprendió la franqueza de la muchacha, que como él, no gustaba de mentiras. Así y todo no dudó que había intentado engañarlo sobre casi todo, principalmente en lo referente con la edad. Se la veía dispuesta a entregarse a él e incluso al primero que se pusiera por delante, pero era tan ingenua, que él, desde luego, no iba a consentirlo. Le había gustado desde que vio y se sentía a gusto junto a ella. Iba a tratarla como una buena amiga y si en el futuro llegaba algo más ya se vería.

Mientras, la Viuda de Riquelme lo buscaba desesperadamente, y no quería que lo sorprendiera con esa beldad entre sus brazos.

Le dijo que tenía que dejarla, pero le prometió que la buscaría por la calle del Mercado un jueves de estos y tendrían una conversación más tranquila.

Aprovechó que por allí pasaba el tísico, que no se rendía y continuaba al acecho, para endosársela, después de depositar un beso fugaz en sus labios y la dejó alelada y en manos de un muchacho que por lo menos no tenía pinta de sátiro.

Se acercó a la mesa de la viuda y antes de que esta iniciara algún reproche, le susurro al oído.

- Mi pajarito tiene otras necesidades, aparte de anidar en tu chochito.

Después la besó en la boca y ella le correspondió con una amplia sonrisa.

XXXXX
XXX
X

El jueves después de Reyes, Fernando se acercó al paseo y no tardó en localizarla. Las muchachas trabajadoras solían cubrir sus cabezas con un pañuelo para ocultar sus cabellos desaliñados y no eran muchas las que en el paseo no lo hicieran y mucho menos las que lucían una melena rubia como el oro. Iba acompañada de dos amigas situadas a ambos lados de ella, pero cuando lo vio, rápidamente intercambió su puesto con una de ellas y se situó en unos de los extremos, para que se colocara a su lado y pudiese abordarla sin dificultad.

No tardó en separarse de sus amigas, agradeciendo su colaboración con un escueto “gracias” y estampando dos sonoros besos en ambas mejillas de cada una.

Fueron a un recóndito y pequeño jardín que había un poco más abajo y se sentaron en un gélido banco que emanaba un frío cortante que ni la espesa falda de ella ni el tupido pantalón de él pudieron evitar que se les helase el trasero. A ellos no parecía importarles aunque ni las apreturas ni los cálidos y largos besos que se daban lo mitigasen.

Podía llevarla al piso que había alquilado para independizarse de su casa y no tener que dar cuenta a sus padres de las muchas noches que pasaba fuera de casa y sus continuas ausencias.

Lo pagaba con lo que le sacaba a la viuda, pues continuamente dormía en su casa junto a ella. Los criados finalmente ya se habían enterado del tejemaneje que se llevaba ambos y ya no tenía sentido ocultar un secreto a voces. Solo dormía en su guarida, como él la llamaba, cuando su amante tenía algún compromiso y su presencia la incomodaba, y para llevar a sus conquistas ocasionales, pues el palomar de la casa de Leonor, que tantos buenos servicios le había prestado, ya estaba muy solicitado por los jóvenes de la que había sido su calle.

Pero finalmente lo desechó, sabía que estaba jugando con fuego y si terminaba llevándola allí, aquello terminaría mal. Y se había prometido que aquello no ocurriría, por lo menos de momento.

Hablaron de cosas intrascendentes para el presente y nada sobre el futuro que a ambos se les antojaba muy lejano.

Quedaron en verse el mismo día de la semana siguiente, a las seis de la tarde y en el mismo sitio en que ahora se encontraban.

CAPITULO VII

EL TIFUS

El año 1851 quedó grabado en la mente de los alcoyanos como el año del tifus, y marcó tanto a la gente que se recordó hasta bastantes años después.

A principio del año todas las condiciones para el desarrollo de la enfermedad se dieron. Mala habitación, sequia y mal uso del agua y las alcantarillas. Todo se podía reunir en una sola palabra: Miseria.

Los primeros casos aparecieron a finales del mes de febrero, por efecto sin duda de la sequia, pues apenas cayeron las primeras lluvias del año, aunque no copiosas, los efectos desaparecieron.

Después, como si fuese una maldición que pendiese sobre la cabeza de los alcoyanos, volvieron a declararse nuevos casos a mediados del mes de marzo.

Fue entonces cuando se tomaron las primeras medidas para intentar controlar la enfermedad, pues las fiebres tifoideas, llamadas “las calenturas” por los alcoyanos eran extremadamente contagiosas, por lo que tenía que evitarse a toda costa el contacto de los familiares con los enfermos.

En el hospital se habilitaron zonas exclusivas para los contagiados y se proporcionaba gratuitamente a los pobres agua de cloro para que pudieran desinfectar sus viviendas.

Las primeras muertes no tardaron en llegar y se dio la orden para que los cadáveres fueran trasladados desde sus domicilios directamente al cementerio, para darles directamente sepultura, sin necesidad de verificar antes el origen del fallecimiento, ya fuera en la parroquia como en el hospital.

La invasión de las fiebres tifoideas y sus rigores fueron sentidos generalmente por los trabajadores más humildes y sus familiares, por lo menos durante nueve meses, pues hasta el tres de octubre de ese año no se anunció el fin de la epidemia.

Se ignora el número de muertos que ocasionó esta enfermedad, pues no hubo tiempo de realizar ningún control sobre los mismos. Lo único cierto es que tres de los ocho médicos que intentaron controlarla fallecieron en el intento. Luego se llegó a la conclusión que no existían suficientes camas hospitalarias para combatir otra epidemia como esta y tuvieron que habilitarse camas adicionales en los edificios colindantes.

Por otra parte el cementerio existente quedó colapsado y se especuló con la posibilidad de construir otro nuevo en las afueras de la ciudad.

En medio de todo este caos, nació en el mes de mayo, Félix, el hijo de Jorge y Leonor. Era fuerte y hermoso y rebosaba vida por los cuatro costados, pero no vivió lo suficiente para disfrutar de esta vida, pues a los dos meses, en plena canícula y mientras estaba disfrutando de la tranquilidad del campo en la casa en donde vivió Ana, fuera de la miseria que embargaba a la población de Alcoy en esos momento, el niño sufrió unas calenturas que no pudo soportar. Lo enterraron sin saber si era el tifus o una de esas enfermedades infantiles que se llevaban a los niños de aquella época por docenas. Jorge, en un momento de desesperación, y cuando la muerte del niño parecía inminente, pensó que tal vez Dios no permitía, que la semilla dejada por Bernabé no fructificase en su familia. Cuando murió el niño, Leonor ya estaba de nuevo embarazada.

XXXXX

XXX

X

Para entonces ya había nacido Carlos, el hijo de Marieta y Camilo, que pasó a ser el juguete preferido de su hermana Bárbara.

Durante el mes de Julio regresó Brígido, hablando, como si fuera la propia, la lengua de Moliere y acompañado por dos franceses que serian los encargados de montar la nueva maquinaria que había llegado junto con ellos desde Marsella a Alicante por barco. Y que unas galeras se habían encargado de traerlas, unos días después, hasta Alcoy.

El montaje se realizó inmediatamente y en el más absoluto de los secretos. Ayudaron a los técnicos franceses los empleados que había contratado Camilo, todos de la rama del papel. Como encargado de la nueva fábrica, contrató a Jacinto, el esposo de la guardesa de su casa, que en un principio se mostró remiso, tal vez por no atreverse con un proyecto tan ambicioso y un puesto de tanta responsabilidad, pero que finalmente aceptó, pues era una oportunidad que no podía dejar escapar, principalmente por el suculento sueldo que le ofreció Don Camilo.

La que estaba más contenta era Carmen, la madre de toda la prole, y que con sus canciones alegraba los bajos del edificio. Desde la llegada de los dueños de la casa, habían pasado de un sueldo de subsistencia, el que ganaba su esposo y la miseria que traía a casa su hija mayor, a tener a toda la familia colocada, incluso ella, y entrar en su casa el dinero a raudales.

El único problema, que pendía sobre su cabeza como una espada de Damocles, y que no quería pensar en ello aunque en ocasiones le quitase el sueño por las noches, era que todos dependían de Don Camilo y cualquier diferencia con él sería una verdadera catástrofe para toda la familia. Ella se encargaría de que eso nunca ocurriera.

Concha le propuso a Marieta trasladar su dormitorio a la buhardilla, pues estaba ocupando una habitación en una planta que no le correspondía y con la llegada de Carlos, su nuevo hijo y el primero que tenía con Camilo, podría hacerles falta a los señores.

Marieta trató de disuadirla, pues había otras y en realidad no hacia ninguna falta que abandonase su dormitorio. Ella insistió y finalmente la dueña de la casa, aunque solo fuera por no discutir, la dejó salirse con la suya. En realidad las intenciones de Concha eran otras.

Desde que Brígido regresó de Francia, su antigua relación de amistad se reavivó y cada vez era más intensa. El hombre pasaba sus ratos libres en la cocina y las comidas y cenas que en un principio despachaba con rapidez, ahora se hacían interminables. Los mejores bocados de cada plato eran para él y si a los hombres se le gana por el estomago a este ya lo tenía en el bolsillo. De Francia únicamente había traído regalos para Concha, infinidad de ellos, pero no se los dio todos de golpe, sino poco a poco y sorprendiéndola cada vez un poco más.

De la conversación se pasó a las bromas, de estas a los tocamientos, después vinieron los besos, primeros furtivos y después consentidos. A partir de allí el tope estaba en la cama.

Una noche, durante el mes de septiembre, los señores de la casa y sus hijos fueron invitados por Pepe y Marcela a pasar un fin de semana en la Masía de Morales. En la casa quedaron solos Concha y Brígido, con permiso para ir a ver a sus familiares o desplazarse donde quisiesen. Sofía la doncella, dormía en la casa que tenían sus padres en la planta baja del edificio, y su hermana María, la niñera, que dormía en la misma habitación que los niños para atenderlos si se despertaban por las noches, no tuvo más remedio que acompañar a los señores en su viaje.

Concha, el primer día que estuvieron libres, preparó una buena cesta con viandas y junto con Brígido, se desplazaron para pasar el día en el paraje denominado "Racó de Sant Bonaventura" un lugar idílico en los alrededores de Alcoy y cerca de donde nace el Rio Riquer, que posteriormente confluía con al Barchell y finalmente, ya en Alcoy, se unía con el Molinar y formaba el rio Serpis. A diferencia de su paso por la ciudad en que sus aguas aparecían sucias las más de las veces y en ocasiones se teñían con los más diversos colores, procedentes de los restos de tintes que evacuaban las fábricas. Aquí el rojo, después el azul y más adelante el amarillo, que al mezclarse con el anterior le daba un tono verdoso y con un poco de imaginación se podía contemplar un casi completo arco iris.

Sin embargo allí las aguas eran limpias y transparentes, aunque también algo frías, que no invitaban al baño, pero sí a refrescarse los pies. Mas al fondo el río se estrechaba entre paredes lisas de roca y formaban unas pozas que los naturales llamaban “canalons” y los jóvenes aprovechaban para bañarse tapando sus vergüenzas con un pequeño pantalón. Otros, que se denominaban a sí mismos naturistas, se bañaban y tomaban el sol como los lagartos completamente desnudos. Brígido se lamentó que entre estos últimos no hubiese ninguna mujer y Concha, escandalizada por lo que veía, según confesó a su acompañante, por primera vez, obligó a Brígido a abandonar la zona.

Habían ido montados en el caballo de Don Camilo, pues este, para su viaje a la masía de Morales, se había llevado únicamente la calesa y el percherón que de ella tiraba. Eran muchos los caminos que llevaban al “Racó” y como Brígido los desconocía le hubiese bastado seguir a algunas de las innumerables familias alcoyanas que se desplazaban los domingos allí para pasar un día de asueto. Pero ese día era sábado y no serían tantas las que acudirían, con la ventaja de que estarían más tranquilos. Decidió ir por su cuenta y riesgo, y el camino más seguro era el que le marcaba el mismo río que indiscutiblemente al final los llevaría allí.

Iba Concha sentada delante del varón, que mientras con la mano derecha sujetaba las riendas para dirigir al caballo, con la izquierda, puesta en el vientre de la mujer, la sujetaba contra sí, para evitar lo que se antojaba una imposible caída. Salieron por el portal de San Roque y bajaron hasta la vera del río limitándose a seguir su curso ascendente. Lo cruzaron infinidad de veces buscando siempre la rivera más llana y con menos vegetación que facilitase el desplazamiento del noble bruto. Cuando eso era difícil, se metían en el mismo cauce del río y caminaban por él. Apenas habían dejado atrás las últimas fabricas, las aguas se tornaban tan limpias que incluso se podía beber de ellas. Finalmente llegaron a un barranco de frondosa vegetación y extraordinaria belleza que, según supieron más tarde, recibía el poético nombre de “Barranco de las siete lunas”. Finalmente llegaron a un lugar en donde había una masía, el terreno, cubierto de chopos, se ampliaba, un par de familia disfrutaban de un suculento almuerzo y el cauce del río se interrumpía al toparse con una cascada de varios metros de alturas. Entonces supieron que habían llegado a su destino.

Dejaron el caballo al cuidado de una de las familias y realizaron una pequeña excursión, esta vez a pie, por los alrededores. Comieron sin prisas las viandas que portaban, bebieron de un excelente vino de la bodega de Don Camilo y con el ánimo un poco alterado y encontrándose casi en los dominios de Dionisio, se echaron sobre una manta en un lugar un poco apartado para dormir la mona. Hicieron lo que pudieron sin llegar al final del recorrido, pues cada dos por tres alguien pasaba, junto con alguna dama, buscando un lugar idóneo o simplemente de paso, y les cortaba las ganas.

De todas formas, después de eso, ninguno de los dos ignoraba que esa noche sonarían las trompetas de Jericó y habría guerra.

La cena que sirvió esa noche Concha, ya en la casa, fue de escándalo, pues la cocinera terminó con todas las exquisiteces que quedaban en la fresquera, ante el temor de que con el calor que hacía se estropeasen.

-Ya habrá tiempo el lunes de reponer provisiones – reconoció Concha

Por la noche se acostaron juntos en la cama de la cocinera, pero ahitos por la cena y cansados como burros por la ajetreada jornada, se durmieron abrazados el uno al otro y completamente desnudos.

Por costumbre la primera que se despertó al día siguiente fue Concha, que en vez de levantarse o escandalizarse al ver como había dormido, se arrimó más al hombre y comenzó a toquetear su miembro hasta que entró en erección.

Brígido se despertó en esos momentos. Estaba soñando que hacía el amor con Concha, y cuando fue consciente de la realidad y vio a la hembra tendida a su lado en la cama y mostrando su desnudez no se lo pensó dos veces.

Se lanzó sobre ella, le abrió las piernas y trató de introducirle su miembro como si se tratase de la

prostituta que se había tirado durante tres meses, por su parecido con Concha e imaginando que era ella. Creyó que entraría como lo hacía con la otra que tenía una vagina apta para pollas de cualquier tamaño y ese no era el caso.

Concha todavía era virgen y no estaba preparada, ni suficientemente lubricada como para realizar el acto. Un dolor que nunca había sentido la hizo estremecerse cuando aquel cuerpo extraño intentó introducirse por las bravas en su interior. Un grito, o mejor dicho un alarido salieron de su garganta e hizo que Jacinto se despertase y subiese para ver qué pasaba. Por suerte la puerta estaba cerrada y no pudo entrar.

-¡Doña Concha! ¡Señor Brígido! ¿Están ustedes ahí? – el silencio fue la respuesta.

-Ayer seguro que entraron – se escuchó de lejos la voz de Carmen.

-Deben de estar en misa. Habrán salido de buena mañana y no están en casa – respondió Jacinto.

Cuando oyeron los pasos de los guardeses bajando las escaleras, los cuerpos de la pareja se relajaron. Brígido comprendió que su pareja probablemente no había conocido varón y tenía que tratarla como si tuviese a una muchacha de quince años entre sus manos, aunque no fuese ese el caso. La besó para tranquilizarla y le pidió excusas por lo ocurrido, asegurándole que no volvería a ocurrir. Acarició su cuerpo con delicadeza hasta comprobar que estaba completamente relajada y ya fue directamente a su sexo. Introdujo su dedo índice poco a poco hasta notar que su interior estaba completamente húmedo. Entonces fue cuando cambió una cosa por la otra, notó un pequeño obstáculo que venció sin problemas y se hundió en la felicidad.

Estuvo durante quince minutos en su interior que a Brígido le parecieron una eternidad, pues sus coitos con las fulanas apenas duraban un par de minutos. La mujer tuvo algún que otro orgasmo que él percibió y acompañó con chupetones por todo su cuerpo que dejaron la correspondiente huella, pero por suerte quedaban ocultos debajo del vestido.

Cuando finalmente estalló lo hizo dentro de ella, pues no quería perder ni un instante de placer y mucho menos quedarse a medias. Creía que una mujer de cuarenta y tanto años, que son los que le suponían, no iba a quedarse embarazada a la primera y si por suerte o desgracia se quedaba afrontaría las consecuencias. Concha era la mujer de su vida y no pensaba perderla.

Pasaron todo el día en la casa sin hacer ruido para hacer creer a los guardeses que todavía estaban ausentes. Por la tarde hicieron otra vez el amor y repitieron por la noche, esta vez en la buhardilla, en la habitación de Brígido, para poner pisos por en medio y no interrumpir el silencio de la noche.

Después cada uno se acostó en su cama soñando con el otro, pues de buena mañana podrían regresar los dueños de la casa y sorprenderlos, pero eso no ocurrió pues no llegaron hasta casi el mediodía.

Les despertó Sofía cuando a primera hora se sorprendió al ver la puerta de entrada cerrada cuando se reincorporó a su trabajo y no tuvo más remedio que hacer sonar insistentemente la campanilla para que le abrieran.

Brígido se pasó toda la mañana encerrado en su despacho trabajando y ella rememorando todo lo que había ocurrido el día anterior y soñando con repetirlo esa misma noche. Pero no ocurrió nada, todos sus habitantes estaban en la casa y ni ella se atrevió a subir a la habitación de su amado, ni él bajar a la de ella, por el temor de verse sorprendidos.

Al día siguiente fue cuando Concha le sugirió a la señora la posibilidad de trasladar su dormitorio al piso superior con una excusa pueril. Estando solos en la misma plantan y con la posibilidad de pasar, uno u otro, sin peligro de verse sorprendido a la habitación de su amante, los encuentros nocturnos estaban garantizados.

CAPITULO VIII

MARIETA SE QUEDA OTRA VEZ PREÑADA

Carlos, el hijo de Camilo y Marieta, fue bautizado en la remozada iglesia de la Virgen de los Desamparados.

Alcoy, antes de año 1768 en que se inauguró el nuevo y magnifico templo de Santa María, tenía otras dos iglesias, que según algunos, se remontaban a los tiempos de la conquista a los moros, y que por lo menos una había sido antes mezquita.

La más moderna se derribó en su día para construir en su solar un hospital y poder atender a la multitud de enfermos que ocasionaban las continuas epidemias que se cebaban en una población mal alimentada y alojada en casas insalubres.

La otra, la más antigua, se mantenía abierta casi en ruinas, bajo el nombre de Iglesia de la Cofradía. Allí fue donde se llevó la imagen de la Virgen de los Desamparados que se veneraba en el viejo recinto hospitalario de la calle mayor. Sin embargo su capacidad era insuficiente para albergar a la multitud de devotos que tenía la Virgen y no hubo más remedio que trasladarla a una capilla de la Parroquia de Santa María y aprovechar el momento propicio para derruir la vieja iglesia de la Cofradía y construir otra nueva dedicada a la Virgen de los Desamparados.

Al primitivo solar se añadió el de dos casas anexas que se adquirieron al efecto. La construcción se presupuesto en poco más de ciento ochenta mil reales de vellón, que fueron recaudados gracias a donativos, limosnas y otros recursos que se explotaron.

Grupos de jóvenes alcoyanos, recorrieron toda la población casa por casa para recaudar las limosnas, y una de esas jóvenes fue Lolita.

Sea como fuera los gastos se cubrieron en su totalidad y el proyecto pudo ser llevado a efecto.

Marieta estaba esplendida ese día y Camilo remató la faena por la noche dejándola de nuevo preñada. Los tres meses finales del embarazo de Carlos habían sido un verdadero calvario para la pareja, pues les había sido imposible poder hacer uso del matrimonio. A los seis meses Marieta lucía un impresionante abdomen, que por suerte no fue a más. Y aunque Camilo ya no podía decirse que estuviese obeso, sí lucía una acusada curva de la felicidad que no le desapareció ya hasta su muerte. Ya sabemos que su pene no era precisamente un prodigio de longitud y todo ello reunido, impedía a la pareja practicar el sexo.

Gracias a que la mujer se esforzaba y adoptaba en ocasiones posiciones impropias de su estado, pudieron realizar algunos actos que les permitían catar pero no gozar de la actividad sexual.

Marieta estaba desesperada, pues después de estar diez años, en su anterior matrimonio, todas las noches dale que te pego sin conseguir quedarse embarazada aunque lo deseaban fervientemente, ahora con Camilo parecía que se quedaba simplemente por el hecho de acostarse con él aunque no hiciesen nada. Le fastidiaba, porque el embarazo no le permitía tener y disfrutar de las relaciones sociales que tanto le gustaban, y que este pueblo se las ofrecía a raudales. Para colmo tampoco la dejaba gozar sexualmente y además la llenaba de críos, que aunque no debía preocuparle en demasía, pues contaba con la ayuda necesaria para criarlos, si le estaba deformando su perfecto cuerpo o por lo menos así se lo parecía.

Ya no deseaba mostrarse desnuda ante su esposo a menos que atenuase la luz, a diferencia de antes que se regocijaba de mostrárselo y disfrutaba viendo su cara llena de lascivia.

Aun así, más de uno hubiese dado su mano izquierda a cambio de poseerla. Cuando reanudaron las relaciones después de su segundo parto, Marieta recomendó a Camilo la marcha atrás como método anticonceptivo, pero esto no pareció convencer ni a uno ni al otro, pues al final ambos se quedaban con la miel en los labios.

Camilo recordó que su padre solía agenciarse tripas de cerdo, que cortaba a su medida y mantenía

en un frasco en remojo, con agua y unas gotas de alcanfor, para que no se secase. El día que tenía que utilizarla, la sellaba por unos de los extremos con un doble nudo para dejar en medio de ambos una cámara de seguridad, después por la noche, antes del acto, y después de ponérsela la ataba a la base del pene con otro nudo para no perderla. Pero, por lo menos a él, no le dio resultado, pues cuando logró la erección, tardó tanto en terminar con la operación, que el efecto erótico acabó antes y ya no pudo recuperarse de la flacidez.

En otra ocasión, no se sabe si por los nervios, porque lo ato mal o el miembro se desinfló, un poco, antes de tiempo, lo cierto es que el artificio quedó dentro y tuvieron que avisar al barbero, a las once de la noche, para que lo sacara.

Vergüenza más grande no la volvieron a pasar y eso que toda la operación se hizo con el máximo sigilo y Don Camilo untó convenientemente al figaro para que posteriormente no se fuera de la lengua. De todas formas el marido anunció: “que salga el sol por Antequera” que es lo mismo que “sea lo que Dios quiera” y continuaron haciéndolo a pelo con las consecuencias ya anunciadas.

Esto les permitió gozar de seis meses inolvidables, con la seguridad de que los tres siguientes los pasarían bien putos, y la posibilidad de que después de la cuarentena Marieta cerrase definitivamente el cofre y lo enviase a hacer puñetas.

Para eso todavía quedaba tiempo, pero el hombre pensó que no estaría de más que fuera preparándose otra cama por si acaso.

Fernando y Lolita continuaban viéndose todos los jueves, que era el día que la Viuda de Riquelme recibía a sus amigas y le daba la tarde libre. En ocasiones regresaba por la noche, si no tenía mejor cosa que hacer, y en otras se inventaba una excusa para no volver hasta el día siguiente.

La afinidad entre la pareja iba aumentando y Fernando introdujo a Lolita en un grupo de jóvenes, chicos y chicas, un poco mayores que ella e influidos por ciertas ideas revolucionarias que pronto prendieron en la muchacha. Todo comenzó cuando se dedicaron a recaudar fondos para la nueva iglesia de la Virgen de los Desamparados, que a ellos les tenía sin cuidado, pero a alguien se le ocurrió que parte de ellos podían distraerse para otras acciones, pues había que dar a Dios lo que era de Él y a la revolución lo que le pertenecía.

Lolita no tenía ni idea de que iba todo eso, pero el ambiente y las nuevas amistades le gustaban, nadie se metía con ella y para colmo contaba con el ánimo y la compañía de Fernando. ¡Que mas podía desear!

Nando cumplió su palabra y respetó a Lolita todo lo que pudo. Los besos y tocamientos se hacían cada vez más intensos y era el muchacho el que tenía que detenerse, pues ella parecía dispuesta a todo e inconscientemente aceptaba todas las consecuencias.

El grupo, con el dinero recaudado ilícitamente, alquiló un semisótano en el que se reunían todos los días, para afianzar sus proyectos, y en algunos casos, si la concurrencia no era muy numerosa o a última hora cuando ya mucha gente había desfilado hacia sus casas, como nido de amor para algunas parejas que con el tiempo se habían ido formando.

Un día de lluvia y fuerte viento que no aconsejaba a nadie a salir de casa, Lolita, que salía de la escuela y pasó cerca del lugar de reuniones, entró para resguardarse de la fuerte lluvia que caía en esos momentos y esperar para ver si escampaba y poder regresar a su casa, un poco más tarde, pero más tranquilamente.

Cuando llegó solo encontró una pareja haciéndose arrumacos y que apenas le prestaron atención, salvo una mirada de soslayo. Poco después llegó otra que después de los saludos de rigor se pusieron a imitarlos.

Lolita juzgó que allí sobraba y lo mejor que podía hacer era marcharse a casa. Estaba poniéndose el abrigo con ciertos reparos, pues todavía se escuchaban los truenos, se veían los relámpagos y el chapoteo del agua por un ventanuco de ventilación situado casi a ras del suelo, invitaban a no salir; cuando entró Carlos. Era un muchacho de unos dieciocho años, bastante agraciado y escribiente en

una fábrica textil, cercana a donde tenía la empresa su padre. Era uno de los pocos con los que había intimado. Sabía que le gustaba y habían mantenido alguna que otra conversación intrascendente cuando Fernando no estaba. Venía con la ropa completamente empapada de agua y apenas la vio, sin siquiera reparar en los otros, le dijo:

-Mejor que no salgas ahora, pues cae un verdadero diluvio.

Mientras, se despojaba de diversas capas de prendas mojadas hasta que encontró una que ya estaba seca y ahí paro. Por suerte no hacia frio, aunque el otoño estaba casi terminando. Las dos parejas, ajenas a cuanto les rodeaba, habían ocupados sendos rincones y sobre dos jergones que habían sacado de un armario, y cubiertos con un lienzo de tela estaban haciendo el amor a un ritmo trepidante.

-Pero esto... -señaló Lolita a uno de los rincones – comienza a ser violento.

Carlos abrió una puerta que estaba cerrada con llave, aunque con ella en el cerrojo, que daba a un pequeño cuarto que contenía una mesa escritorio, un par de sillas y una pequeña librería que albergaba algunos libros y sobre todo legajos con diversos documentos.

-Aquí estaremos más tranquilos – le dijo después de quitar la llave de la cerradura y cerrar por dentro – porque como para algo soy el secretario de la asociación, puedo disponer de este despacho en exclusiva.

Se sentaron en dos sillas, Carlos sacó una petaca y se puso a liar un cigarrillo y se lo puso en la boca.

-¿Quieres? – le ofreció a Lola.

-Me agradaría probar, pero...

El muchacho repitió la operación y le ofreció el cigarro a la muchacha antes de pasar la lengua para humedecer la cola y proceder a su pegado

-Pasa la lengua por aquí – la muchacha así lo hizo – ahora se pega y ya está preparado para ser fumado.

-Si lo hubiese chupado tu no me hubiera dado asco – le respondió coqueta.

-Gracias por la confianza

-Esos de ahí afuera. ¿Son novios?

-¡Que va! - le respondió Carlos – practican el amor libre

-¿El amor...que?

-En todo el mundo se practica... menos aquí que somos unos estrechos. Pero poco a poco se está introduciendo en España... e incluso en Alcoy, como muy bien puedes comprobar ahí fuera.

-Pero eso no está bien...

-Tu cuerpo es tuyo y puedes usarlo como mejor te apetezca. ¿Por qué te tienes que esperar para hacer una cosa, que no es pecado como algunos dicen, cuando tus padres, pongo por ejemplo, lo hacen todas las noches?

-Ellos están casados... - susurro

-¿Y porque tienes que atarte a un hombre para toda la vida si lo único que quieres es un instante de placer? Si te gusta un hombre, déjate de prejuicios, y haz el amor con él. ¿Yo te gusto?

Lolita no sabía que decir, pues todavía no había podido asimilar tantas palabras dichas rápidamente y en apenas unos segundos. Después de unos instantes de vacilación reaccionó.

-Claro que sí, pero ten en cuenta que no soy una mocita inexperta, pues ya he hecho el amor con alguien mayor que tú.- presumió Lola

-¿No será Fernando? – le preguntó, para no meterse en camisa de once varas.

-No. El me respeta.

Carlos suspiro aliviado pues no quería meterse con alguien que cuando se enfadaba podía resultar peligroso.

-Entonces...

-Fue con un medio primo. Ahora ya está casado y lo hicimos ya hace más de un año.

Lolita le conto toda la historia, rememorándola como si estuviese viviéndola en esos momentos.
-¿Eso es todo lo que hiciste? – le respondió despectivo – puedo asegurarte que todavía no has conocido el amor.

-Disfrute mucho...

-No lo dudo, pero a pesar de todo. ¿Tú quieres saber lo que se siente practicando el verdadero sexo?

A Lolita nadie antes le había hecho una proposición como esa. Escuchaba los suspiros y exclamaciones de placer que emitían los cuatro amantes de fuera y no sabía si estaban todavía por el primer polvo o estaban repitiendo. ¿Tanto podía durar eso? Solo de escucharlos se estaba excitando y notaba como un fuerte calor invadía su interior. Se dejó ir. Casi sin quererlo pronuncio la palabra mágica

-Si...

-Pues entonces calla y déjate hacer.

Carlos cogió a la muchacha por debajo de los brazos y levantándola como una pluma, la sentó encima de la mesa, colocándose plantado delante de ella y en medio de sus piernas. Puso las manos sobre sus sienes y mientras apartaba sus cabellos rubios y miraba profundamente sus bellos ojos azules como si quisiera hipnotizarla, beso largamente sus labios e introdujo su lengua en su boca, provocando que ella hiciese lo mismo.

Le costó deshacer el abrazo en que se habían fundido, pues la muchacha parecía no querer soltar su presa. Soltó los botones de su blusa y sobó ambos senos que inmediatamente aumentaron su tamaño y sus pezones se endurecieron. La volvió a besar mientras sus manos exploraban sus pechos.

La reclinó empujando suavemente su cuerpo sobre la mesa y le echó las faldas, sayas y toda la parafernalia que las mujeres solían llevar de cintura para abajo sobre su cara, para que no pudiese ver nada de lo que iba a ocurrir a continuación. Su sexo quedó al descubierto, alzó sus piernas y las puso en posición vertical, abriéndolas ligeramente.

Solo entonces Lolita hizo un atisbo de resistencia que Carlos cortó inmediatamente susurrándole.

-Confía en mí...No hemos llegado hasta aquí solo por esto. Ahora es cuando llega lo mejor.

Pasó su lengua por el clítoris y la mujer se estremeció relajándose seguidamente. Después introdujo su dedo índice en el lugar adecuado y lo movió ligeramente para comprobar que estaba perfectamente lubricado y de paso arrancar a la muchacha un suspiro de placer.

Posteriormente lo sacó suave y lentamente y cuando la muchacha iba a pronunciar unas palabras de decepción, algo nuevo se introdujo en su cuerpo súbitamente y esta vez no era el dedo precisamente.

Los brazos que sujetaban sus piernas, atrajeron su cuerpo hacia el hombre y su pelvis comenzó a golpear rítmicamente sobre su sexo. Así estuvo durante algunos segundos más y cuando parecía que allí se iba a terminar todo, Carlos, sin sacar su miembro que estaba firmemente asentado en su interior, se subió sobre a la mesa y abriendo todavía más si cabe sus piernas se lanzó sobre ella profundizando en la penetración. Comenzó a besarla de nuevo mientras sus manos exploraban su cuerpo. Un profundo calor la invadió, mientras un escalofrío recorría su columna vertebral y un cumulo de sensaciones, hasta ahora desconocidas invadían su estomago. Algo cálido se derramó en su interior en dos o tres oleadas. Quiso chillar de placer pero no pudo, pues la lengua del hombre dentro de su boca se lo impidió. La mordió para expresar de alguna forma su sensación de placer y Carlos se limitó a lanzar un gruñido de dolor, mientras daba las últimas embestidas y se desplomaba agotado sobre ella.

XXXXX

XXX

X

Dicen que la primera experiencia sexual de una mujer es siempre desagradable, pero Lolita no podía opinar lo mismo.

Durante los días siguientes, en la soledad de su cama y en la quietud de la noche su dedo exploraba su sexo y trataba de conseguir las mismas sensaciones que había experimentado aquel día. Desde luego sin conseguirlo, solo algún atisbo de placer que era claramente insuficiente.

Lógicamente intentó repetir la experiencia sin conseguirlo, unas veces porque cuando acudía al local no estaba Carlos y cuando estaba, la afluencia era tanta, que impedía cualquier momento de intimidad que lo hiciese posible.

Ni siquiera se alegró cuando unas semanas después le bajó la regla que inexorablemente acudía mensualmente a su encuentro. No concebía que una acción tan maravillosa, como la que había disfrutado, pudiese desembocar en el nacimiento de una criatura que le hubiese amargado la vida para siempre en esos momentos de su vida.

Lógicamente a Lolita le faltó tiempo para ir con el cuento a Fernando. Tardó quince días en hacerse con él, pues la viuda le estaba apretando las tuercas y no lo dejaba libre ni un instante.

Aunque Fernando y Lolita se habían dedicado a tontear y no hacían nada que no rubricase una pareja de novios de primer año. Ciertamente era que cuando se la dejaba a una hora prudencial en los alrededores de su casa, iba a buscar una sustituta entre las muchas que tenía que se arrastraban a sus pies, y se desfogaba con ellas, toda la noche, quitándose las calenturas acumuladas.

Sin embargo esos rumores no dejaron de llegar a oídos de la viuda, y ya que pagaba un buen precio por él, lógico era que lo quisiera en exclusiva.

Lolita le contó lo ocurrido de pe a pa y con pelos y señales. Eso levantó las iras de Fernando que había estado durante casi un año conteniéndose y respetando a la muchacha, para que ahora llegara un tío y el mismo día que intimara con ella la desvirgase.

-¿Cuánto tiempo hace de eso?

-Casi un mes

-¿Te ha bajado el periodo después de eso?

-Qué manía tenéis los hombres con la regla. ¡Pues claro que me ha bajado ¡ Como siempre, y ahora todavía estoy sufriendo las consecuencias.

-Menos mal. De todas formas que sea la última vez que haces el amor con alguien.

-Ni que fueras mi padre. ¡Oye! ¡Que quieres que haga! -le respondió enfadada - Yo preferiría hacerlo contigo, pero tú no me haces casos. Con ello solo quiero demostrarme a mi misma que puedo hacerlo como cualquier otra. Y a ti, que ya no soy una chiquilla a la que puedes engatusar, como ocurrió con mi primo, y darme gato por liebre.

-No es eso. Yo te respeto como si fueras mi novia y quería que llegases virgen al matrimonio.

-Qué manía tenéis los hombres con la virginidad. Nosotras de monjas por la vida y mientras vosotros hacéis lo que os da la gana. Tú me gustas y estoy dispuesta a ser tuya... si me quieres. Si no, dímelo ya que como ves, pretendientes no van a faltarme.

-De acuerdo. Yo también te quiero y vamos a hacer lo que te apetece, espero que en el futuro no te arrepientas.

-Vamos a tu casa.

-Un poco de calma. Me terminas de decir que estas con el periodo. Démonos una tregua de unos pocos días y hagamos las cosas bien.

Fernando dejó a la muchacha en su casa y se marchó a la suya, pero esta vez no para disfrutar de una bella amiga. Se vistió con un pantalón y un suéter de lana negra y se proveyó de un gorro igualmente de lana y una bufanda oscura. Acudió a las proximidades del local y se escondió en la oscuridad de un portal cercano, mientras esperaba que todos saliesen. Lo hicieron todos juntos, prácticamente en un gran grupo, que pronto se dividió en otros tres que siguieron direcciones diferentes. Siguió al de Carlos. En cada esquina alguien se separaba del grupo, después de una efusiva

despedida y seguía un camino distinto. Pronto le tocó a Carlos quedarse solo y Fernando lo siguió. Quedaban apenas un centenar de metros para que llegase su casa, pero Nando lo alcanzó antes.

Estaban a principios de Noviembre, no hacía mucho frío ese día, pero ya era noche cerrada. Las farolas de gas apenas iluminaban un pequeño trozo de calle y entre farola y farola había la oscuridad suficiente para cometer su tropelía. Carlos era fuerte pero él lo era mucho más, aunque no podía permitir que un mal golpe le dejase indefenso y su rival ganase esa desigual pelea. Decidió actuar a traición. Cuando lo alcanzo, sin previo aviso le dio un fuerte golpe en la sien, que lo dejó medio inconsciente. Lo cogió de la pechera de la chaqueta y disimulando su voz le espetó.

-Que sea la última vez que tocas a mi hermana.

-¿Qué hermana? – le respondió con una voz apenas audible.

-Lolita. Hace unos días. En el local. ¿Te acuerdas? – Carlos asintió con la cabeza – la próxima vez no saldrás tan bien librado.

Fernando le golpeó con el puño en el estomago, lo que le produjo una arcada, para seguidamente golpearlo en el mentón. Dejándole en el suelo y aullando de dolor.

Una mujer, provista de un fanal, abrió la puerta de su casa alarmada por las voces y Fernando consideró que había llegado el momento de poner los pies en polvorosa. Le había propinado golpes dolorosos pero no peligrosos y lo que no quería era dejarlo inconsciente en el suelo, sin que nadie acudiese en su auxilio, y pudiese sufrir una hipotermia. La presencia de la mujer se lo garantizaba.

La cosa no iba a quedar así, pues el padre de Carlos se empeñó en denunciar el hecho ante la Guardia Civil. El muchacho en principio se negó, pues aunque sabía quien era el agresor, pues se había identificado como hermano de Lolita, no podía alegar ignorancia de los motivos que le habían impulsado a realizar tal acción.

Cuando la Guardia Civil se presentó en casa de Pepe, este como abogado que era, no le costó nada demostrar que sus hijos mayores, se encontraban estudiando en Valencia, y que el día de los hechos no habían podido desplazarse hasta Alcoy para cometer la fechoría que se les trataba de imputar, pues tenía testigos que así lo verificarían. Y que los restantes hermanos varones: Fausto y Gerardo, de nueve y seis años de edad respectivamente, no era muy probable que fueran los causantes de los hechos.

Finalmente todo quedó en que el atacante se había hecho pasar por un hermano de Lolita, para desviar las sospechas y que no recayesen sobre él. Sería muy difícil, por no decir imposible, averiguar la identidad del agresor.

Poco colaboro Lolita a las preguntas de su padre sobre Carlos y la relación que había entre ambos, pues en esos momentos desconocía lo ocurrido. Esta le respondió que apenas lo conocía y que hacía muchos meses que no lo veía pues no pertenecía a su círculo de amistades.

En su interior sabía que el causante de la agresión había sido Fernando, que en un arranque de celos le había puesto los puntos sobre las íes al pobre Carlos y este por la cuenta que tenía evitaría en el futuro acercarse a ella.

XXXXX
XXX
X

Los gabachos tardaron dos meses en montar la maquinaria y quince días en ponerla en movimiento y que funcionase correctamente. A la vez que instruían a los trabajadores en el proceso de producción y a Jacinto en los secretos de la maquina por si se producía alguna avería.

Trabajaron de sol a sol e incluso algunas horas adicionales mas, pues se proveyó al local de una excelente iluminación para los medios que se tenían en aquella época. Finalmente tuvieron que bajar el ritmo de trabajo, pues por las duras jornadas, aunque muy bien pagadas, los trabajadores se resentían y no rendían igual al siguiente, así pues, lo que se ganaban en una jornada se perdían en la posterior. Para colmo, un día, al desembalar una delicada pieza de hierro, esencial para el funcionamiento de la maquina, apareció rota. Parecía mentira que eso pudiese ocurrir, pero así fue. La sorpresa fue todavía mayor, cuando Marcel uno de los montadores franceses, arguyó que habían tenido suerte, pues de haberse colocado esa pieza y roto con la maquina en funcionamiento, el daño hubiese sido irreparable.

Se suponía que había sido descargada de forma inadecuada y dejada violentamente en el suelo, lo que había originado su rotura. De todas formas parecía imposible que tal pieza pudiese romperse en esas circunstancias. Un examen más detenido del punto de rotura mostraba una grieta hecha a propósito y era la culpable directa de la fractura.

Solicitar una nueva pieza a Francia, fabricarla y traerla de vuelta, llevaría por lo menos dos meses. Eso sin contar que el que la había saboteado inicialmente no intentara hacerlo de nuevo.

Brígido y los franceses discutieron esa noche la mejor forma de enviar aviso a la casa matriz para que restituyera esa pieza con la mayor brevedad posible, mientras aquel pensaba en la forma en que se lo comunicaría a Don Camilo, que con toda seguridad montaría en cólera, pues ya le estaba apremiando insistentemente para ver la maquina en funcionamiento.

Mientras, Jacinto asistía a la reunión en silencio pues no entendía nada de lo que se hablaba pero si sabía lo que ocurría y hacía gestos elocuentes para poder intervenir.

-¡Perdón Don Brígido...! - Jacinto aguantó la mirada nada amistosa que le dirigió su jefe al verse interrumpido en un momento tan inconveniente.

-¿Qué ocurre ahora? - le respondió casi groseramente.

-Si me permite. Yo conozco a alguien que puede hacer esa pieza en menos de una semana.

Brígido, con un gesto, hizo callar a los dos gabachos que continuaban verborreando sin reparar en la interrupción del encargado.

-¿Es cierto eso?

-Yo no le veo ningún problema

-¿Es de confianza?

-Tanto que le entregué a mi hermana para que casara con ella.

-Ya estas tardando - le respondió sin perder un solo instante - espero veros a los dos aquí en media hora. Necesito que me lo confirméis.

El cuñado de Jacinto era un “manyá que se ganaba la vida restituyendo las piezas de los telares que se rompían y que al ser de segunda mano y procedentes de la lejana Inglaterra, no habían recambios en España y su arreglo imposible sin su intervención.

Llegaron al cabo de una hora cuando Brígido estaba ya casi fuera de sus casillas y ya había enviado a los dos franceses a dormir a la pensión de la Viuda, por si el ayudante de Marcel tenía que partir al día siguiente con destino a Francia y traer la tan ansiada pieza.

El “manyá” observó detenidamente la pieza, miró las dos partes, tomó medidas y comprobó que tenia fácil salida del molde que pretendía fabricar y se dirigió a los impacientes hombres que lo observaban atentamente, vigilaban sus movimientos y no se atrevían a interrumpirle en su trabajo.

-Si en la fundición no nos ponen ningún problema... - añadió mientras continuaba observando la pieza rota.

-Tenga por seguro que no se lo podrán - le interrumpió Brígido que sabía que poderoso caballero

en don dinero, y que si para convencerlos había que comprar la fundición, Don Camilo se avendría a ello.

-Pues entonces... – quedó sorprendido el “manya” de la convicción con la que su interlocutor aseguraba las cosas –...en cuatro días tendrá la pieza.

-De acuerdo, ya puede comenzar cuando quiera.

-No hemos hablado del precio de mi trabajo – se atrevió a intervenir el cuñado con un hilo de voz

-Usted fabrique esa pieza, que si nos sirve, no tendrá necesidad de volver a trabaja en lo que resta de año. Eso, claro está, si usted quiere.

Con los ojos brillándole de alegría el pobre hombre se marchó a su casa dispuesto a cumplir con su palabra, pues clientes tan garbosos y desprendidos como este no caían todos los días y nunca los había tenido en su vida.

Brígido, por su parte, no las tenía todas consigo. El hombre se mostraba dispuesto y parecía capaz de hacerlo, pero los franceses le habían puesto tantas trabas que lo dudaba. De todas formas no quería cantar victoria hasta que la pieza estuviese en su sitio y la maquina funcionando sin problemas.

Encargó a Jacinto que se ausentase de la fábrica durante esos días, estuviese ayudando a su cuñado en lo que pudiera y le informase de cualquier problema que se presentara.

El manyá empleo un día para fabricar un molde con la ayuda de la pieza rota que había logrado juntar aunque sin ninguna consistencia. Otro para que en la fundición inyectaran el molde e hiciesen la pieza y los dos restantes para, lima en mano, quitar rebabas y ajustarla hasta lograr una réplica exacta de la original.

Cuando una semana después, Brígido comprobó que finalmente la maquina funcionaba correctamente y la pieza respondía al esfuerzo que se le exigía, requirió la presencia de Don Camilo en la papelera.

Los dos franceses ya hacia un par de días que habían partido hacia el país de los gabachos y el jefe supremo convocó a última hora de ese día a todo el personal. Excepto Jacinto, que lo conocía por convivir en la misma casa, aunque en realidad solo había hablado con él el día que lo contrató, para el resto del personal era un perfecto desconocido. A la vista de sus empleados según supo después, les pareció una personaje vulgar, pues ni siquiera vestía con la natural elegancia que solían hacerlo los restantes personajes de la elite industrial alcoyana. Pero cuando les habló su opinión cambió radicalmente.

-Señores – les dijo –a partir de mañana, comienza la producción en esta empresa y ustedes a cobrar el doble del jornal que han venido percibiendo hasta ahora. – algún murmullo de sorpresa y satisfacción se escapó del grupo de trabajadores - ¡Pero existe una condición; - Don Camilo se expresaba como si estuviese dirigiendo una homilía a sus feligreses en Yocla – la forma en que se fabricará el papel en esta factoría y con la nueva maquinaria que terminamos de instalar, tiene que ser un secreto para la gente ajena a esta empresa. Ni vuestras esposas e hijos y mucho menos los amigos pueden saberlo. Si alguien se emborracha y se va de la lengua, será el final de su trabajo. Si no sé de quién se trata y el culpable no se identifica, lo pagareis todos igualmente, primero con la anulación del sobresueldo qué vais a percibir y posiblemente también con el despido. Los que entren después tampoco gozaran de ese sobresueldo, pues roto el secreto ya no tiene razón de ser. En fin, creo que lo he dejado todo bastante claro. De vosotros solo depende seguir disfrutando del bienestar que ahora os ofrezco.

Seguidamente y sin mediar palabra, ni tan siquiera un saludo de despedida, los dos hombres partieron.

No terminó ahí la cosa, pues apenas los dos jefes desaparecieron, Jacinto hizo valer su autoridad como contraamaestre e impidió que los reunidos se disolvieran.

-Espero que la cosa quede claro – sacó una navaja de su faja, la abrió y como el que no quiere la cosa comenzó a quitarse los restos de grasa acumulados en la parte interior de sus uñas – si hay

alguien que trate de amargarnos la vida a todos y lo consigue. Tendrá que vérselas después conmigo.

Después disolvió la reunión.

Brígido llegó esa noche a casa, junto con Don Camilo, más contento que unas pascuas, pues su jefe le había confirmado durante el trayecto que el aumento de sueldo también iba por él. Y doblar los emolumentos que ya percibía no era moco de pavo.

Se dirigió directamente a la cocina en donde Concha estaba ya dándole los últimos toques a la cena. La besó en los labios y le dio un cariñoso toque en el trasero. Se lavó las manos en la pila y se sentó en la mesa que presidía la cocina y en la que solían ambos comer y cenar todos los días, y dio buena cuenta de unas cortadas de jamón y queso, acompañado de un vaso de un excelente vino que despachó en un santiamén.

Le dio la noticia a Concha que se alegró como si fuera su esposa y cuando por la noche hicieron lo de siempre, la cocinera se quedó preñada, aunque de eso no se dieron cuenta hasta dos meses después.

XXXXX

XXX

X

Nando no tuvo más remedio que llevar una tarde a Lolita a su casa. Como todos los jueves estuvo rondando por los alrededores de su colegio, hasta que ella salió. Quiso llevarla a la Glorieta, para pasear, hablar y retozar en un banco, como habían hecho hasta entonces, cuando la oscuridad lo permitía. Pero ella, ese día, se plantó. O iban a su casa o se marchaba a la suya. Hacía casi un año que se conocían y estaban como el primer día. Continuaban sin hacer el amor y ella que había tenido una experiencia inolvidable con Carlos, ansiaba repetirla, pero esta vez con Fernando. Pero si este se negaba...

-Quiero ir a tu casa. – le requirió

-No creo que sea oportuno – le respondió Nando sospechando por donde iban los tiros.

-¡Mira que vuelvo con Carlos! – le amenazó

-No creo que esté en condiciones de satisfacer tus ansias.

-Entonces...fuiste tú.

-Yo no he dicho eso, pero si tan necesitada estas, vamos a mi casa y acabemos con este asunto de una vez por todas.

Nando accedió porque la deseaba. Al fin y al cabo ya no era virgen y si no lo hacía él lo haría el primero que encontrara. Solo tenían que llevar un poco de cuidado en el momento oportuno para evitarse problema. También aprovechó para cortar una conversación que iba subiendo en intensidad, ya que la muchacha, excitada como estaba, cada vez hablaba con un tono de voz más alto y los viandantes con los que se cruzaban, no cesaban de observarlos con curiosidad y alguna que otra mirada de reproche.

Cierto es que en la calle hacía un frío que pelaba, pero ya dentro del piso la cosa no mejoró. La casa estaba desangelada, fría. El hecho de que no viviese nadie en ella regularmente la hacía inhóspita. Ella acostumbrada a la calefacción de su casa lo notó inmediatamente. Hasta en las casas más humildes, ya sea por el calor que desprendían las gentes que las habitaban, el que emanaban de los candiles e incluso el modesto fuego de la cocina en donde se preparaba el insuficiente sustento diario, tenían un ambiente más agradable.

Sin decirle nada a Fernando y aterida de frío, se desnudó completamente y se metió rápidamente en la cama. Agradeció que las sábanas fuesen de felpa y no estuviesen frías. Las mantas que la cubrían hicieron el resto. Durante un minuto permaneció acurrucada en posición fetal esperando que su cuerpo reaccionara. Al cabo de ese tiempo lo logró y su cuerpo se relajó pues no quería parecer una gélida esfinge cuando su amado entrase en la cama.

Nando se lo tomó más en calma. Bebió un par de vasos de un excelente vino, mientras lentamente se desnudaba, no sabía si para entrar en calor o para darse ánimos. Estaba a punto de dar un paso que deseaba y temía a la vez. Lo deseaba porque quería disfrutar y poseer plenamente el cuerpo que se adivinaba debajo de los vestidos que lucía Lolita y aunque todavía no lo había visto, si lo había explorado meticulosamente. A su vez lo temía porque no quería dejar embarazada a la muchacha. No era lo mismo dejar preñada a la hija de un humilde obrero, como sospechaba ya había ocurrido en alguna ocasión, que a la del Señor Pepe, el abogado.

Las consecuencias serían un escándalo y una posible boda, que por lo menos en esos momentos no deseaba. Sus planes para esta vida eran otros y una esposa como Lolita eran más un estorbo que una ayuda. Dejo de pensar en todas esas cosas y se relajó, estaba precipitando las cosas y midiendo las consecuencias de un embarazo que todavía no se había producido y que él haría todo lo posible para que no ocurriese.

Cuando finalmente se metió en la cama, ante la asombrada mirada de la muchacha que no dejaba de mirar su espléndido cuerpo y todo lo que le colgaba, su mente quedó en blanco y sus pensamientos se disiparon inmediatamente. Solo quería disfrutar del cuerpo cálido que tenía a su lado, y a la vez castigarlo, por haberse salido con la suya.

La penetró súbitamente y sin preparación previa, esperando le causase dolor, y de esta forma

castigarlas por sus exigencias y para que se lo pensase dos veces en el futuro antes de reclamar otra vez su presencia. Ignoraba que la mujer, desesperada por la espera y a la vista del cuerpo que se le ofrecía mientras se desnudaba, había estado masturbándose y su cuerpo ya se encontraba receptivo.

Ante su sorpresa su miembro entró plácidamente en las entrañas de la muchacha y el coito se realizó a plena satisfacción. Nunca había tenido antes una relación tan placentera y es que esa muchacha era un nido de sorpresas. El hombre se olvidó de todo y disfrutó del acto, como no lo había hecho nunca anteriormente, e incluso de los orgasmos que ocasionaba a la muchacha. Nando era una persona experimentada en el sexo y se vanagloriaba de tener un absoluto control de su cuerpo, de forma que eyaculaba cuando quería y no cuando el cuerpo se lo exigía perentoriamente. Así es que cuando juzgó que la moza ya estaba aita de placer, desenvainó la espada y quedó como si estuviese exhausto al lado de ella.

Lola estaba satisfecha, pero noto que algo no había trascendido normalmente. Notaba en falta la sensación de que algo se había derramado en su interior, como ocurrió cuando lo hizo con Carlos, y esos estertores finales del varón, que tanto le gustaron, esta vez tampoco habían ocurrido. Echó mano del pene del varón que continuaba enhiesto.

-¡No has terminado! - le espetó

-Si lo he hecho - le contestó condescendentemente

-¿Te crees que soy tonta?

-Si ya has disfrutado, no tienes motivo de queja - le respondió en un tono huraño.

-Quiero que también lo hagas tú.

-¡A ti que más te da!

-Mucho. Si tú no disfrutas, por mucho que lo haga yo, al final terminarás por cansarte de mí. Y eso no lo puedo consentir.

Nando no dudó ni por un momento que Lola tenía razón. Que si uno no quiere, dos no se pelean y que lo que había hecho hoy no lo podría repetir siempre. El también tenía derecho a disfrutar plenamente y lo que quería evitar hoy con toda seguridad ocurriría mañana. Así es que terminó por cortar por lo sano.

-¡Tú lo has querido!

Nando montó de nuevo a la muchacha y la penetró. Esta vez sí pudo hacerle algo de mal, pues la muchacha emitió un leve gemido. Hizo tres rápidos movimientos y sin provocarle ningún placer extra, eyaculó en su interior. Después se separó de ella y quedó quieto a su lado absorto en sus pensamientos, cavilando porque coño había hecho lo que no quería hacer.

Lolita se sintió ofendida, había considerado un desprecio la última acción de Nando y sin dudarlo se levantó y comenzó a vestirse. El hombre de mala gana hizo lo mismo unos instantes después. Comenzó a vestirse cuando ella prácticamente ya había terminado.

-No te molestes. Puedo ir sola perfectamente a mi casa. No son más que las ocho.

-No es molestia

-Lo prefiero.

Fernando se limitó a meterse de nuevo en el lecho. Ya no volvieron a verse otra vez a solas.

Finalmente decidió regresar ese día pronto a casa de la Viuda, dándole una gran alegría. Cenaron opíparamente, bebieron más de la cuenta y mientras por la noche hacían el amor borracho perdido. Nando pronunció las palabras que rondaban su cabeza desde hacía algún tiempo.

-Adoración. ¿Por qué no te casas conmigo?

-Porque no me los has pedido

XXXXX

XXX

X

En los días siguientes no se habló más del asunto entre ambos amantes. El hombre porque creía que Adoración no le había hecho el menor caso, y la mujer por considerar que su amante le había hecho la propuesta de matrimonio en un momento de euforia y en plena embriaguez y ahora ya no recordaba sus palabras. Adoración sin embargo no lo había olvidado y tres semanas después para recordárselo le dijo.

-He ido al notario y te he declarado mi heredero universal... siempre y cuando te cases conmigo como me prometiste

-Pues creo que ya estas tardando demasiado en entrevistarte con tu amigo el cura y decirle que vaya preparando las amonestaciones que tenemos prisa – le respondió mientras la enlazaba por la cintura, la atraía hacia sí y le robaba un beso de su boca.

Esa noche Fernando hizo a Adoración la mujer más feliz del mundo.

Aunque continuaba queriendo y deseando a Lola, ignoraba las secuelas que había dejado su último encuentro y si su enfado persistía. De todas formas no era el momento de preocuparse por eso, pues ahora todo su interés estaba puesto en la viuda. Decidió dejar de verla, pues no quería que por algún descuido imperdonable corriese peligro su matrimonio con Adoración. Por otra parte deseaba darle un escarmiento para que no intentara subírsele otra vez a las barbas, como ocurrió aquella noche.

Su posible y casi seguro matrimonio con Adoración le tenía preocupado en parte. Se llevaban treinta años de diferencia en edad y ella ya debía de estar cerca de los cincuenta y cinco. A su favor tenía que se cuidaba muy bien, no los aparentaba y continuaba teniendo un buen polvo. En la parte negativa estaba que no sabía cuánto podía durar esto. Esperaba que por lo menos cuatro o cinco años, que es lo que pensaba tardaría en agenciarse o mejor dicho sacarle una buena cantidad de dinero a la vieja, suficiente para no tener problemas en el resto de su vida. De esta forma si el negocio con la viuda pintaban bastos, tomar las de Villadiego y huir con los caudales.

Aproximadamente dos meses después la feliz pareja se casaban en la Parroquia de Santa María, aunque ella hubiese querido hacerlo en la recientemente remozada iglesia de la Virgen de los Desamparados, a la que había pertenecido desde que nació; pero no pudo ser, pues era insuficiente para poder albergar a la multitud de invitados que acudirían. Ese mismo día Lolita se enteró que estaba en estado de buena esperanza. El mundo se le vino encima.

No le dio importancia cuando la primera regla no acudió a su cita, pero cuando tuvo la segunda falta, comenzó a tener mareos cuando se levantaba por la mañana y ciertos alimentos que siempre le habían gustado comenzaron a darle asco, comprendió que algo extraño le ocurría a su cuerpo. Trató de ocultarlo mientras pudo, pero finalmente comprendió que cuanto más tardara en confesarlo más difícil sería encontrar una solución. Todo ello si la había.

Marcela clamó al cielo por lo que le había ocurrido a su hija, hasta que alguien le recordó que ella también se había casado preñada y no le había ido tan mal en esta vida.

Finalmente Pepe, no sin grandes esfuerzos, pudo sacarle a su hija quien era el padre de la criatura que albergaba su vientre, se sorprendió al enterarse del nombre del interfecto. No porque fuese incapaz de tal hazaña, sino porque nunca lo había visto con su hija ni lo relacionaba con ella, para colmo se había casado recientemente con la Viuda de Riquelme, e incluso él y su esposa había acudido a la boda como invitados. Mal pintaban las cosas para comenzar.

Sabía que Fernando, en su nueva posición y para ir ocupando el nuevo estrato social que le correspondía, se sentaba todas las tardes, después de comer, en los salones del Círculo de Empresarios, para degustar el excelente café que allí se consumía.

Nadie le hacía caso y los socios lo tenían como un fantoche y un advenedizo, pero él aprovechaba para darse a conocer y lucir los maravillosos trajes que le confeccionaba, nada más y nada menos, que el ilustre decano del gremio de sastres de Valencia.

Pepe acudió, no sabía exactamente a qué, porque aunque reconociera su culpa no podía obligarlo

a casarse con su hija, pues ya lo estaba. Por otra parte no creía que ese personaje fuese el yerno ideal para él. De momento se conformaría con conocer la verdad y luego ya vería que decisión debía tomar. Se presentó ante él y sin pedir permiso se sentó en la silla opuesta de la misma mesa.

Solo verlo acercarse, Nando se puso en guardia y temió lo peor. Desconocía el motivo de la visita, pero seguro que estaba relacionado con su hija. Su embarazo todavía no había trascendido y él desde luego no lo conocía, pero no olvidaba que durante todo este tiempo había tenido la mosca detrás de la oreja esperando lo peor, y ahora la presencia del padre parecía confirmarlo.

-Dolores está embarazada... - le soltó Pepe sin más dilación y escrutando su rostro para observar cómo reaccionaba.

-Y... - respondió Nando poniendo cara de circunstancias y como si la noticia le viniese de nuevo.

-Ella asegura que usted es el padre.

-Yo... - empleaba monosílabos y pausas, mientras su mente discurría con rapidez buscando una respuesta convincente – me deja usted estupefacto Señor Pepe. Conozco a su hija por bailar una sola vez con ella, el día de fin de año del año pasado, ¡no! del otro y luego verla en alguna otra ocasión durante todo este tiempo, pero siempre en presencia de otros amigos comunes.

-Entonces lo niega...

-No es que lo niegue, es que siento mucho lo que le está ocurriendo. Si he de serle sincero me ha dejado usted de piedra. Aunque no es el momento para bromas, he de reconocer que la belleza de su hija siempre me ha impresionado y que estaría encantando de ser el padre de esa criatura que está esperando, pero desgraciadamente no lo soy, y si mi estado civil me lo permitiera estaría dispuesto a ofrecer mi apellido a su nieto, únicamente por obtener el honor de un matrimonio con su hija y compartir mi vida con ella.

Pepe quedó desconcertado y no supo que responder, finalmente soltó lo que pensaba.

-No creo que sea usted el marido ideal para mi hija.

-Posiblemente tenga usted toda la razón, pero como deseo para ella todo lo mejor y a usted sacarlo del error en que lo ha metido su hija, ignoro con qué intención, voy a facilitarle una información que corre por los mentideros alcoyanos y aun correrá mas cuando sus amigos se enteren que está en estado de buena esperanza. Según parece su hija fue violada, forzada o simplemente consintió, pues en ello nadie se pone de acuerdo, pero si puedo asegurarle que en esos momentos, estaban en el mismo local en que ocurrieron los hechos, dos parejas más haciendo el amor, y ellos aseguran que no escucharon ninguna queja y si muchos gritos de placer. El afortunado que estaba encima de su hija, ese día, y perdone la expresión es un tal Carlos, aunque desconozco sus apellidos y su actual domicilio, pero no ignoro que trabaja de chupatintas en la fábrica de los Hermanos Román, en donde sin duda podrán dar razón de él o lo puede localizar en horario laboral.

-Como sé que lo que dice es cierto y no una añagaza para sacarse el momio de encima.

-Fácilmente, mi querido amigo, pregunte y obtendrá respuestas, aunque probablemente no le gusten demasiado. Añadiré, sin embargo, para ver si con esto termino de convencerlo, que al tal Carlos unos días después de la presunta violación, le atizaron una buena paliza por ese motivo y los autores o autor se identificaron ante él como hermanos de Lola. Todos sabemos que eso no es cierto, pero lo de la paliza si, y cuando el río suena es porque agua lleva. ¿Supongo que esto si lo sabe usted?

-Cierto es que alguien acusó a uno de mis hijos por haberlo golpeado, pero la cosa no quedó clara y nunca supe cual fue.

-Pues ahora es el momento de tirar del ovillo – se levantó de su asiento con intención de irse y dar por concluida la conversación – ya sabe que estoy completamente a su disposición en este asunto y si por desgracia enviudo, siempre estaré, con el permiso de usted, dispuesto a casarme con la maravillosa hija que tiene.

Se marchó sin esperar respuesta.

CAPITULO IX

LA SUERTE LA TENEMOS DE CARA

Fernando no estaba contento con su matrimonio. Mucha acción, el sexo por su parte, y poca devoción, el dinero por el de Adoración. Esto no era lo que esperaba. De vez en cuando caía una limosna que apenas le daba para sus gastos y poco más. Estaba como antes de casarse... o tal vez peor.

Adoración para animarlo, de cuanto en cuanto, le enseñaba el testamento en el que, a falta de familiares cercanos, le declaraba heredero universal de sus bienes y rentas.

Su esposa tenía cinco viviendas en el centro de Alcoy, cuatro de ellas alquiladas y que le reportaban mensualmente una buena renta. Por otra parte, el ex socio de su marido, le pasaba anualmente una buena cantidad por el rendimiento de una industria textil de la que eran copropietarios y que ella cuando se hacía eco de ellos solía llamar los beneficios.

-No te preocupes que cuando lleguen los beneficios te haré una gracia – solía decirle.

Lo malo es que solo llegaban una vez al año y eso se le antojaba lejísimos.

Un día a Fernando se le ocurrió la peregrina idea de ocupar el puesto del fallecido Riquelme en su empresa.

-Podía entrar a trabajar en la empresa de tu ex y de esta forma vigilar tus intereses – le propuso un día.

-Me interesa más tener todas las noches un hombre descansado en la cama y sobre todo que no huela a regenerado.

-No me refiero en la fábrica. Cariño. Podría acercarme de vez en cuando por el despacho...

-Mejor te olvidas de eso. Tomas, el socio de mi marido, es muy quisquilloso y siempre se ha portado lealmente conmigo.

-¿Y si te engaña?

-Prefiero que me engañe un poco, sin que yo me dé cuenta, que después, por culpa tuya, me joda a conciencia.

Un día Fernando, haciendo caso omiso de la recomendación de su esposa, se presentó en la fábrica, en plan de dueño, en un momento en que Tomas no estaba presente. Puso firme al encargado, que ya sabía que ese niñato se había casado con la viuda de Riquelme pero poco mas, y aunque se encontraba desorientado no quería meter la pata. Así es que nado entre dos aguas y le siguió la corriente hasta que llegase el Señor Tomas, al que ya le había enviado aviso de la incidencia por medio de un aprendiz.

Mientras, estuvo mostrándole la fabrica. En un momento determinado del recorrido, detectó la presencia de un viejo amigo de su juventud, que desde la distancia le sonreía irónicamente. Se abrazaron, mantuvieron una pequeña conversación que terminó con una estruendosa carcajada por ambas partes como si se hubiesen contado un chiste, y tan rápido como había llegado se separó.

Después marchó al despacho. Previamente presentado por el encargado, exigió al escribiente que le mostrara las cuentas.

En ello estaba, aunque no entendía nada de lo que trataba de explicarle un azorado muchacho que no paraba de decir: que sentía que el señor contable no estuviese allí para poder darle más detalles, pero había tenido que desplazarse hasta el banco para solucionar un problema que había surgido. En esos momentos entró Tomas acompañado por des fornidos trabajadores, que a una orden suya, le echaron de allí a patadas y sin ningún miramiento.

Cuando este incidente llegó a conocimiento de Adoración, la discusión entre ambos conyuges fue inevitable. La esposa quería mantener el “status quo” al que había llegado con su socio y que tan bien le iba y Fernando imponer su criterio, y si de paso sacaba algún beneficio. Tanto mejor.

Lógicamente no llegaron a un acuerdo y en un momento determinado el joven le dijo que esto

no podía continuar así y que se marchaba de casa.

Dando un portazo a la puerta de salida se marchó. Como se iba con lo puesto, Adoración supuso que a la hora de la comida estaría de vuelta, pero pasaron tres días y todavía no había regresado.

El Caco, como le llamaban los que le conocían, era un ladrón de poca monta y robaba sin hacer mal a nadie en el aspecto físico y muy poco en el económico, pues se conformaba con lo suficiente para poder mitigar el hambre que le había acompañado en toda su miserable existencia.

Iba de ciudad en ciudad, eludiendo los pueblos, pues en las poblaciones grandes pasaba más desapercibido y era más fácil ocultarse si pintaban bastos. Pasó por Alcoy simplemente porque le dijeron que era el camino más corto entre Játiva y Alicante, en donde pensaba pasar una buena temporada.

Iba a pie y no le importaba lo que tardase en recorrer el trayecto, pues al fin y al cabo tenía todo el tiempo del mundo a su disposición..

Durante el camino se alimentó de los que robaba en los campos, que no era mucho por la época del año en que se encontraba. Por eso cuando entró en Alcoy tenía hambre y en la calle del mercado encontró todo lo que necesitaba. Una colección de pequeños tenderetes le ofrecía lo que precisaba. Afaná una manzana por aquí, un tomate por allá y en la panadería un cacho de pan. Estaba distraído pensando que mas podía necesitar cuando una mano se puso sobre su hombro. Ni siquiera se volvió para saber quién era, pues ya lo suponía y no era nada bueno. Intentó echar a correr, pero entre la multitud, un pie lo zancadilleo y dio con sus huesos en el suelo. Alguien con gran habilidad le colocó unos grilletes en los tobillos y solo entonces permitieron que se levantara, para conducirlo con paso torpe hasta los calabozos de la calle Mayor, ante la atenta mirada de todos los viandantes que parecía no habían visto un ladrón en su vida. Aunque eso ya no le importaba pues estaba acostumbrado.

Lo único que le molestaba al Caco era verse privado de libertad, pues le gustaba sentirse libre y no encerrado entre cuatro paredes. Esperaba no estar mucho tiempo allí, pero todo dependía del juez que le cayese en turno. De momento dormiría en un jergón y no a la intemperie y tendría un plato de caliente todo los días.

Para comer le sirvieron ese día una especie de potaje que no tenía mala pinta e incluso con algún que otro pequeño trozo de tocino. Cuan terminó le dijo al carcelero.

-¡Jefe; ¿Puedo repetir?

No ignoraba que la comida a la cárcel la llevaban en una marmita y una vez distribuidas las raciones siempre quedaba alguna sobra o por lo menos restos en ella que con el pan podía repelar.

Uno de los reclusos, que no esperaba estar más de un día en prisión, decidió no comer aquello que se le antojaba una bazofia, por lo que el sobrante en la marmita era respetable. No tuvo inconveniente en avocarlo en la escudilla del preso, pues “sieteaguas” el perro vagabundo que solía dejarla reluciente como una patena de tanto lamerla, hacia ya tres días que no acudía por allí y el carcelero ya temía lo peor.

En broma, al encargado de retirarla todos los días, le decía el carcelero: “No te molestes en lavarla que ya lo está por siete aguas”. El otro, viéndola tan limpia, creía que la habían lavado hasta siete veces con agua y no se molestaba en limpiarla.

Sea por lo que fuera lo cierto es que el Caco se puso a vomitar a media tarde y cuando el carcelero, por el panorama, vio que lo vomitado sobrepasaba a lo comido, que además no paraba y, mientras, el recluso se retorció de dolor sobre el jergón; decidió llamar al médico. Este temiendo una deshidratación ordenó su rápido traslado al hospital.

El tratamiento fue bueno y como no había ninguna infección, pues solo se trataba de un exceso de comida abocado a un estomago que siempre estaba bajo mininos, la curación fue inmediata.

Pasó una noche tranquila durmiendo en una cama limpia y cuando despertó a la mañana siguiente oyó como el médico pensaba darle el alta. Supo que a media mañana, cuando se procediera al cambio de la guardia, el que ahora lo vigilaba se encargaría de su traslado de nuevo al calabozo. No quería volver y decidió fugarse. Aprovechando que el guarda fue un momento al retrete a aligerar

su vejiga, se levantó, se puso sus pantalones y el resto de las prendas lo hizo mientras salía y corría por la calle Mayor hacia arriba.

Llegó a la Plaza de San Agustín, allí había mucha gente. Dejó de correr para no llamar la atención y buscó desesperadamente un lugar en donde esconderse, dejaría pasar una hora hasta que los ánimos se calmasen, al fin y al cabo no había cometido un delito que mereciese un interés máximo en capturarlo de nuevo y probablemente hasta destruirían su expediente para borrar cualquier indicio de la fuga que se había producido y que era mucho peor que el mismo delito.

Vio como un joven, bien vestido, entraba en una casa y se dejaba descuidadamente el portal abierto. Era su oportunidad. Fue hacia allí y como en el zaguán no había nadie, se metió por una ventana en el patio de luces y desde allí observó como una de las ventanas del piso principal estaba abierta. Allí no estaba seguro, pues cualquiera que se asomase por algunas de las ventanas que daban al patio de luces lo vería, pues no había en donde esconderse. Tenía que entrar en esa casa. Trepó por la canal, por suerte no estaba pegada a la pared y eso facilitó su ascenso, por otra parte era de constitución delgada y soportó muy bien su poco peso. No sin alguna dificultad, finalmente superó los tres metros que le separaban de la ventana y con sigilo se introdujo en la casa.

Efectivamente se trataba de un dormitorio cuya cama todavía se encontraba por hacer. La puerta que la unía con el resto de la vivienda estaba cerrada, pero en cualquier momento podría abrirse y el que entrara sorprenderlo. Sobre la mesita de noche habían unos pendientes, una sortija de perlas y brillantes y una soberbia pulsera de oro. No los cogió de momento, alguien podría entrar y echarlos en falta y su prioridad era únicamente esconderse. Escuchó voces que chillaban en el pasillo, como si dos personas, un hombre y una mujer, estuviesen discutiendo y se oían cada vez más cercanas. Supuso que la puerta no tardaría en abrirse y se echó al suelo metiéndose debajo de la cama.

XXXXX
XXX
X

Fernando había pasado tres días completamente relajados, empleando el día para conquistar a la muchacha que se llevaría a la cama por la noche. Reconocía que esto no le costaba demasiado conseguirlo y poco a poco iba perdiendo el aliciente o, como decían los franceses y había aprendido de Adoración que lo repetía constantemente, el “glamur” que tenía.

Sin embargo el dinero se había terminado y ahora no le quedaba más remedio que volver, reconquistarla, y mendigar un poco más, aunque él pensaba exigírselo como marido de ella que era. Ahora se lamentaba haber hecho esa fuga tan precipitada, pues tendría que haber cogido dinero suficiente, antes de marcharse, para poder permanecer sin problemas por lo menos un mes fuera de casa.

Pero ahora ya era tarde y las lamentaciones sobaban. Había que volver a su hogar a dar la cara y si tenía que bajarse los pantalones lo haría, para planificar la próxima vez las cosas con más acierto.

Al pasar por la calle del Mercado se cruzó con la doncella y la cocinera que estaban haciendo la compra.

-¿Está la señora en casa? – les preguntó por cortesía más que por curiosidad, pues sabía que a esas horas estaría en la casa y probablemente todavía durmiendo.

-La hemos dejado acostada, pero ya despierta – le respondió la cocinera – supongo que se habrá levantado pues nos ha pedido le dejásemos el desayuno preparado encima de la mesa y a ella le gusta tomárselo caliente.

Las mujeres le miraron mientras se alejaba, y pensaron al unísono, que aunque la señora las pasase putas con ese hombre, bien valía la pena si tenía la ocasión de llevárselo a la cama todas las noches. Ellas se conformarían con una vez a la semana, se dijeron entre risas.

Llegó al portal de su casa y lo abrió con el llavín que portaba, con las prisas y absorto en sus pensamientos como estaba, se dejó la puerta abierta, pues aun rumiaba como podía enfocar la situación y que solo podía ser de dos formas: por las buenas o por las malas, pero esa era una cuestión que debía dilucidar en el momento oportuno pues no sabía cómo se encontraría el patio.

Cuando llegó a la puerta del piso pensó en llamar, pero con las dos criadas fuera de casa y con Adoración probablemente desayunando y con el aspecto fantasmal que solía tener cuando se levantaba y antes de la extensa sesión diaria de maquillaje, no estaría disponible para recibir a nadie y difícilmente abriría la puerta. Optó por abrirla él mismo con su llave y se encaminó hacia el comedor.

-Mira por donde, el rufián de Roma por ahí asoma – dijo la mujer sin apenas volverse para confirmar sus sospechas. Solo con el ruido de las pisadas de sus botines, que parecían más propios para un taconeado flamenco que para lucirlos por la calle, lo había adivinado.

-Tranquila que vengo en son de paz. No vamos a joder a la marrana cuando todavía no hemos comenzado – le respondió Nando en plan conciliador.

-Tú puedes venir en el son que más te convenga, pero no puedes pretender que después de tres días de juerga, y todo lo que cuelga además por las noches, encima te reciba con gestos de alegría y con las piernas abiertas. Solo Dios sabe que enfermedades puedes llevar encima después de acostarte con tantas furcias.

-Solo vengo a por mi dinero.

-Tú, el dinero te lo ganas haciéndome feliz, pero si no lo consigues atente a las consecuencias.

Adoración se levantó, dando por finalizado el desayuno y la conversación. Seguidamente se dirigió a su habitación para ponerse medianamente presentable. Pero Fernando, la sujetó por ambas muñecas, para evitar que se fuese, y conseguir besarla como inicio de una nueva reconciliación. No pudo llevar a cabo su propósito, pues no pudo reprimir un gesto de asco cuando la miró de tan cerca. Tenía una cara demacrada y unos ojos hundidos en el centro de unas cuencas oculares que habían adquirido un tono violáceo producto de tres días de continuos lloros en la soledad de su habitación. A Adoración no le pasó desapercibido el gesto de su esposo y supo desde ese mismo momento que su aventura con él había terminado. Debía de haberlo previsto antes y no llegar hasta el matrimonio. Ahora ya era tarde y la cosa no tenía remedio. Trataría de reiniciar su vida, solicitando la nulidad del

matrimonio, alegando las razones obvias que todos conocían y hasta juraría que no había mantenido relaciones sexuales con él, si fuese preciso.

Se soltó de sus manos con un fuerte tirón y se dirigió a su habitación. Él la siguió y la mujer no pudo evitar que también entrara.

-Mañana mismo voy a hablar con mi confesor para que me indique los pasos a seguir para conseguir la nulidad de este matrimonio que nunca debió celebrarse. Sé que me llevará tiempo pero al final seré libre, después pasaré por el notario y cambiaré mi testamento.

-¡Eso no puedes hacerlo!

-¡Claro que lo haré! Te daré una pequeña cantidad por los servicios prestados, pero yo de ti, hoy mismo, ya estaría buscando trabajo. Pues no creo te duren mucho las cuatro perras gordas que voy a darte.

La posibilidad de perder lo que ya consideraba suyo sacó de sus casillas al muchacho.

-No te atreverás a hacerlo.

-Si lo haré.

Lleno de furia ciega la golpeó en la cara con el dorso de su mano, lanzándola sobre la cama. Adoración trató de levantarse llena de furia para repeler la agresión. Él no se lo permitió, pues rápidamente se lanzó encima de ella, sentándose sobre su vientre y evitando se moviera. Con sus manos estrangulo su garganta y apretó lo más fuerte que podía. Ella se defendió sujetando con las manos sus muñecas y tratando de desasirse o que aflojase el cerco que oprimía su garganta, mientras movía violentamente su cuerpo para intentar zafarse de la tenaza de sus piernas. Aparte el dolor que sentía por la opresión de los pulgares del hombre sobre su nuez, notaba una sensación de ahogo al no poder expirar el aire que permanecía en sus pulmones y mucho menos aspirar otro rico en oxígeno. Golpeó con la palma de sus manos sobre la cama, única forma que encontró para implorar misericordia, pues era incapaz de emitir ni un gruñido y sus ojos desorbitados solo veían los de él cerrados para no verse intimidado por su mirada. Cuando dejó de debatirse, Nando todavía continuó dos minutos apretando antes de soltarla.

El hombre se levantó de la cama anonadado, dejando el cuerpo de su esposa sobre la cama y en una postura grotesca. Nunca se habría creído capaz de realizar una acción semejante, pero lo cierto es que se había metido en un buen lío y ahora trataba de organizar sus pensamientos para encontrar una forma de salir indemne de esta situación.

Tenía la garganta reseca y se sentía agobiado, salió de la habitación para beber un vaso de agua. Le hacía falta.

Mientras, debajo de la cama, el Caco asistía a un espectáculo que nunca hubiese querido contemplar. De hecho no había visto nada, pero lo había escuchado todo e intuía lo que había pasado.

Cuando comprobó que el hombre ya no estaba en la habitación, pues al cogerlo de espaldas y no osar moverse no lo había visto abandonarla. Salió a su vez de debajo de la cama y contempló a la mujer muerta sobre ella. Vio que las joyas estaban todavía encima de la mesilla de noche y las cogió metiéndoselas en un bolsillo. Se dispuso a saltar desde la ventana al patio de luces, pero temió lastimarse en la caída. Decidió descolgarse con cuidado, pero esta indecisión le costó caro, pues cuando regreso Fernando todavía pudo ver sus manos asidas al marco de la ventana y cuando se asomó, todavía estaba saliendo por la ventana de zaguán.

Ahora si estaba perdido, pensó, pues había un testigo de su asesinato. ¿De dónde había salido? Su cerebro funcionaba con gran rapidez buscando respuestas a sus preguntas, pero lo esencial era cogerlo para evitar que fuera con el cuento a las autoridades.

Bajó corriendo por las escaleras sin molestarse siquiera en cerrar la puerta de su casa. Cuando llegó al zaguán la puerta que daba a la calle todavía estaba abierta, y desde el interior vio que el individuo que perseguía se alejaba a unos cincuenta metros de distancia cojeando ligeramente. Por su condición atlética sabía que no tardaría en cogerlo, pero aun así, como había mucha gente y se

dirigía hacia la calle del Mercado, comenzó a chillar como un poseso.

-¡Al asesino! ¡Al asesino! ¡Cogerlo! Es un asesino.

El Caco se dio cuenta que todos ponían su vista en él, aunque nadie osaba detenerlo. Trataba de encontrar algún vericuetto de calles en donde perderse y poder encontrar algún escondite, pero con el que se topó fue con el guardia del que había intentado escabullirse esa misma mañana, que todavía estaba buscándolo, y que a diez metros de distancia y apuntándolo con su carabina trataba de cerrarle el paso. Su única alternativa era embestirlo, derribarlo y continuar con su loca carrera mientras el otro se recuperaba. Pero no le dio opción, pues cuando se encontraba apenas a dos metros recibió un tiro en plena cara.

Cuando llegó Nando comprobó satisfecho que el hombre ya estaba muerto. Su rostro destrozado por el impacto de la bala así lo atestiguaban. Al caer, curiosamente, el brazo extendido del muerto señalaba la posición que ahora ocupaba él, como un nuevo Jesuset del Miracle señalaba al asesino de la mujer que más pronto que tarde saldría al descubierto. Fernando no creía en esas cosas, pero disimuladamente cambió de lado para que la mano acusadora señalase a otro. De todas formas lo tenía claro. Había encontrado a la persona ideal para cargar con la muerte de su esposa. Supuso con razón que a él ya no le importaba y difícilmente podía desmentirlo.

-Gracias a Dios agente, que lo ha detenido, este hombre termina de asesinar a mi esposa – le dijo al agente claro y alto para que todo el corro que se había formado alrededor del cadáver pudiese oírlo, y fuese testigo y conocedor de los hechos.

-¡Como! - el guardia no salía de su asombro y ya estaba temiendo una mayor reprimenda, si al final el hombre que se le había escapado encima hubiese asesinado a una mujer. Para colmo por el aspecto del marido debía tratarse de una persona de mucha importancia - ¡Por favor! Dígame que ha pasado – continuó.

-Estábamos mi esposa y yo desayunando tranquilamente en el comedor de nuestra casa. Yo me quedé fumando un cigarrillo, mientras ella regresaba a nuestra habitación para terminar de arreglarse. Seguramente al entrar en el dormitorio sorprendió a este hombre robando y la mató. Alertado por un ruido, fui a ver qué pasaba y llegué a observar como este hombre – dijo mientras señalaba al cadáver - huía tirándose desde la ventana de mi casa, que es un principal, hasta el patio de luces. Tras comprobar que mi mujer yacía muerta sobre la cama y no podía prestarle ningún auxilio, me lancé en persecución del asesino. El resto ya lo sabe usted.

-¿Llegó a robarles algo?

-Si he de serle sincero no lo sé.

El guardia rebuscó en los bolsillos y la faja del hombre y poco a poco fue sacado: dos pendientes, la sortija y la pulsera de oro. Fernando vio con asombro como salían esos objetos de los bolsillos del hombre y si tenía que ser sincero no lo esperaba, pero se alegraba, pues ese hallazgo verificaba su versión de los hechos.

-¿Las reconoce?

-Son las joyas que llevaba normalmente mi esposa. Solía dejarlas encima de la mesita de noche cuando se acostaba. De allí debió cogerlas.

-Entonces la cosa esta clara.

XXXXX

XXX

X

Pepe tenía que verificar primero si lo que le había contado Fernando era cierto. Y la primera que tenía que confirmarlo era su hija. Cuando le expuso el caso, con solo ver su cara tuvo suficiente.

A Lola, teniendo en cuenta que su principal opción la tenía perdida, pues terminaba de casarse; la segunda, que era Carlos, también le resultaba interesante: era agraciado y hacia muy bien el amor. ¡Que mas podía desear! No era rico, como tampoco lo era Fernando, aunque a ella, que siempre había vivido bajo el paraguas de su padre, que se lo había consentido y tenía todo lo que deseaba, la situación económica de su futuro conyugue no le importaba nada. Pues en la burbuja del mundo en que se hallaba metida creía que todo tenía que continuar igual y que su única molestia sería la de pedir.

Por suerte Pepe no pensaba igual, trataba de educar a sus hijos para que pudiesen nadar libres cuando llegase el momento y a sus hijas tenía que bien casarlas, si quería que en el futuro prosperasen o por lo menos gozasen del mismo nivel de vida que ahora disfrutaban. Presumía y con razón que cuando él muriese el bienestar de la familia se vendría abajo.

Relegó a Carlos como última opción y solo por si al final no tenía a nadie a quien echar mano. Entonces no tendría más remedio que promocionarlo en su fábrica, pues aptitudes por lo menos parecía que tenía, y otorgarle un salario que le permitiera por lo menos malvivir en el ritmo de vida que le impondría su esposa.

Pensó a quien otro podría endosársela. Lola era un bombón y estaba seguro que cuando hubiese cumplido los dieciochos años, en su puesta de largo, la elite de los varones de la alta sociedad alcoyana se la hubiesen rifado, pero ahora, en su actual estado de preñada, no valía ni un real.

Un día se presentó en su casa Hernán Cortes, para situarnos, pues no lo hemos mencionado antes, se trataba de ese muchacho tímido y con aspecto de tísico aunque no lo era, y que había competido con Fernando para sacar a bailar a Lola, en el baile de fin de año celebrado en el Círculo de Empresarios hacia casi dos años atrás.

-Don José – le dijo plantado ante él, sin atreverse a sentarse en el sillón que tenía a sus espaldas, hasta que Pepe casi le obligó con una señal intimidatoria.- vengo a pedirle la mano de su hija Lola.

-¿Ella que opina? Le pregunto sorprendido, pues desconocía que su hija hubiese mostrado algún interés por él.

-No lo sabe, porque antes de declararme quería contar inicialmente con su aprobación.

-No sé si sabrás...

-Lo sé todo y eso es lo que en cierta forma me ha animado a presentarme aquí.

-¿Tu padre que opina?

-Tampoco lo sabe, pero ese es un problema que no dudo se solucionará llegado el momento oportuno y si fuese necesario...

-¿Cómo? – le pregunto Pepe sorprendido por el tono desenfadado y seguro del muchacho.

-Por la calle, y solo en ciertos círculos, comienza a comentarse lo del pecado de su hija, pero no se dice nada del pecador. Si usted y su hija me aceptan, yo me presentaría ante todos como el padre de la criatura. Ante tanta evidencia, seguro que él no podrían ninguna objeción e incluso me obligaría a casarme en el caso de que yo no quisiera.

-Me parece muy bien tu propuesta y te lo agradezco. Se lo expondré a mi hija, y si ella acepta, os pondré en contacto para que comencéis a intimar y hacer planes para el futuro.

A Pepe le gusto el muchacho al que consideraba una persona sensata. Venía de buena familia, era hijo único, lo que resultaba una buena noticia pues heredaría toda la fortuna familiar. Su padre gozaba de una excelente posición pues era propietario de una boyante industria papelera, que aun resultando un tarambana su hijo y no tenía aspecto de serlo, le auguraba para el futuro una posición acomodada y estable. Lo suficiente para contentar a su hija.

Por el medio día, cuando llegó a su casa, se recluyó con su hija en el despacho y le expuso la propuesta de Hernán, tratando de convencerla de que era la mejor de las opciones que tenía.

En un primer momento lo rechazó tajantemente, en primer lugar porque el muchacho no le gustaba en absoluto y en segundo porque no lo consideraba un buen amante, incluso lo creía un poco afeminado, principalmente por su modo de hablar y por algunos de sus gestos. Esta sospecha venía desde aquel célebre baile de fin de año en el que finalmente no tuvo más remedio que danzar con él... y en ningún momento trató de aprovecharse de ella. Ni un apretujón, ni una mano fuera de sitio, ningún beso furtivo, que es lo que intentaban hacer todos... en definitiva un desastre.

Sin embargo su padre continuaba presionándola para que aceptase, pues no veía otra salida mejor. Estaba mareada, cansada, deseosa de terminar con todos sus problemas y quería liberarse de la opresión, que cada vez más, sentía en el pecho y la impedía dormir por la noche. Estaba a punto de decir si, cuando llegó su hermano Bernabé, que había adelantado su visita mensual a Alcoy al terminársele su asignación mensual que le permitía estudiar en Valencia. Entró sin llamar y con gran estruendo como si fuese un elefante en una cacharrería.

-Se puede saber qué forma de entrar es esa – le replicó Pepe enojado – y mas estando hablando con tu hermana de un asunto importante... y en mi despacho.

-Perdonar, pero la noticia es importante y vale la interrupción. La Viuda de Riquelme ha sido asesinada esta mañana...

-¿Qué ha hecho ese infame...? – dijo el padre, pensando inmediatamente en Fernando como el culpable.

-Según parece un recluso que se había fugado momentos antes de la cárcel, entró en su casa para robar, ella le sorprendió y salió perjudicada.

-Entonces...ya es libre de poder casarse otra vez – susurró Lolita.

XXXXX
XXX
X

Brígido tuvo la reunión semanal, que solía hacerse todos los jueves por la tarde en el despacho de Don Camilo, hiciese frío o calor o fuese día laborable o fiesta de guardar.

Según fuesen los asuntos pendientes igual duraba diez minutos, como se prolongaba hasta la hora de cenar y Marieta tenía que entrar para sacarlos a empujones hasta la mesa, antes que la cena se enfriase.

-Antes de comenzar, me gustaría comentarle una cosa... - comenzó Brígido

-Tú dirás...

-Concha esta... - hizo una pausa y continuó – embarazada.

-Enhorabuena. De momento dile a María la niñera que en sus ratos libres que la ayude en lo que pueda, principalmente en los trabajos pesados. Mi hija Bárbara ya se entretiene sola y Carlos se pasa el día durmiendo. Prácticamente no hace casi nada. Más adelante si la cosa se complica buscaremos otra solución.

-Pero... sabían que nosotros...

-Si te crees que estando todas las noches dándole que te pego, en la habitación que esta exactamente – Don Camilo recalcó esa última palabra – encima de la nuestra, y crees que no nos hemos enterado, es que eres tonto. Si como supongo vais a casaros, mañana mismo compra a mi cargo una buena cama de matrimonio y procura que sea de las que no hacen ruido.

-¡Madre mía! Don Camilo. No sabía que nos oyeran. No sabe cuánto lo siento.

-Menos que nosotros. De todas formas no te preocupes, pues a mí me venía muy bien. No cabe duda que el ruido excita a Marieta y cuando yo lo intento la encuentro más predispuesta. Y ahora dejémonos de “marujadas” y vayamos a nuestro trabajo que es de lo que comemos. ¿Qué tenemos hoy?

-Una línea de carruajes que haga el trayecto de Alcoy a Alicante.

-Eso está bien. No creo que de mucho dinero y rápidamente, pero a la larga puede dar una buena renta. ¿Quién lo promueve?

-Un tal Don Jerónimo Juan. Me he enterado que es persona sensata y honrada. El se encargará de todo y aportara la mitad del capital necesario para la compra de dos carruajes, de momento, y los caballos necesarios para el tiro, que son dos por carruaje, más otros cuatro que estarán distribuidos por el trayecto para realizar el relevo de los caballos en lugares estratégicos. Lógicamente la otra mitad la ponemos nosotros. Nos da la opción de recibir una renta fija por el capital aportado o ir a beneficios.

-¿Tú qué harías?

-A beneficios.

-De acuerdo. ¿También hay que construir casas de postas por el camino?

-No. De momento aprovecharemos dos ventas estratégicamente situadas. Hemos llegado a un acuerdo con los venteros para que cuiden de las caballerías a cambio del gasto que puedan hacer los viajeros en sus establecimientos.

-¿Cuánto durará el viaje?

-Ha calculado, pues ha hecho pruebas extraoficiales, que durará nueve horas para bajar y diez para subir. Saliendo a las doce de la noche, para evitar las horas de más calor en verano, se llega a las nueve de la mañana a Alicante. Puede uno hacer las gestiones necesarias y salir a las dos de la tarde de regreso a Alcoy.

-Esos sí que pasaran calor.

-Todo no puede ser perfecto.

-¿Habéis calculado el precio del pasaje?

- Con dieciséis reales por cada uno de los ocho pasajeros que caben en el carruaje será rentable, incluso si sale con algún pasajero de menos.

-Son ciento veintiocho reales a la ida y otros tantos a la vuelta – calculó Don Camilo – lástima que esos precios imposibiliten el viaje a los trabajadores.

-Si me permite Don Camilo – terció Brígido – pueden ir otros dos viajeros en el pescante con el conductor y otros dos sentados detrás en el portaequipajes. Eso si, tragando polvo. Los primeros pagarían únicamente ocho reales, la mitad del pasaje normal, y los segundos solo tres, con la obligación de bajarse y empujar el carruaje si alguna cuesta lo requiere.

-Eso está muy bien- Camilo comenzó a hacer números sobre un trozo de papel – eso son veintidós reales más que sumados a los ciento veintiocho iniciales resulta un total de ciento cincuenta reales por viaje. ¡Trescientos! contando ida y vuelta. Acepta inmediatamente. Has hecho bien en elegir ir a beneficios, pues esto puede ser un gran negocio.

-Solo me falta decirle que las salidas desde Alcoy se realizaran en el Hostal de la Viuda y las de Alicante desde la Posada de la Balseta.

-Perfecto – añadió Don Camilo- Es una lástima que emprendedores como Jerónimo, tengan que acudir a extraños para llevar a cabo sus proyectos y compartir con ellos los beneficios que una gran idea como esta proporciona. Si en vez de tener que buscar un socio capitalista hubiese logrado un préstamo, en que la usura no fuese el factor más importante, todo el beneficio sería para él, pagaría fácilmente el préstamo y el éxito de su idea sería todo suyo.

-Es lo que hay. Don Camilo.

-La Caja de Crédito que tengo en Altea me va bien. Podría hacer algo similar aquí. Tantea la operación pero ten en cuenta que no puedo hacer nada en solitario. Aquí existe mucha envidia y se tirarían todos sobre mí como fieras. O se hace en conjunto o no hacemos nada.

-De acuerdo.

Un embriagador aroma de un plato recién cocinado se introdujo en el despacho por la ranura de las puertas. Camilo dio por terminada la sesión de trabajo y decidieron salir antes que Marieta acudiese a rescatarlos.

-Vamos a cenar Brígido que ya está bien por hoy. Con tu permiso voy a darle un buen achuchón a tu prometida, en primer lugar por la buena nueva y en segundo por la opípara cena que seguro nos ha preparado.

XXXXX

XXX

X

Fernando salió indemne de toda culpa o sospecha que lo involucrara en el asesinato de su esposa. Pareció que todo Alcoy había sido testigo del crimen y acusaba al Caco como único culpable. No tardó el notario en ponerse en contacto con él, para abrir el testamento. Heredó una auténtica fortuna en bienes inmuebles, su participación en la fábrica y una muy buena cantidad de efectivo depositada en la Banca Vicens, que como buen banquero que era, antes de poder acceder a la fortuna de su esposa ya le había abierto una línea de crédito para que pudiese afrontar los primeros gastos y el viudo no tuviese problemas económicos.

Empleó todos esos días en hacer un inventario de todas las cosas de valor que habían en la casa, tanto en joyas como en obras de arte. No quiso vender nada, pues no le hacía falta, gracias al crédito obtenido, y no quería dar la sensación de que estaba malvendiendo los objetos de valor o ya dilapidando la fortuna de su ex esposa.

Lo que no pudo evitar, porque estaba deseándolo, era presentarse en la fábrica en que tenía participación, para mostrar sus credenciales y exigir sus derechos. Lo único que consiguió es que su socio lo volviera a echar de mala manera, como lo hizo unas pocas semanas antes. Estuvo a punto de contratar un par de matones para arreglar cuentas, pero antes contó hasta diez, sosegó sus impulsos, se contuvo y decidió actuar como lo haría un caballero.

Al día siguiente se presentó en casa del Señor Pepe, que lo atendió como a un cliente más y le expuso la situación.

-Has hecho bien en contenerte, pues tienes todas las de ganar. – le comunico inmediatamente el abogado

-Me alegro que diga eso.

-Tú dirás como debo actuar

-¿Qué quiere decir?

-Sencillamente. Si quieres continuar con el negocio a medias o que el otro copropietario compre tu parte y te olvides de él para siempre. Si he de serte sincero, creo que esta última opción es la mejor.

-¿Podrá pagar lo que vale mi mitad?

-Posiblemente no. Veré de que efectivo dispone y para el resto podemos ofrecerle un aplazamiento a diez años, amortizando un diez por ciento anualmente, más los intereses legales que están a un cuatro por ciento.

-¿Aceptara?

-Sin dudar. Sé que quiere la fábrica como si fuese su segunda casa y hará todo lo posible por conservarla. Incluso pienso exigirle que garantice el pago con sus bienes personales, de forma que si durante estos años el negocio sufriera algún percance y no pudiera continuar pagándole, lo hiciese con su patrimonio personal.

-Me parece perfecto.

Pepe se levantó para estrecharle la mano y dar por finalizada la conversación. Fernando no tuvo más remedio que imitarlo.

-El lunes próximo haga el favor de acercarse por aquí, para firmar toda la documentación necesaria y los poderes que deberá otorgarme para poder iniciar las negociaciones.

-De acuerdo. ¿Puedo hacerle una pregunta?

-Desde luego.

-¿Cómo esta Lola?

Pepe, aunque lo esperaba no dejó de sorprenderse.

-Bien. ¿Por qué lo dices? – terminado el negocio el abogado había cambiado el usted por el tú.

-Continúo interesado con ella y quisiera saber si ha resuelto su problema.

-Eso para mí no es un problema. Si lo que quieres saber es si ha resuelto su vida. Creo que no, o por lo menos no me ha confesado nada. Pretendientes no le faltan. Por lo que por eso tampoco debemos preocuparnos.

Se casará cuando quiera y con quien quiera, siempre que sea con alguien que se la merezca.
-Lo que le dije en cierta ocasión continua en pie.
-Lo sé, pero eres tú el que debe conquistarla. Solo te diré que si llegado el momento eres tú el elegido, yo no me opondré.

XXXXX
XXX
X

El nuevo hijo de Jorge y Leonor, nació en marzo del año de 1852 y le pusieron Félix, el mismo nombre que al anterior, su primogénito, que murió de una extraña enfermedad a los pocos meses de vida. Por entonces no se consideraba un signo de mala suerte, bautizar a un hermano con el nombre de otro ya fallecido. Más bien era una forma de mantenerlo perennemente en el recuerdo.

Ese verano Jorge, termino sus estudios y entró a trabajar en la fábrica de Pepe, de forma permanente y no esporádicamente como lo había estado haciéndolo hasta entonces. Practicaba el oficio, para en el momento oportuno, la jubilación de su padre, que todavía se le antojaba lejana, ocupar su puesto de contra maestre.

Esta situación no le gustaba, pero no tenía más remedio que aceptarla, pues no le quedaba otro remedio.

Ese verano no fue, junto a su familia, a pasarlo a la casita que en la Partida de Morales tenía su madre. En parte por su trabajo y porque todavía perduraba en el recuerdo, que durante el verano anterior allí había fallecido su anterior hijo.

Un día, mientras Leonor regresaba por la calle de San Nicolás, cargada con dos capazos llenos de verdura y fruta que terminaba de adquirir en la calle del Mercado, se cruzó con Bernabé, que ya había regresado de Valencia después de suspender todas las asignaturas de la carrera de abogacía que se suponía estaba estudiando.

Él amablemente se ofreció a ayudarla a trasportar la pesada carga de la compra y ella, aunque en un principio se negó, no tuvo más remedio que ceder ante su insistencia, y porque al fin y al cabo era el hijo del patrono de su suegro y también de su esposo. No olvidaba que también era la persona que la había violado, hasta en dos ocasiones, en la masía de sus padres mientras estaba al servicio de su familia, y padre de su primer hijo. Aunque ahora en plena calle y a la vista de todos no temía por su integridad.

Él cargaba con los dos capazos e iban lentamente, hablando de viejos recuerdos y cosas sin importancia. El hombre eludía abordar situaciones que pudiesen herir la sensibilidad de la mujer y más bien con sus palabras trataba de inculcarle con fianza. Parecía incluso un hombre nuevo. Cuando llegaron al portal de su casa, ella trató de despedirlo en la calle, pero él aprovechando que la puerta estaba abierta, entró en el zaguán y deposito las cestas sobre el suelo, luego se colocó al lado de la puerta esperando que ella entrase para posteriormente poder salir él.

Así lo comprendió Leonor y cuando lo hizo, inmediatamente se dio cuenta de su error. Bernabé cerró violentamente la puerta de golpe y se abalanzó sobre ella, asiéndola entre sus brazos y besándola por todas partes. La mujer trató de forcejear y durante la lucha golpeo con el pie una de las cestas derramando su contenido por el suelo. Al cerrarse la puerta, única fuente de luz, quedaron en una casi completa oscuridad y hasta que sus ojos no se acostumbraron no se veía nada.

A esas horas no era probable que saliese o entrase nadie de la casa y en el hipotético caso que lo hicieran nadie repararía en el oscuro rincón al que Bernabé la había arrastrado. La muchacha no quiso chillar, pues no quería iniciar un escándalo del que seguramente después se arrepentiría. No era ni la hora ni el lugar adecuado para pasar a mayores y supuso que se conformaría con algún que otro tocamientos y un par de besos, solo si trataba ir más allá, se defendería y gritaría si fuese necesario.

-Cada vez estas mas buena – le susurraba al oído entre beso y beso – la maternidad te ha hecho más mujer y tu marido ha sabido moldearte.

La mano de Bernabé comenzó a explorar un lugar que era sagrado para ella y sabía que después de esto vendría lo que más temía. Por otra parte se encontraba ya cansada e incapaz de oponer una férrea resistencia. Pensó lanzar el grito que alarmaría a su suegra que estaba en el piso de arriba y también a las mujeres, que al otro lado del muro en que se encontraba aprisionada estaban cargando agua de la fuente que había en la calle. Ellas seguro que la oiría y comenzarían a golpear la puerta de la calle.

Eso terminaría con su problema momentáneamente, pero temía las consecuencias. Intento una última treta, si con la fuerza no podía, emplearía la inteligencia.

-Bernabé – le dijo en un tono meloso – estas no son maneras. ¿Por qué no quedamos una tarde donde tú quieras y hacemos las cosas como Dios manda?

-Tú te crees que soy tonto, después de esto no dejaras que me acerque a menos de cien metros de ti. – respondió mientras subía la falda hasta la cintura y en el forcejeo posterior para extraer su miembro volvía esta a caer de nuevo.

-Vale. Hagámoslo como tú dices, pero por favor se rápido pues no quiero nos sorprenda nadie.

-¿No será una treta?

-Para tretas estoy yo. Suéltame, relájate, te la sacas y espero esté en perfecto estado de revista. –se levantó la falda hasta la cintura, pero el hombre por la oscuridad reinante no pudo ver nada –¡venga; le animó.

El hombre dio un paso atrás para desabotonar los pantalones y bajárselos hasta la altura de las rodillas tranquilamente. Ese momento lo aprovechó Leonor. Sin el obstáculo que suponía la falda y que podía amortiguar el golpe, le lanzó un puntapié con el empeine de su pie a salva sean las partes. Sin hacer caso del aullido de dolor que le confirmó había dado en la diana, lo empujó hacia atrás y con la ayuda de sus pantalones que aprisionaban sus tobillos cayó al suelo.

Aprovechó para intuir donde estaba la escalera para a trompicones acceder al principal y golpear la puerta de su casa, mientras lloraba, acuciando a su suegra para que le abriese la puerta, pues suponía a Bernabé, detrás de ella, lleno de odio y con grandes deseos de venganza.

Sin embargo este ya tenía bastante con lo que le había caído encima. Cuando escuchó los golpes en el piso de arriba demandando auxilio, se levantó como pudo, se subió los pantalones y mientras los abotonaba, abrió la puerta y salió a la calle, medio encorvado y todo dolorido.

Las mujeres que guardaban turno en la fuente para recoger agua, estaban intrigadas y murmuraban entre sí, comentando el espeluznante alarido que habían escuchado.

Al verlo salir maltrecho una le preguntó.

-¿Qué le ha ocurrido? Buen hombre.

-Que me he caído por las escaleras. No te jode. – le respondió en un tono huraño.

Arriba Ana abrió la puerta alarmada por los golpes primero y por el estado en que llagaba su nuera. Esta no podía articular palabra y las que salían entre llantos e hipos eran inaudibles.

Le instó a que se calmase, mientras le preparaba una tila, dado su estado de gran nerviosismo. Después, cuando ya estuvo más tranquila escuchó su versión de los hechos, sin pronunciar palabra ni interrumpirla y la obligó a acostarse para que descansara. Luego bajó al zaguán para rescatar lo poco que se había salvado de la compra y echó el resto a la basura.

Por el medio día, aprovechando que Luis llegó a casa antes que Jorge, pues este se había entretenido al encontrarse con un amigo en el camino. Le contó todo lo ocurrido mientras Leonor todavía descansaba. Luis se comprometió para hablar con Pepe, pues esa obsesión de su hijo por su nuera se había tornado crónica. Para entonces ya conocían lo que había ocurrido entre ellos apenas hacia dos años, pues Jorge con la confianza que tenía con sus padres y dolorido por la muerte de su hijo, terminó por confesárselo aunque su esposa ignoraba ese dato.

-De todas formas, mejor que Jorge no sepa nada –añadió Ana – con el carácter que tiene ese chico, es capaz de cometer una barbaridad.

Jorge, cuando llegó, notó algo raro en el ambiente, se extrañó que su esposa estuviese acostada, pues era una mujer muy activa; pero su madre la disculpó añadiendo que se trataba de unos desajustes propios de las mujeres y que se repondría rápidamente. Como cuando terminaron de comer, Leonor continuaba dormida, Jorge decidió ir a tomar el café con unos amigos antes de volver al trabajo.

Por la noche de regresó a casa todo continuaba igual. Leonor seguía acostada y aparentemente

dormida. Cenó rápidamente y alegando un cansancio que no sentía fue al dormitorio. Cuando entró en la habitación, se desnudó completamente, mientras observó como su mujer, destapada por el calor que había, mostraba sus exuberantes piernas al tener el camisón arremangado. No pudo resistirse. Se echó a su lado, la besó en la nuca y su mano exploró su cuerpo. Leonor reconoció que lo que ocurría era idéntico a lo que había pasado esa misma mañana, pero las sensaciones que recibía su cuerpo eran muy diferentes.

Los problemas anunciados por su madre, ese mismo mediodía, no aparecían por ninguna parte y como su esposa se mostraba receptiva, rápidamente olvidó el problema.

Hicieron el amor como siempre, pero ella se entregó como nunca. Indiscutiblemente Jorge se consideró el hombre más afortunado del mundo entre los brazos de esa mujer, y entre ayees y suspiros de placer preguntó qué pasaba, pues el cambio en su esposa, todavía no sabía si para bien o para mal, era evidente.

A diferencia de sus suegros, ella no tenía secretos para su marido y consideraba necesario que lo que había ocurrido lo supiese su esposo.

-¡Qué hijo de pura! ¡Será cabròn el tío! - es lo único que exclamó Jorge cuando su esposa terminó de contarle lo ocurrido esa mañana, mientras continuaban haciendo el amor lentamente, para que su miembro permaneciera el mayor tiempo posible dentro de ella como una prueba de posesión.

-De todas formas - le advirtió- que quede claro que no ha ocurrido nada irremediable y así debe quedar.

-¡Qué no ha ocurrido nada! - exclamo Jorge indignado.

-Así ha sido. De todas formas te agradecería que no pienses en tomar ninguna represalia, pues ya sabes lo que pasó la otra vez. A mí me costó el despido y solo Dios sabe si ahora lo pagarías tú, o lo que es peor, tu padre.

-Mis padres tienen dinero. Saldríamos adelante.

-Pero no para toda la vida. Luis tuene una invalidez que para Pepe, que es su amigo, no tiene ninguna importancia, pero con otro patrono seria una causa insalvable. La mierda cuando menos se mueve, menos huele.

A continuación Jorge, absorto más en la conversación que en lo que estaban haciendo, se vació dentro de su cuerpo, cuando ya llevaban algún tiempo evitándolo para no dejar a Leonor embarazada.

-Solo falta esto - exclamó alarmada Leonor - que encima me quede preñada.

-Pero si me ha dicho mi madre que estabas en el periodo...

-Eso ha sido una excusa. Tonto. ¿Cuándo lo he tenido sin manchar? Precisamente estoy en la época más peligrosa y mucho me temo que la hemos cagado.

XXXXX
XXX
X

Los presagios de Leonor no tardaron en confirmarse, pues un mes después continuaba sin bajarle la regla.

-No puede ser – afirmaba una desesperada Ana , cuando escuchó la noticia de boca de Leonor- Terminas de salir de la cuarentena y todavía estas dándole el pecho a Félix

-Son cosas que pasan, Madre – se había acostumbrado a llamarla así – y contra eso poco se puede hacer.

-Pues un poco de cuidado no vendría mal.

-No me hable así que me hace sentir culpable. Usted también ha toreado en estas plazas y sabe lo que sucede.

-Verdad es hija. No seas tonta y no me hagas caso que un nuevo nieto siempre es bien recibido y una bendición de Dios.

XXXXX

XXX

X

Llegaron las tórridas noches del verano alcoyano. Después de todo un día cayendo sobre los tejados un sol abrasador que calienta las casas convirtiéndolas en verdaderos hornos. La gente solo quiere salir de ellas y buscar la suave brisa que suele correr por las estrechas calles de la población. Los afortunados partían hacia sus masías o casas de campo y los pobres se las arreglaban como podían.

Luis y Ana marcharon, junto con los niños, a pasar el fin de semana en su remozada casita. Aprovechando una galera que iba a llevar provisiones a la Masía de Morales. Luis en el pescante, junto al cochero, y Ana, con Félix en sus brazos y su hija Inés, buscaron un hueco entre los fardos para acomodarse. El regreso ya vería como lo hacían.

Jorge y Leonor se quedaron solos y como únicos dueños de la casa de Alcoy. Les esperaba una noche de pasión, sin niños que llorasen en el momento más inoportunos y sin que su frenesí se viera reprimido por temor a los ruidos o que las exclamaciones de placer pudieran ser escuchadas. Para colmo no había ningún riesgo de que Leonor quedase embarazada ¡Porque ya lo estaba! Y por lo tanto no había que tomar ninguna precaución.

Para que la fiesta fuera completa decidieron irse a cenar, con otras parejas de amigos, a la Parisién. Un local de diversión que se había inaugurado recientemente, en la misma Plaza de San Agustín. Y en el que igual, se podía comer, tomar unas copas o un buen café. Mientras, se escuchaban los sonos de una pequeña orquestina, que invitaban tanto a soñar como a bailar. También habían un par de damas, bellamente ataviadas, que correteaban entre el público asistente, acercándose a los hombres y evitando las parejas. La mayoría de los presentes ignoraban que pintaban allí, pero de vez en cuando desaparecían acompañadas por algún caballero solitario, para regresar una hora más tarde y reanudar su labor.

El local estaba regentado por un francés que se había instalado aquí, por considerar que Alcoy era una ciudad en franca expansión, con dinero para gastar y había importado, algo similar a un local de ocio parisino, que creía firmemente podía triunfar en esta población. Si tenía razón o no, solo el tiempo lo diría.

Sentados en mesa aparte, pero no muy lejos, estaban: Don Camilo, Marieta en evidente estado de gestación, Brígido y Concha, a la que todavía no se le notaba nada. Desde que estos dos últimos se habían casado, eran considerados por sus patronos, mas amigos que criados.

No solían celebrar nada en concreto pues esas salidas, los sábados por la noche, se realizaban siempre que Camilo no tuviese un compromiso más importante. Entonces es cuando recurría a sus empleados como acompañantes, pues mantener a Marieta encerrada en la casa, un día señalado como pudiera ser un sábado, era misión imposible. Al principio salían solos, pero Camilo rápidamente lo descartó. Marieta era una habladora incansable, mientras a él le gustaba observar el ambiente y en ocasiones poder permanecer absorto en sus pensamientos. Su esposa le acusaba de no hacerle caso, salvo en la cama, y comenzaban los líos en una velada que a priori debía de ser maravillosa. Con Concha, Marieta, tenía unos oídos sumisos que siempre le daban la razón. Mientras que con Brígido, Camilo, podía hablar de sus cosas o simplemente no hacerle caso cuando su cuerpo se lo pidiese. En definitiva que ambos eran la pareja ideal de acompañantes.

Pero en este caso si estaban celebrando algo. Brígido había logrado cerrar el ejercicio económico de todas las empresas de Don Camilo, incluso las de Yocla, y el resultado era impresionante y los beneficios fabulosos.

El ex cura, disimuladamente para que Marieta no pudiese darse cuenta, seguía los movimientos de las dos damas que deambulaban, libando de flor en flor, por el salón y de las que parecía ya saber cuál era su papel en el negocio. Sabía que Marieta estaba a punto de alcanzar el momento en que no la podría tocar ni con guantes y debía de buscar inmediatamente una alternativa. Una de las dos damas, pelirroja por más señas y con el aliciente de que nunca se había tirado a ninguna con ese color de pelo, le gustaba. El inconveniente era que nunca había pagado por acostarse con una mujer, aunque indirectamente las hubiese recompensado espléndidamente, y no iba a comenzar ahora.

En una de sus panorámicas visuales descubrió la mesa en la que estaba Jorge, acompañado de su esposa, a la que todavía no había tenido el placer de conocer, acompañado de tres parejas de amigos.

Ana, su madre, podía ser una buena opción para el largo periodo de carencia que se avecinaba. Durante sus últimos días en Yocla, recordaba se mostraba receptiva e incluso estuvieron a punto de volver a hacer el amor, esta vez consentido, a diferencia de las ocasiones anteriores en que se vio forzada a ello. Finalmente no llegaron a consumir el acto o lo dejaron a medias, ya no se acordaba, todo por culpa de uno de esos inoportunos gatillazos que de vez en cuando se presentaban. Lo único cierto es que la deuda continuaba pendiente y ahora se presentaba la ocasión de saldarla.

Se acercó a ellos con la sonrisa en la boca y los brazos abiertos. Cuando Jorge lo vio se levantó para recibirlo. Ignoraba el trajín que llevaba con su madre y solo sabía que se había portado muy bien con sus padres, ya que los sacó de la miseria en un momento muy delicado de su vida. Finalmente lo consideraba como de la familia, pues siempre se había presentado como un tío, porque era primo hermano de su padre adoptivo.

-¡Don Camilo! cuánta alegría me da verlo –le dijo mientras lo abrazaba.

-Llámame. Tío o Camilo, como quieras, pero nada de Don.

-Como prefiera.

-Y esta chica tan bella ¿Quién es?

-Perdone. Permítame que se la presente. Es Leonor, mi esposa.

Cuando se acercó hacia ella para besar sus manos o como mucho estampar dos sonoros besos en sus sonrosadas mejillas. Leonor cometió el error de levantarse de la silla para saludarlo, cosa que las normas de educación de la época no aconsejaban, y abrazó fuertemente a la muchacha, notando sobre su pecho sus senos de nodriza. La besó, hasta en tres ocasiones, en ambas mejillas, el último como de costumbre cerca de la comisura de sus labios, mientras aspiraba embriagado el aroma que emanaba de su cuello y una mano se posaba en el trasero para intuir la firmeza de su culo debajo de innumerables capas de tela. Cuando finalmente Leonor logró desasirse del abrazo, una ola de rubor invadió su cara y solo acertó a pronunciar con un susurro de voz, la contestación de rigor: “el gusto ha sido mío”. Cuando en realidad el hombre, que iba a lo suyo, no articuló ninguna palabra.

Don Camilo, cuando terminó la presentación, vio que todas las miradas de los amigos estaban fijas en él, por lo que terminaban de ver. Jorge aparentaba no haber visto nada y Leonor mantenía la vista baja, como si se mostrase avergonzada. Para cortar el hielo, paró al camarero que casualmente pasaba por allí y le dijo.

-Trae a esta mesa las tres mejores botellas de “champan” que tengas. Y todo lo que han consumido y lo que consuman a partir de ahora corre por mi cuenta.

En bolsillos poco abultados esta invitación cayó como agua de mayo y fue rápidamente aceptada en medio del natural jolgorio.

Cuando Camilo se retiró, todos alabaron su desprendimiento y olvidaron la escena que terminaban de presenciar.

Cuando estaban a punto de dar las doce de la noche, un quinto músico se unió al cuarteto y la banda mejoró sensiblemente. Parecía mentira pero así era. Nadie pudo detectar quien era el recién incorporado, pues todos vestían igual y nadie se había fijado ni en los músicos iniciales ni en los instrumentos que tocaban.

La gente que ocupaba algunas mesas, generalmente personas mayores, comenzaron a levantarse para plegar velas. Los camareros entonces se afanaban en retirar unas, trasladar otras para dejar un hueco en el centro del salón y convertirlo en pista de baile. El número de “madamas” que pululaban por el salón había pasado de dos a seis. Ahora parecía que encontraban lo que querían más pronto que antes y sus ausencias se solventaban en poco más de media hora.

Jorge y sus amigos se estaban poniendo las botas. El camarero no dejaba de realizar visitas a su mesa, portando refrescos, licores y alguna que otra botella de vino espumoso.

-Espero que tu tío cumpla su promesas – le decía uno de sus amigos a Jorge – pues con lo que llevo en el bolsillo, puedo asegurarte, que no me alcanza ni para pagar mi parte.

-No te preocupes – respondió otro – lo mas que puede pasar es que nos encierren a todos en el calabozo y allí podemos continuar con la juerga si se tercia.

Jorge solamente sonrió, sin decir nada, pues en el fondo le molestaba que sus amigos se estuviesen aprovechando de esa manera de la bondad de su tío. Aunque sabía, por lo que le había contado su padre, que era inmensamente rico, y por su madre, también sabía, que era un cabròn, aunque no exactamente por qué.

Comenzaron a entrar grupos de jóvenes, principalmente del sexo masculino, algo bebidos y con ganas de juerga. Como las mesas vacías no abundaban, se arremolinaban alrededor de la barra copándola por completo. A bailar no venían, pues no habían mujeres libres para tantos, y las que habían, inmersas en el grupo familiar, con toda probabilidad no obtendrían permiso para bailar con esa gente por mucho que pudiesen conocerlos.

En uno de esos grupos que entraron se encontraba Bernabé junto a dos amigos, eran los que más alborotaban y sus voces resonaban por encima de la media de la restantes.

Nadie del grupo de Jorge reparó en ellos hasta que una voz dijo

-Mirad que tía mas buena hay allí sentada.

Jorge y Leonor se dieron cuenta que cuando pronunció esas palabras su mirada se encontraba fija en ella. Apenas había trascurrido un mes desde que había ocurrido la agresión en el zaguán de su casa y Leonor puso su mano sobre la rodilla de su esposo, solicitando tranquilidad.

Bernabé continuaba conversando con sus amigos, ahora ya en un tono normal, por lo que sus palabras ya no llegaban audibles a la mesa del matrimonio. Sin embargo su mirada no se apartaba ni un instante de Leonor, y si por casualidad se cruzaba con la de Jorge, la mantenía como si quisiera retarlo. De repente volvió otra vez a alzar la voz.

-¿Qué como lo sé? Pues porque me la he tirado las veces que he querido.

Jorge intentó levantarse de su asiento, siendo retenido por el amigo que tenía a su diestra. La situación era insostenible, pues la mayoría de los presentes, aunque sabían que solo se trataba de la voz inconexa y vacilante de un borracho, trataban de localizar con la mirada a quien iban dirigidas sus palabras.

No fue preciso molestarse demasiado, pues el interfecto, con paso vacilante, iba directo hacia ellos. Aun de lejos la citó, como si fuese un torero dirigiéndose al toro.

-Ven puta que quiero bailar contigo.

Jorge, a pesar de que entre sus amigos y Leonor trataron de apaciguarlo, ya no pudieron detenerlo. Se dirigió hacia su odiado enemigo con la intención de agredirlo y que no abriese mas suapestosa boca.

Bernabé quiso recibirlo con un golpe directo a la cara de su oponente, pero Jorge lo esquivó fácilmente mientras le golpeaba a su vez en el estomago. Cuando se agachó dolorido le golpeó en la barbilla derribándolo al suelo, no sin que antes arrollara a un hombre que incrédulo asistía, sentado junto a su mesa, a la escena.

Jorge considero que con esto había saldado su deuda y Bernabé debía tener suficiente, por lo que se volvió para regresar a su mesa para reunirse con su esposa y amigos y dar por finalizada la velada, pues la fiesta ya hacia un buen rato que se había estropeado.

Nunca creyó, que en su estado, su oponente se pudiese levantar con tanta rapidez, y mucho menos que lo pudiese atacar con la fiereza con que lo hizo. Leonor trató de advertírsele pero no tuvo tiempo de evitar el golpe que recibió en la nuca y le derribó al suelo. Arrastrándose si pudo evitar algunas de las patadas que vinieron a continuación. Se levantó enrabiado y comenzó a golpear a su oponente. Los mismos golpes que recibía por todas partes evitaban que Bernabé pudiese caer al suelo. Jorge, ciego de ira, no cesaba de golpearlo y tuvo que ser Don Camilo quien impusiera su

autoridad y detuviese a los contendientes. La cara del derrotado no era más que una masa sanguinolenta que le hacía irreconocible.

Bernabé fue trasladado al hospital en donde permaneció dos días, mientras Jorge solo sufrió unas pequeñas magulladuras en sus manos. Nadie presentó una denuncia por los hechos y la cosa no pasó a mayores hasta el lunes que fue cuando regresaron los padres.

A la mañana del lunes, apenas llegaron de la casita, Jorge contó lo ocurrido a sus padres.

-¿Tanto fue el mal que le hiciste? – preguntó Ana.

-Yo no me fijé – respondió el muchacho – lo único que vi es que tenía la cara llena de sangre y apenas se distinguía nada.

-La nariz debía tenerla rota y de allí salía la sangre – añadió Leonor.

-¡Dios mío! Cuando se entere Marcela – caviló Ana.

Mientras Luis, absorto en sus pensamientos y ajeno a lo que ocurría a su alrededor solo pensaba en cómo solucionar este enojoso asunto, pues sabía, conociendo a Marcela, que habrían consecuencias y graves. Por otra parte no podía recriminar nada a Jorge, pues si lo que le habían contado era todo cierto, y no lo dudaba, él hubiese actuado de igual manera o tal vez peor.

-No debiste ensañarte – dijo al cabo de un rato.

-Yo lo hubiese dejado zanjado después de los dos primeros puñetazos y que coste que vino él a buscarlos, pero después me atacó a traición y...

-Está bien. Está bien.

-De todas formas tienes al tío Camilo de testigo. Él lo vio todo y en definitiva fue el que paró la pelea.

-Qué manía tienes de llamar a ese hombre tío – tercio Ana molesta.

-¡Ana! Dejémonos de trivialidades y centrémonos en el asunto. De momento Jorge no vendrá hoy a trabajar...

-Si estoy bien...

-Lo sé, pero si le digo a Pepe que tu también recibiste lo tuyo y hoy te encuentras dolorido y no puedes venir al trabajo, posiblemente se calmara algo y todo puede quedar en un asunto de jóvenes. La peligrosa es Marcela que cuando se enteré, armará un escándalo y no se detendrá hasta que Pepe haga algo. Lo malo es que no tendrá más remedio que hacerlo, aunque solo sea para no tener a ese martillo pilón repicando todo el día sobre su cabeza. Ella si es capaz de todo.

-Yo podría ir a ver a Camilo para que interceda – propuso Ana.

-Eso está bien, toda ayuda será poca. Vosotros quedaos aquí cuidando a los niños y Ana y yo veremos que se puede hacer. Al mediodía hablaremos.

Ana se vistió con sus mejores galas y acudió a la casa de Camilo. No tuvo necesidad de acceder a la vivienda, pues Carmen, la guardesa, que estaba por allí trajinando, le dijo que terminaba de salir y que si no estaba tomándose algo en Le Parisián, lo encontraría en su despacho que lo tenía en el piso principal del número catorce de la plaza de San Agustín.

Ana se lo tomó con calma. No quería ir al despacho y encontrarse con que no estaba. Por otra parte no podía entrar en Le Parisián y además sola. Se desvió por la calle del Mercado y curioseó los puestos aunque sin comprar nada. Pasado un cuarto de hora se encaminó hacia la Plaza de San Agustín y vio como en esos instantes salía del local de restauración, Camilo y un hombre a quien no conocía y se encaminaban a su despacho charlando amigablemente.

Les siguió. De ninguna de las maneras quería quedarse a solas con Camilo en su despacho y por lo menos la presencia de ese hombre sería un alivio. Cuando llegó al zaguán de la casa cuya puerta estaba abierta, los hombres ya habían desaparecido de su vista. Subió un pequeño tramo de escaleras y en el principal solo había una puerta, a su lado un letrero anunciaba: "Oficinas de Don Camilo Blanes".

Llamó a la puerta y un muchacho elegantemente vestido, dentro de una ropa ya algo raída, le abrió la puerta.

-¡Buenos días! ¿Qué desea?

-Venía a ver a Camilo... Bueno, a Don Camilo – rectificó inmediatamente.

-¿Tiene cita? Pues no recuerdo tenga anotada ninguna visita para hoy en su agenda.

-Bueno... - se cortó Ana ante tanto formalismo – en realidad soy su prima y quisiera hablar con él de un asunto privado.

-Perdone. Hablaré con él y supongo la recibirá inmediatamente. ¿A quién debo anunciar?

-Ana. Su prima Ana.

La invito a pasar a un salón bellamente decorado y a sentarse en una cómoda butaca. No tardó en aparecer ni siquiera diez segundos. Llegaba con los brazos ya abiertos y con aviesas intenciones. Se levantó para recibirlo aun sabiendo lo que le esperaba: Abrazos, besos y achuchones por todas partes, pero ella ya sabía que era parte del tributo que toda mujer que conociera a Camilo tenía que pagar. Estaba mucho más delgado, o eso le parecía dentro del elegante traje que portaba. Hacía tiempo que no lo veía y la última vez que lo hizo todavía llevaba la sotana.

¡No! Mentía...estuvieron juntos en la cena de fin de año del círculo de Empresarios, pero de eso ya habían pasado dieciocho meses. ¡Como pasaba el tiempo!

Camilo estaba frente a ella, apenas a la distancia de un palmo y sujetándola con ambas manos por los hombros. Hasta allí llegaba el aroma del perfume de su cuerpo, pero el hombre parecía coartado y solo se atrevió a estamparle un par de besos en sus mejillas.

-Estas guapísima. Ana. No sabes las ganas que tenía de verte. Pero mejor que vayamos a mi despacho, es el lugar ideal para poder hablar tranquilamente.

-Como tú quieras.

Entraron por una puerta lateral que lo comunicaba con el salón. Allí estaba esperando Brígido evidentemente nervioso por la interrupción.

-Brígido te presento a mi prima Ana.

El hombre delgado que se había levantado de su asiento apenas los vio entrar en el despacho, la saludo con una breve reverencia sin atreverse a darle su mano, ya que ella absorta en sus pensamientos no se la había ofrecido.

-Señora...

-Bien Brígido. Tú a lo tuyo y ya hablaremos en casa esta noche. ¡Andrés! - dirigiéndose al muchacho que la había recibido – que no nos moleste nadie. Y cuando digo nadie ya sabes lo que quiero decir.

El despacho era grande y amueblado con todo lujo de detalles. En un rincón había un diván, en donde la invitó a sentarse. Ana hacía tiempo que ya no le tenía miedo. La época de aquí te pillo, aquí te mato, ya había pasado. Ahora si tenía que entregarse a él no lo haría por obligación, si acaso por placer. Ya no era aquel cura baboso sediento de sexo, que tuvo la oportunidad de conocer en Yocla. Ahora ya disfrutaba de una bella mujer como esposa y no tenía porque ir mendigando sexo por ahí.

-¿Quieres beber algo? – le dijo mientras él a su vez se servía una copa de coñac.

-No me gusta el alcohol y menos de buena mañana.

-¿Un café? ¿Manzanilla?

-Creo que una tila me vendría bien.

Agitó una campanilla y rápidamente acudió el mancebo a la puerta.

-Tráenos un café y una tila.

Mientras Andrés corría a pedir el encargo, Camilo se arrellanó en el diván, y mirando a Ana se cruzó de manos y esperó a que ella le refiriese el motivo de su visita.

-He venido a darte las gracias por lo que hiciste ayer.

-No las merece. Debí intervenir antes, pero cualquiera se mete en medio de esa pelea entre jó-

venes. Tuve que pensármelo dos veces y cuando finalmente lo hice, creí que iba a recibir más tortas que las que dieron los dos juntos.

-También quería pedirte un favor.

-Menos hacerte el amor, lo que quieras – bromeó Camilo

-De momento no es eso lo que necesito de ti. – le dijo mientras mostraba unos dientes blanquísimos detrás de un seductora sonrisa y pensando que en definitiva ese sería el peaje que tendría que pagar. Pero realmente no le importaba.

Alguien llamo a la puerta interrumpiéndolos.

-Pasa...

Entró el muchacho con una bandeja que sostenía con manos temblorosas y haciendo singulares equilibrios para no derramar ni una gota del liquido que portaba. Se notaba que eso no era lo suyo. Depositó la bandeja sobre una mesilla y salió de la estancia sin pronunciar palabra.

-Jorge me ha dicho que lo viste todo – le dijo mientras servía la tila en una taza desde un pequeño recipiente.

-Efectivamente. Y he de confesarte que si hubiese estado en su lugar y tuviese sus fuerzas todavía le hubiese pegado más fuerte. Es un mal nacido, y que me perdone Marcela, pero también un gran hijo de puta.

-Gracias Camilo –le dijo mientras colocaba su mano sobre la rodilla del hombre y él se apresuró a tomarlas entre las suyas para acariciarlas – Mi temor ahora es que Pepe, presionado por Marcela, tome represalias con mi hijo y quién sabe si también con Luis.

-Pepe nunca despedirá a Luis por un capricho de Marcela, entre otras cosas porque lo aprecia de verdad y porque lo necesita. Sin un encargado como él esa fábrica se iría a pique en dos días. Con respecto a Jorge, ya no estoy tan seguro, pero si quieres que te sea sincero, que lo despida, es lo mejor que le puede pasar.

-¿Qué quieres decir? – Le respondió Ana mientras lo miraba estupefacta, pues no concebía que despedir a su hijo fuese una buena cosa – Jorge será el encargado cuando se retire Luis.

-Cierto, pero para entonces también se habrá retirado Pepe y hasta yo, si llego con vida. ¿Quién sucederá a Pepe? Alberto será medico y posiblemente controle la empresa, pero no está capacitado para dirigirla, y su vocación está en la medicina. Bernabé no terminará nunca la carrera de abogacía y demos gracias a Dios de que así sea, pues en caso contrario sería el causante de la desgracia de muchos de los clientes que caigan en sus manos. No será así, porque finalmente Pepe se cansará y como no sirve para nada lo meterá en la fábrica de tocapelotas y la vida allí se tornará imposible. ¿Es eso lo que quieres para tu hijo?

-No, desde luego – le respondió preocupada- ¿Pero qué porvenir le espera?

-El que pueda ganarse. Es listo y espabilado y si se forma adecuadamente, llegará donde quiera.

-No puede continuar estudiando. Tiene una familia y debe mantenerla. El que nosotros le ayudemos ahora no quiere decir que dependa de nosotros toda su vida.

-Ni lo pretendo. Si tú quieres – le dijo mientras se acercaba a ella y disimuladamente pasaba un brazo por encima de su hombro, aunque sin apenas tocarla.

-Si yo quiero... ¿Qué?

-Podía proporcionarle a Jorge un empleo, para que trabajase para mí.

-¿A qué precio?

-Ya sabes que ninguno. La época de los chantajes ya ha pasado. Y el amor comprado no me interesa. Esto debe quedar como un negocio entre amigos y desde luego nadie debe saberlo. Y mucho menos Luis o Marieta.

-¿En qué consistirá el empleo de Jorge? – le preguntó creyendo que sería uno de correveidile y sin ningún porvenir.

-El mejor que puedas soñar.

-Tú dirás.

-Veras. Tengo varios negocios en marcha que se incrementaran con otros en los próximos meses. Cada uno es diferente y se controla desde su propia sede. Pero necesito a alguien que los controle a todos desde fuera, para que nadie se desmande ni intente engañarme. Y ese puede ser tu hijo.

-Él no está preparado para ocupar ese cargo – le respondió Ana desencantada.

-Ya lo sé. En estos momentos no hay nadie en Alcoy preparado para desempeñar ese puesto. Habría que formarlo previamente. Lo que se trata es de buscar un candidato y ahí Jorge si posee todas las papeletas. Para mí ya lo era incluso antes de que vinieses hoy a verme.

-No sabes cuánto te lo agradezco.

-También pensaba cobrármelo en carne – le dijo sonriendo mientras le daba un fugaz beso en sus labios.

-Me tienes en ascuas.

-Así quisiera encontrarte en día en que pueda disfrutar de tu cuerpo. Pero regresemos a la realidad y volvamos a donde nos interesa. Aquí mismo estarán las oficinas que controlen todas mis empresas. He contratado a un viejo contable, el mejor que existe actualmente en Alcoy. Le he triplicado el sueldo que cobraba en la empresa en donde trabajaba, para traerlo hacia mí. Y le he asegurado que el día que se jubile, antes de tres años, le entregaré una cantidad que le permitirá vivir holgadamente el resto de sus días. Esto último está condicionado a que forme de manera eficiente a su delfín, de forma que cuando se efectúe el cambio ni siquiera se note. Todo ello está subordinado a que el que le proponga no sea un tarugo y confío plenamente en Jorge.

-Seguro que no te defrauda, pero tú tienes hijos que te heredaran.

-Todavía son pequeños. Esperemos que cuando encontremos al idóneo, Jorge realice el mismo trabajo que ahora hacemos con él.

Ana inmensamente satisfecha, intentó arrojarle en brazos de Camilo, pero él la contuvo.

-No quiero pensar que vamos a hacer el amor por lo que te he propuesto. Puedes tomarlo como una muestra de cariño hacia vosotros, pero ten en cuenta que también lo hago en beneficio propio. Cuando llegue el momento, ambos recibiremos la señal del deseo al mismo tiempo y entonces no habrá fuerza en este mundo que nos detenga.

Se besaron apasionadamente antes de la despedida y Camilo flaqueó tanto que estuvo a punto de desdecirse de sus recientes palabras y rematar allí mismo la faena. Pero eso era volver al aquí te pillo, aquí te mato, y no era esa su intención.

XXXXX

XXX

X

Cuando Marcela vio a su hijo lanzó un alarido y se puso a llorar desconsoladamente. Bernabé con la cara tumefacta parecía un monstruo, no se atrevía a salir a la calle en Alcoy y para no estar encerrado en su casa todo el día, decidió partir hacia la masía. Se cubrió la cabeza con un sombrero de paja de ala ancha y el rostro con un pañuelo anudado al cogote, que muchos jinetes usaban a modo de filtro y para proteger su respiración del polvo que levantaba el caballo en el camino.

Contó a su madre su versión de los hechos, añadiendo que a Jorge le habían ayudado sus amigos durante la agresión, en un momento en que se encontraba solo y aprovechando que los suyos habían ido al servicio. Marcela montó en cólera y requirió la presencia de su esposo en la masía y este tuvo que acudir urgentemente a pesar de que tenía un importante asunto entre manos. No quiso escuchar la versión de los hechos que le ofreció su marido, pues no coincidía en nada con la de su hijo. Exigió el despido inmediato de Luis y Jorge y de cualquier otro miembro de esa familia que pudiese estar involucrado.

Pepe le dio la razón en todo para calmarla de su enfado y por la noche, mientras hacían el amor en la soledad de su habitación y sin la enojosa presencia de su hijo, trató de convencerla de lo contrario. En un momento de éxtasis consiguió que se retractara, por lo menos, del despido de Luis, que aparte de quitarle mucho trabajo, que él empleaba para estar junto a ella, le recordó que la noche de los hechos, Ana y Luis estaban invitados a cenar en su casa y así lo hicieron debajo del parral que cubría la fuente de las piscina. Pepe pensaba darle unas vacaciones pagadas a Jorge hasta que el asunto se olvidase, aunque en realidad estaba perdiendo a la persona que muchos años después hubiese podido salvar su empresa. Pero eso aun tardaría muchos años en ocurrir y él no lo sabía.

Cuando Bernabé regreso a Alcoy, totalmente restablecido y ansioso de restregarle por la cara a Jorge el despido que para él había conseguido. Se lo encontró elegantemente vestido y disfrutando de un empleo mejor y mejor remunerado del que hasta ahora había tenido.

CAPITULO X

NACE UNA FRUCTIFERA AMISTAD

Cuando Pepe se entrevistó con Fernando para comunicarle el resultado de su gestión, se hallaba ante un hombre inmensamente rico. Más de lo que él había imaginado y mucho más de lo que su cliente esperaba.

Las rentas mensuales de los inmuebles que tenía alquilados, le permitían por si solo vivir holgadamente. Además tenía dinero efectivo pendiente de inversión y que también le rentaban buenos intereses. Para colmo su abogado le terminaba de comunicar que su ex socio iba a pagarle la mitad de la cantidad que habían acordado por la venta de su participación en la fábrica. Y la otra mitad se aplazaba con diez pagos anuales al interés del 4%. Más rentas y más dinero en efectivo, pensó Fernando. “Tendré que dedicarme a los negocios” se dijo.

Pepe aprovechó la ocasión para comunicarle que le daba vía libre con respecto a su hija, pero ahora era él el que tenía que conquistarla y llevarla ante el altar antes de que su gestación fuese evidente.

Lolita todavía le guardaba rencor a Nando por todo lo que había ocurrido, pero por otra parte era el más guapo de todos los pretendientes y aunque sexualmente no le había dejado satisfecha, no ignoraba que habían concurrido circunstancias atenuantes. Para colmo, según le dijo su padre, era inmensamente rico. Aunque ese detalle le resultaba completamente indiferente, pues ella no había conocido, ni sabía, que era la pobreza.

Fernando fue a recogerla a la salida de la escuela. Era su último curso, pues no tenía, a causa de su embarazo, mas remedio que casarse con alguno de sus pretendientes, y por lo tanto dejarla. No estaba bien visto que una mujer casada, con muchas obligaciones, aunque estas se limitasen a impartir órdenes, continuara estudiando.

Estos estudios estaban limitados a las hijas de la alta sociedad, “Gent de puntet” como solían llamarlos. Porque las hijas de los trabajadores, salvo muy raras excepciones, a los diez años ya eran veteranas trabajadoras.

-Dichosos los ojos que te ven – le saludó Lola con una encantadora sonrisa en su rostro.

-Desde esta mañana tengo permiso de tu padre para cortejarte

-Ya lo sabía y has hecho bien en venir, pues si hubieses hecho caso omiso de tantas facilidades, a partir de mañana te hubiese recibido a palos.

Él le cogió sus manos y la besó en ambas mejillas como si fuese de la familia.

-Mi pequeña Lola tan directa como siempre. He venido a pedir tu mano y si quieres, a que puedas contemplar la casa que te propongo como futuro hogar.

-Espero que sea mejor que las de mis padres.

-Lo supongo, pero de momento solo puedo asegurarte que es mejor que el cuchitril en donde solíamos hacer el amor. Y como supongo que precisa de un lavado de cara y ciertas reformas, te propongo que seas tú la encargada de organizarlas y cargues con esa responsabilidad.

-Veo que empezamos bien, pero a todo esto todavía no tengo claro seas tú el elegido, pues haciendo el amor no me has demostrado nada. Eso de que ahora la meto y la saco cuando me viene en gana, no va por mí.

-Tú sabes porque lo hice. Y si así y todo te quedaste preñada, no sé lo que hubiese ocurrido de no hacer nada. ¡Ahora estaríamos hablando de trillizos!

-No seas tonto – le respondió ella ansiosa y esperanzada por lo que vendría a continuación.

Entraron en la vivienda sin preocuparse que alguien los viera, porque se suponía que el servicio estaría en la casa y haría el papel de carabina. No lo estaba porque el dueño ya se había preocupado de dejar el patio libre y les había dado permiso.

-No me digas que estamos solo – le susurró Lola al oído.

-¿Hace falta alguien más para lo que vamos a hacer?

Esa misma noche le dijo Lola a su padre que había aceptado a Nando como esposo y que en breve pasaría por casa para formalizar oficialmente la petición de mano. Pero todas esas zarandajas le importaban un pimiento a Lola. Había comprobado y quedado satisfecha de cómo hacia el amor su futuro marido y pensaba repetirlo las veces que juzgase necesario, con boda o sin boda.

Ésta, de todas formas no tardó. Se casaron al mes siguiente una vez publicadas todas las amonestaciones pertinentes y se cursaron las invitaciones oportunas a la flor y nata de la sociedad alcoyana.

Marcela se negó a invitar a la familia de Luis, finalmente no tuvo más remedio que aceptar la presencia de este y Ana, ante la presión de su marido y hasta la del mismo Camilo que se negaba a asistir si no lo hacía acompañado de su primo.

Sobre la presencia de Jorge y Leonor no transigió en absoluto e incluso llegó a amenazar en que sería ella la que no acudiese a la boda de su propia hija, si Pepe persistía en su actitud. Finalmente este claudicó.

Los problemas continuaron, pues Lola montó en cólera y advirtió que no se desposaría sin la presencia de Jorge, pues quería restregarle por su cara, al que ella consideraba su ex amante, el pedazo de marido que había conseguido.

Pepe no sabía cómo salir del embrollo, en que lo había metido todos. Trató de convencer a su hija de que él no podía hacer nada, pues su madre no consentía de ningunas de las maneras. Sin embargo le dijo a su hija, que si su futuro esposo, quería invitarle por su cuenta, él no podría evitarlo.

-Quiero que invites a la boda a mi primo Jorge.

-¿Por qué no lo haces tú?

-Porque mi madre no quiere.

-Si ni siquiera lo conozco.

-No te preocupes que cuando llegue el momento ya te lo presentaré. Tú haz lo que te digo y tendrás tu recompensa.

Por suerte el día de la boda, eran tantos los invitados, que Marcela no pudo detectar la presencia de Jorge ni en la iglesia, ni en el posterior convite y mucho menos la de su odiada Leonor.

Fernando y Jorge tuvieron ocasión de conocerse más a fondo unos días después de su boda, cuando el primero fue a ver a Don Camilo a requerimiento de su suegro.

En las oficinas de Don Camilo había tres grandes despachos. Uno central que ocupaba el mismo Don Camilo en las no muchas ocasiones que se dignaba presentarse por allí; otro a la derecha que ocupaba Don Rodrigo, un hombre sesentón, obeso, tal vez por estar acostumbrado por su trabajo a una vida sedentaria, y calvo. Aunque esto no parecía ser un pecado le daba un aspecto severo que no se mostraba por ningún lado cuando lo tratabas más íntimamente. El de la izquierda lo ocupaba Jorge. Era el menos lujoso de los tres, pero a él le pareció el mismo paraíso cuando entró en el por primera vez.

De momento el único merito que tenía para ocuparlo era ser hijo de Ana, pero él eso no lo sabía y creía que era por meritos propios. Don Rodrigo por la cuenta que le tenía, no lo dejaba ni a sol ni a sombra, le mostraba todo los trabajos que realizaba y se los hacía repetir las veces que fuese necesario hasta que finalmente los pudiese hacer por sí solo.

Le enseñó todos los secretos de la partida doble en contabilidad, denigrando de la simple, le mostró como se hacían los estados de cuentas, los balances y las minutas de pérdidas y ganancias y cuando ya lo tuvo todo asimilado, le enseñó lo más importante. El saber interpretarlos. Y con un simple vistazo saber si el estado de una empresa era boyante o estaba en franca bancarrota.

Al final, aprender todo esto, le costó dos años de ímprobos esfuerzos. Pero como suele decirse progresaba adecuadamente y todo ello con solo un mes de estar a su lado, Don Rodrigo ya sabía que la prima prometida por Don Camilo a su jubilación la tenía asegurada.

El vestíbulo, antesala de los tres despachos, podía dar cobijo hasta a quince escribientes, pero en

esos momentos solo necesitaban a uno, Andrés, que hacía de todo. Era “l’ultim pet de l’orgue”, como se solían decir en Alcoy, pero solo de momento, pues no ignoraba que estaría al mando de todos los que entrasen después, siempre que no fuese un enchufado como en el caso del sobrino de Don Camilo.

Pero Jorge tenía iniciativa propia y como a Don Rodrigo no le gustaba recibir a nadie e incluso a sus propios familiares les tenía prohibido se presentasen en su despacho, sea cual fuese la causa, pues su mundo eran los números y cuando se encontraba absorto en ellos no quería lo molestasen; y Don Camilo, no acudía casi nunca por allí a menos tuviese una visita pre concertada, pues hasta los asuntos con Brígido los despachaba en su casa, si se presentaba alguna visita imprevista solía recibirla Jorge.

-¿Don Camilo, por favor? – le preguntó Fernando a Andrés cuando se presentó en las oficinas. Aunque rico, Nando todavía no lo había asimilado y se sentía un poco anonadado cuando se presentaba en ciertos lugares y se enfrentaba a gente desconocida que juzgaba importantes.

-¿Tiene cita con él?

-No creo. – le respondió como justificándose - Vengo de parte de Don Pepe Boronat, soy su yerno, y no se me había ocurrido...

-Don Camilo no está. Si quiere puede hablar con Jorge, su sobrino, el quizás pueda solventarle el problema o en último extremo concertar una cita con él.

-¿Jorge? Creo lo conozco. Si es posible...

Andrés, después de anunciarlo, lo introdujo en su despacho.

Efectivamente era la persona que se había imaginado. Se trataba de ese primo lejano, aunque él creía que no le unía ningún parentesco con su esposa que no fuese la amistad entre sus padres, y que Lola le había forzado a invitarlo a su boda, pues su suegra no quería permitir su presencia en el enlace. Según le había contado su esposa había tenido sus mas y sus menos con su hermano Bernabé y le había propinado una paliza de la que tardó un par de semanas en recuperarse.

Como ese cuñado en concreto no le caía nada bien e incluso ya había intentado darle un par de sablazos, que había evitado con su habitual maestría. Solo por eso, Jorge comenzaba a despertar sus simpatías y estaba convencido de que se llevarían bien.

-¡Hola Fernando! – le saludó Jorge como si se conocieran de toda la vida y se hubiesen tratado frecuentemente durante la última semana – pasa y siéntate. ¿Quieres tomar algo?

-Gracias, pero no me apetece nada tan temprano. Me han dicho que Don Camilo no está y he venido a verle porque me lo ha recomendado mi suegro.

-Es muy difícil encontrarlo aquí, a menos que tengas prevista una cita. De todas formas, si puedo ayudarte en algo estoy a tu entera disposición. En caso contrario me encargaría personalmente en facilitaros un encuentro.

-No hay ningún inconveniente en comentarlo contigo. Recientemente he recibido un dinero y tengo disponible una importante cantidad, depositada en la Banca Vicens, y mi suegro, que me lleva los asuntos legales, me dijo que si me ponía en manos de Don Camilo con toda seguridad obtendría un mayor rendimiento.

-Es posible. Don Camilo está continuamente emprendiendo nuevos negocios, que normalmente suele financiar con sus propios recursos. Ahora bien, también sé, que en contadas ocasiones admite nuevos socios en sus empresas y no creo tenga ningún inconveniente incluirte entre ellos, tratándose de ti. Déjalo todo en mis manos y cuando tenga una oportunidad me pondré en contacto contigo.

Durante un buen rato hablaron de cosas triviales, pero que les ayudaron a congeniar y simpatizar entre ellos. Nando le invitó a cenar el sábado siguiente en “Le Parisièn”, acompañados claro estaba por sus respectivas esposas. Jorge tenía que de ese encuentro saltasen chispas, pero por otra parte quería saber cómo debía atenerse en el futuro con respecto a Lola y esa ocasión se la terminaban de poner en bandeja.

Prácticamente todos los días, Nando pasaba por las oficinas de Don Camilo para hablar con Jorge y enterarse si había alguna novedad. No le costaba nada, pues el despacho estaba en la casa contigua a la suya y como tanto la vivienda como el despacho ocupaban el piso principal de cada casa, perfectamente hubiese podido pasar de uno al otro, saltando por el balcón ya que apenas los separaban un par de metros distancia.

La cena no pudo realizarse ese mismo sábado por cuestiones de logísticas. Luis y Ana tenían un compromiso anterior y alguien tenía que quedarse con los niños pequeños, por lo que pospusieron la salida para el siguiente.

La cena fue todo un éxito. Lola abrazó a Jorge como si no lo hubiera visto en dos años, aunque salvo contadas ocasiones eso era cierto, y este se mostró cohibido por la belleza que tenía delante. Sus ojos azules lo miraron de una forma que no pudo olvidar en bastante tiempo. Al abrazarla noto el estado de ingravidez en que se encontraba su vientre y un cuerpo que llenó sus brazos. Ya no era la muchacha delgada y delicada que no hacía tres años tuvo desnuda bajo su cuerpo y ahora estaba convencido de que no podría resistirse como lo hizo entonces.

El efusivo abrazo no pasó desapercibido para sus respectivos conyugues, que lo achacaron a la impetuosidad de la muchacha y la familiaridad con la que trataba a los conocidos, herencia tal vez de su madre, pues Jorge fue exteriormente una objeto pasivo en el mismo, aunque interiormente algo hizo, que cierta parte de su cuerpo, reaccionara de forma natural. Fernando y Leonor, por otra parte, se saludaron con un simple apretón de manos.

Leonor reconoció inmediatamente al amor de su juventud. A Nando el hijo del ebanista, que en el palomar de encima de su casa, la introdujo en los primeros escarceos del sexo, aunque sin llegar a mayores y respetándose mutuamente. Después perdió el contacto con él cuando se fue a servir a casa de Doña Marcela y no se habían vuelto a encontrar desde entonces. Ciento es que lo vio de lejos el día de su boda pero nunca pudo imaginar que se trataba de su primer amor, y que hubiese llegado tan alto.

A Fernando le pasó algo parecido, le sonaba el rostro de la muchacha que tenía delante pero lo último que podía imaginar era que fuese Leo, como solía llamarla entonces para enrabiatarla pues sabía que no le gustaba, y que lo acosaba constantemente y no lo dejaba ni a sol ni a sombra pues lo tenía como un ídolo. Él la correspondía para no decepcionarla pero en realidad se lo pasaba mejor con mozas más curtidas y que le ofrecían mucho más.

Ahora había cambiado y mucho, se había hecho toda una mujer y le había costado reconocerla. Solo por su mirada insistente fija en él y cuando se la presentaron como Leonor, supo con certeza de que se trataba de ella.

No era el momento oportuno para sacar a relucir viejos amoríos, así es que de motus propio y sin un acuerdo previo entre ambos, decidieron aparentar ante sus respectivos conyugues que se terminaban de conocer en ese mismo momento. Pues después de la exhibición de Lola con Jorge, que él o ella hubiesen hecho lo mismo hubiese sido demasiado.

Durante la cena, Jorge se sorprendió y a la vez se sintió satisfecho de que Lola no tratase a Leonor en el plano de superioridad en que siempre lo había hecho. Hablaban e intercambiaban confidencias como dos viejas amigas de las la infancia que se hubiesen encontrado tras una larga ausencia y tuviesen mucho que contarse. Nando y Jorge hablaban de futuros negocios y parecía que aun continuaban en su despacho de las oficinas de Don Camilo. A la hora del baile tuvieron ocasión de intercambiar parejas en un par de ocasiones e intimar los cuatro un poco más. Estas cenas se hicieron frecuentes en los próximos meses.

XXXXX
XXX

Nando tenía mucho tiempo libre. Tal vez demasiado. Aparte del empleado satisfaciendo a Lola, principalmente por las noches o en las siestas veraniegas, o la media hora que pasaba conversando con Jorge casi todos los días y que si no se ampliaba era porque este tenía otras obligaciones, el resto de la jornada lo empleaba: almorzado, leyendo la prensa en el casino o tomando el aperitivo en el círculo de Empresarios, cuando acudían los dueños de las fabricas, después de dejar el negocio encauzado y antes de acudir a casa, puntuales, a la hora de la comida. Eso le daba tiempo para pensar y desarrollar sus planes de venganza con su antiguo socio.

Un día conoció a un viajante que representaba a diversas empresas alcoyanas y se dedicaba a vender sus productos por media España. La cosa debía irle bien, pues iba elegantemente vestido y no regateaba en el gasto. Le facilitó una larga lista de sus representados, entre los que se encontraba una buena parte de la flor y nata de los fabricantes alcoyanos.

-¿Puedes atender tantas cosas? – le preguntó Nando.

-Tengo “negros”, que hacen el trabajo por mi

-¿Negros?

-Es como llamo yo a mis empleados que hacen el trabajo que yo les facilito a cambio de la mitad de la comisión que yo percibo. Ellos realizan el trabajo y corren con los gastos y yo me gano un buen dinero sin prácticamente hacer nada.

-Buen negocio si es – le respondió Nando.

-Y necesario, pues de otra forma yo no daría abasto ni podría atender tantos frentes. Me basta con hacer la ruta una vez al año y recordarles a mis clientes para quien trabajan los representantes que reciben habitualmente.

Hablaron de otros temas triviales relacionados con su trabajo, hasta que estos parecieron agotarse. Para entonces ya habían probados todas las especialidades de la casa, con lo que a la mezcla de licores se refiere, y todo ello con el estomago vacío no era nada aconsejable.

-Yo a buenas soy un tío cojonudo, pero si alguien me jode... – balbuceo el representante – la tiene claro conmigo. Una vez, el nombre no viene al caso, un fabricante que quería pasarse de listo conmigo, se negó a pagarme unas comisiones que me debía por haberle prestado buenos servicios. Pues sepa usted que terminé arruinándolo.

-¿Es posible eso? – se interesó Nando

-Conmigo no hay nada imposible. Mire lo que hice... – miró a ambos lados para cerciorarse que nadie lo escuchaba y continuó – Pero de todo esto “mut i chitona”, pues si se entera de la putada que le hice me pega un tiro en los huevos. Lo arreglé de tal forma que no pudo ni siquiera sospechar que yo era el culpable de todo y lo defendí con tanto ahínco que incluso quedó de mi agradecido.

-Vaya al grano. ¡Por Dios! Que me está dejando en ascuas – imploró Nando.

-Le propuse un importante pedido para el ejército. Pago inmediato cuando entregase las piezas en la intendencia militar. El pedido era tan importante que incluso tuvo que pedir a los proveedores le fiasen el hilo hasta que él cobrara y al banco un crédito extraordinario para poder pagar a los trabajadores mientras tanto, pues ya había liquidado el efectivo de que disponía. A la hora de la verdad en intendencia no le admitieron las piezas de tela porque nadie las había pedido. Reclamó mi presencia para que le solucionase el asunto. Un mes más tarde me presente ante él abatido porque el general que me había hecho el encargo alegaba que la calidad no era la adecuada y se negaba a admitirlo. Yo le había entregado en su día una muestra de baja calidad, para que tuviese una referencia para fabricar la tela y como sabia donde la guardaba y tenía acceso libre a la fábrica, cuando explotó el asunto, ya la había sustituido por otra mejor. Él, por otra parte, no tenía la conciencia tranquila pues por norma tenía la costumbre de desmejorar la calidad del hilo y eliminar alguna que otra pasada, pero de forma tan tenue que era imposible apreciarlo a simple vista y mucho menos por un General que de todo esto no debía entender nada. Si el encargo hubiese sido de mantas, podría tener otra salida, pero se trataba de la tela de rayadillo que se empleaba para vestir a las

tropas de ultramar y que salvo para ese efecto no sirve para nada más. Cuando finalmente decidí comparar las dos telas, juraba y perjuraba por todos los dioses que esa muestra no era la que yo le había proporcionado en un principio, pues no se le podía haber ido tanto la mano, para iniciar la preparación del pedido. Mientras yo me levantaba de hombros, ignorando que podía haber pasado, mientras me lamentaba de la magnífica comisión que terminaba de perder. Me exigió el nombre del general, para poder visitarlo en Madrid y tratar de llegar a un acuerdo, aunque fuese a costa de grandes pérdidas por su parte, y tratar de salvar lo que se pudiese. Yo le facilité el de uno que sabía no recibía a nadie sino se salvaba antes una serie de filtros, que tratándose de los que se trataba era imposible de superar. El resultado fue ruina total y absoluta de su empresa y con una repercusión grave en su patrimonio particular

Después de la retahíla, dicha con únicamente las pausas precisas para mantener la respiración, se lanzo sobre el vaso medio lleno de cerveza y lo vacio en un par de sorbos para aclarar su voz que ya comenzaba a carraspear. Se notaba que la historia se la sabía de memoria y desde luego no era la primera vez que la recitaba.

-Buena putada si fue – añadió Nando en señal de aprobación - ¿Cuánto me costaría hiciese para mí un trabajo similar?

-En atención a nuestra reciente amistad no le costaría demasiado, siempre y cuando el perjudicado no fuese un representado mío.

Nando comprobó que no había ningún oído indiscreto cerca y aun así le susurró unas palabras cerca de su oreja. Su interlocutor hizo un gesto de sorpresa y asintió con una maleva sonrisa en sus labios.

La quiebra se confirmó siete meses después, hasta entonces, Tomas, el ex socio de Nando trató de subsistir como pudo malvendiendo algunas de sus propiedades. La primera fue una Masía en la Partida de Barchell que adquirió Nando por mediación de Jorge, pues de haberse presentado Fernando como interesado en la compra, primero la hubiese quemado que vendérsela a él. Malas lenguas ya lo implicaban en el negocio que había llevado a Don Tomas Gonzaga, su ex socio, a la ruina. Él sonreía, con cierta tristeza fingida en el rostro, aduciendo que uno de los perjudicados era él mismo, pues la fábrica todavía le debía un veinticinco por ciento de su valor, dinero que difícilmente recuperaría. Lo que no decía era que el primer plazo de esa deuda ya había vencido y resultado impagado, y que su suegro ya había iniciado los trámites para el embargo de una casa de cuatro plantas en la Calle de San Nicolás y que su importe cubría con creces la deuda.

XXXXX
XXX
X

Alcoy se hacía cada vez más grande, porque el trabajo abundaba y a él acudían las gentes de los pueblos vecinos atraídas por unos salarios, no muy altos, pero que aseguraban el sustento de sus familias; abandonando un campo que por culpa de la sequía y las plagas los estaba dejando en la indigencia.

La demanda de pisos subió y el precio de los alquileres se multiplicaba. Don Camilo consideró que era el momento de invertir en la construcción y a ello se dedicó. Fundó la sociedad “La rejola verda” y Jorge no tardó en invitar a Nando a invertir en ella.

Don Camilo quiso darle responsabilidades a Jorge, ya que Brígido estaba inmerso en otros asuntos, terminaba de ser padre y tenía la cabeza metida en demasiados sitios.

-¡Jorge! Tu tendrás que hacerte cargo de la parcela de la construcción – le soltó un buen día su jefe y cuando todavía estaba medio dormido.

-No sé si podre...

-Tendrás que espabilar. Lo primero es hacerse con los servicios de un contratista que tenga una buena cuadrilla de obreros y quiera trabajar para nosotros, después un arquitecto que diseñe las casas, cuando tengas todo eso, los problemas te saldrán solos y únicamente tendrás que resolverlos. ¡Fíjate qué fácil es!

Las palabras de Don Camilo dejaron momentáneamente anonadado al pobre muchacho, pero como también representaba la oportunidad que estaba esperando, se puso rápidamente manos a la obra.

Se puso en contacto con los dos o tres contratistas con cuadrilla propia que había por esa época por Alcoy y les propuso trabajar para él. Todos se negaron, pues trabajo había de sobra y todos preferían trabajar para ellos mismos que depender de otros. Con los planos de los edificios no tuvo ningún problema, pues rápidamente encontró un muchacho joven que se ofreció casi a trabajar gratis para él, a cambio de trabajar en un proyecto que juzgaba interesante y que con toda seguridad le abriría otras puertas en el futuro.

Había terminado ese mismo verano su carrera de arquitectura y su ilusión y ganas de trabajar eran enormes. Jorge, sin embargo, le asignó un sueldo justo.

Desesperado estaba con el asunto de los albañiles y ya comenzaba a rumiar si tendría que traerlos de poblaciones vecinas, cuando recordó a Antonio Aracil y su hijo Toño, que habían colaborado con él en la construcción de la ampliación de la casita de su madre y recordaba su capacidad de trabajo.

No era precisamente lo que necesitaba, pues no tenían cuadrilla a su cargo, pero por algo se comenzaba. En esos momentos estaban trabajando en la restauración de la Masía que había adquirido recientemente para Nando, pero ya estaban a punto de terminar.

Una noche, al término de su jornada laboral, se presentaron en su despacho. Llegaron sucios y sudorosos, y Andrés, no pudo evitar un gesto de disgusto cuando los vio entrar en las oficinas con ese aspecto, pues no eran el tipo de personas a la que estaba acostumbrado a recibir.

Jorge si los acogió efusivamente, sin importarle manchar su impoluto traje por el contacto con el polvo que acumulaban los vestidos de sus visitantes. Antonio continuaba igual que lo había conocido, pero Toño, con tres años más, se había convertido en un muchacho fuerte capaz de realizar el trabajo de un hombre hecho y derecho.

-Quiero proponeros un negocio que juzgo interesante para vosotros – les soltó sin más tapujos.

-Usted dirá – le respondió Antonio que recelaba de todo lo que no fuera el trabajo diario y temía meterse siempre en camisa de once varas.

-De momento tutéame, que para eso somos amigos o por lo menos buenos conocidos – tratando con ello romper el hielo que creía separarlos y en principio pareció que lo había conseguido pues el rostro de Antonio se relajó bastante – Don Camilo, mi Jefe, quiere construir viviendas sociales que posteriormente alquilaríamos a los obreros alcoyanos, pues hemos detectado una gran carencia de ellas.

-¿Y nosotros qué pintamos en todo esto?

-Seréis los encargados de construirlas.

-¡Solos; tardaríamos décadas.

-Contrataríais albañiles que serían los encargados de la construcción. Vosotros solos os dedicarías a dirigirlos y vigilar que todo se desarrollase como debe ser.

-Eso es imposible – dijo mientras automáticamente negaba con su cabeza – no hay ni un solo albañil libre en leguas a la redonda.

-Esa será vuestra primera ocupación mientras comienzas las obras. Supongo que tendréis conocidos en el gremio, de momento ofrecerles más dinero del que actualmente están cobrando y atraerlos a vuestro lado.

La cabeza de Antonio que hasta entonces solo se había movido negativamente, comenzó a hacerlo afirmativamente, pues veía posibilidades de convencerlos y si sus futuros empleados iban a cobrar más, estaba claro que a ellos les ocurriría lo mismo.

-¿Y nosotros que ganamos?

-Tendréis una participación del cinco por ciento en el negocio – les dijo descubriendo el as que tenía escondido en su manga para involucrarlos definitivamente en el mismo.

-¿Y eso que significa? – preguntó el padre

-Que cinco de cada cien reales que produzca esto serán nuestros – dijo Toño interviniendo por primera vez en la conversación, y de paso demostrándole a su padre que el tiempo que, según él, había malgastado yendo a la escuela después de su jornada laboral no había sido en balde.

-Esto no puede ser – intervino de nuevo el padre – nosotros tenemos que comer todos los días y no podemos esperar a que este negocio produzca rentas para comenzar a recibirlas.

-Vosotros – intervino Jorge negando con la cabeza – recibiréis, a partir del día que termine vuestro trabajo en la masía de Don Fernando, el sueldo semanal que tú mismo te fijes. Sé que eres honrado y no abusarás de esa prebenda. Cuando obtengamos beneficios y repartamos los mismos tú recibirás el mismo porcentaje con el que participas en la sociedad.

Antonio aceptó inmediatamente pues le pareció justa la proposición, más aun cuando escuchó la segunda parte de la propuesta de Jorge

-Lógicamente el cinco por ciento del capital que invirtamos será como si lo hubiese puesto tu. Y ese mismo tanto por ciento te corresponderá de los beneficios y si algún día optas por dejarnos, continuaras cobrando las rentas a menos que decidas vender tu participación por el justiprecio que pueda tener entonces.

-Entonces – dijo sibilamente Toño, demostrando haber entendido toda la explicación que hasta entonces le había ofrecido su interlocutor – si aceptamos hoy y la semana que viene decidimos marcharnos. ¿El 5% continuara siendo nuestro?

Jorge no pudo evitar una sonrisa ante la picardía del muchacho.

-Siento desilusionarte, pero no. Cuando firmemos el contrato de la cesión de ese 5% de la participación, veréis que hay una cláusula que asegura vuestro compromiso por lo menos durante diez años, a menos que hubiese una causa de fuerza mayor.

-¿Cómo qué? – intervino Toño que ahora era el que llevaba la voz cantante, en vez de su padre.

-El fallecimiento de tu padre, pongo por ejemplo y que esperemos no ocurra, en ese caso la obligación se interrumpe para la participación pasa a sus herederos.

Para entonces, padre e hijo, ya se habían santiguado y puestas sus manos sobre la mesa tocando madera.

Alcoy era entonces una población entre dos ríos que impedían su expansión. Igual ocurría con la muralla y fuerte que había en la parte sur, al final de la calle de San Nicolás, en el camino que conducía hacia Alicante y donde estaba el cementerio. Solo quedaba rellenar el barranco de la Loba, al oeste, unas agüeras que impedían el paso a lo que posteriormente sería el arrabal de Santa Elena.

Un proyecto que se realizaría varios años después.

Pero de momento había lo que había y con eso tenían que conformarse. Lo usual era levantar nuevas viviendas sobre las ya construidas alcanzándose en algunos casos alturas de hasta seis pisos. Ni los cimientos ni los muros de carga estaban preparados para soportar tanto peso y en más casos de lo deseable las construcciones terminaban por hundirse.

Esto, en muchas ocasiones, significaba la ruina de muchos propietarios que no podían afrontar la reconstrucción. Don Camilo supo desde el primer momento en que llegó a su ciudad natal que la construcción de viviendas sería uno de los negocios más rentables y desde el primer momento se dedicó a adquirir todas las casas derruidas y solares que encontraba a la venta.

La búsqueda de suelo, fue un problema al que por suerte no tuvo que enfrentarse Jorge.

Joaquín, el arquitecto, le proporcionó los planos de las viviendas a construir. Unas grandes, dirigida a gente pudiente y destinada a edificarse en lugares selectos de la población y otras más pequeñas para ofrecerlas en alquiler a los trabajadores, pero preparadas para en el futuro adecuarse a los adelantos que se ya se veían venir y que otros vecinos de la población más pudientes ya disfrutaban.

La vivienda tipo destinada a los obreros, consistía en una amplia sala, con ventana o balcón a la calle, situada en primera crujía y que ocupaba los dos tercios del espacio, el resto se lo repartían un pequeño dormitorio y un ropero. En segunda crujía estaba la escalera y la cocina comedor y al fondo un patio de luces que la iluminaba a la vez que hacía lo mismo con otro pequeño dormitorio y el wáter. El problema era que estos servicios no se podían usar porque el agua corriente todavía no había llegado, ni los desagües estaban enganchados a la red de alcantarillado. Pero los alcoyanos ya estaban acostumbrados a esta situación y les bastaba que en el futuro pudieran usarlos. Los sucesivos episodios de cólera que sufrió la población en la década de los años cincuenta precipitó la solución.

La casa para gente pudiente, encandiló a Jorge, pues era una maravilla. Tenía en la parte que daba a la calle cuatro dormitorios, el comedor y la cocina, todas ellas con ventana. El dormitorio principal también recibía luz por un lateral lo mismo que una salita que había detrás. Anexo a la misma y separada por un arco estaba el despacho, después el hueco de la escalera, un patio de luces, el wáter y finalmente otro cuarto sin iluminación y al que solo se podía acceder por la cocina por un estrecho pasillo, que compartía espacio con la despensa, y que igual podía emplearse como trastero que como dormitorio para el servicio.

-Este piso me encanta – insinuó Jorge

-Pues ya sabes lo que tienes que hacer – le respondió el arquitecto – comprarlo.

-Si tuviese dinero...

XXXXX
XXX
X

La primera Guía del Forastero de Alcoy, se publicó en el año 1864, después de no pocas dificultades e imprevistos, y mucho mas tarde de lo que su autor – editor, José Martin Casanova, hubiese deseado. La misma, nos habla de la topografía, resume la historia de Alcoy, su estadística, división y ensanche de la ciudad y la descripción de sus edificios públicos, religiosos y civiles. También nos habla de las fiestas populares y biografía a sus vecinos e hijos más notables.

Pero por entonces su editor, que tenía su guarida en unos locales de la calle del Mercado, ya había iniciado el proyecto al que le estaba dando las primeras pinceladas recopilando datos.

Martí acudió a Jorge para indagar sobre las diversas empresas de Don Camilo e incluirlas en un nomenclátor de todos los fabricantes, comerciantes y vecinos cuyas señas pudieran ser útiles y por otra parte asegurarse una financiación que le permitiera publicar la obra en el futuro.

Jorge, no escatimo promesas de ayuda, que eso no comprometía a nada y procuró sonsacarle algunos de los datos que sobre las edificaciones de la ciudad tuviese y que en esos momentos era lo único que le importaba.

Como anécdota le comentó que Alcoy, en esos momentos era una de las poblaciones europeas más densamente pobladas.

-Mientras que en Londres, por ejemplo, viven cincuenta y cuatro personas en una hectárea de terreno, que viene a ser unos diez mil metros cuadrados, y en Madrid, alcanza las trescientas cuarenta y siete personas. ¿Sabe usted cuantas viven en Alcoy?

-No se... - le respondió un incrédulo Jorge que en esos momentos no esperaba un examen de ese tipo - ¿Tal vez quinientas?

-Frio...Frio..., mi querido amigo ¡Ni más ni menos que mil doscientas diecinueve personas en cada hectárea!

-¿Cómo puede ser eso?

-En Londres la gente vive en chaletitos con jardín, en Madrid lo hacen en altura, pero con calles amplias y nosotros con mas altura si cabe y con calles estrechas –Martí no sabía a ciencia cierta si la cosa seria de esa forma, pero era la explicación que se había dado a sí mismo y así la exponía a quien le interesase – Alcoy no puede continuar por más tiempo en esta situación. Necesita expandirse por la otra rivera de los ríos.

-¿Por qué no lo hacemos? Puentes que los atraviesas hay.

-Puentuchos, diría yo – le replicó el editor- necesitamos construir puentes a la misma altura que esta la ciudad ahora, sin necesidad de ir bajando y subiendo cuestas. ¿Se imagina que al final de la calle de Santo Tomas se construyera un puente que nos situase en apenas doscientos pasos en la mitad de la rivera opuesta? Tenga por seguro que ese puente algún día se hará, aunque probablemente ni usted ni yo lo veamos.

Finalmente Martin se despidió prometiéndole que en breve le facilitaría un listado con la altura de los edificios de Alcoy.

XXXXX
XXX
X

Antonio Aracil, el obrero, había contratado a quince albañiles y había tenido que cerrar el grifo momentáneamente, pues cuando corrió la voz de las condiciones económicas que ofrecía, la casi totalidad de los existentes en Alcoy se pasaron a sus filas.

Los contratistas perjudicados llegaron incluso a amenazarlo, acusándolo de competencia desleal. Él se defendió advirtiéndoles que el que pagaba no era él, sino su patrono y si este era menos tacaño que ellos, no tenía la culpa.

Días después Jorge requirió la presencia de Don Camilo en el despacho, tan pronto le fuese posible. Creía que lo tenía todo hilvanado y antes de coser el traje quería consultarlo, pues consideraba que en algunos aspectos se había excedido en sus facultades, aunque no estaba arrepentido de ello, pues es lo que hubiese hecho de ser el dueño del cotarro.

Ya había tomado la decisión de ofrecerle un cinco por ciento de participación en el negocio a Antonio y comenzaba a arrepentirse, pues no sabía cómo se lo tomarían sus jefes, en especial Don Camilo. Posteriormente tuvo la ocasión de comentárselo a Nando, que no era un problema, ni lo sería nunca, pues solía decir si a todo lo que él proponía.

Para su sorpresa al día siguiente, a primeras horas de la mañana, se presentó Don Camilo en las oficinas, sorprendiendo a un incrédulo Andrés, que estaba dando buena cuenta de un bocadillo de sardinas saladas y que no encontraba sitio donde esconderlo.

-¿Está Jorge? – le preguntó a modo de saludo, mientras pasaba por delante con una sonrisa en la cara y aparentando no haberse dado cuenta de nada.

-Y Don Rodrigo también, Don Camilo. Todos en nuestros puestos desde primera hora de la mañana.

Cuando finalmente pudo terminar la frase, con la boca llena de pan y trozos de sardinas, su interlocutor ya había penetrado en el despacho que pertenecía a Jorge.

-¡Hola Don Camilo! – le saludó jovialmente al entrar.

-Vamos a ver qué es eso tan importante que tienes para mí.

-El proyecto de las viviendas se ha puesto en marcha y la cuadrilla que hemos contratado ya está desescombrando el solar de la calle de San Nicolás. Supongo que los permisos del Ayuntamiento estarán en regla...

-De eso se ha encargado Brígido y supongo que todo va bien, pues de haber algún inconveniente ya me lo hubiese comunicado. Él solo me informa de lo que va mal. Lo otro resulta obvio.

-Bien... procuraré hacer lo mismo.

-Tu de momento me lo comunicas todo – le dijo secamente y ante la desconsolada mirada del muchacho suavizó el tono – por lo menos hasta que aprendas a distinguir lo que está bien de lo que está mal, pues no es oro todo lo que reluce y aunque lo tienes todo, en lo que a sabiduría respecta, te falta experiencia.

Jorge le enseñó los planos que el arquitecto le había proporcionado días antes. Mostrando especial énfasis en la casa prevista en la calle de San Nicolás que se suponía era la primera que iban a construir, proporcionándole todo tipo de detalles e incluso insinuándole unas pequeñas mejoras que consideraba debían hacerse.

-¿Cuáles son esas mejoras según tu?

-El arquitecto ha diseñado un simple retrete y deberíamos convertirlo en un amplio cuarto de baño.

-Hoy en día nadie se baña – reconoció Don Camilo por experiencia propia.

-Estamos construyendo un edificio que durará por lo menos cien años y tiene que estar preparado para el futuro, pues esa costumbre desaparecerá más pronto que tarde.

-¿Estás seguro?

-Sí.- le respondió con seguridad.

-Posiblemente tengas razón. ¡Que lo cambie el arquitecto!

-Y aquí...

-Ya veo que tienes mejor gusto que yo, así es que puedes hacer lo que estimes oportuno, sin necesidad de consultarme de nuevo.

-Hay un tema que me quita el sueño y del que quisiera informarle

-Tú dirás.

-La sociedad se ha formalizado con usted y Fernando como únicos socios y con una participación del cincuenta por ciento para cada uno de ustedes.

-Eso ya lo sé.

-Pero lo que no sabe es que tuve que ofrecerle una participación del cinco por ciento de forma graciable a Antonio para que aceptase, pues no veía nada claro que al final lo hiciera. Entonces – Jorge carraspeo como si quisiera aclararse la garganta – cada uno de ustedes tendría que donarle el 2,5% de su parte. Se lo he comentado a Fernando y está de acuerdo, ahora solo falta que ...

-Que yo también este de acuerdo...

-Si – pronunció débilmente Jorge como si fuese un silbido.

-Pues no... - a Jorge le pareció que parte de la bóveda celestial se desplomaba sobre su cabeza – no veo justo que el obrero participe en la sociedad con un 5% y el que va a dirigir este cotarro, no obtenga el mismo beneficio. Si que estoy de acuerdo en que cuanto más involucrado esté la gente en un proyecto, más posibilidades de éxito tendrá y más beneficios obtendremos. Así es, que ya comuniqué a Fernando, con el que tuve la ocasión de hablar ayer , y está en todo de acuerdo, que nuestro porcentaje en la sociedad se reducirá al 45 por ciento y el 10% restante os lo repartiréis a partes iguales entre a Antonio y tú.

-Pero yo ya cobro un sueldo – le respondió un asombrado Jorge – no lo considero justo.

-Tú cobras un sueldo porque tienes unas obligaciones en este despacho que debes continuar atendiendo. La participación es porque también tienes que hacerte cargo, y de una forma especial, de este negocio y tendrás que hacer más horas que un reloj para poder sacar ambas adelante. Seguro que Leonor pondrá el grito en el cielo porque no te tendrá todo lo que le apetecería y esta que te ofrezco es la mejor arma para que ella también se involucre en el proyecto y te deje tranquilo. Recuerda que todo sacrificio debe tener un beneficio. Y ahora perdona que te deje pues he quedado con Brígido en la papelera y ya voy llegando tarde. Si miraras mas los libros que maneja Don Rodrigo sabrías que nuestro común amigo, también tiene una pequeña participación en ese negocio, pues prácticamente lo ha parido.

Jorge cuando se quedó solo se puso a hacer números. El capital social de la empresa era de cien mil pesetas y su cinco por ciento representaban ni más ni menos que cinco mil pesetas. ¡Era rico; Cierto es que eso representaba estar unido a Don Camilo durante por lo menos diez años, pero no le importaba en absoluto, pues por él estaría trabajando a su lado toda la vida.

Capítulo XI

LA MASIA DE BARCHELL

La masía de Barchell había quedado impecable, Antonio y su hijo habían hecho un excelente trabajo y el mismo padre de Fernando les había dado la réplica decorándola en todo lo que se refería a la madera. En la mayoría de los casos se había restaurado los muebles ya existentes, pero en otros, todo era nuevo.

A diferencia de la masía de Morales, los medieros habitaban una casa que se había construido anexa a los corrales, que para si hubiesen deseado muchos habitantes de Alcoy, reservando el edificio principal, en su totalidad, para la intimidad de sus dueños.

En la parte baja, había un amplio salón, el comedor, la cocina y los servicios. La escalera principal que daba acceso a la planta superior, en donde estaban todos los dormitorios, también ocupaba buena parte de ella. En la buhardilla, que anteriormente era toda diáfana, se habían habilitado tres habitaciones para el servicio y dejado un amplio espacio para el juego de los niños, cuando no pudieran disfrutar de la naturaleza al aire libre y no conviniese anduvieran sueltos por la casa.

Por desgracia ese primer años apenas la pudieron disfrutar, pues Lola andaba embarazada de lo que se sería su primer hijo y al que llamarían Diego y el parto se esperaba de un momento a otro y no convenía la sorprendiera en un lugar lejanos de los servicios de la comadrona.

Lo esperaban con ilusión pues Leonor apenas hacía un par de meses había parido un nuevo hijo al que le habían puesto el mismo nombre que al tristemente fallecido el año anterior.

Finalmente la criatura nació y eso hizo que la masía quedara relegada a un segundo plano, pues toda la atención estaba centrada en Diego.

Cuando llegó el buen tiempo, las ansias por disfrutar del nuevo hogar se hicieron más acuciantes y unas veces los tres y otras solo la pareja, cuando podían dejar a Diego al cuidado de su abuela Marcela que no estaba siempre disponible, pasaban los fines de semana en la masía y que en ocasiones se prolongaba el resto de la semana.

Fernando se lo pasaba en grande practicando su gran afición que no era otra que la de recorrer grandes distancias corriendo y recuperar una forma y un tono muscular en su cuerpo que ya estaba perdiendo.

Lola que por el contrario rechazaba la oportunidad de acompañar a su esposo, pues aparte que lo de correr no estaba bien visto en las mujeres, su grácil cuerpo no estaba acostumbrado a esos trotes. Se entretenía reponiendo en el jardín los arbustos que el crudo invierno de la zona había helado.

La pareja no estaba hecha para la conversación y las tarde les resultaban aburridas. Lola se entretenía leyendo, mientras Fernando, aparentando que trabajaba, miraba, sin entender casi nada, los documentos que unos días antes le había proporcionado Jorge anunciándole la buena marcha de sus inversiones. Lo cierto era que las cosas no le podían ir mejor y su tesorería apenas se había resentido con la compra de la masía y su posterior acondicionamiento.

Solo se sentían felices cuando llegaba la noche y ambos se encontraban en la oscuridad de su habitación, desnudos bajo un par de mantas pues el rudo clima de la zona así lo requería, buscando el calor que el cuerpo de su pareja le pudiera proporcionar y daban rienda suelta a sus instintos sexuales.

Sin embargo no era oro todo lo que relucía, Lola añoraba a su primer amor y muchas veces imaginaba que el hombre que la estaba poseyendo no era Fernando, sino Jorge y para su asombro comprobaba que en esas ocasiones se excitaba más pronto y su cuerpo reaccionaba al placer con mayor intensidad.

A Fernando parecía ocurrirle igual, pues no actuaba siempre, cuando hacía el amor, de la misma forma. Unas veces lo hacía delicadamente y tomándose todo el tiempo del mundo y otras parecía

ir directamente al grano, buscando su placer e ignorando el de su pareja. El problema consistía en saber, cuando era realmente su pareja y cuando únicamente el cuerpo de su fantasía sexual. Y sobre todo saber quién podía ser la otra. Aunque la imagen de Leonor aparecía con harta frecuencia

Con independencia de todo esto, añoraban la presencia de sus amigos y decidieron invitarlos los fines de semana a pasarlo con ellos en la masía, ahora que el día se alargaba y el tiempo era más acogedor.

Lástima que la presencia de Jorge, por sus obligaciones laborales, no se pudiese alargar al resto de la semana, aunque cuando Don Camilo se enteró, le concedió algún lunes o viernes libre, siempre que tuviese sus asuntos laborales siempre al día.

La vida en la masía cambió, sobre todo los días en que podían colocar a sus respectivos hijos con los abuelos y entonces prescindían incluso del servicio al que le daban un par de días libres.

No hacían las camas, se metían por la noche por el mismo agujero, solían comer en una venta que había apenas a un kilómetro de distancia, en la misma carretera de Bañeres, y para cenar se entretenían asando buenos chuletones y alguna otra pieza de embutido, producto de la matanza que anualmente hacían los guardeses, y que Fernando pagaba a buen precio.

El contacto entre ambas parejas ya no era el esporádico de Alcoy y si mas continuo y la confianza máxima. Lola se dio cuenta de que iba descaradamente a por Jorge y ante su sorpresa pudo comprobar que este no rehuía el encuentro como lo había hecho siempre y aceptaba, casi diría que con placer, los roces que se supone se producían casualmente entre ambos. Solo quedaba aprovechar el momento oportuno.

Fernando no perdonaba ninguna de sus carreras matutinas e invitó a Jorge para que lo acompañara. Este lo hizo con placer la primera vez, pero pronto comprendió que no era precisamente la ilusión de su vida y trataba de zafarse siempre que podía.

Leonor por el contrario, un día decidió acompañarlos y se aficionó a ellas. Había salido del parto mas rellenita que la primera vez y únicamente con el trabajo diario, que en realidad solía hacer Ana, era imposible quitarse esos kilos de más. Pocos, pero que desgraciadamente se habían acumulado únicamente en su trasero. A Jorge no le importaba, y hasta parecía que disfrutaba cuando colocaba sus manos sobre él, pero Leonor quería volver, por todos los medios a su figura original.

Solicitó a los hombres permiso para acompañarlos en sus correrías matinales, siempre que se brindaran a ralentizar un poco su marcha y poderla acoplar al ritmo que podía resistir ella.

Jorge intentó poner algunas pegas pero Fernando aceptó complacido. Lola alegó por su parte que no era aconsejable ver correr a una dama por el campo, y mucho menos acompañado de dos hombres aunque uno de ellos fuese su marido. Que con ella no contasen pues no estaba para esos trotes, pero que Leonor era libre de actuar como quisiese.

-Puede vestir camisa y zaragüelles, como nosotros y con un pañuelo en la cabeza recogiendo sus cabellos, en la distancia, nadie la vera como una mujer... aunque en realidad lo sea y muy bella por cierto – termino Nando con esa galantería que pareció pasar inadvertida a todos, excepto para la eludida, que no pudo evitar sonrojarse.

-Yo no tengo ningún inconveniente – se anticipó Leonor a la intervención de su esposo.

-No creo que sea apropiado – añadió Jorge sin mucha convicción.

-Probemos y a vez que pasa – zanjó Fernando la conversación.

Al día siguiente, todos, excepto Lola que no estaba dispuesta a quemar sus energías tan tontamente, estaban preparados. Hicieron, en atención a la mujer, un recorrido inferior al habitual y la mujer lo soportó sin ningún inconveniente.

Durante las próximas semanas y ya dentro del verano esa carrera se hizo habitual y Jorge los acompañaba por no dejar sola a su esposa, aunque la confianza, que tenía con ella y su amigo, era infinita.

Ante la extrañeza de Fernando, Lola no se quejaba por quedarse sola, mientras los otros aparen-

temente se “divertían”. En primer lugar porque no le apetecía acompañarlos y en segundo porque intuía que a la larga esa situación facilitaría el que se pudiese quedar a solas con Jorge en la masía.

Lola estaba contenta con la figura que se le había quedado tras dar a luz a su hijo Diego y estaba convencida que las redondeces que había adquirido su cuerpo la hacía más apetecible ante los hombres.

Leonor ya era capaz de hacer el recorrido original de Fernando y a un buen ritmo. Jorge un día estrenó unas alpargatas nuevas, que tras el recorrido, le dejaron los pies llenos de llagas. Después de todo un día de cuidados por parte de su esposa y amigos, la heridas mejoraron, pero no lo suficiente como para que al día siguiente pudiese emprender nuevas aventuras.

Jorge supuso que ante su renuncia, los otros hiciesen lo mismo y también claudicaran, pero ante su sorpresa no lo hicieron, pues la carrera se había convertido en una droga para ellos y no estaban dispuestos a privarse de correr, por un motivo que nos les afectaba directamente.

Jorge no se opuso finalmente a que Nando y Leonor saliesen a correr. No tenía motivos para dudar de su mejor amigo y mucho menos de su esposa. Por otra parte también se iba a quedar solo con la mujer del otro y sabía que no iba a ocurrir nada. En el fondo estaba contento que Leonor corriera y sobre todo por la tersura que estaba adquiriendo su cuerpo en contraposición con el más fofo del anterior. Sin duda su decisión de correr había sido un acierto, y por unas pequeñas dudas que albergaba su cerebro no iba a privarla de ello. Lola, tampoco se opuso a la marcha en solitario de su marido con otra mujer. Parecía incluso que se alegraba aunque no comprendía sus motivos. Cuando se quedaron solos, con por lo menos dos horas de soledad para ellos, se dio cuenta inmediatamente.

Desde el jardín en donde estaban, Lola le conminó a acompañarla a la cocina para preparar un pequeño tentempié y reponer fuerzas, pues, como había ocurrido en otras ocasiones, esa semana habían prescindido de los niños y del servicio.

Ya allí, Lola lo abrazó e intentó besarlo en la boca. Él la rechazó débilmente pero no hizo nada para separar su cuerpo del suyo, ya que las redondeces que percibía bajo la tela lo embriagaban. Aunque se negaba a admitirlo esta ocasión la estaba soñando desde hacía tiempo en sus fantasías sexuales y de vez en cuando se maldecía recordando que en una ocasión había tenido la oportunidad de disfrutarlo y no lo había hecho. La beso apasionadamente y atrajo su cuerpo hacia él todo lo que pudo. Le levantó la falda y palpó sus nalgas. Ella se dejaba hacer sin oponer resistencia.

Estuvieron a punto de hacer el amor encima de la mesa de la cocina. Lola estaba dispuesta a lo que fuera, pero Jorge se contuvo. Ocasiones como esta no iba a tener muchas y la que se presentaba debía aprovecharla pero ya que iban a engañar a sus respectivos conyugues, no lo iban a hacer padeciendo y de cualquier manera. Esto había que disfrutarlo como la ocasión lo requería.

-¡Lola! Mejor que esto lo hagamos en mi cama, con calma y completamente desnudos. No tenemos mucho tiempo, pero si es suficiente para disfrutarlo.

-En tu cama seguro que no – le respondió la mujer – si lo hiciéramos esta noche Leonor detectaría el aroma de mi cuerpo y sabría que nos hemos acostado juntos. Lo haremos en la mía.

-¿Y Nando no detectara el mío?

-Ese no se enteraría ni acostándome con un oso apestoso. Por eso no sufras.

Jorge cogió a Lola en volandas para llevarla hasta la cama. Pero pronto desistió al comprobar que sus doloridos pies no lo soportaban y que el peso de la joven ya no era tan liviano como el que recordaba cuando apenas era una adolescente.

Se desnudaron rápidamente en la habitación, echando la ropa que portaban sobre el suelo.

Solo entonces, después de contemplar su precioso cuerpo desnudo, la abrazó de nuevo y la beso en los labios apasionadamente. La alzó suavemente con sus brazos, para con idéntico cuidado depositarla sobre la cama

No quiso esperar más ni creyó que ella necesitara preparación previa. Se acostó sobre ella, le separó las piernas y la penetró con la misma suavidad que lo hacía siempre, aunque en este caso no

se tratase de la misma persona con la que lo hacía habitualmente. Era la segunda mujer con la que iba a hacer el amor y se encontraba tan nervioso como en la primera vez que lo hizo. Su miembro se encontró con el mismo lugar acogedor, húmedo y caliente de siempre, en eso no parecía haber ninguna diferencia, pero si noto la diferencia en las sensaciones que estaba experimentando su cuerpo.

De ningunas de las maneras quería terminar el acto precipitadamente pues quería disfrutar del. Se lo tomó con calma y eso le dio la oportunidad de recapacitar en lo que no debía: “¡ Dios mío ¡ ¿Qué pasaría si se quedase embarazada?” Por un momento pensó en sacarla y dejar las cosas como estaban. Pero su cerebro luchaba con su corazón y se negaba a cumplir sus órdenes.

-No te preocupes – le susurro al oído para tranquilizarla – cuando llegue el momento lo sacaré y escupiré fuera.

Ante su sorpresa ella le respondió algo alterada y con evidentes signos de disgusto.

-Eso ni se te ocurra – le respondió con voz clara para que la oyera perfectamente – Puedes dejarme a medias y encima mancharme las sábanas. Tira todo lo que tengas dentro, como hace mi marido cada noche, que si él en seis meses no ha logrado dejarme preñada de nuevo, no creo que lo consigas tú la primera vez. Y si lo aciertas por casualidad seguro que le damos una alegría, pues él nunca sabrá que ese hijo no es suyo.

Lola abrazo a Jorge mas fuerte hacia sí y clavándole sus uñas en la espalda para evitar pudiese cumplir su promesa de apartarse en el último momento. Minutos después recibió la simiente entre gritos de placer.

Nunca antes la mujer había disfrutado con el sexo como ese día, desde luego no con su esposo y solo lejanamente comparable con la primera vez que lo hizo, con ese muchacho cuyo nombre ya no recordaba y sobre la dura mesa de un escritorio.

Tenía claro que esto lo debía repetir más a menudo, aunque no sabía cuándo ni cómo, a la vez que se maldecía por no haber podido casarse con este hombre que una vulgar niñera le lo había arrebatado.

Todavía llegaron a hacer el amor otra vez, no sin antes ensayar todos los actos de perversión que habían imaginado en sus fantasías sexuales comunes. Jorge la acompañó en todas ellas sin oponer ninguna resistencia. Estaba segura que a partir de ahora comería en su mano siempre que se lo pidiese.

Fernando y Leonor salieron ese día a dar su habitual carrera sin importarles aparentemente que Jorge no los acompañase. Leonor sentía un ligero hormigueo en su estomago, pues no estaba acostumbrada a estar a solas con un hombre voluntariamente y si en su día lo había estado con Jorge fue porque la confianza entre ambos era absoluta. Sabía, o por lo menos suponía, que con Fernando también podía albergar esa confianza de que no intentaría propasarse con ella si no lo consentía y que ni siquiera lo intentaría.

Fernando le gustaba como amigo, le hacía reír cuando conversaban y no ignoraba que la deseaba. Hay miradas que una mujer sabe interpretar muy bien y Nando le había lanzado más de una. Ella por desgracia ya había recibido muchas de esas miradas y Bernabé era el peor de los ejemplos. En este caso consideraba que no tenía nada que temer. También recordaba su aventura de adolescente con Fernando, en los que los besos y caricias no habían faltado y sintió las primeras sensaciones agradables como mujer. Entonces no había pasado nada y no tenía que ocurrir ahora que ambos estaban felizmente casados.

Cuando el camino lo permitía iba uno junto al otro pero sin hablar, llevando una respiración acompasada que les permitía recorrer los siete kilómetros del trayecto sin cansarse excesivamente. Cuando se estrechaba Nando se situaba detrás y ella intuía que su mirada no se apartaba ni un ápice de su cuerpo.

Fernando nunca le había concedido la menor importancia a la mujer de su amigo, la consideraba algo vulgar y nunca comparable con el bellezón con quien se había casado. Como muy bien dice el

refrán con el contacto nace el amor y desde que la trataba su opinión había cambiado radicalmente. Poco a poco fue encontrándola más atractiva y cuando hacía una semana comenzó a correr con ellos y su cuerpo fue modelándose, perdiendo algo de redondeces y convirtiéndose en un cuerpo compacto y quizás algo musculoso. Fue entonces cuando comenzó a desearla de todo corazón. Sabía que ese día tenía una oportunidad de oro y no pensaba despreciarla. Tal vez ya no se volvería a presentar Si era preciso tensaría la cuerda cuanto le permitiese aunque nunca osaría romperla sin su consentimiento.

El recorrido que hacia diariamente era una circunferencia casi perfecta. Durante el camino se encontrarían con dos fuentes en donde podrían hidratarse y reponer un poco de fuerzas, merced a unos dulces y chocolatinas que Nando llevaba a efecto en un zurrón que colgaba de su cuello.

El hombre dejaba que fuese ella la que marcase el ritmo a su comodidad, pero esta ocasión cuando se colocaban en paralelo aceleraba imperceptiblemente su paso para obligarla, casi sin darse cuenta, a seguirlo y de esta forma agotarla para cuando tomaran el primer respiro en la fuente, no se limitaran a beber un poco de agua, comer un trozo de chocolate y seguir inmediatamente la carrera.

Leonor nunca quiso rendirse y seguía el ritmo que el hombre le imponía. Cuando llegaron a la fuente no pudo evitar dejarse caer sobre la hierba con la respiración agitada y aquejada de un pequeño calambre en su pantorrilla.

Nando le ofreció agua en un pequeño vaso que llevaba en el zurrón, también algo de alimento y se brindó a solucionarle el problema que tenía en su pierna.

-Posiblemente se te ha agarrotado el musculo. ¿Me permites solucionarlo? Es sencillo y no te haré nada de daño.

Ella después de un momento duda, acepto la proposición y se sentó sobre la hierba, doblando la rodilla de la pierna afectada.

Con lentitud y como si la estuviese desnudándola arremango hasta la rodilla la pernera del pantalón y untándole la pantorrilla con una aceite especial que siempre llevaba encima cuando salía a correr, comenzó a masajearle la pierna y pronto comprobó la mujer que no lo hacían con afán de toquetearla, como ella daba por supuesto, sino de una forma experta y manos diestras fue colocando el musculo en su sitio y el dolor desapareció como por encanto.

El posible muro que podía existir entre ambos, por lo menos por parte de Leonor, había desaparecido y la mujer se sentía más confiada. La había tenido entre sus manos y en ningún momento había intentado aprovecharse de la situación. Anduvieron durante un trecho y tras comprobar que la pierna funcionaba correctamente, echaron de nuevo a correr, aunque esta vez al ritmo que ella marcaba. Pronto llegaron a la segunda fuente. Esta nacía en un montículo de donde el agua surgía espontáneamente. Alguien se había molestado en colocar un caño para que el agua manara en forma de fuente y no resbalando sobre la tierra. El agua sobrante, ya que manaba caballera, se desplazaba por un canal, que siempre permanecía lleno hasta su mitad y la parte sumergida de sus paredes estaba cubierta por un caracol negro que tenía una concha frágil y transparente. El hecho de que el canal permaneciera siempre lleno se debía a que al final estaba tapado hasta media altura y esto permitía abreviar a los rebaños que allí acudían, el agua que rebosaba iba por una acequia hasta caer en una balsa situada en un nivel inferior y cuya agua almacenada servía para regar una huerta cercana. No debía vaciarse con mucha frecuencia, pues algunos peces, anfibios y por lo menos una serpiente de agua tenían allí su residencia.

El lugar era encantador, pues recibía la sombra de unos chopos y una fina capa de hierba ofrecía un fresco asiento.

A estas alturas de la carrera, la camisa de ambos estaban completamente empapadas por el sudor y en ciertos lugares se tornaba transparente. Leonor solicitó una nueva tregua mientras se dejaba caer pesadamente en el suelo. Nando se quitó la camisa la tendió sobre una rama y refrescó su cuerpo con agua. Cada uno de sus músculos resaltaba en un cuerpo perfecto que dejó sin habla a la mujer,

ella desviaba la vista para aparentar que no se fijaba con él aunque de reojo no dejaba de hacerlo.

Esta vez el hombre no solicitó ningún permiso, se limitó a levantar otra vez la pernera de su pantalón y masajeó otra vez su pierna para dejarla de nuevo en condiciones. En esta ocasión ella no desvió la mirada pues lo tenía delante y hacer otra cosa aparentaba ridículo. Aparte de que esta vez la reacción de la mujer ante el contacto de las manos del hombre no había sido el mismo, sintió como una ola de calor recorría su cuerpo, que se estremeció. La misma sensación que experimentó el primer día que la tocó en el palomar de su casa.

Nando no le ofreció agua ni comida, simplemente se echó a su lado sobre la hierba, como si también estuviese agotado y cuando comprobó que ella no intentaba apartarse, y sin mediar palabras, se medio incorporó para besarla en los labios y acallar cualquier intento de protesta.

La mujer ni rechazo ni devolvió los besos, simplemente espero expectante al siguiente paso de su galán.

El se limitó a repetirlo y ella se lo devolvió. Animado el hombre continuó besándola mientras una de sus manos exploraba su cuerpo y no opuso ninguna resistencia incluso cuando desabrochando uno de los botones de la blusa introdujo la mano por el escote y apretó uno de sus turgentes senos. Pero cuando esa misma mano se deslizó hacia abajo y trató de bajarle los pantalones, que era lo único que cubría su sexo, ella se la cogió y lo detuvo.

- No voy a negar que me gustas – le dijo con una voz dulce que en ningún momento denotaba enojo – pero no voy a llegar a tanto. Admito tus besos y tus caricias, pero si consideras que no puedes contenerte lo mejor es que lo dejemos aquí.

Se lo quedo mirando esperando su respuesta y cuando esta fue afirmativa lo dejo hacer soltándole la mano que tenia retenida.

El se puso sobre ella y noto su miembro, completamente erecto sobre su pelvis. Mientras ella lo abrazaba y con la mano en la espalda como si contara cada uno de sus músculos lo atraía hasta ella. No pudo resistir más y ligeramente abrió sus piernas en señal de claudicación. No lo interpreto así el hombre o no quiso arriesgar ese momento delicioso con algo que la enojara y cumpliendo su palabra se limito a continuar besándola donde podía, pero sin intentar forzarla. Se cebó sobre su cuello y le dio un chupetón que hizo que ella exclamara un ligero grito de dolor y una ligera mancha sonrosada quedó en el cuello impresa.

Para compensarla puso su mano sobre su sexo por encima de los pantalones y como ella no se opuso la introdujo por la bragueta y masajeó el punto débil de su sexo. Los gritos de placer no tardaron en llegar y Leonor comprendió que si en esos momentos el hombre lo hubiese intentado de nuevo no se habría opuesto y lo hubiese dejado llegar hasta el final.

No se aprovechó Nando de la situación y eso le sirvió a Leonor para saber que podía confiar en él y en su palabra. Alcanzó el éxtasis casi inmediatamente y cuando se fijó en él solo vio una cara desolada y un miembro erecto que pugnaba por salir por la bragueta del hombre. Lo liberó y por un momento pensó en acogerlo entre sus labios, pero eso le parecía más horroroso que hacerlo en su vientre. Rotundamente se negó, no lo había hecho con su marido, cuando en una ocasión por problemas propios de la mujer no pudieron realizar el coito, y él se lo pidió implorando consuelo. No pudo hacerse el ánimo y se lo negó, ahora no iba a ofrecérselo a otro que ni siquiera se lo había pedido. Lo cogió con una mano y lo agitó, como una vez había visto auto complacerse a su padre, cuando su madre lo expulsaba de la habitación común en la pequeña casa que habita antes de ir a servir a casa del Señor Pepe.

Cuando todo termino y Leonor quedó asombrada por la distancia que podía alcanzar el semen de un hombre cuando se liberaba. Se lavaron las manos en la fuente y continuaron su marcha.

Cuando llegaron a la casa encontraron a Jorge sentado en una silla y con los pies dentro de una palancana de barro llena de un líquido oscuro en el que todavía se encontraban restos de las hierbas que habían participado en la cocción, y que según la guardesa era mano de santo para curar esas

heridas. Mientras Lola se encontraba en la cocina haciendo mella en un jamón y preparando un buen plato para que recuperaran fuerzas los sufridos corredores.

Jorge pidió a Leonor le acercase una toalla, pues llevaba casi dos horas, le mintió, con los pies en remojo y comenzaba a cansarse. Cuando su esposa escucho su petición lo besó amorosamente en los labios, pues en esas condiciones poco pudo hacer la pareja en su ausencia.

Pero su opinión cambió por la noche, cuando Jorge se desnudó, Leonor pudo apreciar unas extrañas marcas en su espalda que partiendo de su columna vertebral se desplazaban a ambos lados. Eran cuatro líneas rojas, casi paralelas, y que parecían provocadas por las uñas de una mujer. Ella estaba segura que no los había provocado, pero por discreción guardo silencio, pues no era ese el mejor momento para iniciar una discusión y ella en parte también se consideraba culpable.

Jorge, cuando se echó sobre su esposa, y a la débil luz del candil, vio un enorme chupetón en su cuello, no recordaba habérselo hecho, pero tampoco podía jurar que estaba seguro de ello.

Mientras los dos hacían el amor sus mentes estaban muy lejos de lo que estaban haciendo. Cada uno pensaba en lo que había visto y suponían que había muchas preguntas que hacer pero ninguno de los dos se atrevió a formular la primera. Por otra parte el acto sexual se desarrollaba como siempre y ninguno de los dos detectó ninguna reacción extraña en su pareja.

Para curarse en salud, cuando Jorge comprobó que Leonor, por primera vez en lo que llevaban de casados, y en un momento de éxtasis le clavaba sus uñas en la espalda mientras lo atraía para besarlo. Jorge sintió el escozor que esta acción le provocaba y recordó culpa de quien era. Comprendió que su esposa solo estaba tratando de disimular algo que había visto y no se precisaba ser un lince para saber lo que era. Aprovechó para darle un chupetón en donde ya tenía la marca. Si algo había ocurrido fuera del matrimonio ya estaban en paz y si alguien quería explicaciones mejor dejarlo para otra ocasión.

Nando y Lola hicieron el amor como casi todas las noches, aunque en esta ocasión en concreto nadie parecía tener excesivas ganas. Finalmente terminaron con más pena que gloria y Lola confirmó que un solo polvo con Jorge valía por mil de su esposo.

La guerra parecía servida.

CAPITULO XII

DON CAMILO VUELVE A CAZAR

Que Marieta continuaba siendo un bocado apetecible para todos los hombres era indiscutible, pero siempre que se plegaran a sus caprichos y Camilo no estaba dispuesto a hacerlo.

No concebía que no pudiese hacer el amor con su esposa cuando le apeteciera a menos que se colocara en su miembro el trozo de tripa de cerdo. El miedo a quedarse de nuevo embarazada, hacia que Marieta tomase todas la precauciones posibles. La de la tripa que parecía bastante segura no convencía a Camilo, pues necesitaba de una preparación previa cuando el miembro ya estaba en erección y él ya no estaba para tantos preámbulos, pues cuando finalmente lo lograba, aun contando con la valiosa ayuda de su esposa, lo normal era que el ánimo hubiese decaído y se fuese todo al traste.

La otra posibilidad era cuando Marieta tenía el periodo, pues según le habían dicho durante esos días el cuerpo de ella se estaba purificando y no tenía ningún peligro de quedar preñada. Camilo consideraba que aquello era una cochinateda, pues después del acto no tenía más remedio que levantarse para hacer una limpieza de bajos y eso le desesperaba. Terminó por obviar a su esposa, en cuanto al sexo se refiere, y aprovechar únicamente el tibio calorcillo que desprendía su cuerpo en las frías noches de invierno.

Como no solo de pan vive el hombre y los gatos cuando no tienen comida en casa se van a cazar ratones, Camilo buscó nuevas expectativas y la primera y más fácil la tenía en la misma casa. Sofía, la doncella, ya había cumplido los veinte años y era la pieza más apetecible. La joven tenía una belleza exótica y un cuerpo atractivo, ya conocía lo que era el sexo, pues el que decía ser su novio la había preñado y después quiso llamarse andana y escurrió el bulto. Su madre, Carmen la guardesa, requirió la ayuda de su patrono y Don Camilo supo, gracias a los contactos de Brígido, que había una mujer que por el arte del birlibirloque y desde luego algo de dinero, hacía desaparecer los hijos indeseados de las preñadas que requerían sus servicios. Después para castigar al causante del estropicio, logró que lo despidiesen de su trabajo y de los otros que consiguió posteriormente, hasta que cansado de la persecución a la que era sometido y de la paliza que le atizo Jacinto cuando se enteró, emigró a Barcelona.

Camilo, en sus momentos de ofuscación, ya había tanteado a la muchacha, sin más intención que tocar sus redondeces y robar algún beso. Ella se había mostrado sumisa y parecía aceptar su suerte simplemente porque su madre le había dicho a todos sus hermanos y especialmente a ella, que los dueños de la casa eran sagrados, por el bien que les habían hecho, y que debían atender sus peticiones sin rechistar.

Camilo ignoraba si esa petición tenía un límite y hasta donde llegaba, pero todo era cuestión de probar y esperar el momento oportuno.

Eso tampoco era difícil. Por las tardes Marieta salía siempre para reunirse con su grupo de amigas; Concha, cuando terminaba sus labores en la cocina, recogía a su hijo, que hasta entonces lo cuidaba María, la niñera de la casa, y lo sacaba a pasear, si hacía buen tiempo; o se refugiaba en su habitación, para compartir sus juegos y disfrutar de su compañía, en caso contrario. María a las cinco salía para recoger los niños de la casa del colegio y después los llevaba, para que merendasen entre juegos, a la glorieta. Brígido trabajaba en su despacho de la casa, pero siempre podía, con cualquier excusa, enviarlo a algún sitio para resolver un imaginario problema. Entonces solo quedarían en la casa los dos solos y ese sería sin duda el momento oportuno.

Aprovechando que no había nadie en la casa, Sofía se refugió en su habitación, aunque dejó la puerta abierta, por si el señor, el único que permanecía en ella requería su presencia.

Desde que su novio la había abandonado y no quiso saber nada, ni de ella ni de su hijo, la mucha-

cha estaba triste y languidecía en una vida que parecía no importarle demasiado. Cuando entró Don Camilo en su dormitorio nunca pudo suponer con que intenciones venía ni tampoco se lo imaginaba. Se levantó respetuosamente y se ofreció para servirle en lo que necesitase. Él se acercó hacia ella y, sin pronunciar palabra, la rodeó con los brazos y la besó en los labios. Ella, sorprendida, se dejó hacer sin oponerse, pues en realidad no sabía cómo comportarse. Unas manos nerviosas parecían querer meterse por todos los sitios sin aparente éxito. Finalmente decidieron desgarrar, más que abrir, los botones de su camisa y poner sus senos al descubierto. Comenzó a morderlos sin hacerle el menor daño aunque tampoco sin proporcionarle ningún placer. De repente el hombre se separó de ella para comenzar a desnudarse precipitadamente. Ella hizo lo mismo con su ropa. Ignoraba si la obediencia que le había ordenado su madre llegaba hasta esto, pero estaba cansada por todo lo que había pasado y no quería meterse en más líos. Sabía lo que venía a continuación y estaba dispuesta a ello, prefería quitarse ella misma la ropa que esperar a que lo hiciera el hombre y se las destrozara como ya había hecho con la blusa.

Lo consiguió antes que el hombre, así es que se echó sobre el lecho, después de cerrar la puerta de su habitación, y lo esperó con las piernas abiertas. Sabía lo que tenía que hacer, pues el acto sexual lo había practicado infinidad de veces con el que ella creía su novio y el hombre con el que esperaba casarse en un espacio de tiempo no muy lejano. Lo habían hecho en los lugares más inverosímiles y obligándola a adoptar unas posiciones que denotaban tenía experiencia en ese asunto. Seguro que lo habría hecho con otras mujeres, pero ella nunca quiso darse cuenta. Tenía que reconocer que se lo había enseñado todo en el aspecto sexual.

Curiosamente nunca lo había hecho en la comodidad de una cama como iba a hacerlo ahora. También tenía que reconocer, que exceptuando la primera vez, en que lo pasó fatal, posteriormente disfrutó mucho haciendo el amor, especialmente en una ocasión que nunca olvidaría, en que su cuerpo experimentó unas oleadas de emociones en su interior que no sabía cómo explicar.

De sus cavilaciones la sacó el cuerpo de Don Camilo cayendo sobre ella y posteriormente, el dolor que le produjo su miembro al introducirse en una vagina reseca la hizo volver a la realidad y estremecerse de dolor. Esto no lo esperaba y una lágrima que pronto se secó entre las sábanas brotó de sus ojos sin que el hombre que la poseía absorto en los que estaba haciendo se diese cuenta.

El suplicio apenas duró un par de minutos pero a ella le pareció una eternidad. Cuando recibió la descarga se relajó, sabía que todo había terminado. Esperaba que todo esto no tuviese mayores consecuencias, aunque ahora estaba más tranquila en ese aspecto pues tenía a alguien que le sacaría las castañas del fuego.

Camilo, por su parte, cuando la vio tendida en la cama, con las piernas flexionadas y abiertas como si lo estuviese esperando, se lanzó encima de ella olvidando la primera regla del buen amante que consiste en preparar convenientemente el nido antes de meter al pájaro. No lo hizo así, tal vez por las prisas o las ansias que lo embargaban, y sufrió las consecuencias, que consistían en una mujer insatisfecha y una polla desollada.

Desde el primer momento supo que la cosa no iba bien, pues en vez de un lugar húmedo y cálido se encontró con otro reseco y frío. Posiblemente debió detenerse y comenzar de nuevo como estuvo a punto de hacerlo, pero temía que un breve parón terminase con sus ilusiones y la fuerza de su pito. Por suerte un pequeño escape de su propio semen antes de la eyaculación definitiva, suavizó aquello lo suficiente como para animarle a terminar el acto sin peores problemas ni soluciones de emergencia.

Por otra parte la mujer con la que yacía parecía un tempano de hielo y si no fuese porque en el pecho notaba las palpitations de su corazón hubiese creído que se estaba tirando a una muerta. Se levantó y mientras se vestía la observó ausente sobre la cama, sin moverse, esperando que él se marchase para hacer lo propio. Lo malo de todo ello es que era extraordinariamente bella y tenía un cuerpo perfecto. Lástima que como amante era un completo desastre.

¡Qué diferencia con Consuelo; la madre de su segundo hijo, y que ahora vivía felizmente casada en Yocla, que siempre lo recibía contenta y ambos disfrutaban con lo que habían hecho en la cama.

Cuando termino de vestirse, sacó de su bolsillo una moneda de oro y la depositó sobre su pecho.

-Esto no es un pago por tus servicios – le dijo – porque yo nunca lo hago, es solo para que te compres una blusa nueva.

Salió de la casa para refrescarse y reorganizar las ideas que fluían en su mente. Subió por la calle de San Nicolás en dirección a la Glorieta y en el trayecto se topó con María la niñera, que iba acompañada por sus hijos. Los saludó a todos y le dio a la chiquilla unas monedas para que les comprara unas chucherías a los niños, y para ella lo que quisiera.

La muchacha tendría ahora unos dieciséis o diecisiete años, era tan hermosa como su hermana y ya gozaba de un cuerpo espléndido, pero meterse con ella ahora lo consideraba un infanticidio y con lo que había pasado esa tarde ya tenía bastante con la familia.

Continuó a su aire pensando quien podría ser su próxima víctima, cuando a lo lejos vio a Ana.

XXXXX
XXX
X

Luis y Ana no pasaban precisamente por el mejor momento en sus relaciones matrimoniales. El carácter de su esposo se había agriado desde la disputa de su hijo con Bernabé y las consecuencias que todo ello trajo. Desde entonces, temía sin razón, ser despedido y trabajaba más de lo debido, tratando demostrar algo que ni él sabía qué.

Iba a la fábrica a las seis de la mañana cuando no tenía la obligación de presentarse hasta las ocho. Por el medio día no descansaba las dos horas reglamentarias de la comida y no iba a casa para comer, consumiendo en su puesto de trabajo las viandas que Ana le había preparado y por la noche se presentaba en su casa agotado a las diez de la noche, cuando se suponía que a las seis de la tarde terminaba su jornada. Se acostaba apenas sin cenar y cuando Ana lo hacía, casi inmediatamente, ya estaba dormido. Las relaciones sexuales que solían practicar ambos conyugues casi diariamente habían pasado a mejor vida.

Ana estaba desesperada, los contactos con Marcela eran desde luego inexistentes, pero con Pepe todavía se hablaban y aunque este había tratado de intervenir a petición suya, no podía hacer nada pues se trataba de una decisión personal del propio Luis, estaba obcecado en ello y nadie se lo había impuesto.

-Lo único que puedo hacer, como mal menor, es despedirlo si veo que peligra su salud, pero como comprenderás eso no lo puedo hacer pues sería peor el remedio que la enfermedad. – le dijo la última vez que la vio.

Cuando de lejos vio a Camilo que se acercaba apresuradamente hacia ella, se alegró. Desde que se había entrevistado en su despacho no había tenido ocasión de volver a verlo. Parecía mentira, vivían en una pequeña población y solo se veían de uvas a peras.

Se abrazaron y ella lo besó en la mejilla, mientras él aspiraba el peculiar aroma de su cuerpo que siempre lo volvía loco.

Camilo fue el primero en tratar de deshacer el abrazo que siempre anhelaba, pero ante su sorpresa vio que era ella la que se obstinaba en mantenerlo, mientras unas primeras lágrimas bañaban sus ojos.

-¡Camilo! ¡No sabes cuánto te necesito!

El hombre forzó la separación y la miró fijamente a los ojos con gesto preocupado.-

-Dime qué te pasa.

Ana permaneció un buen rato en silencio, mientras se desplazaban del lugar del encuentro huyendo de las miradas curiosas de algunos transeúntes. Eran personas más o menos conocidas y no era cuestión de montar un espectáculo.

Caminaron hacia la Glorieta, hacia un buen día, pues estaban a principios del verano, y el sol todavía tardaría en ocultarse.

Sentados en un banco, ocultos a la vista de los paseantes y en un lugar discreto, durante un buen rato Ana le contó todas sus penas, mientras que con un pequeño pañuelo secaba las lágrimas que brotaban de sus ojos.

-¿Solo es eso? – le respondió aliviado Camilo, tratando de transmitirle su tranquilidad – no te preocupes que le pasara pronto. Lo conozco como si lo hubiese parido y es una reacción propia de él, que asume como una autodefensa. El trabajo le hace olvidar sus problemas y esto no le durará más de un mes, te lo prometo.

Ana no estaba segura que lo escuchado fuera cierto, pero se aferraba a ello como una tabla de salvación.

-¿Estás seguro? – le preguntó algo aliviada.

-Segurísimo. De todas formas estaremos en contacto, porque quisiera vigilar la situación de cerca.

-No sabes cuánto te lo agradezco – le respondió mientras asía su mano y la apretaba con fuerza sobre su rodilla, como si quisiera captar y transmitirse su energía.

-El lunes me podrías invitar a comer. Se lo dices a Luis pues seguro que a él también le gustará

asistir a la comida. Tenemos mucho que hablar. Mejor que tu familia no esté presente. Yo le daré permiso a Jorge para que se quede ese día en la masía de Fernando y tu procura que no te deje a los niños como suele hacerlo, incluyendo a Inés.

Ana asintió

-Parece que sabes más de su vida que yo.

-Me intereso por mis empleados, donde pasan su tiempo libre y sobre todo si son felices. Eso les hace rendir en su trabajo e indiscutiblemente todo ello me beneficia – le dijo sonriendo y guiñándole un ojo – Por cierto ¿Cómo esta mi querida Inés?

-Tan guapa como siempre

-Tengo ganas de verla

-A recogerla voy al colegio dentro de nada. Si quieres puedes acompañarme.

-De acuerdo, pero antes pasaremos por el bazar para comprarle una muñeca.

Camilo miro a su alrededor y vio que nadie se acercaba, y como si fueran unos enamorados la beso en los labios largamente sin que ella se opusiera. Después se levantaron y salieron a la vista de todos.

Ana sabia, con la certeza que lo puede saber una madre, que Inés era hija de su esposo. Pero su concepción coincidió en el tiempo con una ocasión en que mantuvo una relación, ya no recordaba si forzada o voluntaria, con Camilo. Era una época que nunca había querido recordar pero que ahora rememoraba con agrado. Éste, que entonces era cura, sacó sus cuentas y siempre había considerado que la niña era hija suya. Recordaba que una vez le dijo: “Llevas años casadas con Luis – Jorge era producto de su primer matrimonio – y nunca habéis tenido descendencia y por una vez que meto baza yo, te quedas preñada”. Podía tener más razón que un santo, aunque ella siempre se lo había negado, aunque solo fuera por despecho. Pero lo único que era cierto es que había mantenido centenares de relaciones con Luis en los años que llevaban casados, tomando precauciones para evitarlo únicamente en la épocas difíciles, pero no después cuando ya estaban cómodamente instalados en Yocla. Y curiosamente cuando alternó esas relaciones con las de Camilo fue cuando se quedó embarazada.

Por otra parte había intentado quedarse de nuevo embarazada, sobre todo tras la inesperada muerte de su nieto, sin conseguirlo.

Lo cierto era que en muchas ocasiones hasta ella misma lo había dudado, pero mantenía el tipo únicamente por orgullo. A veces creyó que Luis pudiera ser estéril, pero se negaba a creerlo y si lo fuese no le interesa en absoluto que su esposo lo supiese.

Por otra parte Camilo era inmensamente rico e Inés era una de los pocos hijos que se le suponían y él creía propio, exceptuando claro esta los dos últimos con Marieta que eran legítimo, nadie ignoraba que cuando falleciese algo les caería a cada uno y tampoco quería que por un falso orgullo su hija pudiese quedar fuera.

Al lunes siguiente todo salió como estaba previsto. Camilo alegó en su casa un negocio imprevisto para justificar su ausencia durante la comida y si Dios quería y todo salía bien, buena parte de la tarde. A las dos y diez se presentó en casa de Luis y cuando le abrió la puerta una sonriente Ana supo con certeza que su esposo había acudido a comer. Esto quizás le estropease el plan previsto, pero hoy trataría de solventar el problema de su primo y lo otro ya caería como fruta madura.

Comieron la típica olleta alcoyana que Ana sabia que tanto le gustaba a su invitado. En la sobremesa y mientras la anfitriona trajinaba en la cocina haciendo “la ascurá” los dos hombres hablaron largo y tendido. La tensión que acumulaba Luis parecía que iba desapareciendo por momentos conforme se desarrollaba la charla y la sonrisa volvió a su cara, ante la alegría de Ana que estaba pendiente de todo y se acercaba a cada momento por si necesitaban algo.

El reloj se mostraba inflexible y a las cuatro menos cuarto, el dueño de la casa se levantó, dando por concluida la conversación ante la obligación de presentarse en su puesto de trabajo.

-Tengo que marcharme, a las cuatro tengo que estar preciso en la fábrica – se justificó ante Ca-

miló.

-Te acompañó – le respondió su primo, pues continuar en la casa no tenía sentido.

-No es preciso, me voy corriendo. Tú ni siquiera has terminado con la copa. Te he acaparado durante todo el rato y supongo que Ana querrá contarte algo y que tú le cuentes el resultado de esta conversación, que no ha sido casual, pero que te agradezco en el alma.

Se despidió de su esposa dándole un fugaz beso en sus labios y partió a continuación.

-¿Te apetece otra copa? – le ofreció la anfitriona

-Coñac, por favor. Creo que me hará falta.

-Yo te acompañaré con una copita de anís.

Diez minutos después, ambos, siguiendo un impulso que nadie inició, estaban haciendo el amor en el tálamo matrimonial de los dueños de la casa.

Después de una larga tarde de amor, interrumpida únicamente por algún breve descanso para reponer fuerzas y que Camilo aprovechó para contarle someramente la conversación con su marido y lo incierto del resultado aunque se mostraba esperanzado, el hombre abandonó la casa. A Ana apenas le dio tiempo para hacer una cama todavía caliente.

Luis se presentó allí antes de las seis y media y la invitó a arreglarse para salir a tomar una horchata y después cenar en Le Parisiën.

Ana aceptó encantada, no esperaba una recuperación tan rápida de su marido. La mujer había pasado la tarde más maravillosa de su vida y había disfrutado del acto sexual como nunca. Estaba claro que Camilo era un saco de sorpresa y nunca sabías cuando te llevabas el primer premio o recibías un gatillazo a cambio, como en alguna que otra ocasión. Esta vez había salido la de cal y lo que tenía claro es que “eso” tenían que repetirlo, aunque no sabía cómo ni cuándo porque ocasiones como las de este día no se presentaban siempre. Pero ella contaba con la imaginación de su nuevo amante que lo deseaba tanto como ella.

Indiscutiblemente la molestaba engañar a su marido, pero la vida son cuatro días y las ocasiones las pintaban calvas. Tenía claro que oportunidad que dejas pasar ya no regresa.

Camilo salió satisfecho de casa de Ana y con deseos de comerse el mundo. Ya no le importaba nada Sofía, ni el virguillin de su hermana y mucho menos la estrechas de su esposa. Había descubierto el verdadero amor y no iba a dejarlo.

XXXXX

XXX

X

La casa de la calle de San Nicolás estaba prácticamente terminada y próximamente los cuatro pisos y el ático se pondrían a la venta.

-¿Cuál te gustaría a ti? – le soltó una mañana a Jorge mientras este le estaba enseñando los planos.

-Yo no puedo comprar un piso como estos – le respondió con cara de pena.

-No te estos pidiendo que lo compres sino que me asesores. Supongo que al precio que saldrán no podre comprarlo ni yo mismo – le respondió un alegre Camilo que ese día se encontraba en disposición incluso de hacer bromas – Un amigo me ha pedido que le reserve uno y me gustaría ofrecerle el mejor y no se cual.

-Yo me quedaría con el ático, pero es un piso para toda la vida y llegara un momento que le costara subir tanto tramo de escalera. Ahora ya hay que tener en cuenta que en muchas ocasiones subes cargado o la esposa puede estar embarazada y seria un martirio para ella. Indiscutiblemente el segundo piso es el mejor. Es sin duda el que me quedaría yo. – le respondió triunfante como si ya lo hubiese comprado.

-Veo que has pensado en todo y me alegro. Entonces resérvalo ya y pon los otros a la venta. Aquí tienes la lista de los precios, pero debido a tus indicaciones modifica los precios. Al cuarto le quitas mil duros y se los añades al primero. Este lo venderemos enseguida y el otro costara, de esta forma los equilibramos.

Jorge le echó un rápido vistazo al papel que le entregaba Don Camilo y no pudo evitar lanzar un prolongado silbido.

-Esto no lo puede comprar nadie...

-Cierta sabio griego dijo en cierta ocasión: “Darme un punto de apoyo y levantaré el mundo”. Yo te puedo añadir, dame crédito y te lo compro. Todo es cuestión de plazo.

XXXXX

XXX

X

Cuando llegaron los primeros días del verano y al enterarse Don Camilo que Jorge iba a pasar buena parte de él en la masía de Fernando, le propuso realizar jornada intensiva: de ocho a tres de la tarde para que tuviese toda la tarde libre y sobre todo que no se cansara de estar allí, por el poco tiempo que podía disfrutar, y se le ocurriera regresar a Alcoy. Lo hacía, claro estaba, mas por su propio interés que el de Jorge. Con ello contaba con que se sacaba de casa de Ana a toda la familia, suponía que Inés incluida, pues no iban a privar a la niña de la compañía de su sobrino, al que tenía un especial cariño, y de unas maravillosas vacaciones al aire libre y fuera del calor estival de la población. Con todo ello y contando con el horario riguroso que se imponía Luis en su trabajo, podía disfrutar de Ana durante prácticamente todo el día y en su propia casa.

Para ser equitativo y evitar susceptibilidades de favoritismo, propuso la misma opción al resto de la plantilla, pero Don Rodrigo, ante la desolación de Andrés que estaba encantado, la rechazó, pues no concebía que un contable pudiese estar absorto en los números siete horas seguidas sin incurrir en errores. Por otra parte privarse del cafetito de media mañana y de la fresca cerveza del mediodía, de lo que tenía que prescindir si aceptaba, se le antojaba innegociable. Ambos continuarían con la jornada de 9 a 13 horas por la mañana y de 16 a 19 por la tarde. Aunque finalmente Don Camilo les permitió incorporarse a las cinco de la tarde y darles una horita mas para la siesta.

Fernando le cedió su caballo a Jorge para que pudiese hacer el trayecto diariamente más rápidamente. Entre la masía y la plaza de San Agustín había aproximadamente una legua. Yendo a buen paso y galopando cuando el terreno lo permitiera podía hacerlo en menos de media hora. En su destino dejaba al morlaco en el hostel de la Viuda y lo recogía a primeras horas de la tarde.

Leonor tenía una espina en su corazón, sabía casi con toda certeza que Jorge la había engañado con Lola y posiblemente en más de una ocasión, mientras ella no había permitido la consumación de su relación con Fernando, que en realidad se había limitado a su encuentro en la fuente de Mariola. Las miradas y los mensajes a base de gestos que continuamente se enviaban su esposo y Lola, posiblemente pasaban desapercibido para un hombre pero no para ella.

Finalmente se decidió, la idea fue suya, pero permitió que la iniciativa partiese de él. Jorge estaría ausente hasta primeras horas de la tarde, trabajando, y Fernando finalmente se había decidido a contratar a una niñera para que estuviese pendiente de los críos y molestasen lo menos posible.

Fernando y Lola eran aficionados a montar a caballo, por lo que disponían de dos excelentes ejemplares. Uno se lo habían cedido a Jorge para sus viajes diarios y el otro lo alternaban la pareja diariamente en la monta.

Esa mañana Lola decidió dar un paseo y Leonor supo que había llegado el momento tan ansiado. Estaba nerviosa como una principiante pero dispuesta a correr el riesgo. A Fernando solo tendría que insinuarle para que él rápidamente tomara la iniciativa.

Un roce innecesario y una mirada con complicidad fueron suficientes para que el hombre se decidiese. Después de comprobar que estaban solos en el salón y que no había ni criadas ni niños a la vista, el hombre la tomó en sus brazos y la besó apasionadamente en los labios.

-Aquí no... - susurró la mujer, informándole de paso que estaba dispuesta a llegar más lejos.

Subieron a las habitaciones del primer piso y se encontraron con que la doncella estaba haciendo las camas. Continuaron hasta la buhardilla. Cerraron la puerta para que nadie los sorprendiera, se desnudaron completamente y sobre un jergón que allí había para facilitar las volteretas de los niños, se echaron.

Fernando tenía un cuerpo esplendido y la mujer no se cansaba de contemplarlo, pero sobre todo disfrutaba palpando cada uno de sus fuertes músculos. Era la primera vez que hacía el amor voluntariamente con alguien que no fuese su marido, obviando claro estaba los desagradables encuentros con Bernabé, y temblaba como un flan.

Se abrió de piernas instintivamente para evitar volver a escuchar en un hombre las desagradables palabras de su violador: "no te han enseñado que para follar es preciso abrirse de piernas". Su aman-

te no aprovecho esta situación. Estaba entretenido en besar cada parte de su cuerpo y en lamer y mordisquear sus pezones. Eso ya por si le puso la carne de gallina por todo el cuerpo, sin contar que su miembro erecto correteaba por sus entrepiernas tocando con su punta esporádicamente su sexo pero sin intentar entrar en ningún momento.

Era una experiencia nueva, pues Jorge solía ser más directo e iba al grano apenas la notaba en su punto. Su cuerpo estaba reaccionando como nunca lo había hecho y creía que en cualquier momento llegaría el orgasmo sin necesidad de haberla penetrado. Lo hizo cuando menos lo esperaba y quizás por ello fue más placentero. Odiaba las comparaciones pero este sin duda era más grande que el de su marido y ya fuera por esta causa o porque su amante lo manejaba con maestría, alcanzó el éxtasis casi inmediatamente y las convulsiones de placer se repitieron a breves intervalos y como un terremoto. Cuando él se derramó en su interior, ella ya hacía tiempo que se encontraba en el paraíso.

Desde ese día la convivencia cambió en la casa, las caras largas se terminaron y aunque las noches era sagradas para cada matrimonio, durante el día cada uno hacia lo que podía. Cuando dos miembros de distinto sexo y pareja se encontraban, ninguno era tan ingenuo de comentar la prolongada ausencia de sus respectivos conyugues, se limitaban a continuar la conversación iniciada o simplemente después de una mirada de complicidad, igualmente desaparecer.

Era un secreto a voces que nadie parecía conocer y mucho menos habían recriminaciones por ello. Al final del verano ambas mujeres estaban embarazadas y sus respectivos maridos aceptaron el hijo como propio. La vida continuaba pero el lazo que unía a ambas parejas tardaría en desaparecer.

XXXXX

XXX

X

Camilo aparecía casi diariamente en casa de Ana, y solo situaciones o negocios de extrema importancia lo evitaban.

Marieta no se extrañaba de sus reiteradas ausencias que muy bien podían deberse al trabajo, pero suponía que debía de tener una querindonga, pues hacía tiempo que no intentaba hacer el amor con ella ni imploraba sus servicios. Pero eso ya parecía tenerla sin cuidado.

Cuando llegaron los primeros calores, le dijo a Camilo que se iba con todo los niños al chalet que tenían junto a la playa de Altea. Añadiendo que si quería algo ya sabía dónde estaba. Se llevaba a María como chica de confianza para cuidar a los niños y el resto del personal, cocinera y doncella, ya los contrataría allí. Le dejaba a Sofía “para que lo cuidase” y esto lo dijo con un especial rin tintín, pues sospechaba, aunque no sabía cómo, que era la encargada de desfogar a su esposo. También le dejaba a Concha, para que le preparase la comida, pues sabía que estaría bien protegida por Brígido, aunque todo esto en realidad le traía sin cuidado, pues el desapego entre ambos comenzaba a ser evidente.

Cuando Camilo llegaba a casa de Luis, generalmente la puerta del zaguán estaba cerrada, tenía que llamar al picaporte y esperar a que le abriesen. Tanto escándalo llamaba la atención de las mujeres que ociosas esperaban su turno para llenar los jarrones de barro con el agua de la fuente que había casi al mismo lado de la puerta. La elegancia de su vestido, su porte, junto con la frecuencia de las visitas y repitiendo siempre el mismo pique que demostraba que iba al mismo piso no dejaría de llamar pronto la atención de las parroquianas y a la larga, si se repetía con frecuencia, no tardaría en arrancar comentarios malévolos de las mujeres. Camilo se lo comentó a Ana y esta le facilitó una copia de la llave del portal para que pudiese entrar más discretamente y al poseer llave se le confundiera con un vecino.

Normalmente acudía por las tardes, a las cuatro, coincidiendo con la salida de Luis hacia su trabajo. En ocasiones su impaciencia hacia que se adelantara y tuviera que permanecer escondido en un portal o en la esquina de la calle de Santa Rita hasta que lo veía pasar aprisa pero no corriendo calle San Nicolás hacia abajo en dirección a su lugar de trabajo.

Ana generalmente ya había terminado con sus obligaciones hogareñas y lo recibía con alegría demostrando con ello que lo que venía a continuación lo hacía por amor y no por obligación.

Pasaban rápidamente a la acción y solo si terminaban pronto y no se quedaban traspuestos por el calor y el agotamiento, se quedaba un rato charlando, pues ahora no tenía la obligación de recoger a su hija en la escuela y solo esperar el regreso de su esposo que según el humor que arrastrara, la invitaría a salir para dar una vuelta y comer en cualquier parte o se podría a preparar la cena.

Las visitas de Camilo eran una forma de salir de la rutina, una alegría, a la vez que una satisfacción casi diaria, pues no siempre, cuando regresaba cansado por la noche su esposo a casa, estaba dispuesto a cumplir en la cama.

Cierto es que se había llevado más de un gatillazo por parte de Camilo, pero eso ya entraba en los avatares de la vida a cierta edad y generalmente se solucionaba al día siguiente.

Un día, poco antes de las vacaciones a finales de Julio, estuvieron a punto de llevarse un disgusto. Cuando ya se habían metido en la cama desnudos y estaban todavía en los preliminares del acto, Ana escuchó sobresaltada como la puerta de la casa se cerraba de un portazo y la voz de su marido llamándola.

Se puso rápidamente el camisón para tapar su desnudez, mientras que Camilo, que había recogido precipitadamente su ropa, se ocultaba detrás de la cama presto a meterse debajo si fuese necesario.

-¡Luis! ¿A qué santo estas aquí a estas horas?

-Se me ha olvidado un cuadernillo de apuntes que preciso para esta tarde. He tenido que regresar casi desde la fabrica Y no lo encuentro donde debería estar.

-¿Cómo es? – trataba de ayudar Ana con voz ronca pues el susto todavía no se lo había sacado de encima.

-Tiene las tapas de cartón con unos detalles geométricos. Quizás lo tenga en la habitación... -le dijo mientras se dirigía a ella después de buscar infructuosamente en el comedor.

-¡No! - le detuvo ella alarmada – creo que sé donde esta... - estrujó rápidamente su cerebro pues en realidad era una treta para que él no se introdujera en el dormitorio, pero su silencio no podía durar eternamente.

-¿Dónde? ¡Por Dios! Ana. Tengo prisa

-¡Ya lo sé! – le respondió ella aliviada – ayúdame que no llevo.

Llevaba allí varios días y uno, aburrida, había estado curioseando en la dichosa libreta. No había nada de interés en ella, pues todo eran notas y apuntes sin un significado claro para ella, finalmente la dejó en lo alto del aparador y allí debía continuaba. Luis pasó su mano por lo alto a ciegas y pronto exclamo.

-¡Es verdad! ¡Aquí esta! ¡Gracias cariño! - le dio un beso en la mejilla y antes de que ella se lo devolviera ya había salido de la casa más aprisa que había entrado.

Ana se asomó al balcón para comprobar que efectivamente Luis se alejaba, esta vez corriendo, calle abajo y no lo perdió de vista hasta que llegó a la Plaza de San Agustín. Solo entonces se atrevió a regresar a la habitación. Camilo estaba tendido sobre la cama, pálido como una vela y con el pajarito alicaído. Ana dedujo que le costaría mucho recuperarlo si no se había convertido ya en una misión imposible.

En realidad Camilo no temía a Luis, sabía que si los hubiera descubierto in fraganti, violentamente no hubiese pasado nada, pero hubiese perdido su amistad y posiblemente también a Ana y eso si le hubiese afectado.

No hicieron nada. Como había imaginado Ana, recuperar “aquello” era imposible. Camilo se esforzó recordando la primera vez que la vio desnuda, tendida sobre la hierba y haciendo el amor con Luis, en la casita palomar que tenía en la Rambla. Y la posterior huida completamente desnuda, para refugiarse detrás de la casucha, cuando fueron descubiertos por Camilo. Rememorar esa escena siempre lo había puesto a parir, pero ahora como si nada.

Si le sirvió para comprobar que la casa no era un refugio seguro como había supuesto y en el futuro debería tener en cuenta otras alternativas.

CAPITULO XIII

REGRESO A ALTEA

Las ansiadas vacaciones, únicamente para los privilegiados, finalmente llegaron; y Alcoy se vació de la gente de “punter”, pues los otros, los trabajadores, tenían que continuar dándole al callo si querían comer todos los días. Los que no estaban ya en sus masías se marcharon a ellas y otros aunque solo unos pocos, hartos del campo, se marcharon al chalet que habían construido cerca del mar, aunque esto a decir verdad todavía no estaba bien visto.

Ana y Luis se fueron a la casita en donde ella había pasado todas las miserias de su juventud. La habían ampliado para poder albergar a todos sus hijos y nieto y a la hora de la verdad resultaba que estaban allí solos. Solo así podremos pensar en solucionar todos nuestros problemas, pensó Ana.

No quisieron llegar por el camino de la rambla para no tener que pasar por la Masía de Morales y tener un eventual tropiezo con Marcela. Prefirieron hacerlo por el Rebolcat, que aunque el camino era más largo les evitaba ese mal trago.

Luis cogió prestado un mulo de la fábrica, que durante esos días poco iba a trabajar, y que podía perfectamente cargar con los dos y su escaso equipaje. No llevaban comida, pues pensaban alimentarse de la cosecha que recogerían de los campos anexos, aunque no fuesen suyos y la escopeta que llevaba les proveería de la carne suficiente. En todo caso tenían la Venta Nadal, a lo que se dice un tiro de piedra largo, y allí podían proveerse de lo que la naturaleza no les pudiera ofrecer.

Camilo por su parte perdió el único aliciente que tenía en Alcoy y aunque realizó un último intento con Sofía, que fue más satisfactorio que el anterior, aunque tampoco como para que repicasen las campanas, decidió marcharse a Altea para visitar a Marieta a la que ya comenzaba a añorar y suponía que después de tanto tiempo no pondría ninguna pega a sus relaciones y quizás iniciarán la reconciliación.

Salió de Alcoy solo de buena mañana, con poca comida pero con un buen caballo. Apenas pararía para comer el trozo de pan y queso con algo de cecina que llevaba y por la noche esperaba llegar a la venta de Benifato en donde suponía cenaría opíparamente y dormiría en una buena cama, posiblemente acompañado.

Apretó el caballo cuando podía y lo descansó, yendo al paso, cuando lo necesitaba. Con el tiempo había aprendido que el caballo era más un amigo que un esclavo y así lo trataba. Se notaba que estaba falto de ejercicio, pues en Alcoy apenas lo sacaba, pero también, que estaba ansioso por practicarlo. Tanto era que cuando se encontraban en campo abierto, tenía que retenerlo para que no fuese tan aprisa.

Efectivamente llegó a la venta cuando ya comenzaba a oscurecer, pero a destiempo, pues la dueña, todavía muy lozana ella, y que solía atender “todas” las peticiones de sus clientes, le negó el pan y la sopa alegando que no eran horas. Pero cuando el caballero le mostró entre sus dedos una pequeña moneda de oro a cambio de algo más que una decente cena y su mejor habitación, inmediatamente le puso la alfombra.

-Y no te olvides de mi caballo.

Mandó al mozo para que se ocupara del equino y a su hija para que sirviera al caballero.

Sabia por sus hombres, cuando todavía hacían el trayecto del contrabando desde Yocla a Alcoy, que tanto la hija como la madre solían complacer a sus clientes aunque esta última siempre daba a entender que no lo consentía. Sin embargo de todo esto ya había pasado mucho tiempo e ignoraba como estaba el patio ahora, pues la hija ya no era una chiquilla sino una mujer de tomo y lomo y de la madre lo mejor que de ella se podía decir es que estaba como siempre.

De todas formas habían pasado los suficientes años para ir con tiento y averiguar cómo estaba la situación actualmente. Comió espléndidamente y probablemente los mejores manjares que tenía

la ventera en esos momentos en su casa. Había visto la moneda y no pensaba tener que devolver de ella ni siquiera un cacho.

El resto de clientes ya se habían retirado a sus habitaciones, pues a la mañana siguiente pensaban partir apenas amaneciera. Él no tenía prisa, pues por muy mal que le fuera el viaje pensaba llegar a Yocla al filo del mediodía. La joven moza se le acercó para interesarse si estaba satisfecho con lo comido y lo bebido y si deseaba algo más. Ante su negativa le preguntó.

-¿Desea algo de postre?

-El postre me lo tomaré en la cama – le respondió lanzándole un mirada picara que se centró exclusivamente en su escote, por cierto muy generoso, y acompañado por un tono de voz pausado que no dejaban lugar a ninguna duda.

La joven se limitó a sonreír y asintió a su comanda, retirándose a continuación. Camilo se dirigió a la habitación en donde había dejado anteriormente su escaso equipaje. Se desnudó y se metió en la cama, tapándose con una sabana más por pudor que por necesidad. La habitación era amplia y limpia e incluso tenía un pequeño hallar para caldearla en las frías noches de invierno. En un rincón una jofaina con agua estaba a disposición del que quisiese hacer sus abluciones y un sillico en otro le dispensaba de tener que acudir al corral de madrugada si se le presentaba alguna necesidad. La cama era cómoda y amplia, pero ante la incertidumbre de que la moza se presentara finalmente, pronto le invadió un extraño sopor propio del cansancio, el vino y la abundante comida. Como en un sueño llegó a vislumbrar como la moza entraba en la habitación portando un cesto con cerezas, lo dejó sobre una mesilla, se quitó el batín que cubría su desnudez y como su madre la trajo al mundo se metió en la cama acurrucándose a su lado.

El calorcillo y el aroma que desprendía su cuerpo era lo último que necesitaba para quedarse dormido como un bebé, mientras apoyaba su cabeza en medio de los senos maternos. Por una vez en su vida dejó para mañana lo que bien podía hacer hoy.

Cuando despertó estaba solo en la cama, pero en el colchón quedaba la huella de que alguien mas había dormido con él. Si había hecho algo mas no lo recordaba, pero la rigidez de su mástil, que no enarbolaba bandera alguna, solo sugería que estaba necesitada de hembra o tenía la vejiga llena. Como ese no era el caso, se inclinó por lo primero.

Al toque de la campanilla que tenía junto a la cabecera de la cama, acudió presta la dueña. No era la hija sino la madre pero en esos momentos le daba completamente igual.

-¿Cómo está esta mañana el ladronzuelo que anoche se acostó con mi hija? Y que coste que eso no estaba incluido en el hospedaje.

-No recuerdo lo que hice, aunque supongo que poco, a juzgar de lo que atestigua mi miembro. – le respondió mientras le señalaba el abultamiento de la sabana.

-No es culpa suya si vuestra excelencia tiene el sueño fácil. Pero que le ha calentado la cama toda la noche esperando se espabilara eso se lo puedo garantizar yo. Lástima que cuando cantó el gallo tuvo la obligación de ir a ordeñar la vaca para preparar los desayunos y se ausentó. Todos no somos tan ricos como para permanecer en la cama hasta altas horas de la mañana – se disculpó.

-No tengo la menor duda – depositó una moneda de plata en el escote de la señora y que le hizo pegar un respingo de lo fría que estaba – valga esto para incluir en el lote de la hija a la madre y que sea ella, que la tengo más mano, quien solucione la urgencia.

La mujer intentó desnudarse.

-No creo sea necesario – la contuvo – con que se siente en el lugar adecuado y haga lo que tenga que hacer será suficiente. Yo todavía no me siento con fuerzas.

XXXXX
XXX
X

Camilo llegó a las cercanías de Yocla por el camino que procedía de Polop, en sus fuentes se había refrescado él y abrevado la montura, por lo que llegaban a su destino relativamente frescos. Desde lo alto de la ladera de la montaña ya había visto la siluetas de Altea y Yocla, situadas ambas a diestra y siniestra de su posición y enclavadas en lo alto de una colina. Finalmente llegó al cruce de la carretera de la costa. Su destino final estaba a la derecha, pero pensó que pasar un día en Yocla saludando a los amigos y familiares, no sería mala idea y como su caballo tomó instintivamente el camino de la izquierda se dejó llevar.

Los muros de la vieja casa de los fantasmas continuaban en pie, pero estaban ennegrecidos, producto quizás de un pequeño incendio provocado por los juegos infantiles de sus ocasionales ocupantes. El techo había desaparecido por completo y ahora solo era cuestión de tiempo que el viento y la lluvia acabasen con ella.

Antiguamente, cuando cumplía sus funciones de ahuyentar a los carabineros y viajeros despistados los días que desembarcaban un alijo, hubiese sido inmediatamente restaurada, pero al no cumplir ya ninguna función estaba destinada a su desaparición. Los niños jugaban en la arena y se bañaban en la playa, mientras que los adultos estarían en sus barcas que se distinguían a lo lejos en el sardinal. Mientras tanto los campesinos darían las últimas cabezadas de la siesta, evitando los calores del mediodía y antes de volver al tajo.

En el extremo sur del arco que formaban las casas del Poble Nou se habían construido dos nuevas viviendas y suponía que en el otro extremo había ocurrido lo mismo, o tal vez más, al encontrarse más cerca del Poble Vell.

Durante el trayecto se cruzó con un par de vecinos que conocía y marchaban presurosos a sus casas. Uno se le quedó mirando, intuyendo que conocía al viajero aunque en ese momento no sabía de qué. Sus facciones debían resultarle lejanamente conocidas pero no así su aspecto, tan elegante y montado en un espléndido caballo. Iría probablemente a visitar a los marqueses de la Almadraba, porque gente de ese porte no tenía pinta de relacionarse con ningún otro habitante del pueblo. Mas su sorpresa fue cuando ya lo tenía a sus espaldas y oyó.

-Buenos días Antonio. ¿Cómo te va?

Se giró rápidamente aunque el jinete no lo había hecho. Lo había reconocido por su voz.

-Muy bien Don Camilo. ¿Y usted?

Pero el jinete no le contestó y ni siquiera se giró, se limitó a saludarlo levantando una mano. Lo único que no deseaba en esos momentos era iniciar una conversación insustancial a esas horas y con el calor que hacía.

El otro, más viejo, y que permanecía sentado en una mecedora a la sombra de un cañizo situado en la puerta de su casa, si le reconoció inmediatamente. Le saludó quitándose el sombrero de paja e inclinando levemente su cabeza, mientras pronunciaba el saludo de rigor.

-Buen camino tenga Don Camilo.

-Bien hallado se encuentre el Tío Pepe.

Cuando llegó a la altura de la casa de Carlos, la puerta estaba abierta y sus hijos Carlitos y Camilín, jugaban o se peleaban, vaya usted a saber, pues por sus gritos no se sabía si eran de alegría o llanto. Llevaban los nombres de sus respectivos padres, pero cambiados. Hasta en esto había tenido ingenio Consuelo.

No quiso entrar porque la comprometía a prepararle una, suponía, succulenta comida, y no quería importunarla por si no estaba preparada para ello. Lo dejó para más tarde.

La casa de Marieta estaba cerrada a cal y canto, tanto puertas como ventanas. Gracias a Dios el Mesón de Tonet estaba abierto, aunque como suponía a esas horas no hubiese, excepto él y su gato, nadie dentro.

Camilo entró en el salón con su caballo cogido de las riendas pues no quería dejarlo en la solana y mejor estaría a la sombra del cobertizo que había en el patio trasero y comiéndose los restos de la

comida esparcidos por los suelos.

Tonet estaba de espaldas barriendo el local. Al sonido de los cascos del equino, se volvió y al reconocer al ex cura, se dirigió hacia él corriendo para abrazarlo pero sin soltar la escoba de su mano.

-Benditos los ojos que vuelven a verlo, Don Camilo. No sabe lo que lo recuerdo y la alegría que me da su presencia.

-Claro que lo sé Tonet, pero de momento el que más se alegra es mi estomago, que te agradecería aunque fuese el más miserable de tus estupendos platos de comida.

-Enseguida lo atiendo, pero permítame que antes me ocupe de su magnífico caballo, que no es este lugar adecuado para él y mucho menos si tuviese necesidad de aliviarse. Introdujo el equino en el patio, le proporcionó una buena ración de cebada aderezada con alfalfa mezclada con paja y rápidamente estuvo de vuelta.

-¿Qué puedes dar de comer al hambriento?

-No tengo nada hecho, pero veré que puedo prepararle. Siéntese mientras le saco una cerveza fresca y una buena copa de vino de la casa.

Se lo sirvió y se dirigió a la cocina para preparar la comida.

-¿Cómo le va? Escuché a Tonet que desde la cocina le hablaba mientras trabajaba.

-Como un bergantín con viento de popa – le respondió empleando un símil náutico y propio de esa tierra.

-Pues aquí todo sigue igual...

Le respondió mientras intentaba contarle todos los dimes y diretes, anécdotas y habladurías que habían ocurrido en el pueblo desde su ya larga ausencia. Pero Camilo ya no le escuchaba, estaba absorto en sus pensamientos intentando planificar el tiempo que permanecería en el pueblo.

Por la tarde iría a casa de Carlos y Consuelo y dormiría en la casa de Marieta. Al día siguiente pasaría por casa de su hermana; su hija, la Marquesa, y visitaría la tumba de su añorada Angélica que en definitiva era la causante del origen de su extraordinaria fortuna.

Tonet le sacó para comer un chuletón que probablemente tenía en la fresquera para consumo propio, pues no era un manjar que se prodigara en el pueblo, una sepia a la plancha y de guarnición: dacsas fritas y alcachofas asadas.

Después tuvieron una larga conversación y por el dueño de la fonda supo que su hermana estaba bien, pero que Pepe el Pollero, su cuñado, había tenido un par de sustos y apenas podía andar pues tenía una mitad de su cuerpo paralizada y apenas se le entendía al hablar. También los padres de Consuelo habían fallecido en el espacio de un año. Le pregunto por la marquesa y Tonet, que no sabía era su hija, solo le dijo que estaba más buena que el pan y se quedó tan pancho.

Serían las seis de la tarde cuando decidió visitar a sus amigos de al lado. Las barcas estaban a punto de llegar del sardinal y la gente del Poble Vell no tardarían en acudir para abastecerse de pescado, la Tasca de Tonet era el punto de reunión durante la espera y no quería tener necesidad de dar explicaciones a nadie sobre su presencia en el pueblo.

-¡Tonet! Te dejo el caballo a ti que lo cuidaras mejor que nadie.

-Descuide.

Entró por la puerta todavía abierta y Consuelo, apenas lo vio, corrió hacia él saltando literalmente entre sus brazos y cubriéndole la cara de besos sin importarle si algunos los depositaba sobre sus labios. Los niños que ya debían tener ocho y seis años de edad, los miraban sorprendidos sin saber que ocurría, pero cuando el mayor reconoció lejanamente al hombre, vestido de negro, que de pequeño lo atiborraba de golosinas y continuamente le ofrecía regalos, también acudió para abrazarlo arrastrando a su hermano con él.

-¿Y Carlos? – preguntó Camilo a Consuelo tras notar su ausencia.

-Esta en Altea haciéndole un mueble a tu esposa.

Camilo atendiendo a los niños no percibió que la alegría de la mujer había menguado ni el re-

tintín de sus palabras.

-¿Un mueble? – se extrañó el hombre – Esta mujer ya no sabe cómo gastar el dinero, pero si sirve para ayudaros en algo, bien gastado está.

Consuelo para sacárselos de encima, dijo a los niños que podían ir a jugar a la playa, pero advirtiéndoles que no se metiesen en el agua. Estos no tardaron en cumplir las órdenes dadas por su madre y que tanto ansiaban.

Cuando estuvieron solos, el hombre cogió la mujer por la cintura y la miró fijamente a la cara. Continuaba tan bella como siempre y su cuerpo algo más relleno por su maternidad resultaba más apetecible. Notaba una ligera tristeza en el fondo de sus ojos oscuros, pero no le concedió demasiada importancia. Solo se fijaba en su sonrisa, sus apetitosos labios y en su franca mirada incapaz de ocultar sus sentimientos. Y en esos momentos se notaba a la legua que estaba contenta con su presencia.

Supuso que terminaba de llegar y le preguntó.

-¿Quieres algo de comer?

-He comido en casa de Tonet.

-¡Como! Eso no te lo perdonare nunca – le respondió sonriendo y en tono de broma.

-Suponía que me invitarías a cenar y no quería abusar. ¿A qué hora llega Carlos?

-No regresará hasta el sábado. Para adelantar pasa toda la semana en Altea.

-Vaya... entonces... - aun contando con la presencia de los niños no quería comprometer a Consuelo – de todas formas pensaba dormir al lado, en casa de Marieta.

-Cenaras conmigo y también dormirás... si tú quieres, por supuesto.

-Claro que lo deseo, pero no sé si deberíamos...

Consuelo no pudo resistir más y explotaron todas sus emociones. Comenzó a llorar desconsoladamente, suspirando entre continuos hipo que le impedían explicarse correctamente.

-Es que... - no pudo continuar al invadirla nuevos llantos.

-Calma muchacha, luego hablaremos –le dijo mientras persistía en su abrazo y acariciaba su espalda con una mano intentando calmarla.

-Carlos no viene todos los días porque por la noche se está tirando a Marieta. Los fines de semana viene de compromiso y únicamente para disimular. Dicho esto permaneció abrazada al hombre y con la cabeza gacha para no tener que soportar su mirada y en espera de su reacción. Se arrepintió inmediatamente de haber pronunciado esas palabras, sobre todo por el mal que podía causarle al hombre que más estimaba en este mundo.

Camilo se quedó quieto, sin poder pronunciar palabra y si Consuelo hubiese mirado su cara la hubiese encontrado blanca como la cera. Tras unos segundos de tensa espera reaccionó. Se separó de la mujer para verle la cara y poder comprobar que decía la verdad o si simplemente era una venganza por una disputa de enamorados y que por alguna causa que no podía discernir quería involucrarlo.

Se sentaron en sendas sillas que había alrededor de la mesa y Camilo sirvió un par de copas de mistela de la botella que había sobre ella.

-Vamos a ver si nos entendemos. ¿Cómo lo sabes?

-Lo sé y eso me basta.

-Pero para mí no es suficiente. Necesito pruebas.

-Los hombres sois muy cochinos y no soléis lavaros cuando gozáis con una mujer. El primer sábado que regresó, olí en su cuerpo el aroma de Marieta. Es tan conocido por mí que no me cabe la menor duda.

-Los sentidos, cuando se unen con los celos. A veces engañan...

-Pero no a mí. De ti puedo decir, después de abrazarte, que esta noche pasada has dormido con una mujer...o tal vez con dos. ¿Es eso cierto o has dormido abrazado a tu caballo y bajo la luz de las estrellas?

Camilo no salía de su asombro

-Tienes razón, con dos. Pero resulta que...

-A mí no me tienes que dar explicaciones, entre otras cosas porque no eres mi marido, ni las preciso. Pero quise creer que había sido únicamente una aventura ocasional, fruto de su amistad e hice la vista gorda. Pero este sábado pasado la historia se ha repetido y discutimos. Sacamos a relucir asuntos desagradables y finalmente me confesó que lo hacía porque amaba a Marieta y que su hija Bárbara no era de Nelo sino de él. Fruto de la rabia y el despecho le respondí que mi primer hijo no era suyo y le dejé las suficientes dudas para sospechar otro tanto del segundo. Aunque sé que ese si es suyo, pero... ¡que se joda!

-No le dirías que yo...

Consuelo sin atreverse a levantar la mirada asintió.

-Me salió del corazón y no pude evitarlo. Por otra parte si no le doy ningún nombre o le digo que era de otro no se lo hubiese creído.

-¡Alma de Dios! ¿Cómo se te ha ocurrido decir eso? Vas a destrozar tu matrimonio.

-Ya está destrozado. – Suspiró –

Los llantos comenzaron de nuevo

Camilo reflexionó. Era un paso muy importante el que iba a dar y no quería hacerlo en falso. Tenía que estar completamente seguro y de momento solo trató de tranquilizarla.

-Sabes que me tienes a tu lado y que ni a ti ni a tus hijos – recalcó el plural – os faltará nunca nada.

Los niños no tardaron en volver pues tenían hambre. Se habían levantado con el sol y ahora ya estaba ocultándose detrás de las montañas.

-Hoy vais a dormir los dos en casa de la tía Marieta ¿Que os parece?

-¡!!Bieeen!!! - exclamaron ambos al unísono.

-¿No será peligroso que estén los dos solos? – intervino Camilo que la presencia de los niños esa noche no le incomodaba.

-Están acostumbrados. Mira esa campanilla – le mostró una que estaba colgada de la pared que separaba ambas casas y sujeta por un cordel que atravesaba la pared – llega hasta la misma cabecera. Solo tienen que tirar de ella para llamar nuestra atención. Aunque nunca la han usado. La inventó Carlos cuando eran un incordio en nuestras noches de pasión. Aunque hace tiempo que no la empleamos esta noche nos vendrá bien.

Consuelo preparaba la cena y los niños no tardaron en caer rendidos. Camilo se encargó de cargar con ellos y depositarlos sobre la cama de la vivienda de al lado, aprovechando el paso que comunicaba las dos casas por el patio trasero y sin llamar la atención de los vecinos.

Cuando regresó se acercó por detrás a la mujer que estaba trajinando delante del fuego del lar y la besó por sorpresa en la parte posterior de su cuello y el nacimiento de su espalda. Consuelo se estremeció de placer por la caricia y automáticamente la carne de su cuerpo se le puso de gallina y el débil vello de sus brazos se levantó como escarpas

Volvió la cara para recibir los besos en su boca y se dejó hacer, cayendo rendida en sus brazos.

- Creo que deberías frenar tus impulsos y llenar el buche primero, pues el esfuerzo que voy a exigir esta noche no será tenue. Y sobre todo lávate que no quiero en mi cama un hombre que huela a furcia pues quiero empaparte con mi aroma.

-¿Es preciso tanto desperdicio?

Camilo se refería a que el agua dulce en Yocla era un bien muy preciado. Ya que no abundaba y solo disponían de lo que recogían los aljibes durante las escasas lluvias invernales. Después calculaban las reservas recogidas y las racionaban de acuerdo con ello.

Normalmente daba para beber y hacer “L´ascurá” sin excederse demasiado. La higiene personal solía hacerse con agua de mar y muy pocos podían posteriormente enjuagarse con agua dulce para quitarse el salobre.

-Disponemos de agua suficiente – le cortó ella – ten en cuenta que durante vuestra ausencia y

para que no rebosara, me he permitido aprovechar el agua del aljibe de vuestra casa y no tenemos ningún problema de abastecimiento. ¡Qué menos que ahora gustarla contigo! Mientras cenamos aprovecharé los restos del fuego para calentar una poca y que no te sientas incomodo.

Cuando terminaron la cena el sol hacía tiempo que se había ocultado, la luna no aparecía por ninguna parte y solo la escasa luz de las estrellas permitía ver bultos pero no personas. Se enjabonaron ambos dentro de la casa y luego salieron al patio para echarse encima un par de cubos de agua tibia cada uno.

Nada les retenía para no irse inmediatamente a la cama. Todas las dudas se habían disipado a lo largo del día y ahora iban a rememorar lo que en muchos años no habían hecho.

Apenas secaron sus cuerpos con una toalla y se lanzaron sobre la cama.

Camilo se encontraba de nuevo con la dulce Consuelo que tan feliz le había hecho en cierta época y cuyo encanto se había roto por un inoportuno embarazo. Continuaba siendo tan dulce y sumisa como siempre, dispuesta en todo momento a complacer sus deseos. Que se pudiese quedar embarazada era el último de los problemas que les preocupaba. El hombre en el momento cumbre del placer, decidió que al día siguiente le propondría alejarla de su infiel esposo, llevándola a Alcoy junto con sus hijos. Le pondría un piso con todas las comodidades a su disposición y le otorgaría una pensión que le permitiera vivir y educar a sus hijos holgadamente. Y todo ello a cambio de nada.

Sabía que su relación con Marieta estaba a punto de finiquitar y que los encuentros con Ana no serían para toda la vida y que más pronto que tarde terminarían. Consuelo era la sustituta ideal, madre de uno de sus hijos, no exigía nunca nada y con veinte años menos que él, le aseguraba una mujer joven para disfrutar el resto de la vida sexual que le quedaba.

Cuando ya estaban ahítos de sexo se quedaron dormidos. No oyeron ninguno de los cantos del gallo y solo la campanilla sonando constante e ininterrumpidamente les sacó del sopor en que habían caído y les devolvió a la realidad.

Camilo se levantó y vistió en apenas un minuto, mientras Consuelo hacía lo propio y se disponía a atender a sus hijos.

-Voy a hacer unas gestiones, que son por lo que he venido a Yocla, pero no me iré a Altea hasta mañana. Pasaremos otra noche juntos – la mujer le sonrió encantada – entonces te explicaré una solución que se me ha ocurrido para finiquitar tus problemas. Veremos qué te parece.

Esperó escondido en el patio hasta que Consuelo trajese a los niños y entonces salió a la calle por la puerta de la casa de Marieta para no levantar murmuraciones si algún vecino lo veía salir.

Desayunó en casa de Tonet y recogió su caballo, tenía que acudir a varios sitios y no era cuestión de hacerlo a pie.

Visitó primero el cementerio y comprobó como la tumba de la que el siempre había considerado su primera esposa estaba en perfecto estado de revista como él había dejado encargado. Rezó una oración por su alma y derramó unas lágrimas que en ningún momento fueron fingidas.

Posteriormente visitó a su hermana y comprobó que continuaba tan hermosa como siempre y que para ella los años no pasaban. Sin embargo su cuñado, Pepe el Pollero, estaba hecho unas bragas. Apenas podía moverse ni pronunciar palabra alguna y como no podía pedirlo se hacía sus necesidades encima.

-Esto no puede durar mucho – le expuso su hermana – y si lo hace al final terminará conmigo.

-Si puedo hacer algo – le susurró a su hermana al oído.

-Nada de lo que estas pensando – le reprochó Amalia mirándole a los ojos.

-Solo lo he dicho por ayudar – le respondió avergonzado y sin atreverse a mirarla a la cara.

Camilo se sorprendió una vez mas de la capacidad que tenía su hermana para interpretar sus pensamientos y cierto era que lo conocía más que si lo hubiese parido.

Comió con ellos y cuando se despidió al marcharse, le dijo.

-Avisame cuando llegue lo inevitable. No quiero que estés sola cuando ocurra. Si deseas regresar

a Alcoy, te proporcionare una buena vivienda y si lo quieres aceptaré incluso la condición de no visitarte nunca.

-Ya veremos – fue su lacónica respuesta.

Después intentó visitar a su hija en el palacio del marqués, pero se encontró con la sorpresa de que se había desplazado a Valencia, para resolver unos asuntos urgentes. Decidió regresar a casa de Consuelo.

Cuando entró en la casa la muchacha se abalanzó inmediatamente sobre él, no para abrazarlo y besarlo como él esperaba sino para inquirir las respuestas que estaba esperando todo el día.

-Esta mañana me has dicho que tenías la solución para todos mis problemas y me has tenido en ascuas toda la jornada.

-Tenía cosas que hacer – se justificó

-De acuerdo pero yo no me hubiese portado así contigo. ¡Dime lo que es! - le imploró en actitud suplicante mientras le cubría la cara de besos – no puedo esperar más.

-Puedo ofrecerte la posibilidad de venir con los niños a Alcoy, si la situación con Carlos no se arregla.

-No se arreglará – sentenció Consuelo.

-Allí tendrás la oportunidad de educar mejor a tus hijos, porque pueden estudiar, una casa para ti sola y el dinero suficiente para vivir dignamente.

-¿A cambio de qué?

-A cambio de nada – le mintió en principio Camilo.

-¿No podré tener sexo contigo?

-Únicamente si tú quieres – le respondió sonriendo el hombre.

-¡Claro que quiero! ¿Acaso lo dudas? Lo malo es que Carlos no consentirá que me vaya para no separarse de sus hijos.

-Le obligaremos, judicialmente si es preciso, para que acepte.

-¿Cómo?

-Hay unas personas que se llaman abogados y que se encargan de esas cosas.

-¿Pero cómo? – insistió Consuelo que no lo veía nada claro.

-Alegando que te pega, por ejemplo, y que tienes que alejarte de su lado.

-Pero eso no es verdad.

-De momento. Pero tú todavía no sabes lo que un hombre enfadado y fuera de control es capaz de hacer. Incluso podríamos anular tu matrimonio si es preciso.

Consuelo estaba cada vez mas sorprendida y era incapaz de asimilar toda la información que Camilo le estaba proporcionando.

-¿Y cómo se consigue la nulidad? – insistió de nuevo

-Alegando que el matrimonio no se ha consumado.

-¿Qué quiere decir eso?

-Que no habéis mantenido nunca relaciones sexuales.

-Eso no es verdad. ¡Si tengo dos hijos!

-Consuelo. No es preciso que lo entiendas – le respondió el hombre mientras ponía las manos en sus hombros y la miraba fijamente a los ojos – solo tienes que firmar unos papeles y si es preciso confirmarlo delante de un juez o un tribunal eclesiástico, serás debidamente asesorada en todo lo que tienes que responder.

-No lo entiendo – le respondió la mujer anonadada.

-Ni tienes porque entenderlo. Aquí solo se trata de dinero y de saber tocar las teclas adecuadas. Tengo el dinero y el mejor pianista que puedas necesitar. – Consuelo la miró asombrada – se trata de Brígido, el hombre que me sacó de mi condición de sacerdote y a ti te sacará del matrimonio.

Consuelo lo abrazó fuertemente y le respondió.

-Haz lo que consideres oportuno, eres el hombre que más he amado en este mundo y al que debo todo lo que soy. Solo te ruego que nunca me abandones y que me jures que me amarás siempre.

-Lo juro – le respondió abrazándola más fuerte si cabe entre sus brazos.

Esa noche hicieron el amor más intensamente que lo habían hecho la anterior. Camilo se despertó apenas oyó cantar al gallo por primera vez y se vistió casi a oscuras aprovechando los débiles rayos de luz que entraban por las rendijas de las ventanas, para no despertar a su compañera.

Solo cuando intentó sacar al caballo a la calle, pues esa noche la había pasado en el patio trasero de su casa, se despertó. Se levanto y se abrazó a él, desnuda y temblando de miedo, para evitar que se marchase.

-Te irás y ya no volverás. Te olvidarás de mí y nunca volveré a verte.

-Cálmate Consuelo que esto no nos lleva a ninguna parte y vas a despertar a los niños. El problema no está resuelto y no podemos precipitarnos. Tal vez Carlos vuelva, te pida perdón y todo se olvide. Ten en cuenta que mi esposa también está involucrada en todo este asunto y no sé cuáles son sus intenciones. Pero si a pesar de todo, tú continuas queriendo separarte de tu esposo te ayudaré a conseguirlo.

Consuelo finalmente consintió en dejarlo marchar, pero no por ello dejó de llorar. Camilo había comprobado otra vez esa misma noche que tenía ante sí a la mujer que más satisfacciones podía darle. Ciertamente era que Marieta era más exuberante y durante mucho tiempo lo había vuelto loco de pasión. Pero eran dos mujeres diferentes y en estos momentos la balanza se inclinaba ligeramente por la que había sido su joven criada.

Cuando llegó a la casa de Altea apenas una hora después, pues forzó cuanto pudo a su caballo y este descansado y sin el calor del mediodía que lo agobiase, respondió perfectamente al esfuerzo, se encontró a Carlos que ya estaba trabajando en el recargado mueble que le había encargado Marieta para el Comedor. Los niños y buena parte de la servidumbre, excepto la cocinera que estaba preparando el desayuno, todavía estaban acostados.

-¡Buenos días Carlos! ¿Cómo va el mueble? – el hombre se sorprendió pues no lo esperaba.

-¡Hola Don Camilo! ¡Que sorpresa! ¿Qué hace usted por aquí?

-Tomándome unas pequeñas vacaciones y visitando a mi esposa.

-Creo que debe de estar acostada, pues todavía no la he visto por aquí esta mañana.

Camilo recorrió el pasillo y entró en la habitación. El sol ya había salido, pero como estaba orientada al norte de la casa, para paliar los agobiantes calores veraniegos, la luz reflejada que lograba pasar por los resquicios de la ventana la dejaban en una semipenumbra. Comenzó a desnudarse procurando no hacer ningún ruido y cuando sus pupilas se acostumbraron a la escasa luz, pudo distinguir la cama con una Marieta acostada desnuda sobre ella y con solo un extremo de la sabana cubriendo parcialmente su sexo. A su lado un hueco en el mullido colchón anunciaba que alguien más había dormido esa noche en la misma cama. Ciertamente era que podía tratarse de una marca dejada por la única persona que ahora dormía, en una noche agitada y que hubiese descansado indistintamente en un extremo u otro del tálamo. Pero conocía a Marieta y sabía que tenía un dormir tranquilo y que durante todos los años de casados y aun en las peores pesadillas jamás había invadido su lado de la cama a menos que lo buscara para hacer el amor. Por otra parte su esposa nunca se acostaba desnuda a menos que supiese que esa noche tocaba, en caso contrario siempre dormía con un camisón de lana en invierno y de lino en verano.

Que esa noche había hecho feliz a su cuerpo no cabía la menor duda y por lo tanto la hasta ahora teoría de Consuelo comenzaba a ser cierta. Se acostó en el hueco que había dejado Carlos, pues no había en la casa otro candidato, y trató de percibir un olor corporal extraño que se lo confirmara sin conseguirlo. Únicamente le llegaban los aromas embriagadores de la mujer que reposaba a su lado. La buscó y su miembro entró rápidamente en acción. Se montó sobre ella y abrió sus piernas, ella semidormida e instintivamente adoptó la posición ideal para el coito y Camilo la penetró fácilmente

pues su sexo parecía estar todavía lubricado. Ella lo abrazó poniendo las manos sobre su trasero, empujando hacia arriba y acompañándolo en sus movimientos.

De repente se detuvo y su cuerpo quedó rígido, no podía distinguir el rostro del hombre que la estaba poseyendo porque su rostro estaba oculto entre sus senos, pero su cuerpo le resultaba sobradamente conocido.

-¿Eres tú Camilo? – preguntó por decir algo. Carlos evidentemente no era y nadie se hubiese atrevido a invadir su dormitorio excepto claro estaba su marido.

-Acaso esperabas una picha mucho más gorda que la mía y te he decepcionado.

La mujer trató de deshacerle del hombre sin conseguirlo, pues la tenía firmemente sujeta y estaba debidamente apalancado en su interior.

-Ya sabes que no me gusta que lo hagamos sin protección.

-Supongo que con el otro no habrás sido tan exigente. – le respondió mientras golpeaba violentamente con su sexo la pelvis de la mujer en un intento de desahogarse rápidamente, pues la situación se estaba tornando desagradable.

-Me estás haciendo daño – le suplicó

-Que delicada te estás haciendo últimamente, yo creía que ahí cabía todo.

Marieta, ante sus chanzas, decidió callar y soportar con resignación lo que le quedaba. Tenía claro que su esposo conocía, más que sospechaba, su relación con Carlos. Pero ignoraba como podía haberse enterado. Lo llevaban tan en secreto que estaba segura que ni el servicio de la casa recelaba de algo.

No tardó mucho el hombre en desahogarse y finalmente quedó abatido sobre ella por el cansancio. La mujer aprovechó para quitárselo de encima, ponerse una bata y salir de la habitación. Se sentía culpable y quería, cuando se desatara la ira de Camilo, encontrarse entre otras personas para evitar males mayores.

Camilo salió del dormitorio aparentemente tranquilo, la rabia que interiormente sintió cuando Consuelo se lo contó ya había tenido tiempo de digerirla. Se dirigió al comedor en donde Marieta y los niños estaban desayunando. Carlos, que generalmente participaba del mismo, hoy estaba trabajando, como si con el no fuera la cosa, en un extremo de la sala y aparentemente estaba ocupado en pulir un trozo de madera.

-¡Carlos! – éste no levantó la cabeza de su trabajo, pero sí dejó de pulir – Mejor que dejes eso y te marches a tu casa. Consuelo y tú tenéis mucho que discutir y llegar a un acuerdo. Después, si quieres, puedes regresar para terminar tu trabajo, que yo te dejo el campo libre – Carlos se levantó como si las palabras de Camilo hubiesen sido una orden – ¡Ah! se me olvidaba, cuando presentes la factura aumentala en un 50% , indicando en el concepto: “por servicios extraordinarios prestados a la señora” así cuando la reciba recordaré de que va la cosa.

Antes de que terminase su advertencia Carlos ya se había marchado.

-No es preciso que emplees ese tono y esas palabras. Y mucho menos delante de los niños – le reprimió Marieta.

-Creo que eres la menos indicada para dar consejos de educación y mucho menos de virtud. Y ya puedes ir preparando el equipaje que nos volvemos a Alcoy

Seguidamente pasó a la cocina sin esperar ninguna respuesta. Allí, ante una atemorizada cocinera que lo había escuchado todo y no le había el susto en el cuerpo, engulló un par de bollos y un café, que con mano temblorosas la pobre mujer le sirvió, para calmar los retortijones de un estomago hambriento.

Cuando regresó al comedor, pasada media hora. Los niños ya no estaban y Marieta se encontraba sola, esperando sentada en una silla, con el gesto adusto y firme el ademán. Su mano izquierda sin embargo demostraba todo lo contrario, pues temblaba ligeramente colocada encima de su rodilla. Apenas le vio entrar le dio su contestación.

-No pienso moverme de Altea, ni regresar a Alcoy. Y que coste que lo que me has hecho esta mañana en la cama es infamante.

-Solo hice uso de un matrimonio que tú ahora mismo acabas de romper al desobedecerme. Por eso ya puedes dejar de preocuparte pues ha sido el último polvo que te pegue. Con respecto a lo otro, puedes hacer lo que te dé la gana, incluso irte al infierno si te apetece. Ahora bien, se te ha terminado la buena vida y a partir de ahora atente a las consecuencias. Y desde luego los niños me los llevo.

-La mayor no es hija tuya. – le recordó.

Aun sintiéndolo en el alma, pues la quería igual que a los otros que eran de su misma sangre, le espetó.

-La bastarda de Carlos te la puedes quedar si quieres, pero los otros dos son míos.

Marieta se quedó sin palabras pues ignoraba que su esposo supiese que era hija de Carlos y no de Nelo, su primer esposo. Eso no lo sabía nadie.

-¿Quién te lo ha dicho? – le preguntó alarmada.

-Solo el “bocut” con el que te acuestas ahora puede irse de la lengua.

-De todas formas no consentiré que te lleves los niños.

-Ahora te traeré a Don Rudolfo, el procurador, para que te explique que en las condiciones de adulterio en que te he encontrado, lo mejor que puedes hacer es callar, transigir y sobre todo evitar el escándalo, pues si la cosa sigue adelante podrías incluso salir malparada.

Marieta pensó que una cosa era enfrentarse a Camilo y otra a la justicia, por lo que decidió aceptar las mejores condiciones posible que le ofreciese para su separación. Se quedaría con la niña, y la casa en donde ahora estaba viviendo y una buena pensión sería condición irrenunciable.

-De acuerdo. Aparte de la niña, quiero esta casa y doscientas pesetas de pensión al mes.

-Te doy quinientas, si me permites pasar por aquí cuando quiera para ver a la niña. A pesar de todo, la quiero como a una hija.

-¡Perfecto! – le respondió una Marieta que todavía no se creía la proposición que terminaban de ofrecerle. Tal vez se estaba equivocando, pero detestaba Alcoy, por su clima frío, a Camilo por su lascivia y añoraba la ternura de Carlos. A partir de ahora podría tenerlo casi todo, pues a los niños no iba a olvidarlos nunca.

-Te enviare a Rudolfo – continuo Camilo sacándola de sus reflexiones- para que le firmes los documentos. Te abriré una cuenta en la Caja de Altea para que cada día uno de todos los meses te abonen el dinero de tu pensión. Ahora dile a María que arregle a los niños. Ella también se viene conmigo, su madre nunca me perdonaría que la dejase en este lupanar.

Seguidamente partió a casa del procurador.

Salieron a primera hora de la tarde con dirección a Yocla, Camilo montado en su caballo y María, los niños y el equipaje subidos a una calesa de alquiler. Pensaba pasar unos días en Yocla, en casa de Marieta, para organizar el viaje de regreso a casa, pues con los niños y por el camino del interior no era tarea fácil.

Cuando llegaron Carlos no estaba y encontraron a Consuelo con un moratón en el pómulo izquierdo.

-Ya te dije que lo de pegarte solo era cuestión de tiempo. Te aseguro que no lo volverá a hacer. ¿Cómo fue? – se interesó Camilo después de aposentar a María y los niños en casa de Marieta.

-A mí se me fue la boca y a él la mano – trató de justificarlo Consuelo – No tiene importancia y ya está olvidado.

-Cuando partamos para Alcoy tú y los niños vendréis conmigo. Coge únicamente lo que más estimes; de ropa, lo imprescindible para un par de días de viaje, lo que después haga falta ya lo compraremos en Alcoy.

-¿Y Carlos que hará?

-Si no hace nada mejor y si lo hace ya se encargará mi abogado en arreglar cuentas con él. Tú tranquila que ahora estas bajo mi protección.

Cuatro niños y dos mujeres que además no eran muy duchos en el noble arte de la equitación, sin calesa, pues buena parte del trayecto no permitía su paso y a lo que había de añadir un equipaje que cada minuto que pasaba aumentaba sensiblemente pues Consuelo no paraba de recuperar viejas reliquias de la casa de sus padres, harían muy difícil el viaje. Camilo tuvo que reconocer que necesitaría ayuda.

Recurrió a sus viejos amigos, Quico el Mulero y Jaime el Baina, a los que contrató para que le ayudasen durante el viaje. Aportaron sus propios caballos y Amalia les cedió el de Pepe el Pollero que por desgracia ya no tenía oportunidad de montarlo y languidecía en los establos. También recuperaron, para trasportar el equipaje, la reata de mulas que antiguamente hacia la ruta del contrabando a Alcoy y ahora se limitaban a colaborar en las tareas agrícolas del pueblo, cuando algún vecino las necesitaba.

Durante esos días, todos, comieron y cenaron en el Bar de Tonet para aliviar a Consuelo en las labores domesticas, ya que nerviosa por la aventura que iba a correr, pues no había salido nunca del pueblo, no daba una a derechas.

Por la noche los niños, al cuidado de María, hacían cama redonda en el antiguo lecho de Marieta que tantos secretos guardaba, mientras Camilo y Consuelo retozaban en su cama, pues ella apenas podía conciliar el sueño imaginando el porvenir que le devenía.

Partieron al tercer día y de buena mañana. Cuatro mulas cargaban con el equipaje y la más veterana, que encabezaba la reata era montada por María, que superado su miedo, pues no había tenido ocasión de cabalgar nunca, aprobó con nota la prueba. Los otros cuatro jinetes, Consuelo incluida pues ya había tenido ocasión de montar en el caballo de Carlos, llevaban un niño delante.

El viaje trascurrió sin incidente, pernoctaron en la fonda que había a las afueras de Confrides y al día siguiente, a la hora de la comida, llegaron a Alcoy.

Quico y Jaime no quisieron quedarse en la casa de Don Camilo. Continuaban viviendo de los trabajos ocasionales que les salían y aprovechando el esplendido salario que les ofreció su amigo para adquirir con esos dineros algunos productos de primera necesidad que Alcoy les ofrecía y que tenían fácil salida en Yocla. Si el negocio les salía como preveían, multiplicarían por tres o cuatro lo ya ganado. Emplearon buena parte de la tarde adquiriendo la mercancía y cuando tuvieron a las mulas completamente cargadas iniciaron el viaje de vuelta, aprovechando las últimas luces del día.

La ausencia ya segura y probablemente definitiva de Marieta facilitaba las cosas. Ya no tendría que buscarle casa a Consuelo.

-Vivirás con nosotros. Oficialmente serás la institutriz de los niños.

-¿Qué es eso? – preguntó algo preocupada Consuelo.

-La persona encargada de educar los niños de una casa.

-Yo no sé si sabré...

-Ni falta te hace. De eso ya se encargará el maestro en el colegio. Tú, con la ayuda de María, solo tendrás que cuidar de los niños cuando estén en casa, como ya has venido haciendo hasta ahora... sin cobrar. Ahora para cubrir las apariencias no tendré más remedio que ponerte un sueldo.

-¿Solo por eso?

-Bueno lo que hagamos por las noches no creo le importe a nadie – le respondió con una sonrisa picarona en los labios y guiñándole un ojo.

La casa era enorme y cada habitación que veía lujosamente amueblada la maravillaba. Cuando Camilo le confirmó que iba a vivir con él casi se lo come a besos. Esperaba explorarla en los días sucesivos y averiguar todos sus secretos, pero consideraba que eso le costaría días, si no semanas.

XXXXX

XXXX

Consuelo estaba asombrada de lo grande que era Alcoy y eso que solo había visto el recorrido que hicieron desde que entraron en la ciudad hasta que llegaron a casa de Camilo. Lo hicieron por el Tosal, cruzaron el río por un pequeño puente que a ella le pareció enorme y después de atravesar una puerta vigilada por unos hombres que pedían papeles a muchas personas, pero cuando vieron a Camilo le saludaron marcialmente y le dejaron pasar sin más trámites. Luego subieron por una cuesta muy empinada, casi como la del Poble Vell, que según le dijo su anfitrión se llamaba Calle de San Antonio, hasta llegar a otra que según un letrado que había adosado a una casa se llamaba Calle Mayor. Don Camilo le decía que recordase el nombre de las calles pues si algún día se perdía le valdría como referencia para regresar a casa. Finalmente llegaron a una plaza enorme, que después supo se llamaba de San Agustín y era la más grande de la población. Salimos de ella por una bocacalle que había en la parte superior y entramos en la de San Nicolás que era donde tenía su casa Camilo. Durante ese trayecto que para otros era tan sencillo a ella le pareció un laberinto. Estaba convencida de que si la dejaban otra vez en la puerta de la ciudad le resultaría imposible localizar la casa en la que iba a vivir y suponía que para siempre.

Yocla se limitaba a dos calles. Una que había en forma de arco delante de las casas del Poble Nou y la otra que subía en forma de espiral alrededor de la colina del Poble Vell.

Según Don Camilo, Alcoy tenía cerca de cien calles, una cantidad que excedía en mucho la capacidad contable de la muchacha y le era difícil asimilar. Le parecía imposible que hubiese alguien capaz de aprender todos sus nombres de memoria y mucho menos saber donde estaban.

Durante los días siguientes se pasaba el tiempo asomada al balcón de la casa, viendo pasar cada día centenares de carretas, allí las llamaban galeras, que cargadas con balas de trapo o piezas de tela, subían y bajaban por la calle sin parar. Mirando calle de San Nicolás hacia arriba, en el fondo se divisaba una arboleda. Debía tratarse de un jardín y se prometió que un día subiría hasta allí para investigarlo y si le gustaba, visitarlo con los niños. Por debajo se veía la torre de la iglesia que estaba en la misma Plaza de San Agustín. Se alegró, pues así podría ir sola a misa si lo deseaba y agradecerle, a los santos que allí hubiesen, la nueva vida que le habían dado y rogarles para que Don Camilo no la abandonase nunca.

La mayor alegría la tuvo una semana después, cuando vio entrar en la casa a Concha, la antigua compañera que tenía cuando ambas servían en casa de Doña Angélica. Sabía que se había trasladado a Alcoy siguiendo a Don Camilo y Marieta, pero al no verla al llegar suponía que ya no continuaba en la casa.

Ahora se la había visto entrar acompañada por un señor muy serio que resultó ser su esposo, y que según pudo comprobar más tarde, Don Camilo lo tenía en gran estima, y con una preciosa criatura en sus brazos que resultó ser su hija.

Se abrazaron efusivamente y ambas quedaron, cuando tuvieran tiempo libre, para intercambiar impresiones.

Concha se sorprendió mucho cuando supo que Marieta se quedaba definitivamente en Altea y mucho menos el saber que la que ocuparía su puesto en la cama de Camilo sería Consuelo que por cierto ya tenía experiencia en ello.

En el fondo se alegraba pues a Marieta ya comenzaban a subírseles los humos a la cabeza y ésta en cambio era un trozo de pan.

Los cuatro dormitorios de la primera planta fueron distribuidos de la siguiente manera. Uno para los hijos de Consuelo, otro para los de Don Camilo con Marieta, con una cama suplementaria en la que dormiría María, pues al ser más pequeños cuando se sentían molestos todavía daban un poco de guerra por la noche. El tercero quedaba para Consuelo y el último para Don Camilo.

Cuando la casa se quedaba en silencio, la mujer se trasladaba al otro dormitorio. Pero una semana después se dejaron de tanta precaución innecesaria, pues nadie iba a criticar su situación, por otra parte sobradamente conocida para los habitantes de la casa, y Consuelo un buen día trasladó sus

cosas al dormitorio de Don Camilo.

Consuelo conocía a su nueva pareja demasiado y sabía que debía guardarlo de otras tentaciones, si quería mantenerlo atado a su lecho. Concha estaba fuera de sospechas, quería firmemente a su esposo y nunca se había interesado por Camilo ni este por ella. La más peligrosa por el momento podía ser Sofía, pero ésta era una muchacha bucólica que vagaba por la casa como si fuera un alma en pena y aunque sospechaba que en el pasado posiblemente hubiese tenido alguna relación con su amado, no era un peligro desde luego en esos momentos. La otra era María, la niñera, tendría entonces diecisiete años y ya comenzaba a estar de muy buen ver, podía ser un peligro en el futuro aunque únicamente de forma ocasional.

Tendría que estar vigilante y sobre todo alimentarlo lo suficiente para que no tuviese necesidad de picar fuera.

Con el tiempo se dio cuenta que tenía otra rival fuera de la casa, percibía su aroma cuando se acostaba con él, pero eso ocurría muy a la larga y a en ocasiones trascurría más de un mes antes de volver a encontrarse con ese olor. Debía de ser alguien a la que tenía que contentar de vez en cuando, pero no la conocía. Se impuso saber quién era.

CAPITULO XIV

LA LLEGADA DE CHAMONY

Los años siguientes no fueron muy favorables para Alcoy, un pavoroso incendio devoró los bosques cercanos que rodeaban la ciudad y únicamente la Fuente Roja se salvó milagrosamente.

Pepe el Pollero murió finalmente dejando a Amalia sola. Don Camilo trató de convencerla, e incluso llegó a ir a Yocla para intentar que regresase a su ciudad natal pues allí ya no la retenía nadie, No lo consiguió.

A Don Camilo, los próceres de la ciudad, le rechazaron la iniciativa de fundar una caja de ahorros, que a ejemplo de la que tenía en Altea, quería instalar en Alcoy y que había estado preparando meticulosamente durante todo el año anterior. El rencor que esta falta de apoyo le provocó hizo que diez años después no se incluyera entre los prohombres alcoyanos que tuvieron que aportar 700.000 reales de vellón para completar el legado de Diego Fernández, para fundar lo que sería el Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Alcoy, Pero no anticipemos acontecimientos pues eso todavía tardaría en llegar.

En mayo nacieron las hijas, pues las dos fueron niñas, de Lola y Leonor, apenas con una semana de diferencia. Cada una se pareció a su madre: rubio, ojos azules y tez clara la de Lola; morena, piel oscura y ojos negros la de Leonor. Rasgos del posible padre ninguno, por lo que cada una otorgó la paternidad de su hija a su marido y no hubo más discusión.

Lo que si tenían claro ambas, que por suerte ya tenían la parejita que cumplía el deseo de toda madre, era la de tomar las debidas precauciones cuando no hacían el amor con sus respectivos esposos. A ambas, y solo Dios sabe por qué motivo, se les ocurrió llamarlas Alicia. Pero como cuando estaban juntas se hacían la sorda cuando las llamaban y no les convenían o acudían las dos en caso contrario, optaron por llamarlas: Alicia la Rubia y Alicia la Morena. Al final la gente suele abreviar por comodidad y con el tiempo las llamaron simplemente Rubia o Morena y así se les quedó el nombre para el futuro.

En julio llegaron noticias del pronunciamiento del general O'Donnell en Alcalá de Henares y la gente se puso nerviosa pues los obreros comenzaron a movilizarse.

El gobierno local se adhiere al pronunciamiento y así se lo hace saber al Gobernador Civil de Alicante.

Nando se coloca su blusa de trabajador, metafóricamente hablando, y se coloca del lado de los obreros, y aunque no va al frente de las manifestaciones si los ayuda económicamente. Sabe que más pronto que tarde la revolución tiene que estallar y quiere tener las espaldas cubiertas para protegerse a sí mismo y a su familia. Todos los jefes sindicalistas, lo conocen personalmente, le deben favores y llegará un momento en que se los cobrará. Tiene la ventaja de que a diferencia de otros patronos, no poseía en exclusiva una empresa propia, ni empleados que le odiasen. Él solo participaba, en la sombra, únicamente aportando capital y en realidad desconocía exactamente el número de las empresas en las que tenía participación.

El problema se terminó o por lo menos se paralizó pasando a un segundo término, cuando llegó un invitado que todos esperaban pero que nadie quería: el cólera. A finales de agosto se dan los primeros casos en Alicante y escasos días después aparece en Alcoy. Ya no es una enfermedad desconocida para la población, pero si temida y comienza a cundir el pánico. Corre la voz de que algunas personas han fallecido de terror. Muchos ciudadanos, aun estando sanos, se creen atacados por la enfermedad y se pasan el día observando sus heces, si tienen o no nauseas y deseos de vomitar y preguntando al médico constantemente, colapsando de esta forma las de por sí repletas consultas.

La gente pudiente se encuentra todavía veraneando en las masías y las que han regresado vuelven a ellas. Corre la voz que el único remedio medicinal es la menta rudundifolia, conocida vulgarmente

como hierbabuena de burro y crece normalmente a la vera de los caminos. Alcanza tanta popularidad, a pesar del escepticismo de los médicos sobre su eficacia, que el aliento de todos los ciudadanos pudientes apestaba a esa hierba. Su precio se disparó y los pobres que la encontraban preferían venderla a precio de oro que aliviar sus males. El resultado final es que casi se extingue en toda España.

Camilo no ignoraba que la solución estaba en la higiene. Ordenó que los niños se lavasen las manos dos veces antes de las comidas. Que no entrase en la casa fruta o verdura fresca que pudiese estar contaminada y se limitó a esperar hasta que la tormenta pasase.

La enfermedad sin embargo no daba tregua y el primer día que se detectó el cólera morbo en Alcoy, al anochecer, ya había siete defunciones. Don Camilo ordenó a los guardeses y a sus hijos que guardasen las mismas normas de higiene que ellos, no quería tener un foco de infección debajo de su casa y la convirtió de esa forma en un fortín.

El ayuntamiento habilitó dos hospitales más para atender la avalancha de pacientes y posteriormente, incapaz de aportar nuevas soluciones al problema, acuerda realizar rogativas para paliar las calamidades que tanto afligen a esta ciudad.

Alcoy es cercada por las autoridades para evitar la salida de sus pobladores y que extiendan la epidemia por la zona. Indiscutiblemente tampoco nadie quiere entrar y Jorge prolonga sus vacaciones en la masía.

Pero el aislamiento no hace más que empeorar la situación, pues la ciudad se ve desabastecida y el hambre hace estragos, especialmente entre los pobres que no tienen reservas en sus casas. Hasta el mismo Gobernador Civil de Alicante se desplaza a nuestra población para traer ayuda y consolar a los afligidos. Eso le costará la vida, pues contagiado fallece una semana más tarde en Alicante.

Trascurrido un mes la enfermedad comenzó a amainar en Alcoy, pero costó la vida a más de 1.400 de sus habitantes.

No todo fueron malas noticias ese año. Camilo tuvo la oportunidad de rememorar meses después la visita de Chamony, un ilustre viajero francés que dejó constancia de sus viajes y de la huella de su paso por Alcoy en un libro titulado “Memorias de un viaje a Argelia y su regreso por España”

Cuando llegó a Alcoy y observó su hoya desde lo alto de la Ermita de San Antonio, creyó que se encontraba ante el cráter de un volcán, pues todas las vertientes que rodeaban la ciudad, estaban calcinadas a consecuencia del voraz incendio del verano anterior.

Calculó que el fondo del valle podía tener una profundidad de 500 o 600 metros y una anchura de diez mil, valles, barrancos y montañas, todo estaba quemado y tenía un aspecto ceniciento.

Cuando llegó a la ciudad se instaló en el Hostal de la Viuda y ante su asombro observó que las ventanas no tenían cristales. Estaban a principios de abril pero el frío todavía se dejaba notar.

Intentó dar una vuelta por la ciudad, porque se estaba mejor en la calle que en la fría habitación, pero se encontró todo cerrado. Estaban celebrando la Semana Santa y excepto las procesiones la población no tenía actividad alguna.

Hasta los jardines, refiriéndose a la Glorieta, que la encontró, vista por fuera, plantada de naranjos, limones y granados, estaba cerrada para evitar el disfrute de los pobres, pues los ricos, supuso, gozaban de sus propios jardines.

Ya de noche intentó encontrar algún sitio para cenar sin encontrar nada. Llamo su atención una procesión y se acercó a verla. Participaba una ingente cantidad de penitentes que portaban un cirio en su mano. Intentó contarlos pero no pudo, aunque con toda seguridad superaban los mil doscientos. Los siguió por la calle hasta llegar a la misma puerta de la iglesia que estaba presidida por una empinada escalinata.

Los penitentes que transportaban los bamboleantes pasos, hacían verdaderas filigranas para subirlos y después introducirse en la iglesia. Le extrañó que una imagen representando a la virgen llevase un pañuelo de bolsillo en el cuello y que un Cristo atado a una columna apareciese disfrazado con un pequeño manto de capuchón. No le gustó la forma de honrar a las divinidades y abandonó el

lugar asqueado por lo visto. Estaba claro que los españoles, a los que consideraba todavía en estado de barbarie, no podían compararse con la civilización a la que estaba acostumbrado.

Pero lo peor estaba todavía por llegar. Cuando regresó a la plaza de San Agustín, descontento por la comida que le habían servido en el hostel, decidió cenar fuera, aunque ya había podido comprobar que estaba prácticamente todo cerrado.

Se dirigió a un muchacho que por allí holgazaneaba y chapurreando el poco español que conocía le preguntó amablemente si conocía algún lugar en donde pudiese cenar.

Desde la guerra de la independencia y posiblemente desde mucho antes de los sucesos del Jesusset del Miracle, en los que el principal implicado fue un tal Prats de origen gabacho, los franceses no estaban bien vistos en España en general y en Alcoy en particular.

Como si temiese ser atacado por el hombre que tenía delante, el muchacho comenzó a alertar a sus compañeros, al grito de: ¡al francés; ¡al francés; y poco después el resto de sus compañeros estaban buscando piedras por el suelo para lanzárselas.

Dio la casualidad que en esos momentos pasaba por allí Don Camilo, que había ido un momento a la oficina, para recoger un documento que tenía especial interés en estudiar esa misma noche. Increpó a los niños para que dejaran en paz al pobre hombre que por su pinta debía ser forastero. No le hicieron el menor caso y solo consiguió que por poco no la emprendieran a pedradas también con él. Se lamentó no haber cogido el puñado de monedas de cobre que, para los gastos menores, llevaba siempre encima. Solo portaba una moneda de plata y otra de oro que no faltaba en los bolsillos de su chaleco por su seguridad, pues únicamente las emplearía en caso de un asalto en plena calle, cosa que por desgracia era bastante común en el Alcoy de la época, pues un padre con hijos que pasan hambre, siempre está dispuesto a todo. Bastaba con mostrarla al atacante, y este solía cogerla y salir corriendo, sin exigir nada más ni causar daño. Pues cuando consideraba solucionado su problema, lo que menos le interesaba al asaltante era ser detenido.

Dudó si debía malgastar la moneda de plata en ello, pero consideró que peor sería resultar descalabrado por tacaño.

La mostró a la chiquillería y cuando comprobó que por lo menos la mitad de ellos la habían visto, la lanzó lo más lejos que pudo en dirección a la iglesia para aprovechar que había un ligero desnivel hacia abajo. Todos, hasta los que no la vieron, se lanzaron en su persecución. Al fondo, cerca de la iglesia, se formó un montón de niños que pugnaban por arrebársela al primero que la había cogido.

Camilo se acercó al forastero, que todavía tenía el susto en el cuerpo y se hacía cruces porque ninguna de las piedras le hubiese acertado, y que por su aspecto parecía francés. No le costó entenderse pues el gabacho chapurreaba bastante bien el español y Camilo le ayudaba rememorando las viejas lecciones de francés que tuvo que soportar durante su juventud.

-No sé porque se lo han tomado así – respondió Chamony a la consabida pregunta de Camilo de si se encontraba bien – yo solo les he preguntado si podían indicarme un lugar en donde pudiese cenar. ¡Ah; y sobre todo gracias por su intervención.

-Era mi deber y no tiene la menor importancia. En cuanto a la cena no creo que encuentre hoy un sitio abierto.

-Gracias de todos modos – dijo el francés haciendo un gesto de desaliento – Está claro que tendré que conformarme con el menú de la viuda.

Camilo comprobó que la montonera de críos se había disuelto, que solo el más fuerte estaba contento por el premio conseguido y que los otros no tardarían en volver a ser una amenaza.

-Permítame que sea yo el que le invite a comer en mi casa.

-No sé si debo, caballero.

-Eso podemos discutirlo más tarde, pero de momento lo mejor es que nos marchemos de aquí – le dijo mientras le ponía una mano sobre su espalda y prácticamente lo empujaba hacia su hogar.

Chamony quedó impresionado por el lujo de la vivienda y la cantidad de criados que por allí

había, pues se había cruzado con casi la totalidad de la familia de los guardeses.

-Jacinto. Puede cerrar el portón que no volveré a salir. – Luego dirigiéndose a su invitado, continuó – Acompañeme, por favor.

Subieron las escaleras y le hizo pasar al amplio salón comedor. Consuelo se presentó casi inmediatamente y saludó a Camilo como si no le hubiese visto desde el día anterior cuando apenas hacia media hora que se había ausentado.

-Mi querido amigo – dijo dirigiéndose al francés – permítame que le presente... -iba a decir la institutriz de sus hijos, pero después del efusivo recibimiento de Consuelo no lo juzgó adecuado - ... mi esposa.

Los ojos de la mujer relucieron y una todavía más amplia sonrisa apareció en su rostro Volvió a besar a su “esposo” esta vez en los labios pues la nueva situación así lo exigía y ofreció su mano al invitado para que la estrechase o la besase según su costumbre y este depositó un cálido beso sobre ella, que la hizo sentirse importante.

-Supongo que nuestro nuevo amigo se quedará a cenar –Camilo asintió – entonces voy a decirle a Concha que prepare un plato mas, a Sofía que os traiga algo para beber y a María que acueste a los niños para que no molesten.

Después, tras mostrar una vez más su encantadora sonrisa, se dirigió garbosa hacia el interior de la casa demostrando, por si el invitado no se había dado cuenta todavía, quien era la dueña de ella.

Camilo sonreía en su interior, pues sabía que después de lo ocurrido, en agradecimiento, le esperaría una noche toledana, pues el detalle, por otra parte necesario, que había tenido con Consuelo sería ampliamente recompensado.

Aun tuvieron que esperar una hora hasta que la cena estuviese dispuesta, pues Consuelo le rogó a Concha mejorase el menú, en atención al invitado, y esta solo pudo aprovechar una mínima parte de lo que ya tenía hecho. Mientras los dos hombres charlaban y degustaban las diversas bebidas , acompañadas por unos triángulos de delicioso queso semicurado y unas delgadas lonchas de jamón que prácticamente se deshacían en la boca sin necesidad casi de masticarlas , que Sofía les ofreció para que eligiesen la que más les apeteciera y no para que las catasen todas como hizo el francés.

-No sé porque me atacaron – reflexiono por segunda vez el gabacho cuando todavía estaba sobrio, aunque en esta ocasión con más calma.

-Son secuelas de la guerra – respondió el anfitrión sin darle mayor importancia.

-¡Pero si estos todavía no habían nacido! Ni sus padres quizás tampoco. No sufrieron sus horrores, que sin duda los hubo. Son al fin y al cabo la tercera generación y nos odian como si la guerra hubiese terminado ayer.

-Hay que disculparlos. No saben leer pero tienen orejas y oyen lo que dicen sus padres, lo que dicen sus abuelos... y el odio ya sabe que siempre está dispuesto a aflorar.

-Aun así, no termino de comprenderlo. A partir de ahora tendré más cuidado y procuraré hacerme pasar por suizo que esos no se meten en nada. De todas formas he de reconocer que he recorrido ya casi media España y lo ocurrido aquí no me ha pasado en ningún sitio.

-No solo fue la guerra – intentó quitar leña al fuego Don Camilo o ponerla según se mire- Después vino la invasión de los cien mil hijos de San Luis que reforzó la monarquía y eso dolió todavía más al pueblo que trataba de librarse del yugo que les imponía el rey felón...

-¿Ha dicho felón? ¿Quién es ese? – le interrumpió Chamony

-Es como aquí llamábamos a Fernando VII, nuestro anterior rey. Y eso fue la puntilla. Durante este siglo cuando hemos tenido algún lio, siempre ha habido un francés por en medio. Por eso nos cuesta soportarlos.

-Por suerte parece que eso no va con usted.

-Son cosas diferentes. Pero cambiemos de tema y sacie mi curiosidad. ¿Qué hace un caballero como usted, en un sitio como este?

Chamony comenzó a contarle su historia mientras sorbía el resto de su tercera copita de café licor y chasqueaba sus labios en señal de aprobación. Camilo la volvió a llenar.

-Vengo de una familia acomodada aunque sin grandes recursos. Me encanta viajar y estoy gastando mi escasa fortuna en el proyecto. He hecho un viaje para conocer Argelia, a la que llegué en barco desde Marsella y ahora estoy regresando a mi país atravesando España. Después descansaré un tiempo mientras escribo un libro con la crónica de mi viaje y rezaré para que algún editor la publique.

-¿Es eso factible?

-Así lo espero. Los libros de viaje y sobre todo si son de España tienen mucha aceptación en mi país. Nosotros aunque en ocasiones aparentamos despreciarla en realidad la amamos profundamente. Es un país extraño, misterioso y que siempre nos está sorprendiendo. Como a mí esta noche, he pasado de casi querer matarme a tratarme como a un rey.

El francés carraspeo, al notar su garganta reseca, y la remojó bebiendo de un trago su cuarta copa de café licor. Camilo en esta ocasión no le mesuró de nuevo juzgando que ya llevaba lo suficiente, pero eso no fue óbice para que el gabacho, instante después, se sirviera la quinta, sin pedir permiso ni encomendarse a nadie. Camilo, aun no ignorando las consecuencias, le dejó hacer pues no era de buena educación reprimir a un invitado.

-¿Y si fracasa?

-No lo creo, pero me pondría a trabajar, como cualquier buen hijo de vecino, y como debería estar haciéndolo si en su día le hubiese hecho caso a mi padre. Pero ya que estoy aquí charlando amigablemente con usted y disfrutando de su hospitalidad, me facilitaría mucho mi labor si me proporcionara algunos datos, sobre esta maravillosa población, que preciso.

-Usted dirá.

-¿Cuántos habitantes tiene esta villa?

-Ciudad. Ya es ciudad y aproximadamente tiene unos veinte mil habitantes.

-Gracias por la aclaración. Pero... ¿tantos? – se asombró el francés – desde las alturas que la rodean no parece tan grande.

-Tenga en cuenta que como no podemos extendernos a lo ancho y poco a lo largo, la única solución que tenemos es hacerlo a lo alto. Hay muy pocas casas de una altura, una buena cantidad de dos y tres pisos y más de la mitad superan los cuatro pisos y llegan a alcanzar hasta los seis.

-¡ Eso es una barbaridad ;

-No lo niego pero es lo que hay.

Después hablaron de la producción, las costumbres de los alcoyanos y sus fiestas. La conversación se vio interrumpida por la presencia de Consuelo anunciando que la cena estaba servida y era hora de pasar al comedor.

Chamony se asombró de la cantidad de platos variados que habían sobre la mesa y cuando uno se terminaba era sustituido por otro diferente. La mayoría de lo que contenían era desconocido para él, pero decidió probarlos todos, pues después de su paso por Argelia, su estómago ya estaba acostumbrado a digerir todo lo que le echasen. Ninguno le desagradó y la mayoría lo encantaron. Sofía y María no daban abasto sacándolos y mucho menos Concha preparándolos.

Solo eran cuatro comensales alrededor de la mesa, pues Brígido se había incorporado a última hora. Pronto los platos quedaban indemnes pues a nadie le cabía una pizca más de comida en sus saturados estómagos.

El francés tenía claro que eran gente pudiente, pero desde luego no esperaba tanto. En su interior se lamentó de tanto despilfarro, pero teniendo en cuenta la cantidad de sirvientes que albergaba la casa, estaba convencido de que no se tiraría nada.

Hacía meses que no llenaba su estómago como era debido y un extraño sopor comenzó a invadirlo. La bebida que había tomado antes y durante la cena desde luego no le ayudaba nada.

-Tendrá la amabilidad de pedir a su criado me acompañe hasta el hostal... -balbuceó –

-Sera mejor que se quede a dormir en mi casa – les respondió Camilo, pero para entonces el francés ya no le escuchaba.

Dos días después iba camino de Cocentaina en la diligencia con destino a Játiva. Había rechazado una invitación de Don Camilo para quedarse en su casa los quince días que faltaban para celebrar las fiestas de Moros y Cristianos, pero no pudo aceptarla pues lo tenía todo programado y el tiempo corría en su contra. Él se lo perdió, seguro que hubiese sido un magnífico complemento para su libro.

XXXXX
XXX
X

Con la llegada de Consuelo a Alcoy, no por ello Camilo interrumpió sus encuentros con Ana aunque indiscutiblemente tuvo que distanciarlos en el tiempo, pues su actual compañera era una esponja que lo absorbía todo y ese ritmo de sexo era imposible que él pudiese soportarlo.

En un principio pensó en alternarlas, pero como ya hemos dicho anteriormente, Consuelo se mostraba insaciable y al final ganó la partida, pues en definitiva era la que lo tenía en su misma cama todas las noches.

Los encuentros con Ana fueron reduciéndose paulatinamente y finalmente quedaron reducidos a los días en que Consuelo sufría la regla y no se encontraba disponible.

Con Ana, los furtivos encuentros los tenía en su casa cuando sus hijos estaban de vacaciones en la masía de Fernando, que parecía se había convertido en su segunda residencia. La mujer no concebía tanta amistad entre ambas parejas y que los cuatros convivieran durante tanto tiempo juntos y eso a la larga podía tener graves consecuencia, lo que nunca podía sospechar era al extremo en que había llegado ya esa relación, pues creía que conocía muy bien tanto a su hijo como a su nuera a la que consideraba una hija mas, y nunca se lo hubiese imaginado.

Pero en invierno vivían en su casa y la relación con Camilo era imposible. Este, ante la posible abstinencia, pronto encontró la solución. Ordenó amueblar el dormitorio del piso que se había reservado en la calle de San Nicolás, “para ver como quedaba” y lo convirtió en su nido de amor.

Lo malo era que lo visitaban únicamente en invierno y la casa parecía un tempano de hielo. Camilo pensó en acumular leña y encender el hallar cada vez que tenían que ir. Aquello era un engorro, por únicamente dos horas que pasaban allí, lo tenía que encender él y ya no estaba para trabajos manuales. Contratar a alguien para que lo hiciese, podía ser una temeridad, pues por mucho que le pagase siempre podía irse de la lengua y todo lo que disfrutaba ahora se podía ir al traste. Solución: la excusa ideal para espaciar mas los encuentros sin que Ana se molestase.

Consuelo tenía perfectamente controlado a Camilo y sabía los días en que se había acostado con otra mujer. Por el aroma que desprendía y ella percibía al abrazarlo cuando llegaba a casa o cuando yacían ambos en la cama por la noche. Comprobó que últimamente solo se acostaba con su enigmática amante, los días que tenía la regla y evitaban el contacto sexual. Eso la satisfizo en parte, pues por lo menos sabía que si tenía comida en casa no iba a cazar ratones. Decidió que tenía que conseguir estar disponible los 365 días del año y la única forma de conseguirlo era quedándose de nuevo embarazada, aunque no sabía cómo reaccionaría su amante ante esta nueva situación y decidió estudiarlo detenidamente.

Un día subió hasta la Glorieta pues sabía que allí estarían María con los niños pequeños, para ayudarla a bajarlos a la casa. Durante el trayecto se topó con Ana. La conocía de Yocla, aunque allí no había tenido ocasión de tratarla mucho, pues en pocas ocasiones abandonaba el Riu Rau y ella únicamente había subido una vez, durante los festejos que organizó con motivo del nacimiento de su hija Inés. Era una casualidad muy grande pues ya llevaba dos años viviendo en Alcoy con Camilo y no había tenido ocasión de encontrarse con ella.

Ana también la vio, sabía que era la amante de Camilo desde que se había separado de Marieta y como en la cama aparte de sexo también suelen hacerse confidencia, igualmente conocía que el amante que compartían era el padre de su hijo mayor. Y todo ello ocurrió en Yocla y cuando todavía era cura.

Cinco metros antes de encontrarse, ambas ya se habían reconocido y sonreían. Al hacerlo, aunque solo fuera por cubrir las apariencias, se abrazaron efusivamente.

Apenas puso la nariz sobre su cuello, Consuelo reconoció quien era la amante del que consideraba su esposo. Momentáneamente sintió un rechazo hacia ella pero, por suerte, lo disimuló. Posteriormente, reflexionando con calma, se alegró que fuese ella, pues más valía malo conocido que bueno por conocer. No se trataba de ningún putón verbenero, que además se acostase con otros hombres que le pudiesen contagiar cualquier mala enfermedad y él a su vez a ella, por otra parte estaba casada

con su primo y eso aseguraba que su amor solo podía ser circunstancial. Era una relación que no podía prosperar, pues el escándalo podía saltar en cualquier momento, y se terminaría tan pronto ella pudiese acaparar a Camilo.

Se despidieron sin más, pues ambas llevaban prisa, y quedaron en verse dentro de unos días, con más calma y para rememorar tiempos pasados.

Ahora comprendía muchas cosas. Recordaba que Ana siempre se había mostrado arisca en su relación con Camilo y ahora la cosa parecía haber cambiado. Tal vez fuera en agradecimiento a la oportunidad que le había dado a su hijo Jorge o quizás por otros motivos que desconocía. Ahora ya había encontrado el cabo y solo tenía que tirar de él para conocer el meollo de la cuestión.

Por la noche como era habitual hizo el amor con Camilo, aunque absorta en sus pensamientos, no estaba por la labor y participaba pasivamente en el acto.

A su amante no parecía importarle mucho y atacaba su sexo como un ariete la puerta del un castillo, sin embargo se detuvo en vilo cuando la oyó decir.

-Esta tarde me he encontrado con Ana.

-Y...

-Nada. Esta tan guapa como siempre y hemos hablado de nuestras cosas... ¡Pero Camilo; Continua que me estas dejando a medias.

El hombre lo intentó pero su pene ya flácido era incapaz de reanudar su labor. Cayó a su lado tratando de recuperarse del esfuerzo que finalmente había quedado sin premio.

-Perdona pero no me gusta que me interrumpan cuando estoy haciendo esto. Me desconcierto y todo se va al traste.

Lo dejaron para otro día, pero Consuelo ya había confirmado una sospecha de la que no tenía la menor duda.

XXXXX

XXX

X

Faltando dos meses para jubilarse, llegó un día Don Rodrigo al despacho. Como siempre que hacía frío, se encontraba mejor allí que en su casa. Llevaba un voluminoso ejemplar del Quijote en su mano y no trataba de ocultarlo. Esperó la llegada de Jorge que como casi siempre se le habían pegado las sabanas y se puso a hablar con Andrés, ante el asombro de este pues normalmente no le dirigía la palabra salvo los “Buenos días” de rigor. Cuando su cuerpo percibió el calorillo que despedía el hallar decidió quitarse el abrigo.

-Hoy no pienso dar golpe. – le dijo a Andrés

-Ya veo que viene preparado – le respondió el muchacho que normalmente nunca se hubiese atrevido a dirigirse de esa forma al para él venerable anciano, pero cuando le daban confianza él la cogía inmediatamente por los cuernos.

-Quedan dos meses para jubilarme y entonces desapareceré de aquí y no volveréis a verme, aunque he de reconocer que en ciertas épocas del año, esta por ejemplo, se está mejor aquí que en casa.

-No sabe cuánto lo sentiré, Don Rodrigo.

-No me seas mentiroso que eso no es cierto.

-Se lo juro – insistió el muchacho.

-Pronto habrá una reestructuración en este despacho, entrará nueva gente y ya no serás el “último pet de l’orgue”.

La noticia alegró la cara del muchacho pero no pudo sacarle nada más al viejo, pues en ese momento llegó Jorge.

-Tenemos que hablar – le dijo dirigiéndose al recién llegado.

-Ya sabe que siempre estoy a su disposición.

A pesar de que ganaba más dinero y tenía un cargo tal vez de mayor responsabilidad dentro de la empresa, Jorge tenía un gran respeto por el hombre que se lo había enseñado casi todo y al que iba a sustituir en breve.

-Pasemos pues a mi despacho.

Era un poco más grande y también más lujoso del que ocupaba Jorge en la actualidad, aunque eso era cuestión de gustos.

-Usted dirá Don Rodrigo – le dijo una vez sentados ambos en dos cómodos sillones.

-A partir de ahora te sentaras ahí – le dijo señalando el asiento que normalmente ocupaba detrás de la mesa – y comenzarás a hacer el trabajo que he realizado hasta ahora. Yo estaré aquí, pero en realidad no estaré. Me explico. Estaré para aclarar tus dudas y rectificar tus fallos si se producen. Si dentro de dos meses, no has tenido necesidad de consultarme nada, ni he encontrado ningún error en tu trabajo que repasaré cuando la jornada finalice, consideraré que estás preparado para sustituirme y el próximo día tres de abril, que cumpliré sesenta y cinco años me despediré de todos vosotros.

-¿Y si no alcanzó el objetivo?

-Me darías un gran disgusto y me perjudicarías económicamente – le respondió mientras tocaba madera – pues perdería la recompensa prometida por Don Camilo.

-¿Y mientras que hará?

-Leer tranquilamente este ejemplar de Don Quijote que mi padre me regaló cuando cumplí los quince años y que no leí entonces por vagancia y posteriormente, porque el tiempo lo precisaba para ganar el dinero suficiente para alimentar a mi familia. Que los tiempos aquellos no son los de ahora.

-Intentaré entonces no defraudarle.

-Eso espero. Ahora con la ayuda de Andrés, tráete aquí todo lo que consideres necesario de tu despacho, que seguidamente lo ocuparé yo para solazarme.

Dos meses más tarde Don Rodrigo pudo marcharse a su casa con el futuro asegurado y el Quijote leído. Se despidió entre lágrimas de los que habían sido sus compañeros de trabajo durante los dos últimos años.

-Don Rodrigo. Si algún día tiene frío en casa, sabe que puede venir aquí a leer. Siempre habrá

para usted un sillón junto al fuego – fueron las últimas palabras que le dirigió Jorge antes de fundirse ambos en un fuerte abrazo.

Desgraciadamente la vida sedentaria no era para él y dos meses después falleció plácidamente mientras leía la segunda parte del Quijote sentado en un banco y a la sombra de un álamo en la Glorieta.

Don Camilo no tardó ni una semana en presentarse en el despacho de Jorge. Tenía grandes cosas que comunicarle.

-¿Cómo van las cosas? – le preguntó al entrar en su despacho sin ni siquiera anunciarse, aunque por Andrés sabía que lo encontraría solo.

-Bien Don Camilo. Aunque he de reconocer que un poco agobiado por el tiempo, sí que voy.

-Eso vengo a solucionarte yo.

-No puedo negar que me da una gran alegría.

-Me ha dicho Fernando que no pensáis ir a la masía este año.

-Algún fin de semana quizás, pero no puedo vivir todo el verano allí, como ya lo hicimos el anterior, resulta agotador.

Camilo pensó que eso perjudicaba el contacto sexual que periódicamente continuaba manteniendo con su madre e intentó buscar una solución.

-De momento he decidido incrementar tu sueldo mensual con lo que venía percibiendo hasta ahora Don Rodrigo.

-¡Eso es demasiado ¡ - le respondió Jorge sin poder ocultar su alegría.

-Pero justo. Si antes pagaba dos sueldos por la realización de unos trabajos y ahora una persona realiza ambos, justo es también que perciba los salarios correspondientes. En primer lugar porque te lo mereces y en segundo porque no tengo yo porque beneficiarme de esa circunstancia.

-Muchas gracias Don Camilo. No sabe lo contenta que se pondrá Leonor cuando se lo comunique y mucho más mi madre, que en definitiva fue la que me consiguió este empleo.

-Eso espero – le respondió pensando más en lo predispuesta que estaría Ana la próxima vez que hiciese el amor con ella, aunque tenía que reconocer que últimamente no precisaba de ningún aliciente especial – Pero debes de tener en cuenta que todo el merito es tuyo y que tu madre solo ha influido en mi por ser la esposa de mi primo y mi mejor amigo. Si tú no hubieses superado las pruebas a las que te sometió Don Rodrigo, por mucha amistad que me une a ella y por mucho cariño que le tenga, no estarías sentado en esa silla ahora.

-Gracias Don Camilo. Me complace oír eso – se levantó el muchacho en señal de despedida, pues creía que Don Camilo había terminado con el asunto que le traía y el tiempo comenzaba a ser oro para él.

-Siéntate pues todavía no he terminado y por lo que tenemos que hablar y sus consecuencias, mucho me temo que tu trabajo por hoy ya se ha terminado

-Usted dirá – dijo mientras recogía los diversos legajos de papeles distribuidos sobre su mesa y los guardaba dentro de un cajón.

-Contrata la cantidad de gente que consideres oportuno, delega en alguien parte de tu trabajo, buscando a la persona adecuada o promocionando a Andrés si lo consideras la persona adecuada, pues lleva ya bastante tiempo entre nosotros y parece espabilado. Quiero que tengas una jornada laboral que te permita disfrutar de tu familia, sin que sea obstáculo para sí un día tengas que trabajar las veinticuatro horas, así lo hagas.

-Lo tendré en cuenta.

-¡Ah¡ se me olvidaba. Aquí tienes las llaves del piso que tanto te gustaba y yo mismo me reservé – le dijo mientras metía una mano en su bolsillo y dejaba un manojito de llaves sobre la mesa.

-¿Qué ocurre con él? – le respondió extrañado.

-Si quieres puede ser tuyo.

Jorge no daba crédito a lo que oía y en un susurro dijo.

-Me... me lo regala.

Camilo sonrió.

-No puedo regalar lo que no es mío, pues aunque en su día lo reservara, continua siendo de la sociedad inmobiliaria y Fernando, Antonio y hasta tu mismo también sois propietarios de una parte de ella. Únicamente te propongo vendértelo en unas condiciones muy ventajosas.

-Yo nunca podré pagar eso.

-Piensa y no hagas que me arrepienta de haberte nombrado mi Jefe de Contabilidad. Tienes algo ahorrado, cuentas con un aumento de sueldo que puedes aplicar íntegramente a la amortización del piso y anualmente dispones de tu parte en los beneficios de la empresa. Salvo la entrada, yo creo que no tendrás que gastar la totalidad de los ingresos que te he dicho, pero al fin y al cabo el contable eres tú y a ti te toca sacar las cuentas.

-No sé – continuaba dudando Jorge y su cabeza parecía dar vueltas como una ruleta – siempre hay imprevistos.

-Esos se salvan, pues siempre hay unos padres o un amigo que te sacaran del atolladero – Todas las restantes viviendas del bloque se han vendido fácilmente. En último extremo siempre puedes revenderlo, pagar tu deuda y recuperar el dinero invertido con un succulento beneficio. ¿Pero lo quieres o no lo quieres? – saltó Don Camilo casi enfadado.

-¡Claro que si!

-Pues entonces corre a enseñárselo a Leonor y a tu madre, que seguro que se pondrá muy contenta sacándoos de su casa.

XXXXX
XXX
X

Un día Don Camilo se presentó en su casa portando un documento en su mano y reclamando la presencia de Consuelo, que acudió inmediatamente haciéndole el recibimiento de costumbre.

-Te traigo un regalo.

-¡Un regalo! - respondió la mujer alborozada pues su amante no solía prodigarse en ello.

-El tribunal eclesiástico ha aceptado la nulidad de tu matrimonio. Eres libre y puedes casarte con quien quieras.

-Sabes que eres tú, con el único hombre que me casaría.

-Pero por desgracia y por lo menos de momento eso no es posible. Mi nulidad es mucho más difícil de conseguir.

En realidad no la había solicitado. Todavía no estaba seguro de que su relación con Consuelo durase toda la vida y su estado actual era el ideal para no verse obligado a tomar cualquier decisión de la que pudiese arrepentirse en el futuro.

-¿De qué me sirve todo esto si no puedo tenerte a ti? - insistió la mujer.

-De mucho. De momento Carlos ya no puede influir en ti, ni reclamar la custodia de tus hijos.

-¿Por qué?

Don Camilo se sirvió una copa de brandy de una mesilla cercana y se volvió a sentar al lado de la mujer, pues preveía que la conversación iba a ser larga.

-Vamos a ver - hizo una pausa para sorber un trago del licor - Si la nulidad se concede es por la no consumación del matrimonio y eso ha sido fácil demostrarlo en tu caso por las tendencias sexuales de tu ya ex marido.

-Pero él nunca ha tenido relaciones con hombres. Siempre con mujeres.

-Eso cuéntaselo a los curas. Pero a lo estábamos. Si no ha mantenido relaciones contigo, tampoco puede ser el padre de tus hijos.

-¿Entonces que han sido concebidos, por obra y gracia del Espíritu Santo? - Consuelo se santiguó e inmediatamente se arrepintió de lo dicho.

-La blasfemia es un pecado y no hay ninguna necesidad de caer en él. - Camilo la hablo con el tono solemne y las mismas palabras que empleaba cuando aún era cura.

-Perdone pa... - iba a decir padre como en los viejos tiempos, pero se dio cuenta y cortó.

-En resumen. Son ilegítimos, que traducido al cristiano para que entiendas, quiere decir que su padre puede ser cualquiera. - Camilo sin darse cuenta estaba metiéndose en un berenjenal.

-¡No! Si al final resultará que soy una fulana que engendró a sus hijos en una esquina de Yocla y con el primero que pasaba por allí.- respondió enfadada y una lagrima comenzó a aflorar en cada ojo.

Camilo comenzaba a ponerse nervioso y decidió terminar inmediatamente con un tema que ya le resultaba incomodo.

-¡Consuelo! Tú y yo sabemos quién es el padre del primero y no me importaría serlo también del segundo. Todo lo que te he dicho son argumentos legales que maneja el tribunal y que no trascienden al exterior, por lo que no se entera nadie. Para tu tranquilidad mañana mismo voy a comenzar los trámites para la adopción, legalización o lo que haga falta. ¿Estas contenta?

Consuelo pareció tranquilizarse. Se acercó a Camilo y se sentó sobre sus piernas a horcajadas y lo besó apasionadamente.

-Tenemos dos opciones

-¿Cuáles? - contestó la mujer

-Esperar a la noche o ir a la habitación. Este no creo que sea el lugar adecuado.

Optaron por la segunda opción.

Consuelo desde ese día decidió llevar a cabo el plan que desde hacia tiempo estaba meditando. Quería quedarse embarazada.

Dejó de tomarse la pócima de cada mañana y las lavativas de bajos, con jabón y vinagre, después

de cada coito. Todavía le bajó la regla un mes, pero al siguiente ya no hizo acto de presencia.

No le dijo nada a Camilo de momento, ni este cayó en la cuenta que la tenía disponible todos los días del mes y que hacía ya dos que no visitaba a Ana.

Llegó un momento en que no pudo ocultar su embarazo y se lo confesó. A Camilo no le importó, había legalizado concediéndole su apellido a los dos hijos de Consuelo y no le importaba hacerlo con otro más, máximo sabiendo, que como el primero, también era hijo suyo. Fue la época más feliz de sus vidas en común.

Camilo temía, que como ocurría con Marieta, que llegado el sexto mes y por culpa de su prominente barriga su corto pene no pudiese alcanzar el objetivo. Pero eso todavía tardaría en llegar y entonces ya vería.

Las noches de sexo del aquí te pilló aquí te mato habían terminados, los juegos eróticos comenzaron por iniciativa de la mujer y como Camilo veía imposible que se los hubiese enseñado Carlos, consideraba que eran producto de su prodigiosa imaginación. El hombre disfrutaba acariciando el abultado vientre de la mujer, tratando de captar el menor signo de vida en su interior y cuando se cansaba deslizaba la mano hacia abajo y la masturbaba como en su día vio hacer a su hermana. Esperaba hasta verla retorcerse de placer y entonces la montaba para satisfacción propia.

Ya hacia algunos días que tenía problemas para alcanzar su objetivo y realizar el acto, pero esta vez fue definitivo. No lo alcanzó.

Con Marieta, llegado a este punto, sabía que las relaciones se habían terminado en tres o cuatro meses. Tenía miedo que el abultado abdomen se resintiera con su peso y eso perjudicara a la criatura que llevaba dentro. Se desplomó abatido a su lado a pesar de que su miembro a diferencia que en otras ocasiones continuaba esperando su oportunidad. Tendría que reanudar sus relaciones con Ana, pero después de tantos meses sin visitarla y sin ni siquiera justificar su prolongada ausencia, seguro que no lo recibiría con los brazos abiertos.

-¿Qué te pasa cariño? – la melodiosa voz de Consuelo lo sacó de sus cavilaciones.

-No puedo. No alcanza. ¡Maldita sea! Siempre pasa lo mismo cuando llegamos a este punto.

-No te preocupes. Todo tiene solución.

Consuelo se incorporó y colocó su sexo sobre la pelvis del hombre, lo hizo lentamente, tanteando cada paso y excitándolo todavía más si cabe. Luego se sentó y notó como el miembro se introducía en su interior lentamente y como vulgarmente se decía “hasta el fondo”. La barriga de la mujer ya no era un obstáculo.

Camilo estaba alucinado. Tanto tiempo padeciendo teniendo a mano una solución tan fácil como esta. Consuelo inició un ligero vaivén de sus caderas y él puso sus manos en los glúteos de la mujer para de alguna manera dirigir el coito. No concebía que no lo hiciese él. Era la primera ocasión que en vez de montar a la hembra lo montaban a él. Más cómodo y descansado si era y no dudo en que repetiría esta técnica aun en el caso de que Consuelo no estuviese preñada. Echó en falta los besos durante el coito pues a la mujer le costaba inclinarse, por eso, cuando todo terminó y echados ambos sobre el lecho la llenó a besos por todas partes.

El acto había sido sublime y decidió en esos momentos que terminaría casándose con la mujer que había tenido sobre él. De hecho al día siguiente ordenó a Brígido que iniciase los trámites para anular su matrimonio con Marieta. Causa: el adulterio, no especificando por parte de quien. Si eso no bastara podía alegar lo que quisiera con tal de conseguirlo.

Ese día dio por terminada, de hecho ya lo estaba desde hacía meses, su relación con Ana, sin molestarse en informar a la parte contraria. Al año siguiente nació su hija Amalin.

XXXX

XXX

X

El intercambio de parejas entre los cuatro amigos ya hacía tiempo que había dejado de ser un secreto entre ellos. Pero se realizaba sin ostentación y siempre a escondidas de sus respectivos conyugues, que no era extraño que en otro sitio estuviesen haciendo lo mismo. Todo cambió un sábado en la masía, cuando los niños y el servicio ya estaban acostados, y la velada, bien regada con todos los licores imaginables, estaba llegando a su fin. Una mirada de complicidad entre los cuatro y el silencio de cada uno de ellos dio por sentado que esa noche habría intercambio de parejas.

Cada uno cogió a la suya y eso sí, respetando los dormitorios de las mujeres se encaminaron a sus respectivas habitaciones. Esa acción se institucionó todos los sábados. Cada uno hacia el amor durante toda la semana con su pareja y ese día sentían una imperiosa necesidad de intercambiarla. Lo hacían con toda la discreción del mundo, principalmente del servicio que era el que más fácil tenía el irse de la lengua.

En la masía no había problema pero cuando llegaba el invierno y no les resultaba apetecible acudir allí, ni siquiera con la guinda del premio que se les ofrecía, la situación se ponía difícil.

En la ciudad la única casa disponible era la de Fernando, pero no podían dejar libre al servicio todas las noches de los sábados sin levantar sospecha y su casa, aunque grande, no tenía la intimidad que requería comparándola con la masía. Por otra parte Jorge no podía justificar ante su madre esas ausencias sabatinas. Un día, dos, pase, pero todos... Ambas casas estaban apenas a doscientos metros de distancia y por muy grande que fuese la juerga no justificaba el dormir en casa extraña. O por lo menos eso pensaba Ana, que no era tonta y comenzaba a imaginar cosas que su corazón se negaba a admitir, de todas formas no podía negar que tenía la mosca otra vez detrás de la oreja.

Por ese motivo el piso nuevo de Jorge llegó como agua de mayo y fue una bendición para ambas parejas. De un plumazo desaparecieron todos los problemas. En primer lugar terminaban con la suspicacia de Ana y en segundo lugar con la enojosa presencia del servicio, porque Leonor no lo tenía y Lola no comprendía cómo podía vivir sin él.

Fernando se ofreció a pagarle la entrada, aunque Jorge se negó en redondo. El marido de Lola casi lo consideró una ofensa, pero su amigo lo tranquilizó diciéndole que inicialmente no le hacía falta pero si en el futuro necesitase su ayuda sería al primero al que acudiese. No pudo negarse a que Fernando le financiase los muebles del comedor, el salón y el dormitorio destinado a ellos, cuando durmiesen en la casa. El resto, exceptuando el suyo, que lo encontró misteriosamente en su dormitorio y nunca pudo saber quien lo había instalado y con qué motivo. Pero como estaba immaculado no dudó en quedárselo. Solo tuvo que emplear algo de dinero amueblando las habitaciones de sus hijos y allí pudo lucirse.

Llevaban tres semanas sin reunirse y la ansiedad ya se había instalado en ellos. Decidieron no prolongar más su agonía y esa noche cenaron en Le Parisién y estrenaron la casa de Jorge.

El alma de esas reuniones era Lola, la encargada de promoverlas cuando nadie movía baza y la que más nerviosa se mostraba el día de autos. No podía ocultar su deseo de que llegase el momento de encontrarse a solas con Jorge.

-Te mira con unos ojos de cordero degollado – le solía decir Leonor a su esposo cuando estaban a solas en su habitación haciendo el amor y no podía evitar reírse por ello.

Cuando intercambiaban parejas, Jorge procuraba colocarse el trozo de tripa de cerdo en su pene para evitar embarazos y rezaba para que Fernando hiciese lo mismo. Le solicitaba ayuda a Lola para atarlo, mientras él lo sujetaba y lo mantenía en su sitio. Ella en ocasiones lo hacía, pero en otras le decía:

-Quítate esa porquería porque hoy no hay peligro y podemos hacerlo a pelo.

Lo decía con una seguridad pasmosa como si supiese, cuando y no, podía quedarse preñada. Después, para poner a punto al hombre, hacía cosas que ni una prostituta se hubiese atrevido, pero ella se desenvolvía con la mayor naturalidad y como si lo hubiese hecho durante toda su vida. Claro que después exigía el mismo trato por parte del hombre y le gustaba recordar la primera vez que

tuvieron sexo los dos en la masía de sus padres y ella todavía era una adolescente. La única diferencia era que ahora llegaban hasta el final.

Esta era la parte que menos le gustaba de Lola. Luego disfrutaba de su cuerpo, que nunca había soñado poseer y le satisfacían las exclamaciones de placer que en ella provocaba.

No podía creer que en la habitación de al lado, en esos mismos momentos, estuviese pasando lo mismo o algo similar. Se imaginaba a una Leonor apática sobre la cama soportando las embestidas y la lascivia de Fernando pero sin obtener el menor placer y deseando que su sacrificio terminase lo más pronto posible.

Lo quería pero no lo esperaba pues sabía que si a su esposa le tocaban su punto débil y por experiencia sabía que no era difícil de encontrar, perdía la noción de las cosas y quedaba enteramente a disposición de tus caprichos.

Cuando finalmente todo terminaba, quedaban exhaustos y no tardaban en dormirse. Pero la lujuria de Lola nunca parecía tener fin y antes de que amaneciese volvía a tener su cuerpo sobre el suyo reclamando mas sexo. Si no había niños por en medio, el primero que se levantaba no era antes del mediodía.

CAPITULO XV ALTEA

Camilo regresó a Altea dos años después de su ruptura con Marieta. Ni siquiera se molestó en visitar a su hermana, otra vez viuda, en Yocla, para convencerla de su regreso a Alcoy. De antemano sabía que no le haría caso.

Tenía ya en sus manos el oficio que lo liberaba de su matrimonio con Marieta, pero no iba ex profeso para verla, comunicárselo y arreglar cuentas con ella. Los negocios en la zona mandaban y no podía dejarlos abandonados, podía dejar esta función en manos de Brígido pero sabía que con solo su presencia se revitalizaban y comenzaban a funcionar mejor.

Apenas un día le llevó dejarlo todo en orden. Dudó entre visitar a Marieta, pues ignoraba como lo recibiría, o dejar los papeles en manos de Don Rudolfo, el procurador, darle instrucciones y dejar que fuese él quien se los entregase y solucionase las posibles desavenencias. Pero deseaba poder ver de nuevo a Barbarita, la hija mayor de Marieta, a la que quería como si fuese hija propia y que debía ser ya una mocita de doce o trece años.

Le molestó saber que Carlos se había instalado en casa de Marieta y vivían juntos. Había abandonado Yocla por las murmuraciones motivadas por la marcha de Consuelo y porque las perspectivas de trabajo era mayores en Altea.

De todas formas la presencia de Marieta tenía mucho que ver y el que lo había iniciado todo por llevarse a Consuelo era él. No tenía motivos de queja.

Se había construido en el patio trasero de la casa de Marieta una caseta de madera en donde había instalado su taller, y como suponía que compartían cama, no necesitaba nada más.

Cuando llegó Camilo, Carlos se cruzo con él, le saludo oscamente y rápidamente desapareció introduciéndose en su pequeño taller y ya no salió hasta que comprobó que Camilo se había marchado.

Le abrió la puerta la única criada que quedaba en la casa, era casi una chiquilla, nueva y no la conocía. Posteriormente pudo comprobar que todo el servicio que tenía hace dos años cuando se llevó a María y a los niños, había desaparecido. No había rastro de la cocinera ni de la doncella.

-Deseo hablar con la señora. Dile que soy Camilo.

-Espere un momento aquí – le introdujo en un pequeño saloncito amueblado con una mesa y sillones de mimbre – avisaré a la señora.

El cristal que cubría la mesa se había roto y no había sido sustituido. Eso no era descuido, significaba que la economía de la casa no era muy boyante y que los gastos superfluos tenían que esperar. Escuchó a lo lejos el llanto de un niño en el fondo de la casa y se extrañó, no veía a Marieta madre de nuevo, pero la convivencia con Carlos podía traer esas consecuencias.

Una muchachita muy guapa y que prometía ser una autentica belleza en el futuro entró en el saloncillo. Era la viva imagen de su madre. Se lanzó a sus brazos y lo besó por toda la cara.

-¡Papa! - exclamó aunque rápidamente rectifico – Bueno, Don Camilo, cuanto me alegra verle.

Camilo recordó que cuando se llevó a sus hermanos, Marieta no consintió en que la viera, posiblemente para evitar que se la arrebatara también.

-Y yo también me alegro de verte Barbarita –se alejó un paso para poder contemplarla mejor – estas guapísima.

-Cuanto te quiero y no sabes lo que te añoro – continuaba abrazándolo y en sus ojos pronto aparecieron un par de lágrimas.

-Yo también te quiero... y desde luego puedes llamarme papa, pues es un orgullo para mí.

La niña parecía triste y se notaba que no era feliz. La presencia de un nuevo hombre en la casa, que paradójicamente era su padre biológico aunque ella no lo supiese, había llegado en un mal momento de su desarrollo. Ya no era una niña y comenzaba a comprender muchas cosas. No había

conocido a Nelo, su padre oficial, y cuando Camilo entró en su vida era muy pequeña y lo acogió como su verdadero padre. Lo que ocurría ahora ya no era natural.

Iba a decirle algo, cuando se interrumpió por la entrada en escena de Marieta que se presentaba con cara de pocos amigos. Sin ningún miramiento despidió a la muchacha.

-¡Bárbara! - le ordenó - será mejor que te marches y nos dejes solos.

-¡Pero mamá! - protestó

-Ya me has oído - le replico en un tono que no admitía negativa alguna - Y tú -dirigiéndose a su ex marido - ¿A qué has venido?

-Ante todo en son de paz y mejor nos irá si no te alteras. Tengo noticias que compartir contigo y ya que toda relación entre nosotros se ha roto quiero que por lo menos quedemos como amigos.

-Difícil lo veo, porque si rompimos fue por culpa tuya.

Camilo negó con la cabeza.

-Recuerda que la que me pusiste los cuernos fuiste tú.

-No he hecho nada que no hicieras tú antes, cualquier reproche sobra.

-Dejemos temas tan espinosos porque veo que por ese camino no avanzaremos nada. Veo que has reiniciado tu vida con Carlos.

-Algo tenía que hacer.

-Y que tenéis un hijo nuevo.

Marieta se le quedó mirando fijamente.

-¿Quién te ha dicho eso?

-Nadie. Pero he escuchado el llanto de un bebé y he supuesto...

-Eso es mucho suponer - le respondió relajando su tono - pero vayamos al grano que no tengo todo el día para atenderte.

Camilo sacó un documento de una carpeta y se lo entregó.

-Es el documento que acredita la nulidad de nuestro matrimonio...

-¡Ya está! ¿Porque lo digan cuatro curas, todo lo que ha pasado entre nosotros ya no existe? No existe Carlos, ni Andrés ni siquiera Bárbara que se pasa todo el día preguntando por ti y deseando verte. Yo no puedo complacerla y eso me rompe el corazón. - Se echó a llorar.

-La cosa ya no tiene remedio y la situación es irreversible. Ambos tenemos una nueva familia, tú con Carlos y yo con Consuelo. Incluso ahora te puedes casar con él si lo deseas.

-¿Tú ya lo has hecho?

-No. Pero tampoco lo descarto. Cada uno puede ser feliz con su nueva pareja.

-¡Claro! Tu eres rico y poderoso y vives como un rey. Y yo, mísera de mí, malviviendo de la mísera pensión que me has dejado y del sueldo de un carpintero que solo trabaja cuando puede pero no cuando quiere.

-Recuerda que te di más del doble de lo que pedías.

-¿Y qué sabía yo? Siempre he sido una mantenida y he vivido bajo el amparo de un hombre, primero Nelo y después tú, que me dabais lo que quería y no tenía que preocuparme. Solo pasé apuros cuando murió mi primer marido. ¿Por qué crees que te acepté como esposo? Cierto es que a la larga terminé queriéndote, pero al principio solo fuiste mi salvación. Y que coste que ahora no me quejo por mí, ya que con un momento de placer por las noches en la cama me basta, pero sufro por mis hijos que no tienen lo que precisan... y para colmo el nuevo.

-¿No lo deseabas?

-Ahora no lo cambiaría por nada del mundo, pero si he serte sincera en un principio no.

-¿Entonces porque se lo permitiste a Carlos?

Marieta no pudo evitar una carcajada.

-Eres la hostia Camilo y perdóname que te lo diga. Ese hijo no es de Carlos sino tuyo.

Camilo sonrió incrédulo.

-¿Ahora tratas de endosármelo?

-No seas estúpido, no te lo daría ni por todo el oro del mundo. Ese crio tiene un año, cuatro meses y cuatro días... ¡No; Cinco. Añádele nueve meses de gestación y te saldrá la cuenta de la última vez que estuviste aquí.

-Recuerda que por entonces también te acostabas con Carlos. ¿Cómo puedes asegurar que es mío y no suyo?

-Por la sencilla razón que tanto entonces como ahora le obligo a escupir a la calle o a ponerse ese artificio que tu inventaste, aunque a él los de cerdo no le caben y tienen que ser de vaca o de caballo y no sabes esos lo que me cuestan de encontrar. Y tú ese día has de reconocer que prácticamente me violaste y me obligaste a tragarme tu semilla. ¿No es eso cierto?

Camilo no tuvo más remedio que rendirse ante la evidencia.

-¿Puedo verlo?

-No tengo ningún inconveniente. Se parece a ti como lo hubieses parido tú.

-¡Lola! - llamó a la criada que rondaba por allí - Tráeme a Camilin.

-No me digas que le has puesto mi nombre.

-Tu nombre y nuestros apellidos, recuerda que por entonces todavía estábamos casados y no iba a endosárselo- recalcó esa palabra - como tú dices, a Carlos. Pero no pienses en quitármelo, pues tendrías que matarme si antes no lo hago yo.

Camilo no hizo caso de la amenaza, no pensaba quitárselo y mucho menos presentarse en casa ante Consuelo y con un nuevo hijo que no era de ella. Reconoció inmediatamente que era hijo suyo por el enorme parecido a él cuando tenía dos años de edad. Lo recordaba por haberse visto en un cuadro que colgaba en el comedor de la casa de sus padres, pintado por un prestigioso pintor alcohólico. Cuando vino la quiebra de su casa, su madre no tuvo más remedio que venderlo, junto a otras muchas cosas, para poder subsistir, ahora solo Dios sabe donde se encontraría.

La muchacha no tuvo más remedio que llevarse de nuevo al niño, pues no paraba de llorar e impedía la conversación de sus padres.

-Que no te impresione la criada - continuó la mujer - es una pobre huérfana que no sabe donde caerse muerta y la tengo por caridad y encima agradecida. Trabaja para mí por únicamente un lecho donde dormir y la comida.

-Esto vamos a solucionarlo. ¿Cuánto crees que necesitas para poder vivir decentemente?

Marieta dudó. No quería quedarse corta ni tampoco pedir una cantidad excesiva que Camilo no aceptara. Finalmente decidió pedir el doble de lo que ahora recibía.

-Pues... ¿Qué te parecen doce mil pesetas al año?, Creo que con eso será suficiente.

-Bien. Te daré veinte mil y si hubiese algún gasto extra justificado, sobre todo para el mantenimiento de la casa, también será atendido. Para eso, si lo deseas, no es preciso que te dirijas a mí, si te es incomodo, con que se lo digas a Don Rudolfo él te atenderá.

-Gracias - Marieta no pudo pronunciar otra palabra.

-Ahora hablemos de otra cosa.

Marieta sonrió. Estaba claro que había terminado el momento de dar y ahora venía el de exigir.

-¿Qué quieres a cambio?

-Nada. Solo ofrecerte que tus hijos pasen el verano contigo.

-¿Por qué? - le dijo algo extrañada y recelosa por su ofrecimiento.

-Porque te añoran y no quiero que se olviden de ti. ¿Aceptas?

-Claro que acepto. Y tú querrás a Camilin.

-No. Es muy pequeño todavía y quiero que crezca con el calor que solo una madre le puede dar. Cuando sea mayor, no dudo que querría tenerlo, pero eso ya se verá. De momento la que me preocupa es Bárbara.

-Esa no es hija tuya - se puso en guardia la mujer.

-Pero la quiero como si lo fuera y cuando llegue el momento tendrá su parte en mi herencia como cualquier otro.

-Te lo agradezco.

-El problema es que la veo en casa y no estudiando.

-A su edad ya ninguna chica estudia aquí. Ya les han enseñado todo lo que podían. La única posibilidad es que continuase sus estudios en Alicante o en... - no se atrevió a pronunciar el nombre de la segunda opción que no era otra que la de Alcoy - ...pero no me lo puedo permitir.

-Si decides llevarla a Alicante yo corro con los gastos.

-Tampoco quiero dejarla con desconocidos. Ya es mujer...

-Si fuese a Alcoy la acogería en mi casa junto con sus hermanos - Marieta se quedó pensativa y no respondió - pero es una decisión que no me corresponde ni es necesario tomar ahora. Queda un mes para que termine el curso y luego tres meses de vacaciones. Cuando Carlos y Andrés regresen a Alcoy después de pasar las vacaciones contigo puedes decidir si Bárbara los acompaña.

Camilo se incorporó de su cómodo sillón para marcharse. Poco quedaba ya por decir.

-Puedes quedarte a comer si lo deseas - Camilo negó con la cabeza y señaló al patio en donde Carlos continuaba trabajando - Carlos en el fondo te aprecia y sobre todo te respeta. Ciertamente es que se enfadó cuando te llevases a Consuelo, y sobre todo sus hijos, pero el tiempo todo lo cura.

-De momento dejemos las cosas como están. No dudes que te visitaré siempre que pase por aquí o cuando venga a traerte o recoger a los niños.

Le dio un beso en su mejilla y se marchó.

XXXXX
XXX
X

Alberto, el primogénito de Pepe y Marcela terminó la carrera de medicina con mucha gloria y pocas penas y acompañado por unas excelente notas. Pero por desgracia eso no era suficiente para ejercer directamente, pues las practicas en la universidad eran irrisorias y en algún sitio tenía que hacerlas si no quería enviar al secanet, que es como allí llamaban al cementerio, a algunos de sus pacientes antes de poder considerarse un medico medio decente.

Alcoy era una población en expansión y con carencia de médicos. Para colmo de males, cada epidemia de cólera se llevaba a alguno por delante y el déficit de médicos era evidente.

Había dos clases de pacientes. Los ricos que pagaban religiosamente la consulta y se tomaban los medicamentos que les recetaban, y los pobres, que si pagaban parte de la consulta era regateando, y después no les llegaba para pagar los medicamentos. Finalmente no los podían tomar y el resultado era desastroso.

Cierto es que había otros consultorios que dependían de la caridad pública e incluso te facilitaban el medicamento, o más bien un sustituto, generalmente realizado con productos naturales de escasa eficacia, pero esos lugares no gozaban de la confianza del pueblo y era el último lugar al que acudían. Sobre todo cuando la dolencia que les aquejaba era seria.

Esa era una de las plazas que quería ocupar Alberto, porque quería comenzar a ejercer “desde abajo” y que desde luego no le hubiese costado nada conseguir. Pero Pepe se opuso tajantemente.

-No te he pagado una carrera para cobrar el mísero sueldo que va a darte la administración, aparte de que allí no vas a aprender nada más de lo que ya sabes – le dijo en cierta ocasión – además yo no voy a durar eternamente y llegara un momento en que los guisantes os los tendréis que pagar vosotros y para eso se necesita dinero. Y sobre todo no penséis en la herencia, como una posible tabla de salvación, pues sois muchos a repartir.

Después de esta perorata que repetía a menudo se quedaba más satisfecho. Aunque no por ello menos preocupado.

Finalmente debido a la amistad que los unía y no sin grandes esfuerzos, logro colocarlo como ayudante en la consulta del Doctor Jiménez, un reputado medico alcoyano de la época, al que acudía toda la gente de “puntet”. No le pagaba de sueldo ni una puñetera perra chica, pero el muchacho era listo, lo absorbía todo como si fuera una esponja y Dios le había concedido un excelente ojo clínico para la profesión.

En dos años logró montar su propia consulta, ayudado claro está por el dinero de su padre, que estaba dotada por todos los adelantos técnicos de esa época. Cuando notaron su falta en la consulta del viejo medico, no tardó en hacerse con buena parte de la clientela de su mentor, sobre todo la femenina.

Alberto era joven, guapo y estaba bien posicionado. Tendría ya unos veinticinco años de edad y no se le conocía ni novia ni amoríos, pues todos sus esfuerzos estaban dedicados a la medicina.

Muchas madres ponían a sus hijas y a ellas mismas en sus manos. Para definir la delicadeza con que lo hacía solían decirse entre ellas: “Te toca pero sin tocarte, no sé si me entiendes”

Todas asentían, en primer lugar porque no querían pasar por tontas, pero solo lo entendían verdaderamente cuando acudían a su consulta y les tenían que palpar partes comprometidas de su anatomía, bien fuese por un simple dolor de vientre o por algún bulto sospechoso que aparecía alrededor de alguna glándula mamaria. Entonces no notaban ninguna sensación extraña, era como si la exploración la estuviese realizando una mujer, pero si ocurría cuando los tocamientos los realizaba el viajó verde del Doctor Jiménez, pues entonces les parecía que estaban en manos de un sátiro.

XXXXX
XXX
X

El otro problema de Pepe era Bernabé. No es que hubiese terminado la carrera de Derecho con malas notas, era que en realidad ni siquiera la había comenzado. En su expediente solo contaba con un aprobado pelado en derecho romano, y según reconoció su profesor posteriormente fue por equivocación. Pues aprovechando que ese año se jubilaba se le ocurrió pegarse una gran juerga de despedida y decidió aprobar a todos sus alumnos sin repasar siquiera el examen. Una posterior revisión, debido al escándalo que se formó, pues algunos reclamaron mejor nota, demostró que todos los exámenes estaban más o menos bien y merecían aunque fuese un aprobado justo, menos el de Bernabé que estaba completamente en blanco.

Finalmente Pepe decidió no malgastar más su dinero y aprovechando que Alberto ya no regresaría a Valencia pues había terminado su carrera, Bernabé tampoco lo haría.

La única posibilidad de trabajo que tenía era meterlo en su propia fábrica y justificar de esa forma el dinero que semanalmente le concedía.

Poco se acercaba por su aparente puesto de trabajo, pero cuando acudía hacia más mal que una “pedregá”, como solían decir los propios trabajadores.

Los incordiaba tanto que no lo podían ver ni en pintura. Revocaba las órdenes dadas por Luis y ordenaba otras nuevas contradictorias, únicamente por darse importancia, y que los operarios no se atrevían a ejecutar. Quien no obedecía era automáticamente despedido, aunque después mediaba el contra maestre y todo se arreglaba. El caos reinaba en la fábrica y un buen día Luis lo envió a su casa.

-Pero... ¿Quién crees que eres tú?

-Según tu padre el que manda aquí y si no estás de acuerdo mejor es que vayas a quejarte a él.

Bernabé trató de imponerse por la fuerza, pues el viejo inválido que tenía ante él no iba a impedirse, pero la presencia de dos fornidos trabajadores que respaldaban sus palabras fue suficiente para disuadirlo.

-¡Me las pagaras! y vosotros dos también. – dijo dirigiéndose a los trabajadores.

Pepe trató de mediar sin conseguirlo. Finalmente optó por pagarle el sueldo a su hijo con la condición de que no se acercase por la fábrica. No lo consiguió, pues el muchacho continuó importunando aunque solo fuese por dar la coña.

Luis aguantó todo lo que pudo, pero un día ocurrió un accidente por culpa de Bernabé y un operario resultó seriamente lesionado.

Luis se entrevistó con Pepe y le lanzó un ultimátum

-O tu hijo o yo.

Pepe alzó los brazos en señal de impotencia y Luis se despidió.

-Lo siento pero mañana no cuentas ya conmigo. Estoy hartos. – Dando un abrazo a su amigo se marchó. Pepe se quedó con lágrimas en los ojos.

Con lo que tenían ahorrado podían subsistir durante bastante tiempo, aunque no eternamente. Para colmo Ana había resultado embarazada durante las últimas relaciones que mantuvo con Camilo y había nacido un niño que contaba con apenas unos meses de edad y habían bautizado con el nombre de Luisito. Lo bueno era que su marido lo había acogido con alegría y estaba plenamente convencido de su paternidad, mientras Ana no tenía ninguna duda de que su esposo era estéril. Tenía claro que los dos hijos que había tenido, exceptuando claro estaba a Jorge, eran de Camilo. Toda la vida haciendo el amor con Luis y solo se quedaba preñada cuando Camilo estaba por en medio.

Sabía que Camilo vivía feliz con Consuelo, ajeno a lo ocurrido, e incluso que habían tenido un bebé con ella, aunque desconocía si era niño o niña.

Otra vez necesitaba la ayuda de Camilo pero esta vez no quería acudir a él. Aunque lo añoraba y hubiese querido compartir con él el nacimiento de su nuevo hijo y disfrutar con sus juegos, no quería dejar la impresión de que siempre lo buscaba por necesidad, y el sexo solo era un medio para conseguir sus favores.

Ahora, después de dejar el trabajo, le molestaba incluso que Luis estuviese todo el día en la casa.

Cierto es que la ayudaba en lo que podía de las labores caseras, entretenía a los niños e incluso llevaba e iba a recoger a Inés al colegio. Ahora ya no tenía la excusa para salir, ver gente e incluso tropezarse con Camilo por la calle, como ocurrió la otra vez. Se sentía encerrada en una jaula de oro y comenzaba a sentir una extraña sensación de abandono y de que la vida no valía la pena vivirla.

Lo consultó con su médico y este le recetó: tila. Ingentes cantidades de tila. Esta vez decidió pedirle ayuda a su hijo.

Jorge comprendió inmediatamente la situación de sus padres y decidió ayudarles sin que Don Camilo directamente lo supiese, por lo menos de momento.

Entre sus empresas curiosamente no había ninguna de la rama textil, que era la que le iría como un anillo al dedo a su padre.

Buscó alguna que estuviese en venta o perteneciera a alguna persona de edad avanzada y sin hijos al que pudiera interesar una buena oferta. Pero nada.

Finalmente pudo averiguar que la Banca Vicens, tenía una embargada, que se podía conseguir por poco dinero pero que posteriormente necesitaría una fuerte inversión para ponerla de nuevo a flote. Eso había impedido que posibles compradores se echaran adelante, pero por suerte el dinero no era un obstáculo para la empresa en donde trabajaba y podía ser una oportunidad de oro para todos, su padre incluido.

Mas contento se puso cuando se enteró que se trataba de la antigua fábrica en donde tenía participación Adoración, la primera esposa de Fernando, y que finalmente quedó como único propietario Tomas Gonzaga, al que según le confesó una vez Fernando, lo había arruinado tras hacerle una mala jugada. Era también el ex propietario de la Masía de Barchell y seguro que Nando estaría dispuesto a hacerse también con la fábrica.

Probablemente Nando hubiese querido quedársela como único propietario, pero Jorge tenía en cuenta que estaba trabajando prioritariamente para Don Camilo y este con toda seguridad también querría participar. Por otra parte la opción de hacerlo por mediación de la Compañía le convenía, pues no olvidaba que las normas no escritas de la casa solían hacer partícipe, dándole un pequeño porcentaje de la sociedad, al encargado de sacarla adelante y este no sería otro que su propio padre.

En un par de meses todos los trámites se solucionaron y Luis se vio con trabajo y como socio minoritario de Blanes, Ortega y Compañía. Sociedad Textil.

XXXXX
XXX
X

Apenas lo tuvo todo atado y bien atado, Jorge se entrevistó con Don Camilo para exponerle su nuevo proyecto.

-¿Tienes ya a alguien para que se haga cargo de él?

-Yo había pensado en mi padre, claro está si usted no tiene ningún inconveniente.

-Que voy a tener. Pero... ¿no trabaja para Pepe?

-Lo dejó hace ya cinco o seis meses. Ya sabe, se metió por en medio Bernabé y... ahora, según mis noticias, la fabrica va cada vez peor.

-No me extraña. Y con respecto a tu padre completamente de acuerdo. Dile que un día se pase por aquí y hablaremos. Arréglalo para una jornada que la tenga libre. ¿Y tu madre como esta?- le dijo con interés aunque solo quería aparenta que se trataba de una simple pregunta de cortesía.

-Muy bien. Aunque ahora está ocupada con el niño.

-¿Qué niño? – preguntó extrañado.

-El que acaba de tener. Bueno, ya hace algunos meses. ¿No se había enterado?

-Nadie me había dicho nada. ¿Cuándo lo ha tenido?

Jorge pensó durante unos instantes.

-Tiene siete meses. No le había dicho nada, hasta ahora, porque en realidad usted está siempre muy ocupado y no lo juzgue importante.

-Todo lo que respecta a Luis y su familia es importante para mí. Que no se te olvide para otra ocasión.

-No se preocupe que lo tendré en cuenta.

Camilo mientras hablaba no dejaba de realizar sus cálculos. ¡Dieciséis meses desde la concepción; Y solo llevaba catorce sin tener relaciones con Ana.

Estaba seguro que ese hijo también era suyo. Pero... ¿Por qué Ana no le había dicho nada? Discreta como siempre. Si él no se acercaba era porque no podía y ella nunca lo importunaría.

-Entonces – le interrumpió Jorge sus pensamientos – perdone que le insista, pero en este caso no quiero actuar por mi cuenta. ¿Le ofrecemos a Luis el consabido cinco por ciento de participación?

-Esta vez que sea el 10% - le indicó Camilo mientras cogía su sombrero y se disponía a marcharse – ahora tiene otra boca más que alimentar.

A Jorge le sorprendió tanto despilfarro, era como si Don Camilo fuese regalando el dinero por ahí, pero tratándose de su padre tampoco iba a discutirse. Ahora que llevaba las cuentas de todas las empresas de Don Camilo se asombraba de la cantidad de dinero que ganaba al año y si él ganase lo mismo también podía ser tan espléndido e incluso mucho más.

Cuando Don Camilo salió de su despacho, serian las doce del mediodía y se acercó a la calle de mercado para comprar, en un bazar que allí había, unos juguetes para el recién nacido y otros para Inés. Luego subió por la calle de San Francisco y se paró delante del escaparate de una joyería para comprarle un regalo a Ana. No le agradó nada de lo que allí vio, pero así y todo entró al establecimiento.

Le atendió una joven morena, con unos bellísimos ojos negros y una sonrisa encantadora. Solo por verla Camilo se vio en la obligación de comprarle algo. Rechazó algunas de las baratijas que la moza le ofreció, hasta que esta se dio cuenta que el precio no era un obstáculo y la clase de regalo que el caballero buscaba. Le mostró una gargantilla que llevaba grabado el nombre de Carmen.

-Esto podría servir, pero el nombre no corresponde.

-¿Puedo saber el nombre de su destinataria?

Camilo asintió con la cabeza

-Ana.

El rostro de la joven se iluminó.

-Espere un momento que tal vez le interese lo que voy a ofrecerle.

Pasó a trastienda durante unos pocos segundos e inmediatamente reapareció de nuevo portando

en sus manos un estuche color turquesa. Cuando Camilo lo abrió quedó maravillado, ante sus ojos vio un hermoso broche de oro que tenía incrustados unos pequeño brillantes que formaban el nombre de Ana.

-Es un poco caro – continuó la muchacha, mientras el hombre lo examinaba detenidamente entre sus manos- pero se trata de un encargo, que, aunque entregaron una importante cantidad a cuenta como compromiso de compra, posteriormente no pasaron a recogerlo. Mi padre me ha autorizado a descontar esa cantidad a quien esté interesado en él.

-De acuerdo, me lo quedo – le respondió sin más.

-¿No le interesa saber el precio?

-Solo para pagarte. Unos ojos tan bonitos no me pueden engañar.

La muchacha sonrió y recogió, una a una, las monedas de oro que como pago había depositado el hombre sobre el mostrador.

Se había retrasado demasiado y ya sería la una cuando llegó a la puerta de la calle de la casa de Luis. Por suerte estaba abierta y le evitó el bochorno de esperar, cargado, ante las miradas inquisitorias de las mujeres, que indolente, esperaban turno en la cola para recoger agua en la fuente. Mientras subía las escaleras le sorprendió el sonido de la sirena de la fábrica de paños que anunciaba el fin del turno que terminaba a la una del mediodía.

No esperaba que Ana estuviese sola. Pero si lo deseaba para tener ocasión de hablar con ella tranquilamente sobre el génesis de su embarazo evitando la enojosa presencia de su marido.

Como se temía fue Luis quien le abrió la puerta de su casa. Tras depositar los paquetes que llevaba sobre el asiento de una silla del recibidor, saludo a su primo dándole la mano y fundiéndose en un abrazo.

Inés salió alborozada inmediatamente y después de besar a su padrino, comenzó a chillar de alegría cuando descubrió la ingente cantidad de paquetes que había sobre la silla y creía eran para ella. Seguidamente apareció Ana, alertada por los gritos de su hija, y se alegró de ver que era Camilo el recién llegado. Ya sabía por su hijo que el asunto de su esposo iba viento en popa y la presencia de su amante en la casa prácticamente lo confirmaba. Primero amenazo a la niña con dejarla sin obsequios si despertaba a su hermano y después se acercó al recién llegado para estamparle un par de besos en sus mejillas, mientras le susurraba un “gracias” en su oído.

Camilo trató de pacificar la cosa.

-Inés – le dijo dirigiéndose a la niña – los que tienen un lazo rosa, son para ti, el resto guárdalos hasta que se despierte tu hermano pues son para él.

-Te quedas a comer – aseguró más que preguntó Ana.

-No he avisado en casa de mi ausencia. Pero de todas formas me quedo, no será el primer plantón que les doy esta semana. Hace demasiado tiempo que no os veo como para rechazar la invitación.

Pasaron al comedor mientras el ama de la casa preparaba otro servicio para el recién llegado. Mientras la niña se entretenía desenvolviendo los regalos y Luis sacaba una botella de café licor y unas migas de bacalao, para tomar un aperitivo mientras la dueña de la casa “escudellaba”.

-Gracias por la oportunidad – dijo Luis mientras mesuraba dos pequeñas copas con el oscuro licor

-Antes la hubieses tenido si me hubieses avisado. Todo ha sido cosa de Jorge. Yo no he intervenido para nada y de hecho me he enterado de todo esto, esta misma mañana. También del nacimiento de vuestro hijo y solo por ello he venido. Así es que dejemos el trabajo aparte, que ya tendremos ocasión en las oficinas de hablar de él la semana próxima.

Una vez servidos los platos, Ana también se sentó alrededor de la mesa. Camilo aprovechó la ocasión para sacar el estuche y ofrecérselo a Ana.

-¿Qué es esto?

-Tu regalo de maternidad.

-Es demasiado. No lo puedo aceptar.

-Después de nueve meses de embarazo a lo que hay que añadir las horas que dura un parto, cualquier regalo que le puedas ofrecer a una madre es poco. Mi regalo puede parecer excesivo, pero es proporcional a mis posibilidades, si hiciese menos no tendría ningún merito. – luego se dirigió a Luis, diciéndole – a ti primo, no te he traído nada, pues ya tuviste bastante regalo el día que lo concebiste.

Le guiñó un ojo a su amigo e intercambio una mirada de complicidad con Ana.

Después de la comida Luis se dispuso a acompañar a Inés a la escuela.

-Yo tendría que marchame también – intervino Camilo – pero me gustaría ver antes al recién nacido.

-Estará a punto de despertarse – respondió Ana – pero no quiero despertarlo, pues si lo hiciera me coge el burro y después me rechaza hasta el pecho.

En esos instantes se escuchó el llanto del niño en el dormitorio.

-Espérame que apenas tardaré diez minutos en volver – Luis cogió a la niña de la mano que no quería desprenderse de una de las muñecas que terminaban de regalarle y partieron hacia el colegio.

Ana no tardó en salir con el llorón en sus brazos. Camilo en ningún momento dudó que fuese su hijo, pues como casi todos lo que había tenido se le parecían en muchos detalles. Se sentó a su lado, sacó su voluminoso pecho lleno de innumerables venitas azules y se lo ofreció a su hijo. Dejó de llorar inmediatamente.

-¿Por qué no me lo dijiste?

-¿Por qué me dejaste sin más explicaciones? – le respondió con otra pregunta.

-Si quieres que te diga la verdad no lo sé. En esos momentos creí que tal vez sería lo mejor. No quería que ninguno de los dos saliese perjudicado, ya que nuestro amor solo puede limitarse a eso. Solo sexo.

-Lo sé, por eso nunca te lo he reprochado.

-Ahora lo que más me ha dolido es que no me dijese nada del bebé. Lo he sabido hoy por Jorge y de casualidad.

-Los dos sabemos que es hijo nuestro, igual que Inés, pero oficialmente son de Luis y llevan su apellido.

-¿Lo sabes cierto?

-Luis debe tener algún problema y es incapaz de inseminar fértilmente a una mujer. El no lo sabe y mejor que siga así. Hemos tenido infinidad de ocasiones de tener un hijo propio y solo lo hemos conseguido cuando te has metido tu por en medio. ¿No es suficiente prueba?

Camilo la besó, mientras el niño molesto por su injerencia, trataba de apartarlo con su manita.

-Ya sabes que siempre me tendrás a tu disposición y te daré lo que me pidas.

-Con lo que hiciste con Jorge y ahora con Luis, por no hablar de lo de Yocla, me doy por pagada y no te lo agradeceré lo suficiente – luego se puso a reír rememorando tiempos pasado – y lo que nunca podrás imaginar es cuanto te he odiado al principio y como te querido después.

-Tal vez es porque os cuesta apreciar lo bueno – dijo bromeando.

Se marchó sin esperar el regreso de Luis. Poco mas tenían que decirse y nada que hacer.

XXXXX

XXX

X

Finalmente Jorge decidió hacerle caso a Don Camilo y contratar a un ayudante. Tenía una letra horrible que apenas se entendía, y cuando pasó los primeros asientos del Diario al Mayor y comparó su letra con la de Don Rodrigo, que parecía brillar en las páginas anteriores, se sintió avergonzado de ella. Necesitaba a alguien con buena letra para que se encargase de pasar a limpio lo que él preparaba en un borrador. De paso también se encargaría de escribir las cartas que él dictase. Las misivas que un cliente recibe de una empresa es como una tarjeta de presentación, pues es lo único que ve de ella. Todo lo demás, salvo tal vez el género que finalmente recibirá, es aleatorio.

Publicó, durante tres días consecutivos, un anuncio en el Heraldo de Alcoy en el que se ofrecía una plaza de secretario en una importante empresa local.

Se exigía: Buena letra y rapidez en tomar notas al dictado. Adicionalmente se valorarían las nociones en teneduría de Libros. Al primero a quien quiso darle una oportunidad fue a Andrés. Pero por desgracia éste también tenía una letra peor que la suya y además era excesivamente lento en las tomas al dictado, pues alertado trataba de hacer la mejor letra posible.

-Cuando te dicto – le dijo durante la prueba – no es preciso que te esmeres. Con que la entiendas tu me basta, después ya tendrás tiempo de pasarla a limpio con buena letra.

Lo malo es que parecía imposible poder empeorar su caligrafía. Decidió conservarlo como recepcionista, porque mejor relaciones públicas que él, no encontraría a nadie.

Quince días después se celebraron las pruebas y la sorpresa de Jorge fue comprobar que como candidatos se presentaban cinco hombres y una mujer. Estuvo a punto de despedirla antes de las pruebas aduciendo que la plaza se había convocado para secretario y no para secretaria, como muy claro apareció en el anuncio.

Pero su rostro era angelical y de una belleza que cautivaba. Era morena y tenía unos profundos ojos negros, que acompañados por una sonrisa encantadora que cautivaba, se hacían irresistibles. El traje que portaba le impedía apreciar su cuerpo, pero lo poco que pudo ver le agradó. Tenía unos senos ni grandes ni pequeños pero en su sitio, una cintura de avispa y por la distancia que la separaba del suelo se le suponía unas piernas larguísimas. No era desde luego el prototipo de la mujer española de la época, pero posiblemente por eso se hacía más apetecible.

Decidió que hiciese la prueba, para no ser descortes, y después con cualquier excusa ya buscaría el motivo para sacársela de encima. De todas formas no esperaba que las superase, pues las mujeres que podían alcanzar ese grado de educación, pertenecían a la clase pudiente y no precisaban trabajar, más aun, incluso estaba mal visto si se atrevían a hacerlo.

La clase de trabajo destinado a las mujeres, se limitaba al servicio doméstico o a los puestos más ingratos de las fábricas, que no precisasen esfuerzo físico, pero que repudiasen los hombres.

Los concursantes se sentaron alrededor de una mesa de reuniones, con capacidad para doce personas cómodamente sentados, que se encontraba en un extremo del despacho de Don Camilo y que Jorge no recordaba se hubiese empleado alguna vez.

Les proporcionó a cada uno una carta escrita con una excelente letra inglesa y les pidió que la copiasen lo más exactamente posible que pudiesen, y que colocasen cada uno su nombre a modo de firma para identificarlas posteriormente.

Cuando tuvo las cartas ante sí, vio que la letra de tres eran aceptables, de dos excelentes y la restante, precisamente la de la mujer, parecía una copia exacta del original. Estaba seguro de que si hubiese colocado las dos cartas superpuestas al trasluz de la ventana solo se podría apreciar una sola.

Decidió eliminar a los tres primeros, para facilitar las cosas, pues para él era la prueba más importante, y pasar a la segunda.

Los tres aspirantes se colocaron en un mismo lado de la mesa, mientras él se situaba en el opuesto.

-Ahora voy a dictarles una carta. No me importa la letra, pues solo se trata de un borrador que posteriormente y con más calma deberán trasladar a un folio con membrete de la empresa, pero si me interesa la rapidez con que lo escriban, pues mi tiempo es oro y no puedo perderlo dictando

cartas. Lo haré a un ritmo rápido, pero si aun así resulta lento para alguno de ustedes, solo con levantar la cara del escrito me indicaran que debo incrementar el ritmo. Posteriormente el que mejor reproduzca el escrito que he dictado, será el vencedor.

Comenzó la lectura de la carta que tenía entre sus manos a un ritmo normal de lectura. Mientras los dos hombres se afanaban escribiendo con la cabeza gacha, ella lo hacía sobre el papel sin mirarlo apenas, únicamente de reojo parecía vigilar que no desbordarse sus límites y con sus ojos fijos en él. Todo ello sin perder su encantadora sonrisa. Jorge, absorto en ellos, tardó en comprender que lo que le estaba pidiendo es que acelerase el dictado, pues sus manos estaban más tiempo paradas que escribiendo. Aceleró la marcha y ella continuaba impertérrita observándolo, mientras sus oponentes, uno se había rendido dejando de escribir y el otro negaba continuamente con la cabeza, admitiendo con ello que la cosa no iba nada bien.

Posteriormente pasaron a la lectura de las notas tomadas.

Jorge había estado observando atentamente el desarrollo de la prueba y ya tenía una idea bastante clara del resultado. Citó en primer lugar a quien tenía enfrente a su izquierda y le rogó iniciara la lectura de la carta. Apenas pudo citar los dos primeros párrafos, que fueron los que dictó a un ritmo normal. El otro candidato pudo leer un poco más, aunque con grandes lagunas por en medio y alguna que otra equivocación y que demostraba que parte del texto se lo había inventado. Finalmente dio paso a la señorita que leyendo atentamente el texto lo repitió exactamente como lo había dictado Jorge.

Evidentemente la ganadora era ella, pero continuaba siendo una mujer, que nunca había estado previsto que entrase a trabajar en la oficina, e ignoraba la reacción de Don Camilo cuando se enterase. Decidió lavarse las manos como Poncio Pilatos, admitirla provisionalmente a prueba y si al final había que tirarla a la calle que fuese el Jefe quien cargase con el marrón. O por lo menos a él pensaba echarle la culpa si finalmente tenía que despedirla.

Con independencia de ello, los tres hombres estaban alucinados, pues miraban fijamente el papel que la chica terminaba de leer y allí no había ninguna letra. Todo era un conglomerado de líneas más o menos largas; curvadas, algunas más que otras, y que partiendo de una línea imaginaria partían: arriba, abajo o a ambos lados.

Todos creyeron que la escritura había sido un paripé para aparentar que estaba tomando nota y lo que había hecho era captar el dictado de memoria y luego repetirlo. De todas formas no dejaba de ser una proeza, incluso superior a la de poder interpretar las rayas.

-Bueno, señora y señores- comenzó su discurso sin saber exactamente lo que tenía que decir –evidentemente el ganador, o mejor dicho la ganadora de la plaza de secretaria que ofrecemos es evidente. De todas formas agradecería a los caballeros que al salir, dejen en recepción su nombre y dirección, por si próximamente precisáramos de sus servicios.

Se levantó de su asiento y los tres opositores le imitaron como autómatas. Estrechó la mano de los dos hombres, invitándoles, con un gesto, a abandonar el despacho y rechazó, de momento, la que la dama le tendía.

-Usted espere, por favor. Preciso hablarla.

Cuando los dos hombres se hubieron ausentado, Jorge le ofreció la mano para acompañarla al otro extremo del salón y sentarse en dos cómodos sillones que rodeaban un pequeño velador.

-¿Ha almorzado?

-Si he de serle sincera, todavía no. Pero no quisiera abusar...

-No abusa. Dígame lo que desea o permítame que pida por usted.

-Un café con leche y una tostada con aceite será suficiente.

Jorge se acercó a la puerta y con esta medio entornada ordenó.

-¡Andrés! Dos cafés con leche con tostadas en aceite y tú pídetelo lo que quieras, que hoy invita la casa.

-¡Marchando! - respondió una voz jovial desde fuera.

-Permítame que la felicite por el examen. En verdad he quedado alucinado y puedo asegurar que sus rivales también.

-Sin querer pecar de inmodestia he de reconocer que se puede hacer más rápido, pero usted me retenía al no ir lo suficientemente aprisa.

-¿Qué yo la retenía? Si sus competidores no la han podido seguir. Por cierto ¿Ha memorizado el texto?

-¡Memorizado! Usted está loco. Eso es muy difícil, por lo menos para mí. No niego que soy capaz de memorizar textos pequeños, pero el que usted ha dictado me resultaría imposible. Sobre todo escuchándolo una única vez.

-¿Entonces como lo ha repetido sin tener nada escrito?

-Si lo tenía escrito, pero en taquigrafía.

-¿Taqui... qué?

-Una forma de escritura que permite tomar notas más rápidamente.

-No la conozco.

-Todavía no está muy extendida. El método lo inventó un bisabuelo mío y mi tío abuelo la está perfeccionando. Yo en realidad he sido su conejillo de indias, con la que ha hecho la parte práctica, y he adquirido tanta, que en realidad para mí, escribir así es solo un juego.

-Por cierto... ¿Su nombre es? - Jorge lo buscó entre los papeles que tenía entre sus manos.

-Martí. Isabel Martí

-¿Es de Alcoy?

-Valenciana. He llegado hace poco. Mi padre ha montado una joyería en la calle de San Francisco. Entre él y mi madre la llevan sin problemas, aunque yo les he ayudado de vez en cuando, pero si he de serle sincera... - se detuvo como pidiendo permiso para continuar a su interlocutor pues creía que lo estaba aburriendo con sus palabras, y éste la animó con un gesto - no es lo mío. No me gusta estar esperando toda la mañana la entrada de algún cliente, pues estos, en los tiempos que corren no están muy dispuestos a gastar su dinero en joyas, y mientras tienes que estar quitando el polvo de las vitrinas para no aburrirte.

-¿Y qué le gusta? - se interesó Jorge que no dejaba de mirarla embelesado.

En esos momentos lo interrumpió Andrés que entraba con una bandeja en la que aparte lo pedido había añadido un par de vasos de zumo de naranja. La dejó sobre el velador.

-Gracias - susurró la muchacha agradeciéndoselo acompañado de una sonrisa.

-Te presento a Andrés - aprovecho la ocasión Jorge - nuestro recepcionista y ayudante para todo. Puedes pedirle lo que necesites que él te lo traerá.- Y dirigiéndose al muchacho - Esta señorita es Isabel, nuestra nueva compañera de trabajo.

-¡Exacto! -respondió Andrés - y cuando el jefe dice para todo... es para todo.

Lo dijo en un tono insinuante, mientras se acercaba a ella para saludarla. Isabel se levantó para responder al saludo ofreciéndole la mano, pero el muchacho la obvió y le estampó dos sonoros besos en ambas mejillas.

Isabel no reaccionó de mala manera, como hubiese sido previsible, ante tanta confianza que a cualquier otra le hubiese resultado excesiva. Mientras, Andrés, se retiraba rápidamente, más contento que unas pascuas, para evitarse la más que probable reprimenda de su jefe.

Jorge sintió envidia de no ser él el que saludase de esa forma a la dama, pero en el fondo sentía celos de que su empleado se hubiese adelantado.

-Ya no recuerdo en donde estábamos - continuó un Jorge ya un poco aturrullado.

-Me preguntó que me gustaba.

-Y...

-Pues una oficina como esta, en donde el trabajo no se termina nunca, siempre estas ocupada y las

horas se hacen muy cortas y además puedes hablar con alguien e intercambiar opiniones.

-No siempre es así.

-Por lo menos donde estaba antes sí.

-¿Tienes experiencia?

-Trabajaba en Valencia en un sitio similar. Era una fábrica de muebles. Como ha podido comprobar, tengo buena letra y sé taquigrafía. Aunque esta apenas la empleaba pues mi anterior patrono, en vez de dictarme las cartas me las resumía en cuatro palabras y yo era la encargada de redactarla y escribirla. A menos que se tratara de una carta privada o de amor.

Jorge rió por la ocurrencia. Ya no sabía por dónde entrarle a la muchacha y mucho se temía que al final no tuviese más remedio que admitirla.

-Y de teneduría de libros... ¿Sabes algo?

-Realicé un curso sobre ello. Soy capaz de pasar los asientos del diario al mayor, claro está que debidamente asesorara por mi jefe directo, todos sabemos que en este oficio cada maestrillo tiene su librillo y deja mucho espacio a la interpretación. Yo tampoco quiero campar a mis anchas.

La muchacha quedó expectante mirando a su futuro jefe y esperando le hiciese más preguntas. Estaba a gusto allí y hubiese querido conocer más cosas sobre él. Tendría unos veinticinco años, era moreno, con rasgos un poco agitanados y guapo, demasiado tal vez. Debía estar casado por el anillo que lucía en el dedo medio de su mano derecha, aunque eso tampoco significaba mucho. Era una incógnita que debía despejar.

Él se levantó dando por finalizada la entrevista, y mientras la acompañaba hasta la puerta le dijo.

-Falta el visto bueno de Don Camilo, el Jefe supremo, aunque no creo ponga ninguna objeción. –añadió para quitarle hierro al asunto- y si se la pone lo amenazaré con mi dimisión.

-Gracias.

-La tuya. Mañana comienzas, te espero aquí a las nueve de la mañana.

Jorge le ofreció la mano en señal de despedida, pero la muchacha, como había hecho antes Andrés, la obvió y le dio dos sonoros besos en ambas mejillas.

-Ahora somos compañeros de trabajo –se justificó la mujer por su atrevimiento, mientras se anticipaba a abrir la puerta del despacho y desfilaba por el vestíbulo ante la atenta mirada de los dos hombres.

XXXXX

XXX

X

Don Camilo se acercó de nuevo a la joyería de la calle de San Francisco. Lo único que deseaba era poder ver y charlar de nuevo con la joven que le había atendido la otra vez. La excusa era comprar un regalo para Consuelo. No tenía ninguna obligación pero si le había entregado un detalle a Ana por el nacimiento de su hijo, que menos que hacer lo mismo con la otra que también había parido y además la tenía en su casa. Al fin y al cabo el dinero que iba a gastarse era lo de menos, y por nada del mundo hubiese deseado que algún día se juntasen por casualidad y el tema saliese a la luz y tuviese un lío por ello. Lo que menos deseaba era tener conflictos con las mujeres que se llevaba a la cama. Aparentaban que no había pasado nada, pero luego en el lecho ya no se portaban igual.

Vería que tenían y de paso, si podía tirarle un anzuelo a la muchacha, que no había logrado quitarse de la cabeza desde que la conoció, se lo tiraría, y si picaba, tanto mejor. Esperaba que no fuera una puritana o una estrecha que tanto abundaba en este vendito pueblo.

No había nadie detrás del mostrador cuando entró en la joyería.

-¡Buenos días! - saludó con voz fuerte para llamar la atención de la muchacha que posiblemente estaba en la trastienda, pero quien salió fue un hombre, relativamente joven, pues pasaría por poco de los cuarenta años, elegantemente vestido, recién afeitado y con un cabello y bigote bien cuidados que demostraban visitaba al figaro diariamente.

-¿En qué puedo atenderle? - se ofreció amablemente.

-Quisiera adquirir algún detalle para mi esposa.

-¿Tiene alguna idea de lo que desea?

-Pues no, pero el otro día me atendió una señorita muy atenta y me orientó muy bien. ¿No está? - añadió con la esperanza de que si estuviese en la trastienda y la llamase.

-Se trataría de mi hija Isabel. Lo siento, pero hoy no ha podido venir. ¿Qué le ofreció entonces?

-Un broche de oro, con brillantes que formaban el nombre de Ana.

-¡Ah! Fue usted.- el rostro del dueño de la tienda se iluminó, pues no siempre se presentaba en la tienda un cliente que hiciese una compra tan importante, pagase inmediatamente con monedas de oro y a los pocos días repitiese - Hizo una compra inmejorable, la pieza vale mucho más de lo que pagó por ella.

-No creo que fuera tanto, pues me alivio bastante el bolsillo. He de reconocer que salí más ligero de lo que entré - le respondió medio en serio, medio en broma.

El comerciante se tragó sin orgullo la indirecta y le mostró una gargantilla idéntica a la que la muchacha le mostro en su día con el nombre de Carmen impreso. Pero esta contaba con el lugar adecuado para la grabación todavía virgen.

-Puedo grabarle Ana si lo desea.

- Esta tendría que poner Consuelo, el otro era para mí... hermana - respondió después de pensárselo durante unos instantes.

-¡Ah!

-Pero querría llevármelo ya.

-Se lo grabo en un momento. Mientras envuelve y se fuma un cigarrillo.

Camilo no tenía prisa y la espera le serviría para sonsacar al hombre detalles sobre su hija.

-¿Hace mucho que ha abierto este negocio?

Apenas hice seis meses. Tenía otro similar en Valencia, pero allí hay mucha competencia. Aquí es diferente - hablaba mientras incidía sobre la joya con un pequeño buril, grabando el nombre, mientras Camilo observaba, sentado en una silla delante mismo de él, la pericia con que el hombre trabajaba - Alcoy se ha hecho muy grande, hay dinero a raudales y lo que es mejor. No tengo mucha competencia.

-¿Y su hija? - insistió - no le ayuda.

-No le gusta esto. Aparte de que no todos sirven, hay que aprender antes el oficio y ella se ha inclinado por otras cosas. Para ayudarme en las ventas ya cuento con mi esposa.

-¿No está ahora?

-Ella suele venir por las tardes. Las mañanas la emplea haciendo la compra, la comida o arreglando la casa. Ya sabe. Lo que suelen hacer las mujeres.

El joyero estaba dándoles los últimos toques a su trabajo, esplendido por cierto, y la conversación tocaba a su fin.

Don Camilo recogió el encargo, lo pagó religiosamente y se marchó contento a su casa, seguro que esa noche Consuelo le ofrecería algún extra.

XXXXX
XXX
X

El verano ya lo tenían encima, ese año no había epidemia de cólera y la gente, a pesar de su pobreza, sonreía por la calle y se mostraba feliz. ¡Con qué poco se conformaba la gente! Pensó Don Camilo.

Quería cumplir la promesa que le hizo a Marieta, llevarles los niños para que pasaran el verano en Altea, y cuando regresasen que Barbarita se viniese con ellos. Desde que le hizo el regalo de la gargantilla, tenía a Consuelo más de cara si ello era posible. Quería que los dos hijos mayores de ella, en el que estaba incluido el de Carlos, entrasen también en el pacto. Eso contentaría a su amante y sin duda le daría más confianza a Marieta. Todo estaba embastado con alfileres y no podía cometer ningún error si no quería que se fuera todo al traste.

No estaba seguro de que su actual compañera consintiera, pero esperaba convencerla ofreciéndole una especie de luna de miel, sin trabajo ni niños por en medio, en un hotel paradisiaco que terminaban de construir al sur de la provincia de Alicante. Para ello ya había pactado con Concha, la cocinera, que ese año no pensaba irse de vacaciones a ningún sitio en particular, que se quedaría con su hija pequeña durante quince o veinte días,

Para trasladar a toda la prole a Altea, alquiló un carruaje de los que hacían la ruta de Alcoy a Alicante, empresa en la que también tenía participación, harían noche en una fonda de Alicante y al día siguiente partirían hacia Altea por la ruta de la costa. El trayecto era más largo pero también más cómodo y seguro. Con los cuatro niños también enviaba a Sofía y María, la doncella y la niñera que tenía en casa, pues sin niños no les hacían ninguna falta y podían ser de gran ayuda a Marieta que se vería de nuevo como una gran señora. Las dos jóvenes se ilusionaron con la aventura que se les presentaba. Nunca habían salido de Alcoy y desconocían lo que era el mar salvo por las referencias que le hacían los niños pequeños que cuidaban, casi todos nacidos en Yocla.

No olvidó advertir a Don Rudolfo para que ampliara la dotación económica a Marieta durante esos meses para que su ex mujer no se viese agobiada.

Consuelo después de asegurarse de que Carlos no raptaría a Camilín y huiría con él, finalmente aceptó.

XXXXX
XXX
X

Isabel acudió puntualmente a su cita con el trabajo el primer día. Cuando llegó Jorge la encontró de cháchara, sentada delante de la mesa que ocupaba Andrés. Eso no le gustó nada pero fue más por celos que por otra cosa. Cuando lo vio entrar se levantó para acudir a su encuentro y depositar en sus mejillas dos besos de bienvenida. Eso le quitó las penas, pero todavía le quedaba el regusto de saber si antes había hecho lo mismo con su compañero.

La hizo pasar a su despacho y la puso al corriente de en qué consistía su trabajo. Vestía menos encorsetada que el día anterior. Llevaba el pelo suelto, blusa con manga corta y lucía un generoso escote, muy sugerente pero sin mostrar nada, falda corta, aunque no excesivamente y como el calor apretaba había prescindido de sus medias blancas y mostraba unas espléndidas pantorrillas.

Tomaba nota de todo lo que le explicaba Jorge y para tener más libertad de movimientos lo hacía apoyando el papel sobre una tablilla de madera que se había agenciado y sostenía con una mano, cuando estaba de pie, y escribía con la otra. Cuando se sentaba, la apoyaba sobre el muslo de una pierna que cruzaba sobre la otra. Aparentaba que en esa posición podía enseñar más, pero por mucho que trataba de observar su jefe no veía nada.

Para poder trabajar más tranquilo le había asignado a la nueva secretaria su antiguo despacho y ella al verlo no podía menos que mostrar su gozo, pues ni en sus mejores sueños podía imaginar un lugar de trabajo como ese. Se podía esperar en los despachos de los jefes pero ¡en el de una simple secretaria; seguro que no. Y sobre todo si lo comparaba con el cuchitril de madera y cristal que le otorgaron en la fábrica de muebles de Valencia, tan estrecho que solo podía entrar ella sola y apenas se podía mover.

Ya estaban disfrutando de la jornada estival intensiva, de la que antes solo se beneficiaba Jorge, pero desde la jubilación de Don Rodrigo también se había acogido Andrés y por ende todos los que posteriormente entrasen, e Isabel era la primera.

Había llegado a las nueve de la mañana y a partir del día siguiente lo tendría que hacer a las ocho y no saldrían hasta las tres. Andrés ya le había advertido que Jorge tenía una especie de bula y aparte de entrar o salir cuando le viniese en gana durante la jornada de trabajo, no solía llegar por las mañanas antes de las nueve.

A media mañana se presentó Don Camilo. Conocía que el día anterior se habían realizado las pruebas para contratar un nuevo empleado y ansiaba conocerlo.

No vio a nadie nuevo en el vestíbulo y tampoco se preocupó de preguntar nada a Andrés, sabía que era muy rollero y si le daba conversación no se lo sacaba de encima en media hora. La opción más inteligente era ir directo al grano y preguntar a Jorge.

-¿"Habemus" nuevo empleado? – le preguntó apenas traspasó la puerta de su despacho.

-Si Don Camilo y he de manifestarle que creo hemos hecho una excelente adquisición.

-Me alegro. Eso aliviara bastante tu trabajo y podrás rendir mejor. ¿Dónde está? ¿Todavía no lo has hecho venir?

-Ya esta, está trabajando en mi viejo despacho, que le he asignado. Tiene una caligrafía perfecta, toma los dictados por un nuevo método que... ahora no me acuerdo su nombre, pero es rapidísimo. Se asombrará cuando la vea trabajar – el "la" en vez del "le" paso desapercibido para Don Camilo- y para colmo es diplomada en Teneduría de Libros.

-¿Has dicho diplomada?

Jorge asintió con la cabeza, para continuar.

-Ese es el problema. Es una mujer – reconoció –

-¡Alma de Dios; ¡Como se te ocurre contratar a una mujer; Por muy buena que sea... o esté – subrayó – eso solo nos traerá problemas.

-Era la mejor, con mucho, respecto a los hombres que se presentaron. Los ha dejado a todos a la altura del betún. Lo siento pero no tuve el coraje suficiente para elegir a otro; sabiendo, incluso sus oponentes, que era la mejor. Pero si usted insiste...

-No querrás pasarme el marrón a mí.

-Dios me libre.

-Qué es... ¿una vieja cascarrabias?

-¡Que va! Tendrá veinte años y esta mas buena que el pan.

-Jorgito, Jorgito. Cuantas veces tengo que decirte que “donde tengas la olla no metas la polla”.

-Muchas. Pero es tan angelical, que dudo que alguien pueda hacer algo sucio con ella.

-De peores torres han caído pero...

En esos momentos Don Camilo escuchó unos suaves toques en la puerta que anunciaban la próxima presencia de un extraño en el despacho. Momentos después la puerta se abrió.

-Perdone Don Jorge no sabía que estuviese ocupado, regresaré más tarde – cantó una voz angelical.

Don Camilo que estaba de espaldas a la puerta y el amplio respaldo del sillón tapaba íntegramente su cuerpo, le hizo una seña a Jorge para que la hiciese entrar y la presentara.

-No es preciso. Entra, Isabel, y te presentare a Don Camilo.

Cuando la tuvo a su lado, se levantó para saludarla y ella, al reconocerlo, se le ilumino el rostro por la sorpresa.

-¡Ah! ¿Es usted? Nunca hubiese imaginado que sería mi nuevo jefe – le dijo, mientras con la misma naturalidad que había tenido anteriormente con el resto de sus compañeros lo beso en ambas mejillas.

Ni que decir tiene, que desde ese mismo momento la opinión de Don Camilo sobre las mujeres trabajadoras en oficinas cambió radicalmente.

Aceptó la decisión de Jorge de contratarla como acertada, pues no siempre se tiene la suerte de tener a la mujer que iba persiguiendo durante los últimos días entre sus empleados. Otra cosa seria conquistarla pero seguro que así sería más fácil.

-Ni que tú te convirtieras en mi nueva secretaria – le respondió Camilo, mientras sujetaba la cálida y suave mano de la mujer y la miraba fijamente a sus ojos.

Los besos entre los empleados, por decisión única de la mujer y desazón de los dos hombres, terminaron al tercer día. Ni siquiera continuaron con los estrechones de manos y un “Hola” o “Buenos días” era suficiente como saludo matinal.

La iniciativa partió de la misma Isabel. Ella lo había instaurado, ella lo quitaba. Estaba bien como gesto de amistad al conocerse, pero luego resultaba monótono y podía llevar a interpretaciones equívocas.

De todas formas se mostraba simpática y dicharachera, no rehuía el contacto y si se producía algún roce con ellos, más o menos intencionado, lo aceptaba o sufría como algo normal.

El viejo, que era como llamaba entre sus compañeros a Don Camilo, le echaba los tejos continuamente. Ella soportaba los galanteos estoicamente y siempre con una sonrisa en la boca, pero de ahí a acostarse con el Jefe Supremo, que es lo que claramente pretendía, distaba un abismo.

A sus veinte años todavía no se había estrenado en cuestiones de amor, pero desde luego, de iniciarse, no pensaba hacerlo con un viejo verde. Jorge, sin embargo, podría ser un buen pretendiente, pero ya sabía que estaba felizmente casado y tenía dos hijos.

Como parte positiva era que si hacían el amor, la cosa no pasaría de ahí, pues el matrimonio todavía lo veía muy lejano.

Pronto el viejo se cansó, dejó de acosarla y de acudir a la oficina todos los días. Lo hacía de uvas a peras y según le había dicho Andrés en una ocasión, le oyó decir que “esa breva caerá como fruta madura”, pero en ningún momento pudo asegurar que se refería a ella.

Andrés era un pedazo de pan y sabía que nunca se le insinuaría. Estaba segura que ni poniéndose en pelotas delante de él intentaría forzarla a menos que ella se ofreciera.

Después estaba Jorge. Con este si debía tener cuidado, pero a su favor estaba que era el que más le

gustaba y si tenía que estrenarse con alguien, pues no quería llegar virgen e inexperta al matrimonio, él tenía todas las posibilidades.

Los intentos no faltaron e incluso un día, al mes de entrar a trabajar, la acorraló en un rincón de su despacho. Le consintió el beso de rigor y algo de tocamientos, pero cuando quiso pasar a mayores le soltó un rodillazo, cuando las suplicas no causaron efecto, que si llega a darle de pleno lo deja inútil para toda la vida.

Siempre quería estar junto a ella y cuando no acudía para que le firmase las cartas que había escrito, la reclamaba con la excusa de dictarle otras. Luego pasaban el tiempo hablando de mil cosas que no tenían nada que ver con el trabajo. Y como es bien sabido, con el roce llega el amor.

Jorge, sin embargo, intentó cambiar de táctica. Si por las malas no era posible intentaría hacerlo por las buenas. Notaba que ella no era indiferente del todo y que no tardaría en caer en sus redes, llevaba días trabajándose el asunto y parecía que la cosa iba bien.

A Isabel le resultaba incomodo tomar las notas en el estrecho sillón y lo hacía sentada en un taburete que en ocasiones hacia las veces de reposapiés. Él solía dictar dando vueltas a su alrededor. Ella, por el calor, solía llevar el pelo recogido en forma de moño dejando la nuca al descubierto. Un día se detuvo detrás de ella y la besó en donde la nuca se confunde con la espalda. Isabel no pudo evitar que la carne se le pusiese como la piel de una gallina y una descarga de emociones le sacudió su cuerpo. Giró la cabeza para recibir el próximo beso en sus labios. El hombre no desaprovechó la ocasión, pero tampoco en ningún momento intentó pasar a mayores. En otra ocasión le masajeaba las cervicales, para posteriormente introducir sigilosamente su mano en el escote hasta encontrar los senos. Ella le correspondía besando el dorso de la mano que a tanto se había atrevido.

Pero ese día sería diferente y pensaba llegar hasta donde nunca lo había conseguido o por lo menos lo intentaría.

La presencia de Andrés le importunaba y como casi siempre decidió enviarlo a por el desayuno.

Pasó primero por el despacho de Isabel para preguntarle que quería tomar, a la vez que la invitaba a pasar a su despacho para dictarle una carta.

-Andrés - le ordenó - tráenos a Isabel y a mí lo de costumbre y tú tómate lo que quieras. Si no quieres venir tan cargado, puede almorzar en el hostel y traer solo lo nuestro. No corre prisa.

Lo dijo lo suficientemente fuerte para que lo oyese la mujer y supiese que durante un buen rato estarían solos en la oficina. Normalmente tardaría en regresar unos diez minutos y serian algunos más si como le había indicado almorzaba allí. Luego regresó a su despacho rezando para que Isabel no se demorase demasiado y lo enviase todo al traste.

Por suerte llegó inmediatamente. Depositó todas las cartas que traía para la firma sobre la mesa de Jorge, mientras que éste de espaldas a ella se bajaba los pantalones y se sentaba en el taburete. Con la mano quiso poner en erección su miembro, pero la imaginación fue más rápida y lo consiguió aun antes de intentarlo.

Entonces la llamó, ella se volvió y quedo sorprendida por la escena que presenciaba. No había visto antes el pene de un hombre, salvo una vez de pequeña en un descuido de su padre, pero nunca en erección.

Era peculiar porque parecía un cono alargado. Tenía la base ancha y paulatinamente iba estrechándose hasta llegar a un prepucio que no envolvía el glande de un rojo incandescente por la acumulación de sangre y que no era ni la mitad de ancho que el otro extremo. La longitud no bajaba del palmo.

-Ven, por favor - le rogó

-¿Qué intentas?

-¿Tienes alguna duda? Pero solo será si tú quieres.

-¿Y Andrés?

-En el bar. Tenemos como mínimo diez minutos - ella se limitó a negar con la cabeza - ¡Por

favor; - insistió el hombre.

La mujer se acercó un par de pasos fascinada por lo que estaba viendo, en realidad lo deseaba tanto como él, pero a pesar de todo se resistía.

-No lo he hecho nunca – se justificó – eso seguro que hace daño.

-Te aseguro que no – Jorge se sacó del bolsillo del chaleco una cajita metálica redonda que contenía una sustancia parecida a la vaselina, si no lo era. Puso su dedo en el interior y untó su miembro por todas partes.- ¡Por favor; - volvió a rogar.

Ella se acercó poco a poco hasta plantarse ante él, todavía temerosa. La tenía ya en sus manos pero no quería precipitarse y echarlo todo a perder. Metió sus manos por debajo de su falda hasta situarlas en sus glúteos. Su miembro estaba ya a punto de estallar. La acercó hacia él y la obligó a agacharse hasta que el extremo de su pene rozó su sexo. Notó la respiración jadeante de la mujer en su cara, pero no hizo ningún intento por escapar de allí. Con la ayuda de una mano la colocó en el sitio preciso y la hizo agacharse un poco más. Su miembro se introdujo una cuarta sin dificultad, salvó una débil resistencia de algo que intentaba parar su avance, hasta que finalmente se rompió y las nalgas de la mujer descansaron sobre sus muslos.

Durante unos instantes permanecieron quietos mirándose mutuamente a los ojos, finalmente se fundieron en un abrazo y sus labios se juntaron en un apasionado beso.

Isabel siempre había soñado con que este momento llegase, pero no lo esperaba de esta forma. Notaba el miembro en su interior y eso hacía que se le encendiese la sangre. El hombre apretándola contra si con sus manos en la espalda, iniciaba un ligero bamboleo en vaivén de sus caderas que ella acompañaba apoyándose sobre sus pies en el suelo y elevando y bajando ligeramente su cuerpo.

Esto excitaba al hombre, que vestido de cintura para arriba comenzó a sudar copiosamente. La sangre se acumulaba en sus sienes y una vena parecía a punto de estallar. Pero la mujer no tenía los cinco sentidos puestos en lo que estaba haciendo, porque por lo menos uno, el oído, estaba pendiente de lo que ocurría en el vestíbulo. Tenían diez minutos de tiempo. Pero las horas parecían minutos, los minutos segundos y los segundos no existían de lo rápido que trascurrían. Cuando estaban a punto de llegar los primeros estertores de placer para el hombre, este aceleró sus movimientos, la banqueta retumbaba sobre el suelo al levantar imperceptiblemente sus patas y el pequeño ruido que produjo la mente de la mujer lo trasladó al vestíbulo.

Creyendo que era Andrés quien regresaba, se levantó precipitadamente dejando al pájaro fuera del nido. Eso fue su salvación pues inmediatamente por su pico salió un surtidor de semen que alcanzó un palmo de altura, seguido de otros dos no tan evidentes.

-¡Pero qué coño pasa; - saltó Jorge.

-Que Andrés ha regresado.

-La madre que lo parió. ¡Pero si no han pasado ni cinco minutos; ¡Eso es imposible;

Isabel trataba de poner la falda en su sitio y arreglar los pequeños detalles que durante el forcejeo habían cambiado de lugar.

En realidad durante el acto no había experimentado ninguna sensación, ni agradable ni desagradable, más bien todo lo contrario. No comprendía cómo tanto Tirios como Troyanos iban por ahí elevando a los altares, más o menos, lo que terminaba de hacer. Si esto era follar su inventor se lo podía meter en el culo. Mientras tanto Jorge se había subido precipitadamente los pantalones sin limpiarse los restos de semen que habían caído sobre sus muslos y se sentía sucio y pegajoso.

La mujer se acercó a la puerta, y al abrirla, en el vestíbulo no había nadie. Se trataba de una falsa alarma, pero ahora ya era demasiado tarde para remediarlo.

XXXXX

XXX

X

Finalmente la promesa hecha a Consuelo de pasar quince días en un paradisiaco hotel, en una playa del sur de la provincia de Alicante, quedó en aguas de borrajas, pues surgió una oportunidad que Camilo no pudo desestimar. Su consignatario en Alicante le informó que una goleta procedente de Cuba, que admitía carga y un máximo de doce pasajeros, haría escala en Alicante para desembarcar a un matrimonio de indios que regresaban a su tierra y continuar viaje a su destino final que no era otro que Marsella, pero haciendo una escala en Barcelona.

El viaje a la capital catalana, por tierra, en aquella época era pesadísimo, y solo se atrevían los aventureros o los que no tenían otra opción. En cambio por mar era un delicioso paseo, siempre y cuando las aguas del mar estuviesen tranquilas y la época del año en que se hacía fuera la propicia. Brígido les aseguró que así era además de realizar el trayecto en un buen barco capaz de atravesar el Océano Atlántico sin problemas, como lo había demostrado en multitud de ocasiones. Ocuparon el camarote que habían dejado libres los indios y lo único que lamentó Camilo es que el trayecto durase únicamente un par de noches. En las que descubrió el placer de hacer el amor al son que marcaban las olas. Fue entonces cuando lamentó más que nunca haberse desprendido del “Princesa”, la nave contrabandista de sus buenos tiempos en Yocla.

A la mañana del que sería el tercer día de navegación, les despertó el ruido poco usual a esas horas de la tripulación sobre la cubierta y el vozarrón del capitán impartiendo ordenes. Se vistieron para ver qué pasaba, pero un marinero les prohibió acceder a la planta superior, pues estaban en el proceso de arriar velas y podía resultar peligroso. Amablemente se ofreció a avisarles cuando pudieran hacerlo.

Los otros pasajeros estaban recogiendo sus equipajes, ya acostumbrados a este trajín. Y esperaban a que la tripulación terminase con lo que en esos momentos era lo más importante, para que luego les ayudasen a subir el equipaje a cubierta y ser los primeros en desembarcar cuando tocasen tierra.

Camilo y Consuelo se metieron de nuevo en su camarote y miraron por los dos ojos de buque que esa cabina disfrutaba. Solo se veía el mar, tuvieron que esperar a que la goleta diera un giro con objeto de encarar la bocana del puerto para que ante sus ojos aparecieran las murallas de la ciudad.

Eran tan enormes, que desde donde se encontraban, les impedía ver el techo de las casas e incluso las más altas torres asomando por encima de ellas.

Tardaron todavía dos horas en desembarcar y otras dos en conseguir un coche de alquiler para que les llevase al mejor hotel de la ciudad, que no era nada del otro mundo pero a la pareja les pareció adecuado porque en peores plazas habían lidiado, pues los otros pasajeros, más espabilados y duchos en la materia, se había hecho con los pocos carruajes que allí esperaban.

A Consuelo le pareció una ciudad monstruosa. Si Alcoy, que solo era la décima parte, le había resultado enorme con respecto a Yocla, para esta no encontró ningún otro calificativo.

La población había pasado de ochenta mil almas a doscientas mil en apenas veinte años, pero sin aumentar su perímetro estrangulado por sus propias murallas. Como en Alcoy la construcción se hacía en vertical y el sol no llegaba a sus estrechas calles salvo en las horas del mediodía. Había humedad y suciedad por todas partes. Sus estrictas medidas defensivas impedían construir extramuros, a menos de tres tiros de cañón.

La inseguridad y la distancia hacían poco probable que alguien se atreviese a construir fuera. Ahora parecía que el problema iba a solucionarse y los planos y proyectos para un enorme ensanche estaban en marcha. Barcelona sería hermosa dentro de unos años, pero ellos había llegado demasiado pronto para poder disfrutarla. Se conformaron con visitar las iglesias y edificios antiguos y en recorrer las calles que albergaban los distintos gremios de la ciudad para realizar algunas compras y poco más, salvo si acaso disfrutar del amor en la tranquila habitación del hotel como una pareja más de recién casados.

Camilo comenzaba a considerar un privilegio el haber alcanzado la edad de cincuenta años, si no fuera por esos gatillazos tan inoportunos y cada vez más frecuentes. Pegarlos con Consuelo o

Ana no le importaban, pues eran como de casa y en cierta forma ya estaban acostumbradas a ellos, pero intentar ligarte a una joven, como por ejemplo Isabel, con lo que le costaría y a la hora de la verdad no poder responder, eso sí le afectaba. De hecho había renunciado en parte a conquistarla simplemente por ese motivo. Ahora estaba en tratamiento con el Doctor Jiménez que le decía que todo eso era psicológico y que si iba con esa mentalidad a una cita tenía el noventa por ciento de probabilidad de fracasar. Como afrodisiaco le había recomendado que comiese muchas ostras a ser posible crudas y solo aderezadas con unas gotas de limón. ¡Con el asco que le daban! No las probó ni siquiera lo intentó, pero algo de razón debía tener, pues esos días sin el estrés de trabajo diario y la tranquilidad del no tener que hacer nada, habían logrado el milagro de no fallar ni una sola vez e incluso la media del tiempo empleados en el coito aumentó sensiblemente y a Consuelo se le notaba mas satisfechas cuando reposaban después de hacer el amor.

Por otra parte, de salud se encontraba bien y ya había cumplido sus expectativas de vida. Según un artículo que pudo leer en un periódico de Barcelona, la media de edad de la gente acomodada era de treinta y seis años de vida y la de los pobres únicamente de veintidós. Aunque buena culpa de ello lo tenían los pequeños, que por culpa de la desidia, el abandono y porque no decirlo la pobreza extrema de los padres, morían como moscas, rebajando extraordinariamente la media de vida de todos los demás.

Al anochecer solían frecuentar para cenar restaurantes de lujo, acudir al teatro o la opera y a lugares donde mejor era ir sin la esposa, pero no iba a dejarla sola en su habitación. Cuando se dieron cuenta del sitio en donde se habían metido, pensaron en marcharse, pero la botella de vino espumoso ya estaba descorchada y no iban a perder su importe.

Si algo no le faltaba a Consuelo era el sentido del humor y era más hermosa y joven que muchas de las mujeres que allí ejercían su oficio. Así es que comenzó a imitarlas y a hacerle a Camilo las mismas guarradas que veía hacían las otras a sus clientes: besos con tornillo, manos metidas en la bragueta y un largo etcétera.

-Chelo creo que te estás pasando – nunca le había dicho algo similar.

-Déjame que por un día disfrute y haga lo que siempre he soñado pero jamás me he atrevido hacer. Lo único que tengo claro es que nunca me dejaras por tener envidia de algo que puedan hacer las otras y yo no te haga. Yo si quiero, por ti, puedo ser igual de guarras que esas furcias e incluso más si me lo propongo. Y no temas si me ficha alguno y toma buena nota de mi. Pues dentro de poco nos vamos y probablemente no volveremos en la vida.

Consuelo estaba desinhibida y mostraba una faceta de su carácter que nunca había aflorado hasta ahora, Camilo para no parecer de pueblo, ni desentonar en ese ambiente le metió la mano por el escote mientras la besaba.

Por desgracia las vacaciones estaban tocando a su fin. Camilo había quedado con el capitán de la goleta, que en la escala que haría en Barcelona a su regreso de Marsella, los recogería para dejarlos esta vez en Valencia. Al barco no se esperaba antes de cuatro o cinco días y a partir de entonces tendrían que visitar los muelles diariamente, pues solo fondearía dos días para abastecerse y luego zarparía. Tendrían que estar al tanto.

Para el mes de septiembre se esperaba la visita de la Reina Isabel II, faltaba todavía mucho tiempo y no les cogería allí, pero ya se veía que la ciudad se estaba preparando para recibirla, iluminando y adornando sus calles.

Cinco días más tarde, puntual como las golondrinas en primavera, vieron la graciosa silueta de la goleta adosada al mismo muelle en donde los había dejado diecisiete días antes.

Estaban cargando mercancía y víveres, sobre todo fruta fresca, pues la época acompañaba. Camilo se acercó al capitán que estaba atareado dando órdenes y los citó al día siguiente antes del mediodía pues quería zarpar a primeras horas de la tarde.

Al atardecer de dos días después desembarcaban en el Grao de Valencia. Se alojaron en un hotel

del centro. A la mañana siguiente, Camilo fue al palacio del Marqués de la Almadraba para comprobar si su hija Carmen estaba en Valencia. Cosa harto probable pues el mes de agosto solía pasarlo en la capital. Tuvo suerte y la encontró en casa pero tan atareada que apenas pudo atenderlo. Quedaron para comer al día siguiente, acompañado claro estaba por su esposa. Hacía cuatro o cinco años que no se veían y su hija ignoraba que se había separado de Marieta y que ahora su padre estaba liado con una nueva mujer.

Al día siguiente a las dos en punto se presentaron ambos en casa de los marqueses. Carmen saludó a Consuelo un poco desconcertada pues no reconocía en ella a la exuberante mujer que en día su padre le había presentado como esposa varios años antes, pero tampoco era un rostro desconocido. De todas formas había pasado tanto tiempo...

Alrededor de la dama rondaban seis niños que apenas les separaba, a cada uno del siguiente, un año de edad. Curiosamente tres eran rubios y más recios y los restantes morenos y delgados. La gente solía decir que los tres morenos le parecían al padre y los rubios a la madre y por discreción nadie mencionaba al palafrenero.

Cuando pudieron hacer un aparte y quedarse solos, la hija le comentó al padre.

-Me parece que esta no es la mujer, Marieta creo que se llamaba, con la que te casaste.

-No. Esta se llama Consuelo y puedo asegurarte que es mucho más cariñosa que la otra. Ya te contaré en otra ocasión y con más calma.

-¡Ah! Pillín – le respondió con una sonrisa picarona.

-Para pillina tú, pues no creo necesario preguntarte que hijos son del mozo de cuadra y cuáles del marqués.

-Son prodigios de la naturaleza. Si mi esposo no ha dudado nunca de la paternidad de todos mis hijos, no puedo consentir que ahora sea mi propio padre el que lo ponga en duda – le respondió sin poder disimular su risa.

-Y el marqués... ¿Dónde está? No lo veo por ninguna parte.

-Esta enfermo y lo tengo internado en una clínica. Hace un año cogió unas purgaciones que por poco se lo llevan de este mundo. No me contagió de puro milagro, desde entonces lo tengo en cuarentena, aunque como suponéis no estoy desabastecida. Por desgracia eso me impide tener más descendencia y tengo que tomar más precauciones que las que quisiese para no quedarme de nuevo embarazada.

Comieron los nueve en una mesa en la que cabían por lo menos veinte. Después mientras Consuelo se entretenía con los niños y a los mayores trataba de sacarle los secretos de la familia, padre e hija hablaban de sus negocios en común que Camilo tenía casi olvidados, excepto por las transferencias que periódicamente le llegaban.

Se despidió de su hija y nietos a media tarde, cenaron en un buen mesón y por la noche asistieron a la representación de una obra de teatro, de un tal Escalante, que más bien parecía una ópera bufa, pero que les hizo reír mucho.

A la mañana siguiente partieron en un coche de alquiler hasta Játiva, hicieron noche allí y al día siguiente otro carruaje distinto los trajo hasta Alcoy.

Llegaron cansados pero contentos y sobre todo ansiosos de volver a ver a su hija Amalin que había quedado al cuidado de Concha.

XXXXX

XXX

X

Jorge no dormía pensando en Isabel y cuando hacía el amor con Leonor o Lola, soñaba que lo hacía con ella.

Ansiaba repetir la experiencia que desgraciadamente había quedado a medias para él y en nada para la mujer.

Esa era posiblemente la causa de que ella no tuviese ningún interés en volver a hacer el amor y mucho menos en las oficinas. Jorge le había asegurado que podía deshacerse de Andrés toda una mañana si era preciso, o mejor aún, lo podían hacer por la tarde pues todavía hacían la jornada intensiva y él no acudiría. Estuvo a punto de aceptar la proposición, pues aunque ya había conseguido tener contacto carnal con un hombre no habían llegado a consumir el acto, por lo menos ella. Y para colmo todo ello sentados en un taburete y en una posición incómoda.

Esa noche tuvo un sueño terrible. Había aceptado los ruegos de Jorge y una tarde se encontraba haciendo el amor con su jefe, completamente desnudos, sobre el diván que tenía Don Camilo en su despacho. Cuando mas entusiasmados estaban se lo vieron entrar igualmente en pelotas. Tenía un falo enorme que mantenía erecto como el mástil de una bandera. Indiscutiblemente pretendía participar en la bacanal, pero Jorge se negaba a abandonar su presa. Se aferraba con fuerza a ella, asiéndola fuertemente entre sus brazos. Ella intentaba huir pero no podía. El intruso les dio la vuelta, colocándola a ella encima y atacándola por detrás que en definitiva era lo único que quedaba libre. En esos momentos se despertó. Estaba completamente mojada por el sudor y debió de lanzar algún grito desgarrador en un momento dado, pues inmediatamente se presentó su madre en la habitación, igualmente desnuda, mientras intentaba ponerse un fino batín.

-¿Qué pasa? – preguntó alarmada.

-Tranquila mama. Solo ha sido una horrible pesadilla.

La madre se acercó para tranquilizarla, mientras que con un pañuelo le secaba el sudor que perlaba su frente.

-¿De qué era el sueño? – le pregunto mas para tranquilizarla que por curiosidad. Isabel no iba a confesarle la verdad.

-De nada en concreto. Ya sabes, la típica pesadilla infantil. Brujas, fantasmas, bichos...

La madre se acercó más todavía para estamparle un beso en la frente. Olía a hombre, el típico olor de su padre, seguro que cuando ella se despertó, sus padres estaban haciendo el amor.

Cuando su madre se retiró, la joven al cabo de unos segundos la siguió y se quedó sentada en el suelo y acurrucada al lado del dintel de la puerta de la habitación de sus padres.

La había dejado entornada para que corriese un poco de aire, el calor en su interior debía ser insoportable. Tras un largo minuto de espera reiniciaron lo que había dejado a medias, pronto escuchó los resoplidos de su padre y los “ayees” de placer, que de vez en cuando y cada vez más frecuentes se le escapaban a su madre, todo ello aderezado por un ligero traqueteo de la cama.

Los dejó hacer y regresó a su habitación. Eso es lo que deseaba para ella. Hacer el amor tranquilamente en una cama y gozar como lo estaba haciendo su madre.

Se metió en su lecho y comenzó a explorar su sexo como había visto hacer en cierta ocasión a una amiga. Ella consideró que eso era una cochinidad aparte de pecado y nunca lo intentó. Ahora, no sabía porqué, sentía la necesidad.

Dos días después Jorge le insistió de nuevo, ella se resistió al principio, pues no quería la considerasen una presa fácil, pero en realidad era lo que más deseaba y finalmente accedió. Puso sin embargo sus condiciones, pues la cita no sería de ninguna de las formas en la oficina. Dejo a criterio de Jorge que buscase el lugar adecuado y siempre a expensas de su aprobación.

Le había pasado la pelota al hombre, si de verdad tenía interés en acostase con ella ya se espabilaría.

Jorge se estrujó los sesos. De la oficina no podían ausentarse los dos juntos por la mañana, no tenían ninguna justificación y resultaba demasiado evidente a los ojos de Andrés y sobre todo si se

presentaba Don Camilo. Por la tarde no había ningún problema, pero tenía que regresar a la masía de Fernando pues en caso contrario Leonor se preocuparía. Mejor sería dejarlo todo para el día siguiente y así poder decirle a su esposa que no lo esperase hasta la noche, alegando una reunión urgente e importante esa misma tarde.

¿Pero y si a Isabel se le enfriaban los ánimos? Ahora la tenía dispuesta y casi a punto, pero mañana... Cuando más lo demorasen peor. Finalmente se decidió: lo harían esa misma tarde y regresaría a la masía cuando todo terminase. Si Leonor se enfadaba peor para ella, pues él seguro que llegaría cansado, satisfecho y con ganas de dormir. Y en todo caso siempre le quedaría Lola, siempre dispuesta a complacerlo y a que la complacieran.

-Ya está todo solucionado – le dijo a Isabel tan pronto volvió a verla – esta tarde a las cinco en mi casa.

-¿En tu casa? Pero... ¿Es seguro?

-Allí no hay nadie. De hecho hasta yo hace ya quince días que no paso por allí. Leonor y los niños están en la masía y ella es la única que tiene otra llave aparte la mía. Nadie nos puede sorprender.

-De acuerdo, allí estaré –accedió ella.

Eran la cinco y media y allí no acudía nadie. Jorge comenzaba a mostrarse nervioso y desesperado, con toda seguridad se había rajado a última hora y no iría a la cita. Era una lástima pues la situación era perfecta. De los otros vecinos de la casa solo estaban los del cuarto. Prácticamente solos en toda la casa.

Salió al balcón, el sol daba de pleno y hacia un calor sofocante. Lastima de la disputa que iba a tener con su esposa por culpa del retraso, total para nada. Estaba a punto de entrar en la casa y vestirse para regresar a la masía y tratar de minimizar los daños, cuando la vio salir de la Placita de San Francisco en dirección a su casa. Le hizo una señal para indicarle que no llamara pues él bajaba a abrirle la puerta del zaguán. Ella al verlo aminoró su paso, se notaba que llegaba agitada, probablemente porque había hecho todo el trayecto desde su casa prácticamente corriendo.

La recibió en el zaguán con un beso.

-Lo siento, pero...

-No tienes porque justificarte, lo único importante es que ya estás aquí.

Le devolvió el beso y agradeció sus palabras con una sonrisa.

Jorge lamentó la demora de media hora que retrasaría todavía más su regreso a la masía. Pero no por ello quería precipitar los acontecimientos y contentarse con un aquí te pillo aquí te mato, pues estaba seguro que de la satisfacción que obtuviese la mujer ese día, dependerían en gran medida los próximos encuentros.

-¿Quieres tomar una copa de mistela o cualquier otro licor?

-Me gustaría terminar con esto lo más pronto posible – le respondió una ansiosa Isabel.

-Las prisas son unas malas consejeras y no es conveniente eludir los preliminares si de verdad quieres obtener el máximo placer.

-A eso he venido.

-Pues no perdamos mas el tiempo, pasemos al dormitorio.

Jorge la llevo a la habitación que había amueblado Fernando y que era la usaban él y Lola las noches en que intercambiaban parejas.

Isabel se quedo maravillada por la belleza y el lujo del mobiliario.

-Veo que no te privas de nada. ¿Es este tu dormitorio?

-No. Es donde suelo recibir mis visitas – le respondió medio en serio medio en broma.

La mujer no supo a qué atenerse, pero rápidamente se recupero del golpe y comenzó a desnudarse. El hombre la contuvo.

-Permíteme que sea yo quien te desnude. De esa forma podre apreciar mejor tu belleza.

Jorge lo hizo con calma alternando las ropas de ella con las suyas. Sus dedos al desnudarla roza-

ban su cuerpo y provocaban en ella reacciones extrañas. Estaba súper excitada y cualquier cosa que hiciese su acompañante, por nimia que fuese, le provocaba placer.

La tomó en sus brazos y la depositó suavemente sobre el mullido colchón cubierto únicamente por una suave y fresca sabana de seda. La besó primero en la boca y después en las partes más sensibles de su cuerpo, haciendo que se estremeciera de placer en cada uno de ellos. La sorprendió haciéndole las mismas guarradas que le solicitaba Lola y que solían volverla loca. Con ello el éxito lo tenía asegurado, era como apostar a un caballo ganador.

La efímera sensación de placer que había obtenido la otra noche al masturbarse en su cama, se multiplicaba ahora un número indeterminado de veces.

Jorge finalmente se detuvo concediéndole una pequeña tregua para que pudiese asimilar lo recibido hasta entonces. Su miembro estaba erecto y de un rojo incandescente, las venas que lo poblaban parecían a punto de romperse por todos lados. Sacó un extraño artilugio, que tenía preparado, de dentro de un vaso con agua.

-¡Ayúdame! - le dijo después de colocarlo en su miembro – sujétalo por aquí mientras yo lo ato.

-¿Qué es eso?

-Algo para que no salgas huyendo como el otro día en el despacho. Evita que el semen se derrame en tu interior y puedas quedar embarazada. Así es que relájate, déjate hacer y disfruta de lo que queda por venir.

Después del placer obtenido momentos antes, que todavía sentía presente en su interior y que Jorge le había proporcionado únicamente con su lengua y sus dedos, ya no esperaba nada más que pudiese superarlo.

Comprobó como el monstruo cubierto con una tripa de cerdo, con un nudo en un extremo y firmemente atado en su base se introdujo en su interior, suavemente y sin producirle dolor algunos a pesar de que lo temía y estaba predispuesta contra él. Después disfrutó del movimiento rítmico que tanto placer le proporcionaba, acompañado de besos, chupetones y arañazos, hasta que llegó el momento cumbre. La mujer se extrañó que la cama no retumbase como lo hacía en casa de sus padres. Era la ventaja de hacerlo en una casa de ricos y con muebles de lujo. Deseó que el placer no terminara nunca, que durase toda la tarde, pero finalmente terminó y resultó tan efímero como todo en esta vida. Se quedaron tendidos sobre la cama, intercambiando besos de vez en cuando pero sin fuerzas para repetir el coito otra vez. El hombre porque no podía y la mujer porque creía que segundas partes nunca serían buenas y quería marcharse por esta vez con un excelente sabor de boca. El miembro del Jorge que tanto la había impresionado en un principio, ahora solo era un pingajo entre las piernas del hombre envuelto en su sudario protector que se desprendía poco a poco al perder su pene consistencia.

XXXXX
XXX
X

A principios de septiembre Camilo lo organizó todo para traer a los niños de Altea. Quería ir personalmente para asegurarse que Bárbara también vendría con sus hermanos. Consuelo que en un principio quería acompañarle, finalmente desistió, pues no quería dejar otra vez sola a su hija pequeña.

Decidió ir el solo por el camino de Confrides, que era más corto y de paso visitar de nuevo a las venteras de Benifato, jurando que esta vez la hija no escaparía viva. Antes dejó aviso a Jerónimo, su socio en el negocio de las diligencias, para que dentro de cuatro días enviase una, desde Alicante a Altea, que trajese a sus hijos hasta Alcoy. Él solo tardaría dos días en llegar, pero se daba tiempo por si tenía algún imprevisto o para poder pasar un par de días en Altea y tener la oportunidad de yacer de nuevo con Marieta si la tenía de cara y la oportunidad se presentase, aunque no lo creía nada probable.

Nada le salió a Camilo bien en ese viaje, pues, el primer día, cuando llegó a la venta algo tarde, la joven estaba ya comprometida con el cacique de Confrides y aunque Camilo estaba dispuesto a pagar mejor, la madre le respondió que no era cuestión de dinero, sino de convivencia y que por un polvo más o menos no iba a ponerse en evidencia ante una persona principal del pueblo vecino. Se ofreció ella misma para sustituirla aun a costa de dejar compuesto y sin pareja a un arriero menos principal.

El alcoyano pasó del envite herido en su orgullo, pues aunque la gallina vieja solía hacer buen caldo, él ya comenzaba a apreciar la carne fresca y por otra parte tampoco estaba tan necesitado.

Con Marieta la cosa tampoco mejoró. Ciertamente es que hubieron besos y achuchones, pero de ahí no pasó el asunto. No le permitió ni siquiera quedarse a dormir, en la que él todavía consideraba su casa, para evitar malas tentaciones y posibles líos. Así es que no tuvo más remedio que pasar esa noche con la querida de Don Rudolfo, previo permiso de este, que aunque era más vieja que la ventera tenía mucha más clase. Comieron, bebieron y charlaron, lastimas que esa noche tocase gatillazo a pesar de llevar tres noches sin catarlas, pero por lo menos durmió en un colchón blando y en buena compañía.

Ante esta situación no quiso demorar más su partida. A la hora del Ángelus del día siguiente llegó la diligencia. Los caballos descansaron lo preciso, mientras el cochero comía y reposaba un poco. A primeras horas de la tarde todos partieron en ella, incluida Bárbara que no podía ocultar su alegría. Mientras él, cabalgando sobre su caballo, precedía al carruaje.

En Alicante pasaron la noche en un Hostal. Don Camilo alquiló las cinco habitaciones de la tercera planta en exclusiva, no quería gente extraña en ella. En dos de las habitaciones colocó a los niños, quedando María y Bárbara, que ya era una mocita, a su cuidado, cada una en su habitación. Las otras tres las ocuparon el cochero, Sofía y él.

Después de cenar Don Camilo salió a realizar unas gestiones y cuando regresó, pasadas las diez de la noche, toda la planta estaba en silencio y solo se escuchaban los ronquidos del cochero. Esa noche no le salieron las cosas como las tenía previstas por razones que no vienen al caso ahora relatar y decidió, en vez de ir a su habitación, meterse en la de Sofía.

Ésta lo recibió como siempre, parecía que lo estuviese esperando. El hecho de que la hubiese metido en una habitación sola no presagiaba nada bueno y cuando lo vio entrar sus temores se confirmaron. Ni se opuso, ni colaboró, ni sintió placer y mucho menos lo proporcionó. Se limitó a abrir sus piernas cuando fue requerida, a soportar las embestidas y rezar para no quedarse embarazada, pues por la experiencia que había adquirido se encontraba dentro de los días peligrosos. Pero eso en realidad no le importaba, pues de ocurrir y llegado el momento, el patrón lo solucionaría.

XXXXX
XXX
X

El verano terminó y todos regresaron a sus casas. La temporada de estancia en la masía de Fernando también llegó a su fin, pero no había problemas pues los intercambios de pareja los fines de semana continuarían en casa de Jorge y Leonor. Todos parecían contentos excepto este último, pues los posibles encuentros en su casa con Isabel podía darlos por finiquitados. Guardaba un recuerdo inolvidable del único que había mantenido y deseaba ardientemente poder rememorarlo.

Desde entonces todo se había limitado a besos, tocamientos y algún que otro juego erótico en la intimidad de su despacho, siempre temiendo ser descubiertos y sin llegar nunca a la penetración. Todo un panorama desolador.

Pero no hay mal que cien años dure y finalmente obtuvieron su premio. Un día Andrés le pidió permiso para salir diez minutos antes del término de la jornada, pues tenía un asunto urgente que resolver. Los tres solían salir juntos de la oficina cuando tocaban las dos del mediodía e incluso cuando alguien se retrasaba por tener que terminar algún asunto urgente que tuviese entre manos los otros solidariamente lo esperaban. Era una costumbre tonta e innecesaria pero por desgracia hasta entonces había evitado que Jorge e Isabel pudiesen quedarse solos en la oficina sin levantar la sospecha y suspicacia del recepcionista.

La ocasión que tanto habían añorado había finalmente llegado. Lo habló con su secretaria y esta estuvo de acuerdo. Lo ansiaba tanto como él.

A la hora prevista, Andrés se marchó y Jorge cerró la puerta principal con llave, para evitar la presencia, a última hora, de algún inoportuno cliente.

No disponían de mucho tiempo y tuvieron que prescindir de algunos preliminares, pero si el suficiente para hacer las cosas bien hechas y como a ellos le gustaba. Corría el mes de diciembre, pero el despacho de Don Camilo tenía siempre, por si se presentaba, el fuego del hallar encendido y el ambiente caldeado. Decidieron hacerlo allí, sobre el diván y completamente desnudos.

Don Camilo llegó a la plaza de San Agustín, acompañado de Brígido y montados en sendos caballos. Habían tenido una intensa jornada matinal de trabajo en la papelera y llegaban un poco cansados y cargados con unos legajos de documentos que tenían que entregar a Jorge para su contabilización.

-Don Camilo. Continúe usted hasta casa llevando de la rienda mi caballo, que yo voy a dejar estos papeles en la oficina y subiré andando.

-Mejor continua tú – le respondió – y yo dejaré los documentos. Después pasaré por Le Parisián para ver si esta Pepe, pues quiero hablar con él. Dile a Consuelo y a Concha que no me esperen para comer antes de las tres.

Eran ya la dos y cuarto y sabía que difícilmente encontraría a nadie en la oficina, por eso no se extrañó al encontrar la puerta cerrada. La abrió con llave y dejó los documentos que llevaba en el despacho de Jorge. Estaba a punto de marcharse cuando le pareció escuchar un débil suspiro entre el silencio que reinaba en las oficinas. Prestó atención y este se repitió. Salía precisamente de su despacho. Se acercó cautelosamente a la puerta, pues podía tratarse de un ladrón, y arrimó su oreja a la madera. Pronto salió de dudas, los suspiros y ayees de placer eran ahora más frecuentes. Seguro que era la mosquita muerta de Isabel, que ya lo había rechazado en un par de ocasiones, quien estaba detrás de la puerta disfrutando, aunque ignoraba quien podía ser su pareja. Posibilidades solo habían dos: Jorge o Andrés.

Abrió sigilosamente la puerta de su despacho y a través de una estrecha rendija vio el dorso desnudo de un hombre montado sobre una mujer y haciendo el amor sobre su diván. Los reconoció inmediatamente, se trataban de Jorge e Isabel.

Recordó cuando, hace muchos años, sorprendió en el palomar que su primo Luis tenía en la Rambla, a éste haciendo el amor con la que actualmente era su esposa: Ana. Y que por entonces ya era la madre de un chiquillo, precisamente el que ahora estaba moviendo rítmicamente su culo delante de sus narices y poseyendo a la mujer que actualmente le quitaba el sueño. Entonces deseó poseer a

aquella mujer y no cejó hasta convertirla en su amante. Ahora deseaba como entonces hacer lo mismo con la mujer que tenía delante y no cejaría hasta conseguirlo. Curiosamente ambas, desnudas, se parecían extraordinariamente.

Como entonces, decidió esperar a que terminasen, no deseaba dejarlos a medias, pero tampoco que disfrutaran de su triunfo. Entraría unos segundos después del premio, para encontrarlos satisfechos pero dejándolos con un gran susto en su cuerpo. Quería saber si el varón se desahogaba en su interior o llevaba algún tipo de protección, para luego actuar él en consecuencias. Camilo torció el gesto. Estaba claro que como amante nunca podía igualarlo y ni siquiera llegarle a la altura de la suela de sus zapatos. Pero ya hacía tiempo que, por desgracia, la satisfacción de las mujeres, para él, ya había pasado a un segundo plano y bastante tenía en conseguir la propia.

-Esto es lo último que me esperaba de vosotros – dijo al abrir violentamente la puerta después de comprobar que la función había terminado.

La pareja estaba todavía enganchada y del susto tardaron unos segundos en reaccionar. Se levantaron y quedaron ambos delante de su jefe, completamente desnudos y cubriendo sus partes con ambas manos.

Camilo por primera vez pudo comprobar el espectacular cuerpo de la mujer, hasta ahora disimulado por la ropa que siempre la cubría. Sus ojos comenzaron a derramar algunas lagrimas y su cuerpo se puso a temblar no se sabía si de frío o de miedo. No quiso alargar más ese momento.

-Jorge. Vístete y márchate a casa. Ya hablaremos. No pienso decirle nada de esto a Leonor para no romper vuestro matrimonio, pero me reservo la opción de decírselo a tu madre si esto se repite. Ahora márchate y deprisa.

-Si, Don Camilo. – le respondió humildemente.

En realidad ya estaba casi vestido y solo le restaba calzarse los botines. La mujer trató de imitarle pero solo le dio tiempo a mal colocarse su vestido, pues la grave voz de Don Camilo la detuvo.

-Usted señorita mejor se espera un momento, pues su participación en este asunto es mucho más grave – Jorge ya estaba a punto de abandonar la habitación, pero aun le dio tiempo a escuchar – no quería a mujeres en esta oficina precisamente por esto y al final me habéis dado la razón.

Cuando un preocupado Jorge abandonó definitivamente la oficina, Camilo fue hacia la puerta y la cerró con llave, dejando esta puesta en la cerradura y cruzada, para evitar que alguien pudiese abrir desde fuera.

-Don Camilo yo... no sabe cuánto lo siento – se disculpó cuando lo vio regresar.

-Me has puesto en un compromiso – se sentó en el diván e indicó a la mujer que hiciese lo mismo. Ella le obedeció inmediatamente.

-Le juro que no volverá a ocurrir.

-Ya lo sé... Ya lo sé... - trató de tranquilizarla.

La mujer continuaba llorando desconsoladamente y el hombre pasó un brazo por su espalda, acariciando su hombro, como si quisiera calmarla, mientras sus ojos no se apartaban de sus senos jadeantes que un corpiño desabrochado dejaba al descubierto. Deslizó su mano hasta tocar uno. Ella hizo un movimiento de rechazo, pero ante la severa mirada que le lanzó Camilo terminó consintiendo. "Si solo se conformaba con esto podría soportarlo". Pensó la muchacha.

Pero él quería más... mucho más. Se dejó caer arrodillado en el suelo, mientras la obligaba a reclinarse en el diván. El posible grito de protesta lo ahogó con un beso en sus labios, húmedos y apetitosos, mientras su mano se introducía por debajo de su falda y avanzaba lenta pero inexorablemente por el muslo en dirección al sexo.

La mujer se rehízo. De un empujón apartó a su jefe y se incorporó mientras trataba de tapar con el vestido, mal colocado, la mayor parte de su cuerpo.

-Cuando estoy pensando en un más que probable despido, esa reacción no te favorece demasiado.

-No voy a consentir, aunque me despida en... en hacer eso.

-Si solo pretendía, acariciarte...

-Después de una cosa, siempre viene la otra.

-¡Chica lista! Se nota que tienes experiencia y eso me gusta.

-Yo no soy una puta.

-Lo has dicho tú, no yo. En fin... lastima de tiempo perdido. Vístete y márchate cuando quieras, yo te espero fuera. Lo que todavía no sé es cómo voy a explicarle a tu padre el motivo del despido.

Isabel que había comenzado a vestirse se detuvo.

-No tiene porque decírselo

-Lo sé, pero a mí me apetece –le respondió cínicamente – está claro que el despido no es suficiente castigo para ti.

-Se lo ruego. No me haga eso. – le respondió ya en un tono más humilde – esto los mataría del disgusto.

Camilo se acercó a ella y ayudó a que su vestido se deslizase por su cuerpo y cayese al suelo.

-Terminas de hacer el amor con un hombre casado. ¿Qué te impide hacerlo con uno soltero? – ante la cara de perplejidad de la mujer, Camilo la sonrió – ya sé que no es lo mismo, pero cierra los ojos y te aseguro que no notarás la diferencia. ¿Aceptas?

Isabel temía el enorme cipote que había visto en sus pesadillas y que la atacaba por detrás mientras hacía el amor con Jorge. Ciertamente es que solo era un sueño, pero en ocasiones los sueños se convierten en realidad. Pero si otras lo habían soportado ella no iba a ser menos. Al fin y al cabo solo se trataba de aguantar diez minutos más y todos sus problemas se terminarían. En el futuro ya se guardaría para que esta situación no se repitiese.

El hombre continuaba mirándola expectante, aguardando su respuesta que esperaba fuese afirmativa, pues en caso contrario estaba dispuesto a emplear la fuerza si era preciso. Si la dejaba escapar ahora, sería para siempre.

Finalmente asintió con la cabeza.

Camilo comenzó a desnudarse precipitadamente mientras ella se echaba sobre el diván en espera de que la sentencia se cumpliera. Cuando vio al hombre desnudo no pudo evitar una sonrisa, que trató de disimular inmediatamente para evitar su enfado. De cipote nada y eso en parte le desilusionó.

CAPITULO XVI

LOS PROBLEMAS SE ACUMULAN

Terminaron a las tres menos cinco gracias a que el coito fue un visto y no visto. Pero aun así se notaba, que a pesar de que todo había ocurrido en un corto espacio de tiempo, el hombre había disfrutado como un cosaco, mientras ella se había quedado “in albis”. Ciertamente era que su cuerpo todavía no se había relajado del placer obtenido anteriormente con Jorge y en este, si lo hubo, no lo había apreciado.

De todas formas tendría que justificar ante sus padres la tardanza. Les dijo que a última hora se había presentado Don Camilo para dictarle unas cartas muy urgentes, que tomó en taquigrafía y luego tuvo que pasarlas a limpio para que saliesen en el correo que partía a las tres de la tarde hacia Alicante. Sus padres admitieron sin problemas su excusa.

Camilo salió de su despacho, minutos más tarde y completamente satisfecho. Reconocía que el polvo que terminaba de pegar no era como para echar cohetes, pero había añadido una nueva mujer a su colección, tal vez efímera pues reconocía le costaría volver a repetirlo, pero que siempre aportaban algo diferente o por lo menos a él así se lo parecía.

Hacia frío en la calle y el invierno se presentaba duro. Había nevado un par de días antes y aunque algunos restos blancos permanecían todavía en los tejados de las casas, en la calle, salvo en los lugares de umbría, había desaparecido por completo.

Pensó en entrar en Le Parisiën para tomar algo caliente, pero ya era tarde y no podía entretenerse más. Esta tarde se quedaría en casa leyendo un buen libro al lado del hallar. Por hoy ya tenía bastante, había trabajado, como todos, y disfrutado de la vida como unos pocos. ¿Qué más podía pedir?

-Trabajas demasiado – le dijo Consuelo apenas lo vio entrar.

-No te preocupes que esta tarde me quedo en casa.

-Me alegro. Tengo que salir para ultimar unas compras, pero te prometo que la mayor parte del tiempo la pasare contigo.- repitió el beso de bienvenida aunque esta vez algo más sugerente.

Sofía acudió para recoger su abrigo y su chaqueta pues la temperatura que había en la casa así lo aconsejaba.

-Don Camilo. Quisiera hablar con usted – le dijo mientras esperaba para recoger las prendas.

Su cara era inexpresiva e ignoraba que diantres querría la muchacha. En esos momentos no estaba en condiciones de repetir la experiencia que había tenido apenas hacia una hora, pero no sabía cómo se encontraría esta tarde e igual aprovechaba la oportunidad.

-Ahora no es el momento, pero esta tarde no pienso salir. Ya te avisare.

-Gracias señor. – se despidió con una sonrisa de agradecimiento cuando todavía no había obtenido el favor.

XXXXX
XXX
X

Jorge llegó con cara de circunstancias a casa y Leonor no tardó en captarlo.

-¿Estás preocupado?

-No. Son cosas del trabajo.

Percibió un aroma extraño en él que desde luego no era el de Lola. Esa misma noche habían hecho el amor con la misma intensidad y pasión de siempre y no podía imaginar que su esposo tuviese otro lio de faldas y a plena luz del día. Así es que desechó cualquier sospecha inmediatamente.

Sin embargo continuaba meditando y tardaba en reaccionar ante cualquier intento de iniciar una conversación. Estaba claro que su mente estaba en otro sitio. Leonor optó por dejarlo solo en sus meditaciones. Ya se le pasaría.

Jorge no paraba de preguntarse qué habría pasado desde que se marchó y si finalmente Don Camilo habría cumplido su amenaza de despedirla.

Si eso llegaba a ocurrir no se lo perdonaría jamás. Por culpa de su lascivia podían despedir a la pobre muchacha. Lo había prometido y sabía que Don Camilo a Leonor no le diría nada, pero temía se lo dijera a su madre. Sabía que les unía una gran amistad y una confianza como esa podía escapársele a su jefe en cualquier momento. Ansiaba que tocasen las cuatro de la tarde para encontrarse de nuevo con ella y le contase todo lo sucedido posteriormente. Y si por desgracia esa tarde no acudía al trabajo sería la peor de todas las señales.

Comió sin ganas y veinte minutos antes de las cuatro no pudo soportar más la espera y partió al trabajo, cuando solía hacerlo normalmente únicamente cinco minutos antes.

Allí no había nadie al llegar. Se sentó delante de la mesa de su despacho sin atreverse a iniciar ningún trabajo, pues su cabeza continuaba en otro sitio y temía equivocarse. A las cuatro llegó Andrés y lo saludó desde el vestíbulo. A las cuatro y cuarto entró en su oficina para preguntarle si sabía algo de Isabel, pues todavía no había llegado y no solía retrasarse. Él se limitó a mover negativamente su cabeza.

A las cuatro y media llegó ella. Respiró tranquilo. Escuchó cómo le daba explicaciones a Andrés, pero por mucho que aguzó su oído no pudo enterarse de nada.

No quiso salir, pues no era cuestión de hablar delante de su subordinado. Decidió esperar a que ella entrase.

Cuando finalmente la mujer se introdujo en su despacho se fundieron en un abrazo y se llenaron de besos.

-Que susto he pasado.

-¿Qué ha pasado cuando yo me marché?

Isabel no estaba dispuesta a contarle la verdad, se la reservaba por si algún día le convenía hacerlo.

-Gracias a Dios, nada. Me dio una bronca monumental y luego me obligó...

-¿A qué? – le interrumpió Jorge que estaba pensando en lo peor, pues conocía las aventuras de Don Camilo aunque por suerte no todas.

-...a escribir unas cartas y me tuvo aquí hasta casi las tres. Ese es el motivo por el que me he retrasado.

-Menos mal – suspiró Jorge.

-También me ha amenazado con despedirme y contárselo a mis padres, si tiene la más mínima sospecha de que nuestras relaciones continúan.

-Eso no puede hacerlo.

-¡Claro que puede hacerlo ¡ Y en lo que a mí respecta no voy a exponerme. Así es que puedes darlas por terminadas.

-Isabel... no me puedes hacer esto.

-Por descontado que puedo hacerlo, aquí solo peligro yo, pues tú pareces su ojito derecho. Si sigues insistiendo me veré obligada a decírselo.

Cuando Consuelo salió de compras, Don Camilo dejó el libro que tenía entre manos. En realidad no era un libro, sino unos legajos en los que había apuntes inconexos de lo que sería una Historia Religiosa de Alcoy, que estaba intentando escribir un paisano suyo: José Vilaplana Gisbert. Este, todavía joven religioso, después de ocupar diversos cargos en la parroquia de Santa María, paso posteriormente como vicario en el Convento del Santo Sepulcro y ahora lo habían designado cura castrense del batallón provincial de Alcoy.

Se lo presentó Isabel, la superiora del convento, con la que tuvo una hija: Carmen, que actualmente era la marquesa de la Almadraza, cuando todavía era seglar. Lo hizo cuando todavía ocupaba el cargo de Superiora en el Convento, pero estaba a punto de ser trasladada a la casa que la orden tenía en Valencia.

Conservó con él una cierta amistad, pues había que tener amigos hasta en el infierno y con más motivo dentro de la iglesia.

Actualmente le había entregado los legajos para que se los repasara, pues por su prestigio y su condición de ex cura, se le suponía una sabiduría en el tema de la que en realidad carecía.

Lo que había leído sobre el Alcoy antiguo le gustó, pero tenía cosas más importantes que hacer. Así es que le diría que todo le parecía perfecto y hasta le propondría financiarle la publicación del libro cuando estuviese terminado, pues en definitiva era lo que el bueno de Vilaplana pretendía.

Se levantó y se dirigió a su despacho con los legajos debajo del brazo. Los niños pequeños estaban en la escuela, pero no tardarían en regresar y si lo encontraban encima de la mesilla del salón los harían pedazos, si no lo llenaban de rayazos antes. Por el camino encontró a Sofía y le dijo donde podía encontrarlo dentro de cinco minutos si continuaba interesada en hablar con él.

Se sentó en unos de los sillones destinados a las visitas para que la muchacha se sentase en el otro cuando llegase. Eso, según había leído en alguna parte, quitaba la barrera que representaba la mesa y se ganaba más fácilmente la confianza de su interlocutor. También la tienes más a mano, pensó maliciosamente. Ignoraba que querría pedirle, pero aunque era, como vulgarmente se decía una “séma” haciendo el amor, se lo concedería y ya vería que podía sacarle a cambio. Pensó en una felación, nunca le habían hecho ninguna. Brígido le dijo en cierta ocasión que era mucho mejor que lo otro, con la ventaja de que podía hacerse rápidamente y en cualquier sitio.

El problema era que pocas mujeres, de las decentes, se brindaban a ello y en Valencia solo lo hacían las prostitutas cuando tenían la regla y no querían o no podían dejar de trabajar.

Alguien llamó a la puerta. Cuando comprobó que era Sofía la hizo entrar.

-Cierra la puerta por dentro.- le ordeno apenas entró.

La muchacha pasó el cerrojo. Sabía que Don Camilo lo hacía aun estando solo en el despacho. No le gustaba que nadie entrase mientras estaba trabajando e incluso Consuelo no se atrevía a hacerlo sin antes llamar y pedir permiso.

-Bien tú dirás lo que quieres – continuó

Sofía quedó plantada delante de él, carraspeando y buscando las palabras adecuadas para comenzar a hablar.

-Yo...

-Venga. Siéntate aquí delante y tranquilízate.

Le cogió sus manos y las apretó como para darle ánimos, estaban frías y ásperas.

-Yo...yo es que estoy esperando un hijo...-hizo una pausa pues había hablado más de lo que esperaba – y...y necesito su ayuda.

-¡Alma de Dios! ¿Cómo se te ocurre caer otra vez en el pecado? ¿Quieres que le pague otra vez a la matrona para que te pinche?

La muchacha negó firmemente con la cabeza, horrorizada.

-Otra vez eso. ¡No! Esta vez quiero tenerlo, no pienso volver a pasar por lo de la otra vez.

-Entonces. ¿Qué quieres que haga yo?

-Que me proteja. Que convenza a mi madre para que no me obligue a hacerlo. Que usted no se ofrezca a pagarlo. Y que por ello no me eche a la calle y me permita criarlo en casa. Le juro que mi rendimiento en el trabajo no bajara un ápice y yo a cambio estoy dispuesta a hacer por usted lo que quiera.

Don Camilo se alegró al escuchar estas palabras. Podía cumplir sin ningún problema todas las peticiones de la muchacha, todo ello no le costaría ni un céntimo y para colmo ya tenía quien le hiciese las mamadas sin tener que acudir a una prostituta.

-Y bien. ¿Quién es el padre? -la muchacha enmudeció - porque esto es cosa de dos y alguien más tiene por lo menos la mitad de la culpa.

-¿Es preciso decirlo...? No tiene la menor importancia.

-Claro que la tiene. Si es posible le haremos pagar su culpa.

-Usted... -dijo en un hilo de voz apenas audible.

-¿Cómo? - preguntó únicamente para darse tiempo para pensar. Lo había oído perfectamente - ¿Estás segura?

La mujer asintió con la cabeza, mientras Camilo intentaba asimilar el lío en que se había metido.

-Como que el sol saldrá mañana. Fue el tres de septiembre, la noche que dormimos en el hostel de Alicante cuando regresamos de Altea. Cuando nazca la criatura, eche cuentas y saque conclusiones. Yo aquí ni salgo de la casa y en Altea...

Camilo asintió con la cabeza y le hizo un gesto para que no continuase con la explicación. Estaba todo demasiado claro. Después de meditarlo unos instantes le respondió.

-Eso puede ser un problema para mí. Creo que no tendremos más remedio que deshacernos del crío...y en secreto. Ni tu madre debe saber nada.

-¡No! - la respuesta de la muchacha fue rotunda - Lo tengo todo meditado y no es preciso involucrarlo a usted.

Camilo sabía que si Sofía se negaba no había nada que hacer y parecía difícil convencerla de lo contrario. Sin embargo se sintió aliviado al comprobar que tenía soluciones y se dispuso a escucharla.

-Tú dirás.

-Sostendré que la noche anterior a nuestra salida de Altea hice el amor con un muchacho de allí con el que había intimado. Y del que por desgracia no sé ni el nombre.

-Puede ser una buena opción. - dijo mientras se lo pensaba.

-¡No podemos matarlo, Don Camilo! - le rogó - piense que también es hijo suyo.

-Si tú quieres tenerlo, yo no voy a impedirte. Y desde luego cuenta con mi ayuda. A partir de ahora será nuestro secreto.

-Incluso se mueve. ¡Mire! - dijo mientras se ponía precipitadamente de pie, se acercaba y colocaba la mano del hombre sobre su vientre - ¿Nota algo?

Camilo negó con la cabeza. Ella insistió, incluso ilusionada se arremangó la falda mostrando sin pudor sus piernas, su sexo desnudo y su vientre ligeramente hinchado. La sentó sobre sus piernas y exploró, por una vez sin malicia, la suave piel que se le ofrecía. A pesar de todo no pudo evitar que su miembro reaccionara. Era el momento de pedirle lo que quisiera con la seguridad de que accedería y además satisfecha por poderlo complacer. Pero no era tan vil y ruin como creía, ni tenía en esos momentos el suficiente cuajo para hacerle algo malo. La dejó marchar.

-No te preocupes que cuando llegue el momento me ocuparé de tu madre.

XXXXX

XXX

X

La oficina parecía una balsa de aceite. Jorge e Isabel guardaban las distancias y se comportaban como si apenas se conocieran. Andrés no comprendía nada, pero sospechaba que algo había ocurrido aunque él lo ignorase, y como no quería meterse en camisa de once varas se comportaba igual. Se suponía que algún día saldría todo a relucir o por lo menos se aclararía y entonces se enteraría.

Don Camilo sin embargo se comportaba igual como siempre, hacia bromas con todos cuando estaba de buen humor y no abría la boca, si no era para gritar, cuando estaba cabreado. El recepcionista suponía que lo que pasaba allí no iba por él.

Ahora acudía casi todos los días a la oficina, aunque estuviese únicamente una hora y a veces media.

Durante el primer mes, después del incidente, Isabel solía evitarlo cuanto podía. Sin embargo al segundo todo cambió. Se mostraba más solícita, para explicarle las cosas o requerir su firma en los documentos y cartas, se arrimaba a él más de lo estrictamente necesario. Los roces parecían que estaban permitidos e incluso pudo robarle un par de besos, sin que la muchacha hiciese mucho por evitarlos.

Ese era el motivo por el que Camilo acudía ahora diariamente a la oficina. Tenía un aliciente para ello. Si Camilo no hubiese estado tan emperrado con la moza se habría dado cuenta que todo parecía tratarse de un juego y cada día que pasaba le ofrecía un poco más. Él solo tenía que tomarlo. La posibilidad de repetir la experiencia sexual, y esta vez voluntariamente por parte de ella, aumentaba cada día.

Resultaba ya demasiado fácil meter la mano debajo de la falda y tocar sus partes más íntimas, se dejaba acorralar en un rincón y no se oponía a que su Jefe intentase penetrarla. Eso, sin embargo, era demasiado para Camilo y sufrió el inevitable gatillazo. Lo desanimó durante un par de días pero al tercero volvió a la carga. Estaba visto que el aquí te pilló aquí te mato, ya no era para él. Necesitaba calma y tranquilidad para pegar un polvo bien pegado.

Lo malo era que no sabía por dónde entrarle. Ella misma se encargó de ponérselo en bandeja, ese mismo día se echó sobre el diván, se arremango la falda y le dijo:

-¡Ven!

Camilo no se lo pensó dos veces, se bajó los pantalones y se abalanzó sobre ella. La puerta estaba a disposición de quien quisiera entrar, pero no le importó en absoluto, estaba seguro de que nadie se atrevería a pasar.

No se creía lo que estaba haciendo, ni que la muchacha se le hubiese ofrecido con tanta facilidad después de lo que le costó la primera vez. Además estaba participando activamente en el acto, abrazándolo, besándolo y moviendo rítmicamente su pelvis. Hasta parecía que disfrutaba con él. Exhalaba continuos gritos de placer, que con toda seguridad eran oídos fuera aunque eso no le importaba, e incluso le pareció que había tenido un orgasmo.

Cuando todo terminó, la muchacha se sentó sobre el diván, se bajó la falda y se arregló los desperfectos en el cabello, para aparentar que allí no había ocurrido nada. Esperó a que Camilo terminara de vestirse y le invitó a sentarse a su lado.

-¿Te ha gustado? – le preguntó y al hombre le sonó que la voz era más agria y seca que la de antes.

-Claro que sí cariño – se acercó para volver a besarla, pero ella lo rechazó con cierta dureza.

-Mejor que sea así, porque tienes que casarte conmigo.

-¿Casarme contigo? ¿Por qué?

-Porque estoy embarazada.

-¿De quién? – preguntó asombrado el hombre que no daba crédito a lo que oía.

-De quien va a ser. ¡De ti!

-¿Por lo que hemos hecho ahora?

-Por lo que hicimos hace tres meses, la vez que me forzaste. ¿O es que ya no te acuerdas?

-Perdona cariño – le respondió, pues ya estaba cansado del tono que estaba empleando la joven –

pero ese día no fui yo el único que te follé. El posible hijo, si es cierto todo lo que me dices, puede ser de cualquiera de los dos.

-Exactamente. Pero la diferencia estriba en que él está casado y tú no. Negaré que haya tenido cualquier relación con él y solo te acusaré a ti.

-Lo negaré.

-Estás en tu derecho, pero si quieres un escándalo lo tienes servido. Yo ya no tengo nada que perder.

-Yo también estoy casado – Trató de desorientarla, aunque no lo dijo muy convencido.

-No digas bobadas que estoy bien informada. Te separaste de su anterior esposa y no te has vuelto a casar. La que ahora tienes como manceba no es más que la institutriz de tus hijos.

-Si es dinero lo que buscas...

-Solo quiero joderte por lo que me hiciste.

-¡Vale! - le respondió completamente enfadado y cansado de escuchar tantas memeces – Pero jodeme de lejos. Desde este instante estas despedida. Dile a Andrés que te pague lo que te corresponde y no vuelvas más. ¡Ah! Y dale tus llaves del despacho.

-Tendrás noticias mías y seguro que no te gustaran. – le respondió desafiante y en tono agrio.

-Si quieres guerra la tendrás.

Cuando se quedó solo trató de reubicar sus ideas. Se había metido en un pequeño lio y desde luego no estaba dispuesta a cambiar esa mala pécora por su adorada Consuelo. Por ella no debía preocuparse pues era muy comprensiva en esos asuntos e incluso estaba seguro que probablemente estuviera al tanto de sus devaneos con Ana, aunque probablemente nunca supo con certeza de que se tratara de ella. Dos días de morros, quizás tres y todo solucionado. Isabel como prueba solo tenía la existencia de un hijo que todavía estaba por nacer, probablemente, al final, todo se arreglaría con dinero si se atenía a razones.

-¿Has liquidado con Isabel? – le dijo a Andres antes de salir.

-Si. Ha sido tan precipitado que tal vez le he dado más dinero del que le corresponde...

-No tiene importancia – le interrumpió el Jefe - ¿Te ha dado la llave de la oficina?

-Si. Aquí la tengo – se la muestra

-De todos formas has que cambien la cerradura, puede tener otra copia. Tan pronto como las tengas me haces llegar un par de llaves a mí.

-De acuerdo. Don Camilo.

A Andrés le hubiese gustado saber algo más de lo que ocurría. Primero había escuchado los suspiros de placer y posteriormente los gritos de rabia contenida. No entendía nada. Tal vez lograrse que Jorge se lo explicase, pero a pesar de haber oído, como él, todo lo ocurrido permanecía encerrado a cal y canto en su despacho sin dar signos de vida.

Camilo entró en su casa meditabundo. Desde el zaguán escuchó los grito de Carmen, la guardesa, despotricando desde su casa de su hija Sofía. Probablemente se había descubierto el pastel y ya tenía otro frente abierto, pero ese día no estaba en disposición de afrontarlo. La evitó y subió a su casa.

Consuelo lo recibió con la alegría de siempre y con un beso, aunque percibió por el gesto sombrío de Camilo que algo no iba bien, le restó importancia y aparentó no darse cuenta. Si él quería comentarlo ya hablaría, si no, mejor dejarlo quieto.

Camilo, por su parte, pensó que ese recibimiento no se pagaba con dinero y por primera vez en bastante tiempo embozó una ligera sonrisa.

-Carmen me ha dicho que querría hablar contigo...cuando puedas recibirla – añadió por su cuenta y sin darle demasiada importancia a lo dicho.

-Eso puede esperar. Pero yo si querría hablar contigo. Pasemos al despacho.

Consuelo se preocupó a la vez que se sorprendió, pues nunca la había metido en su despacho para hablar con ella y comenzó a intranquilizarse. Parecía que la cosa no solo “no iban bien” sino que iban

muy mal. Pasó de ver la botella medio llena a verla medio vacía.

Camilo cerró la puerta del despacho por dentro como tenía por costumbres y se sentó en uno de los sillones. Cuando su pareja intentó hacerlo en el otro, la atrajo hacia sí y la sentó encima de sus rodillas. Le gustaba tenerla cerca, aspirar el perfume que emanaba su cuerpo, que tan bien conocía y le tenía embriagado y notar las palpitations de su corazón como respuesta a lo que le iba a transmitir. Su rostro podía engañarlo pero su corazón nunca.

-Me he portado muy mal contigo... perdóname.

Consuelo lo besó en la mejilla para no interrumpir sus palabras y se acurrucó en su regazo como si fuera un bebé. Nada de lo que le contase podría cambiar su amor por él, pero quería escuchar para posteriormente poder ayudarlo.

El problema al final se resumía en que había tenido un hijo con esa pelandusca que tenía por secretaria y quería obligarlo a que se casara con ella. Ella había tenido dos y nunca le había exigido tanto. De todas formas la cosa podía complicarse y la más perjudicada podía ser ella.

-¿Qué piensas hacer? - Le dijo cuando terminó su relato.

-Esperar acontecimientos para ver qué pasa. Igual no ocurre nada o se conforma con unos cuantos miles de pesetas.

-Pero puede ser que no. Yo iría inmediatamente a ver a tu amigo Pepe para ver qué opina. Puede que la cosa sea más grave de lo que piensas y en ningún momento debe cogerte desprevenido.

Parecía una ignorante y posiblemente lo era. Pero en los momentos críticos razonaba como el mejor. Le dio un beso en los labios y una mano exploró su sexo. Como de costumbre siempre estaba a punto. Faltaba media hora para las dos y hasta entonces Pepe no estaría en su casa. Suficiente tiempo para hacer el amor en el suelo y sobre la mullida alfombra.

Tocaba la sirena de la fábrica de paños el cambio de turno de las dos cuando Camilo llamaba en la puerta de la casa de Pepe. Le abrió una doncella no muy guapa, más bien fea, pero con un cuerpo y unos pechos apetecibles. Llevaba los cabellos desaliñados y semblaba que salía de una feroz batalla, aunque tampoco parecía muy preocupada por el ello. La presencia cercana de Bernabé lo explicaba todo.

-¡Hola; Tío Camilo ¿Qué te trae por aquí? - se mostró jovial el tal Bernabé.

-Quiero ver a tu padre. ¿Esta?

-Al caer. Pero avisaré a mi madre, seguro se alegra de tu presencia.

La primera en salir a recibirlo fue Emilia, que ya debía tener quince o dieciséis años y era un calco de su hermana Lola a su edad, aunque más modosita y mucho menos descarada que la otra. Lola se comía a los hombres con la mirada y esta apenas levantaba los ojos del suelo.

Después vinieron los otros que lo recibieron como si fuese el Tío Pian y los llevase a recibir a los Reyes Magos. El tío Pian era un personaje alcoyano que la víspera de la festividad de reyes, sacaba a los niños de su casa, paseando por las calles de Alcoy armando jolgorio hasta llamar su atención, después como si fuese un encantador de niños, se los llevaba a las puertas de la ciudad en espera de los Reyes Magos. Estos nunca llegaban, pero después, cuando desconsolados regresaban a sus casas, por muy humilde que fuera, siempre encontraban algún juguete construidos por sus propios padres. El hecho se institucionó tanto que pocos años después, en 1866, se celebró en Alcoy la primera cabalgata de los Reyes Magos. Que posteriormente se demostró había sido la primera de toda España y por tanto del mundo.

Repartió unas monedas de cobre para golosinas entre los más pequeños y otra de plata para Emilia que se lo agradeció con otro beso, aunque esto le costó ponerse roja como un tomate.

Marcela interrumpió la fiesta abrazando al recién llegado. Había aumentado por lo menos diez quilos de peso desde que lo achuchó la última vez, pero continuaba estando tan buena como siempre.

-Cuando dejes de abrazar a mi mujer, veremos si queda algo para un viejo amigo – dijo Pepe a su espalda.

Hacía tiempo que no se trataban y desde entonces se habían visto muy poco. Todo ocurrió después de las desavenencias con Jorge por culpa de su disputa con Bernabé. El hecho de que Camilo se hubiese puesto de su parte, molestó a la familia, especialmente a Marcela. Con este recibimiento parecía que el problema se había solucionado y estaba todo olvidado.

Los dos hombres se dieron un abrazo y no hubo atisbo de falsedad en el mismo.

-¿A qué se debe tan grata visita?

-Una consulta profesional urgente.

-Para lo que te voy a cobrar, mejor dejémoslo en una charla entre amigos. ¿No te parece?

-Si lo deseas así, por mi no hay ningún inconveniente.

-¿Nos llevara tiempo lo que quieres exponerme?

-Supongo que si

-Entonces comamos antes, pues yo con el estomago vacio soy un pésimo abogado.

Marcela no esperó la respuesta de Camilo y ordenó pusieran un plato más en la mesa.

Fausto, Gerardo y la pequeña Herminia, ya habían comido y estaban en el cuarto de juegos o estudiando, pues las navidades ya estaban cerca y las vacaciones escolares comenzando.

En la mesa solo estaban, aparte de él, el matrimonio y sus hijos Bernabé y Emilia. El mayor, Alberto, se había independizado y vivía solo en una vivienda alquilada en la calle del Mercado.

Durante buena parte de la comida hablaron de cosas intrascendentes y aunque Marcela intentó averiguar de Camilo el motivo de su visita, este lo evitó con gran habilidad. Después del café se quedaron solos en la mesa, pero aun así Pepe se llevó a su amigo a la intimidad de su despacho.

Mientras degustaban una copa de un excelente coñac francés, Camilo aun trató de postergar un poco más el asunto que le había llevado allí, estaba claro que le costaba iniciarlo.

-¿Sabes que tu hijo se está tirando a la criada? – Se fue por los Cerros de Úbeda.

-¿Bernabé? Claro que lo sé. Pero mientras esté satisfecha y no se queje, no pienso hacer nada. Si oyeses los gritos de placer que suelta la tía por las noches, te escandalizarías.

-¿No corre peligro de quedarse embarazada?

-Claro que si, como todas, pero esperemos que no ocurra. Si finalmente tenemos esa desgracia ya veremos que hacemos. Supongo que alguno de los dos tendrá un poco de cerebro y estará tomando precauciones. Pero... ¡en fin! pasemos a lo tuyo, que tengo una cita a las cinco con un cliente en mi despacho y no me gustaría retrasarme.

Camilo le contó, siguiendo las indicaciones de su amigo, todo lo que le había ocurrido.

-No me ocultes nada - le había dicho momentos antes – todo puede tener importancia. Después si hay algo que no te interesa que salga a la luz, me lo dices y si podemos obviarlo así lo haremos. Igualmente actuaremos con todo aquello que te perjudique.

-Creo que eso es todo – respondió Camilo al cabo de unos minutos y después de relatar todo lo acontecido.

Pepe había tomado nota de únicamente lo que juzgaba importante. Unas cosas las subrayaba, otras las unía mediante una línea, para recordar posteriormente que estaban relacionadas. Después meditó durante un buen rato y se puso a hablar.

-Cuando te dijo que solo quería “joderte la vida”, metió la pata pues descubrió sus intenciones. Eso quiere decir que no está todavía bien asesorada y está actuando por su cuenta. Si es así será presa fácil. Pero supongo que mas pronto que tarde solicitará la ayuda de un profesional y entonces comenzará a ser peligrosa. ¿Le ofreciste dinero para solucionar este asunto?

-Directamente creo que no. Pero me parece que algo le insinué.

-No lo vuelvas a hacerlo y menos delante de testigos. Si vuelve a pedírtelos, niégaselos. En primer lugar porque ese dinero le puede servir para contratar un buen abogado, que posteriormente nos

amargue la vida y te saque muchos más. Y es segundo porque al ofrecérselos, o dárselos, admites en cierta manera que en algo la has perjudicado e intentas comprar su silencio. Tú, a partir de ahora, lo niegas todo, principalmente que te has acostado con ella y por supuesto que el hijo que dice lleva dentro pueda ser hijo tuyo. Otra cosa. ¿Dices que la has despedido? ¿Por qué motivos?

-Simplemente por lo que me dijo, por la forma en que me habló y porque he perdido la confianza en ella.

-No. Tú la despedisteis por cualquier otra cosa. Ya veremos que nos inventamos. Tenemos que demostrar que su reacción ha sido por despecho, al haberla despedido, y que este por supuesto es justo. En definitiva que la supuesta violación y todo lo que ocurrió posteriormente nunca ha existido pues no hay testigos que lo verifiquen. Se trata todo de una mentida que se ha inventado para vengarse de ti. Ahora vamos a ver qué motivos podías tener para despedirla.

-Ninguno – respondió Don Camilo después de recapacitar durante un buen rato.

-Algo debe haber, - le apremió Pepe – se retrasaba en el horario, trabajaba mal... no sé. ¿Se te ocurre algo?

-Nada.

-Entonces tenemos que ampararnos con el robo.

-Ella no ha robado nada – se excusó Camilo.

-Eso es lo de menos. No me gusta que nos escudemos en una cosa así, pero en esta ocasión no tenemos más remedio que acudir a este truco. Tienes que asimilar esta historia y sobre todo creértela como si fuese un dogma de fe. “Durante algún tiempo detectabas la falta de alguna de las monedas que solías dejar abandonadas por la mesa de tu despacho. Como sospechabas de ella, pues era la empleada mas reciente y anteriormente eso no ocurría, un día dejaste, como cebo, una moneda de oro en unos de tus cajones y te marchaste. Cuando regresaste al cabo de una hora la moneda ya no estaba. Después lo clásico: la amenaza de llamar a los alguaciles para que procedan a registrarla, ella al verse acorralada termina pidiéndote perdón y sacando la moneda de su corpiño. Tú te comprometes a no denunciarla a cambio de que abandone su empleo y no vuelva más. ¿Lo tienes claro?

-Si. Pero ella es inocente.

-Y supongo que también tú eres inocente, porque si no apechugarías con las consecuencias de haberte tirado a la moza y no hubieses venido para hablar conmigo. ¿Estoy en lo cierto?

-Si – respondió un Don Camilo dubitativo – pero lo que no podemos obviar es que está embarazada.

-Eso es cierto – dijo reflexionando unos instantes – Esperaremos a que nos demuestre su maternidad, cosa que no dudo, pues en caso contrario no tendría sentido su reclamación. Desviar la paternidad a alguien ajeno a esta empresa, sería peligroso y posiblemente poco fiable para que el juez se lo creyese. Tenemos que tirarle la mayor parte de la culpa, pero no toda pues entonces en vez de maquinadora podíamos convertirla en víctima. Y eso es lo último que nos conviene. Tú eres el más vulnerable y por lo tanto el objeto propicio para sus planes: eres soltero, rico y ya madurito. Con un poco de suerte puedes durar unos diez años mas – le dijo entre risas – es decir que en poco tiempo la puedes dejar viuda y rica

-Si qué me quieres poco.

-Por mí como si duras cien años. Pero a lo que iba, hay que buscar otra víctima. Y solo nos queda Andrés y Jorge.

-Andrés sería el ideal – intervino Don Camilo – e incluso estaría encantado en casarse con ella. Aunque dudo que Isabel opine lo mismo. Pero tendríamos que convencerlo para que asimile y dijese que se había acostado con ella, pero es tan simple que dudo que alguna vez lo consigamos.

-Veo que tienes la misma opinión de él que yo. Aparte de que si metemos la pata se puede ir al traste todo lo que estamos tramando. Está claro que el único candidato que nos queda es Jorge. Como está casado no puede contraer matrimonio con ella. Tendrá que apechugar con la paternidad,

pero como no es rico tampoco podrán sacarle mucho.

-Y recuerda que él también participó en el festín.

-El único que participó en el festín – puntualizó Pepe – Es lo que está mejor dicho y a lo que debes acostumbrarte a decir a partir de ahora.

Don Camilo asintió con la cabeza.

-Ahora hay que convencer a Jorge para que cargue el solo con el mochuelo.

-Eso no será difícil. A fin y al cabo si se tratase de un delito, la justicia quiere que por lo menos uno lo pague y con que alguien vaya a la cárcel es suficiente. En este caso no es tan grave. El hijo que está esperando Isabel perfectamente puede ser suyo, se trata de un coito consentido y si no puede cumplir con la perjudicada es porque ya está casado y la ley no puede convertirlo en bigamo. El único problema está en su propia mujer que puede no asimile nada bien lo ocurrido. Por eso te sugiero lo untes convenientemente para que tenga suficiente motivos para convencer a su media naranja y le disculpe todos sus pecados, pues como bien se dice las penas con miel son menos penas.

-¿Y cómo lo hago?

-Eso ya es cosa tuya. Pero te sugiero que cuantos menos estén en el ajo mejor, aunque Leonor tenga que asumir que el único que se tiró a la perjudicada fue su marido.

-De acuerdo.

-Ahora ya sabes, esperar y estar alerta de cuanto suceda. Si ella se presenta con otro abogado y tú conoces a todos los de Alcoy, no aceptes la entrevista si no estoy yo también presente. ¿De acuerdo?

-De acuerdo

XXXXX

XXX

X

Esa misma tarde concertó una cita con Jorge. Le contó llanamente su entrevista con Pepe y la solución a la que habían llegado.

Jorge se mostraba intranquilo y profundamente afectado.

-Si no fuese por Leonor yo aceptaría encantado, pero...

-No es cuestión de tú o yo. Eres tú o los dos, pues mi única defensa es crear una duda razonable de que no soy yo única y exclusivamente el padre. Es decir que al final nos veríamos involucrados los dos y Leonor igualmente terminara por enterarse y la disputa entre vosotros será inevitable.

-En eso tienes razón – le respondió un Jorge pensativo.

-A mí la broma puede costarme la torta un pan. Con toda seguridad me saldrá mucho más barato si te incriminas tú. Por ese motivo y por el favor que me haces, preferiría entregarte a ti la posible indemnización antes que a ella. Desde luego me quedaría más satisfecho.

Jorge se puso a pensar. Las relaciones extramatrimoniales que mantenían Leonor y él con Fernando y Lola, hacían que esta infidelidad fuese menos traumática, aunque él no contemplaba ni por asomo que su esposa yaciera con otro hombre que no fuese él o Fernando. Creía que no le costaría nada convencerla y si la cantidad que pensaba donarle Don Camilo era bastante importante, estaba incluso dispuesto a jurarle a su esposa que él no tenía nada que ver con este asunto y que se había convertido en víctima propiciatoria únicamente por la cantidad de dinero ofrecida y para obtener el agradecimiento perpetuo de su jefe.

-Y de qué cantidad estamos hablando...- insinuó con voz débil.

-Da tu piso por pagado. Yo me encargo de ello. Lo haremos, claro está, de forma disimulada, para que nadie sospeche ni se descubra el pastel. Pero, por si a mí me pasase algo, te cederé un documento que así lo atestigüe.

Jorge estuvo a punto de dar un salto de contento, pues no podía creérselo. Lo hubiese hecho por mucho menos y si finalmente aceptaba la espléndida donación era porque realmente lo necesitaba para poder pagar su vivienda sin agobios.

-Eso es mucho Don Camilo – protestó ligeramente.

-Los favores hay que pagarlos bien o no pedirlos. Es su precio justo.

XXXXX
XXX
X

Cuando Jorge le contó a Leonor lo que había hecho, esta estuvo a punto de sacarle los ojos, pero cuando se enteró de lo que iba a cobrar por cargar totalmente con el marrón lo llenó de besos.

El muchacho no quiso inculpar en nada a Don Camilo, ni confiar en que Leonor no se fuese de la lengua.

Le contó que él era el único culpable de todo lo que había ocurrido, que durante mucho tiempo esa mujer lo estaba acosando y que se le había ofrecido en un momento de debilidad en el que no pudo negarse. Pero una vez conseguido su propósito, la secretaria había elegido como víctima a Don Camilo para poder sacarle una buena cantidad de dinero. El estaba dispuesto a decir la verdad en el posible juicio, si este llegaba a celebrarse y exonerar de esta forma a su jefe. Si finalmente iba a recibir una jugosa gratificación, sería únicamente como premio a su honradez y no por intentar salvarlo.

Consuelo no era tonta, comenzaba a conocer a Don Camilo y presentía, por no decir que estaba convencida, de que el viejo también había picado la flor. Pero eso era lo de menos, lo único seguro es que a su familia, como vulgarmente se dice, los habían regado y a partir de ahora podía afrontar la vida con mucha tranquilidad. De todos modos estaba claro que no debía decir nada a nadie y mucho menos a Fernando, aunque fuese en uno de esos momentos de tanta felicidad, en el que es fácil de que a alguien se le vaya la lengua.

Camilo satisfecho de su doble gestión, llegó a casa dispuesto a solucionarle a Sofía el problema con su madre. Apenas llegó, le dijo a Consuelo que todo había ido de maravilla y que nunca le agradecería su recomendación de consultar el problema con Pepe. Después, cuando vio a la doncella, le ordenó dijese a su madre que subiese.

-¿Me ha dicho mi esposa que quería verme? – le preguntó apenas la vio entrar en su despacho.

Se había sentado al otro lado de la mesa para establecer barreras entre ellos y hacerle la cosa más difícil.

-Mi hija Socia se ha vuelto a quedar embarazada – le respondió sin más preámbulos.

-¡Enhorabuena! ¿Y considera que eso tiene que ver algo conmigo?.

-¡Por Dios! Señor – dijo mientras se santiguaba – que la Virgen Santísima me libre de pensar eso.

-Entonces no veo a que viene ese interés en hablar conmigo.

La mujer ya estaba evidentemente nerviosa y comenzaba a creerse que se había metido en un berenjenal del que le costaría salir.

-Como la otra vez intervino usted...

-La otra vez intervine porque se quedó embarazada de un hombre que posteriormente la dejó. Ella no quería tener ese hijo y la ayudé.

-Ahora concurren las mismas circunstancias.

-Yo creo que no. La diferencia está en que esta vez si quiere tener al niño.

-¡Eso no puede ser!

-¿Por qué no? Ella quiere criarlo y alimentarlo con su trabajo. Como eso es posible, pues ni voy a echarla ni a obligarla a deshacerse de su hijo, no veo ningún inconveniente.

-¿Consentirá que tenga el hijo en su casa?

-Se lo he consentido a Concha. ¿Por qué no puedo hacer lo mismo con su hija?

-No sé. Es diferente.

-Bien si usted quiere tirarla de su casa está en su perfecto derecho para hacerlo. Pero indiscutiblemente yo no soy de la misma opinión y no voy a hacer lo mismo. ¿Si no tiene otra cosa que decirme...?

-No señor.

-Buenas noches señora Carmen.

XXXXX

XXX

X

Dos semanas después Isabel volvió a dar signos de vida. Camilo acudió a la cita en su despacho con la suficiente antelación, como para tener tiempo de ordenar sus ideas y relajarse.

Era la víspera de la Nochebuena y si finalmente todo se solucionaba podía pasar unas tranquilas fiestas de navidad.

La muchacha le había pedido la cita a Andrés dos días antes. Y el día anterior, el mismo, había pasado por la joyería de sus padres para confirmarla.

Camilo supuso que llegaría sola y en son de paz y no se molestó en avisar a Pepe para que estuviera presente. Se juzgaba con la suficiente experiencia para no dejarse engañar por una muchacha inexperta.

Isabel se presentó a la cita acompañada por un joven de unos treinta años de edad, vestido elegantemente y a su parecer un poco amanerado. No era ninguno de los abogados de Alcoy, pues Camilo los conocía, por lo menos de vista, a todos, y no le concedió la menor importancia. Máximo cuando se lo presentó como un primo suyo, sin añadir oficio ni beneficio, que la había acompañado para que no se sintiese sola.

-Bien, mí querida Isabel. ¿Qué te trae por aquí?

-Asuntos de dinero – le respondió lacónicamente.

El hombre que la acompañaba no abrió la boca en esos primeros momentos de la conversación, ni siquiera para contestar al saludo que le envió Don Camilo. Este se limitó a pasar olímpicamente de él.

-¿Qué no te arregló Andrés bien la liquidación – le respondió extrañado.

-Si. Incluso me entregó algo más. Ahora me refería a lo que me ofreció por lo otro.

-Perdona, pero no te entiendo. ¿Qué otro?

La muchacha comenzó a ponerse nerviosa, mientras que su acompañante sacaba de su bolsillo un cuaderno con tapas negras y se puso a leerlo ávidamente, cambiando de página continuamente como si buscase algo en concreto o quisiera refrescar su memoria.

-Por haberme quedado embarazada después de forzarme.

-¿Qué yo te forcé? Virgen santísima que cosas está diciendo esta mujer. ¿Puedes ser mas explicita y contarme todo lo que te pasa.

Isabel quedó desconcertada y no supo que responder. Fue entonces cuando intervino el de la libretita.

-No es cierto que el quince de septiembre pasado se presentó en este mismo despacho a las catorce horas quince minutos y violó a mi cliente.- aseguró más que preguntó con tono solemne.

Ahora el sorprendido, por la cara que puso, fue Don Camilo. Pero se alegró al ver que finalmente el acompañante se había descubierto.

-No recuerdo en donde estaba ese día y mucho menos a esa hora. Aunque supongo que estaría comiendo como suelo hacer todos los días. Pero ahora que ha venido a la conversación me gustaría saber que hacia aquí la señorita Isabel, fuera del horario de oficina, y sola.

-No estaba sola, sino acompañada por su jefe inmediato el Señor Jorge.

-Entonces los que estabais follando ese día fuiste tú y Jorge – le dijo a la mujer – y tú ahora me quieres cargar a mí el muerto.

-Eso es irrelevante – intervino el abogado – aquí lo que se trata es de demostrar su intervención en los hechos.

-¡Qué cojones de irrelevante y otras zarandajas! Esto vamos a aclararlo ahora mismo – se dirigió a la puerta y gritó – ¡Andrés! dile a Jorge que venga inmediatamente. Vamos a salir de dudas de una puñetera vez.

Jorge apareció inmediatamente en el despacho como si estuviese esperando la llamada.

-¿Quiere algo, Don Camilo?

-Si. Dice el caballero este – señaló al abogado – que el quince de septiembre te estuviste tirando

a la señorita aquí presente en mi diván. ¿Es eso cierto?

-¡Oiga! que yo no he dicho eso.

-Bueno si no fue en el diván sería encima de alguna de mis alfombras. Pero eso es lo de menos.

-Si – un Jorge avergonzado asintió con la cabeza.

-¡Vamos Jorge! Sé mas explicito que con monosílabos no se aclaran las cosas.

-Isabel y yo nos gustamos y he de reconocer que hemos realizado el acto sexual en varias ocasiones.

En realidad solo habían sido dos veces, pero por la forma de decirlo Jorge parecían una infinidad. Isabel trató de protestar y Camilo se lo impidió con un gesto.

-¿Lo hicisteis siempre aquí?

-No. Otras veces lo hicimos en mi casa.

-Solo fue una – intervino Isabel.

-¡Entonces lo reconoces! Caballero – dirigiéndose al abogado – esto me parece que lo tiene claro. Ahora si tienen que discutir otros detalles, puede hacerlo directamente con Jorge, aunque les rogaría lo hiciesen en otro lugar y fuera del horario de trabajo. Tenemos mucho y no podemos demorarlo por un asunto de faldas. Ahora si me permiten...

Camilo les invitó a salir de su despacho y se despidió de Isabel, con una extraña sonrisa que podían decir muchas cosas.

XXXXX

XXX

X

Las navidades pasaron sin pena ni gloria, pero con la tranquilidad para Camilo de ver alejarse de golpe todos los problemas que le acuciaban en esos momentos. Por ese motivo se mostró espléndido y los Reyes llegaron muy cargados de regalos para todos ese año.

Jorge se reconoció padre de la criatura que llegaría a finales de la primavera siguiente. Y se ofreció para sufragar, dentro de sus posibilidades, parte de los gastos que el niño ocasionara, pues no podía cumplir con el matrimonio ya que se encontraba felizmente casado y con hijos a su cargo, ni disponía de recursos económicos. Si se ofreció sin embargo, si fuese necesario, a hacerse cargo de la criatura, si fuese un incordio para la madre, aunque sabía que ella nunca se desprendería de ella, aunque solo fuese por hacerle la puñeta al padre, y contaba con el respaldo de Don Camilo para criarla si fuese necesario.

XXXXX
XXX
X

Bárbara llevaba más de cuatro meses con su nueva familia y se había amoldado perfectamente a una casa en la que ya había vivido durante varios años, aunque en otras circunstancias. Sin embargo algo no iba bien pues sentía unos dolores intestinales en su bajo vientre que por momentos le hacía la vida imposible. Avisaron al viejo doctor Jiménez, que después de tocar mucho y verlo todo, no llegó a ninguna conclusión válida.

-Podríamos llevarla a Valencia – intervino Camilo

-Con estos síntomas no resistiría el viaje – aventuró Consuelo.

-¡Algo tenemos que hacer! – se desesperó el hombre

-Llama al hijo de Pepe. Me han dicho que es muy bueno.

-Demasiado joven.

-Pero tiene la ventaja de que ha estudiado una medicina moderna y no la que se practicaba hace treinta años.

Lo llamaron. Bárbara ese día no se había levantado, pues el dolor era insoportable. A pesar del frío de la calle y que no habían encendido el hallar de su habitación tenía la frente perlada de sudor. Y el camisón completamente empapado.

Intentaron cambiarlo antes de la llegada del médico pero fue imposible moverla. Alberto llegó inmediatamente dejando la consulta completamente abarrotada de mujeres histéricas que no tenían ningún mal excepto tal vez algún que otro resfriado.

-Quitarle el camisón y cubrirla con dos lienzos abiertos por la cintura – fue su primera orden mientras él se deshacía de la ropa que le sobraba y se arremangaba las mangas de su camisa por encima del codo.

-No podemos quitarle el camisón sin que chille de dolor – dijo Sofía que estaba allí para ayudar en lo que pudiese.

-Emplee unas tijeras y corte el camisón por la mitad a la larga.

Camilo consideró que había llegado el momento de salir de la habitación.

-Si necesitáis algo estoy fuera – Alberto asintió con la cabeza.

Estaba delante de una muchacha que debía tener quince o dieciséis años pero ya era toda una mujer. Tenía el cuerpo y el rostro de su madre y con ello quedaba todo dicho. A Alberto le pareció la mujer más bella que había visto en su vida, aun es esas circunstancias, y quedó automáticamente prendado de ella, a pesar del aspecto desmejorado que ofrecía su rostro por el dolor y la enfermedad que le aquejaba.

Deslizó la mano por debajo del lienzo y por todo el vientre, tomaba nota mental del dolor, que una presión más o menos acentuada ejercía sobre ella. Rozó el vello del pubis pues no tenía necesidad de ir más abajo, aunque no lo hubiese dudado en una ocasión más propicia.

Abandonó la exploración con gesto adusto y rostro grave. Buscó fuera a Don Camilo.

-Tiene apendicitis

-Háblame claro, hijo.

-Es una inflamación de un apéndice que tenemos en los intestinos, que no sirve para nada pero que suele traer problemas en ocasiones.

-¿Es grave?

-Si no se rompe no. Pero podía perforarse y eso si sería grave.

-¿Tiene solución?

-Operando

-¿Lo has hecho alguna vez – parecía que tenía que sacarle la información con sacacorchos.

-Con cadáveres, más de una docena de veces, pero con seres vivos, ninguna.

-¿Te atreverías?

-Preferiría que lo hiciese otro, pero si no hay más remedio... Tenemos que llevarla al hospital.

-Eso es imposible en su estado.

-Pero el quirófano, el instrumental... todo está allí.

-Haré que lo traigan e improvisaremos uno aquí. Dime también a quien prefieres para que te ayude que igualmente lo traeremos inmediatamente.

La tarde fue frenética y parte de la noche también. Nadie durmió excepto Alberto al que le habilitaron una habitación en la parte alta de la casa, la más tranquila, pero con orden de despertarlo si se presentaba alguna novedad.

El quirófano se había instalado en una de las habitaciones del segundo piso, que había sido limpiada y convenientemente desinfectada.

-No quiero que entre nadie aquí sin permiso – anunció a todos los presentes.

Durante la cena tuvo ocasión de volver a charlar con el dueño de la casa.

-La operación en si no me preocupa, se por donde tengo que cortar y como suturar la herida. El peligro está en una posible infección posterior. Eso si podía resultar mortal.

Al día siguiente todo estaba preparado. Antes de proceder a anestesiar a la paciente, esta cogió al médico por el brazo y le susurró.

-Don Alberto... No quiero morir – mientras se aferraba a él como un naufrago a su tabla.

-Te juro que no vas a morir – la tranquilizó.

Momentos después y gracias al éter, perdía la noción de todas las cosas.

XXXXX

XXX

X

Una semana después Bárbara estaba prácticamente curada. La herida cicatrizó correctamente y no sentía ningún dolor en la zona afectada, lo que indicaba que interiormente también estaba en perfectas condiciones. La fiebre por suerte no había hecho acto de presencia.

Alberto de todas formas pasaba por casa de Don Camilo dos veces al días y en ocasiones hasta tres, para visitar a su paciente. Únicamente para comprobar cómo estaban pues las curas las solía hacer una enfermera. Se limitaba a verle el vientre, tocar a su alrededor para comprobar el grado de hinchazón que pudiera tener y cubrirlo inmediatamente.

Pero cada vez que hacía eso una descarga parecía sacudir el cuerpo de ambos y las miradas que se cruzaban eran inequívocas. Las visitas inicialmente eran de unos pocos minutos, pero con el tiempo se fueron prolongando. Cuando Bárbara puso levantarse para cenar con el resto de la familia, él no se negaba a la invitación que se le ofrecía y no solo se quedaba durante la comida sino que se prolongaba en una larga velada.

Don Camilo veía con buenos ojos esta incipiente relación. Ciertamente es que la muchacha era todavía una niña, por lo menos a sus ojos, pero en un par de años ya nadie la vería como tal.

Alberto no parecía tener prisa y podía esperar perfectamente. Lo único que deseaba Camilo es que cuando llegase el momento de regresar a Altea, no quisiese y se quedase en Alcoy para el resto.

Capítulo XVII

EL FINAL

Don Camilo nació un dos de mayo de 1810, exactamente dos años después de la gesta de los madrileños ante los gabachos y por suerte, durante su niñez, ni siquiera se enteró de que los franceses anduvieron por estos lares.

Ahora el día que cumplía los cincuenta y dos años consideraba que había llegado a la cúspide de su vida. Con toda seguridad, venía el declive y ya todo sería cuesta abajo hasta que Dios considerase que había llegado el momento de acudir a su lado.

La fiesta para celebrar su quincuagésimo segundo aniversario de su nacimiento estaba preparada. Aunque él, más que celebrar, solo iba a conmemorar su cumpleaños pues no había celebrado ninguno desde que a su padre le había dado el golpe de pecho o se había pegado un tiro, pues eso todavía no lo tenía claro. Entonces fue cuando su madre dejó de comprar la espléndida tarta de cumpleaños en la pastelería que había en la calle de San Francisco, ya que el dinero no entraba con tanta prodigalidad en casa. Desde entonces, ni lo celebraba ni lo conmemoraba pues en la mayoría de esos años incluso pasó desapercibido pues habían otros problemas que lo acuciaban. Solo cuando vivió en Yocla con su hermana Amalia y ahora con Consuelo aquí, habían vuelto las celebraciones pues ellas si lo tenían presente.

El aroma que se percibía desde la cocina por culpa de las viandas recién horneadas, hacia que se le abriese el apetito. Sofía le trajo una copa de vino y unos tacos de jamón y queso en una tabla para que fuera abriendo el apetito. Estaba preñada de ocho meses y solo le quedaba un mes de embarazo para parir. Tenía un bombo impresionante y según pudo ver el otro día, en una de sus rutinarias inspecciones, la piel de su abdomen agrietada. Vio que en esos momentos estaban solos en el salón y no pudo evitar meterle mano por debajo de la falda para acariciar su vientre y dar un pequeño pellizco en su sexo. La muchacha le agradeció esa muestra de cariño, pues en realidad era el único apoyo que tenía en toda la casa. Durante el último mes habían hecho dos veces el amor en su despacho, aprovechando pequeñas ausencias en la casa de Consuelo, la muchacha se había mostrado más receptiva, e incluso y por primera vez, parecía que hasta había disfrutado del coito. Cómo Camilo, ante su avanzado estado de gestación, no llegaba, como era costumbre en él; lo hacían empleando el viejo truco que le enseñó Consuelo, él echado sobre la alfombra y ella sentada sobre su pelvis. El problema vino cuando terminaron, pues la muchacha era incapaz de levantarse y Camilo de ayudarla. Permanecieron un buen rato en esa posición y cuando parecía que estaban destinados a permanecer así hasta que alguien acudiese a rescatarlos, con el consiguiente escándalo, a la muchacha se le ocurrió acostarse sobre él y rodar sobre sí misma. De esta forma Camilo quedó liberado y en posición de poder ayudarla. Fueron momento de angustia y de felicidad, por lo menos para Sofía, que por primera vez disfrutó de “eso” desde que lo hizo la última vez con su antiguo novio.

De las tres premisas que un ser humano debe cumplir, dentro de una vida que se precie, él ya había cumplido dos: tener un hijo y plantar un árbol. Ahora solo le faltaba escribir un libro y ese no podía ser otro que el relato de su propia vida.

Le costaría ponerse al corriente, pues primero tenía que relatar sus primeros cincuenta y dos años de vida, muy prolíferos por cierto. Después se lo tomaría más en calma y terminaría con toda seguridad cuando falleciese.

Hijos tenía bastantes: Estaba Carmen, que ahora debía tener treinta y uno o treinta y dos años, no lo sabía con certeza. Era la que más alto había llegado por el momento, nada más y nada menos que Marquesa consorte y madre del actual marques de la Almadraba, desde que su esposo había fallecido por una mala cosa que cogió por meter el pájaro en corral ajeno. Sin embargo le constaba que actualmente era feliz y estaba excelentemente atendida por su palafrenero, que además había

sido, y era, el gran amor de su vida. Lástima que su nieto, el nuevo marques, se llamase Fadrique Pérez de Guzmán y de Figuerola, y no luciese en su segundo apellido el Blanes que le correspondía.

Después estaba Carlos Camilo, Cecé para los amigos, que ya tenía diecisiete años y Amalia de solo siete. Ambos los había tenido con Consuelo, el gran amor de su vida a pesar de los pesares, y de la que todavía estaba profundamente enamorado.

Con Marieta, que exceptuando a Angélica, con la que no tuvo hijos por habersele pasado ya el arroz cuando la conoció, era con la única que había estado casado, tuvo tres: Carlos de once años, Andrés de nueve y Camilo de cinco, que merced al pacto que había llegado con su ex esposa, continuaba viviendo con su madre en Altea y era del que menos había disfrutado.

Solo quedaba Ana, con la que había tenido dos hijos; Inés que tenía ya catorce años y Luisito de cuatro, aunque ambos eran oficialmente hijos de Luis.

En total ocho hijos, que aunque todos no llevaban su apellidos, si estaba seguro que sus genes corrían por sus venas. Pero esto no terminaba aquí, pues luego estaba el de Sofía al que de momento no contaba porque todavía estaba en el vientre de su madre, pero a punto de salir.

Había posiblemente algunos más, como el que seguramente ya habría tenido Isabel Martí, su antigua secretaria, que actualmente residía en Valencia y cuyo hijo, al que todavía no conocía e ignoraba su nombre, igual podría llevar sus genes como los de Jorge, si no los había engañado a los dos, y únicamente por ese motivo no lo contaba. De madre e hijo no sabía absolutamente nada y solo estaban presentes, por lo menos en su contabilidad por la modesta cantidad, no quería que se subiese a la parra, que mensualmente les enviaba para sus gastos, por mediación de Jorge que a todos los efectos era su presunto padre.

Eso para él no significaba nada y si se hubiese portado mejor, hubiera ido con la verdad por delante y no hubiera intentado chantajearlo. Con toda seguridad habría salido ganando y sobre todo mejor parada.

Era rico, más bien inmensamente rico y por muy mal que le pudiesen ir las cosas en el futuro, él y todos sus hijos tenían la vida asegurada.

Un platanero que solo servía: para llenarlo todo de polen en primavera, dar sombra en verano y en otoño ensuciarlo todo con sus hojas caídas; un olivo que tardaría decenios en dar aceitunas y un nisperero que de momento no daba frutos. Eran los tres arboles que había plantado, con la ayuda de Jacinto todo había que decirlo, en el jardín de detrás de su casa. Ahora solo le quedaba escribir un libro que lo comenzaría a partir del día siguiente. Estaba seguro que le llevaría bastante tiempo, aunque este también comenzaba a sobrarle.

Consideraba que gozaba de buena salud y que la vida lo respetaría por lo menos en los próximos diez años. Todos sus amigos y conocidos, salvo su querida Angélica y su cuñado Pepe, estaban vivos. Faltaban, claro estaba, también Nelo y Jordilí, pero ellos fallecieron en un naufragio y no por ley de vida. Eran avatares de nuestra existencia.

XXXXX

XXX

X

Al día siguiente comenzó a escribir su libro. Ese día al que siguieron otros muchos no tuvo ganas de ir a trabajar y ante la sorpresa de todos se quedó enclaustrado en su despacho. Escribio...

CAPITULO PRIMERO

La Barca de los genoveses.- Año 1844

Al amanecer de un día, allá por mediados del siglo XIX cuando todavía era virgen, cosa harto difícil, la reina de España denominada Isabel, hija del que fue rey, nuestro señor Fernando VII, apodado el Felón y que Dios conserve muchos años en el infierno, los marineros que faenaban en esos momentos en el sardinal terminando sus labores nocturna, en primer lugar; después los que por la playa vagaban esperando completar su almuerzo con algún producto fresco del mar a la llegada de los pescadores, y por último,...

FIN